

Antagonismo



Evgeny Zhukov



SOBRE LA NOVELA

REFLEJOS DE POSTMODERNIDAD

Por Liliana Gutiérrez

La contradicción es un elemento propio del ser humano. Existe en lo objetivo (bien- mal) y en lo subjetivo (amor – odio), en lo grande y en lo pequeño. El día a día de cada uno de nosotros está colmado de contradicciones: deseamos tener una figura esbelta, pero también comernos el helado de chocolate que truncará nuestras buenas intenciones.

Alrededor de ese mismo tema, la lucha de contrarios, se desarrolla la más reciente novela de joven escritor ruso, pero de corazón colombiano, Evgeny Zhukov, quien gracias a un interesante manejo de los tiempos y espacios, logra mantener la atención del lector durante toda la novela, pese a que el final podría parecer un poco apresurado teniendo en cuenta el desarrollo general de la obra. Sin embargo, el recurso de utilizar continuos regresos al pasado y cambios de escenarios históricos, logra el efecto deseado: dar agilidad al relato.

La historia no tiene un escenario definido. Podría tener lugar en cualquier ciudad colombiana, y sus personajes podrían ser jóvenes estudiantes de cualquier universidad del país. Sólo que en este caso, esos cinco amigos tendrán que enfrentar, casi por pura casualidad, la responsabilidad de salvar al mundo, peleando batallas en una dimensión distinta a la que conocemos en la tierra, en la cual los segundos son años y los minutos siglos.

La analogía es clara: el hombre debe pelear cada día sus propias batallas entre el bien y el mal, entre lo que desea y lo que es correcto, y no siempre gana el bueno, a veces también el mal se fortalece y nuestra voluntad se dobléga, por no hablar de la pérdida de sentido de la propia existencia a la que a veces se llega después de batirse en duelo para encontrar respuestas y no hallar ninguna.

Zhukov logra perfilar de manera bastante acertada los personajes de su historia, depositando en ellos no sólo las cualidades de los héroes épicos que deben salvar al mundo de su destrucción, sino también las debilidades y defectos de cualquier ser humano corriente. Allí radica buena parte del valor de la novela que, lejos de ser una historia de ficción, logra reflejar el mundo interno del ser humano posmoderno.



ÍNDICE

EL ENCUENTRO	2
I	5
II	7
III	9
LA PRIMERA SESIÓN	11
I	15
II	18
III	20
IV	25
V	27
LA SEGUNDA SESIÓN	35
I	37
II	38
III	41
IV	45
EL PRINCIPIO	51
II	56
III	59
IV	63
V	67
EL BIEN Y EL MAL	70
I	71
II	74
III	78
IV	83
V	90
AMISTAD	91
I	92
II	97
III	100



	IV	105
GUARDIANES		108
	I	111
	II	117
	III	121
	IV	126
	V	131
	VI	135
	VII	138
HEITTER		140
	I	142
	II	145
	III	148
	IV	151
	V	157
	VI	167
EL JUICIO.....		170
	I	173
	II	179
	III	185
	IV	189
EL FINAL		191
	I	195
A MODO DE EPÍLOGO		201
	I	203

ANTAGONISMO

“La verdad de la vida, como la entiendo ahora, radica en los impulsos básicos que residen en algún recóndito lugar de nuestra mente. “

Enrique R.

EL ENCUENTRO

Era improbable que nos encontráramos de nuevo, y mucho menos aquí. Pensé que era algo inconcebible, imposible, irrealizable. Después de todo lo convenido. Cuando recibí esa llamada, en un principio no reconocí la voz, oí el nombre y no pude recordarlo. Hasta que mencionaste La Tierra. Aquella Tierra inolvidable, que todavía, luego de transcurrir veinte años, no me deja conciliar el sueño. Cada vez que cierro los ojos, horrores inimaginables ingresan de la oscuridad y actúan en el escenario de mi mente, llevándome a un abismo que me aferra al borde de la locura. En las noches me descubro con el sudor ahogando cada uno de los poros de mi piel, mientras mi garganta lucha por desalojar el terror de un sueño con un grito que muere en la incapacidad de mi conciencia.

Y ahora nos encontramos de nuevo, en la misma taberna que antes, sentados frente a la botella de trago, mirándonos a los ojos, cada uno esperando a que el otro comience a hablar. Un raro aire se respira en el ambiente. El humo de los cigarrillos se acumula alrededor de la lámpara, la cual — por cierto — no alumbraba demasiado. Mejor. No quisiera que alguien viera la cara de muerto viviente que tengo en este momento. Estoy pálido como un cadáver. Te miro y no entiendo como llegamos de nuevo aquí. Es increíble que esta situación se repitiera. Todo estaba previsto, todo menos esto. Y ahora te veo y no sé que decir. Ninguna idea logra formarse en ese hervidero que tengo por cabeza. Entonces te paras, las manos en los bolsillos, y comienzas a hablar. Al principio no logro entender lo que dices, el terror no me deja entender el significado de las frases que salen de tu boca como serpientes venenosas. Me miras y afortunadamente entiendes el estado en el que me encuentro y me das un momento de respiro. Me sirvo un trago doble de vodka y me lo tomo de un golpe. Trato de encender otro cigarrillo con manos temblorosas, intento con un fósforo, pero se apaga. Una luz me ilumina la cara y veo que me ofreces tu encendedor. Aspiro profundamente el humo y cierro los ojos. Entonces comienzas a hablar de nuevo. Tus palabras abren puertas herrumbradas en mi cabeza, poco a poco comienzo a entender lo que dices. Y los recuerdos, que eran sólo vagas formas terroríficas que no me permitían dormir bien, toman dimensiones desproporcionadas y afluyen en tal cantidad que terminan por aterrorizarme e infundirme más miedo. Paras de hablar, me miras con firmeza en los ojos y me dices la frase que no quería escuchar en toda mi vida:

— Tenemos que regresar.

— ¿Tenemos? — Trato que mi voz se mantenga normal, pero al final de la palabra, sube en un desesperado y desafinado crescendo y se corta abruptamente. Tomo aliento y lo intento de nuevo. — Yo no tengo ninguna obligación en ir de nuevo. Ni siquiera lo voy a pensar. ¡Mi respuesta es no, No, NO!

Me miras fieramente, pero no dices nada para convencerme. Ni siquiera lo intentas y eso me asusta. No eras así. Entonces sí está pasando de nuevo, ahora estoy seguro. Pero no quiero, no quiero, no quiero...

— Entonces iré solo. — Me miras con firmeza, pero tus ojos parecen asustados y totalmente perdidos. — El que está ahí, es mi hermano. — Me atraganto de horror, pero no levanto los ojos. Si lo hago, me rendiré. Después de un pequeño silencio, continúas: — Fuimos quince guardianes. Ahora quedamos dos. — Tus ojos se clavan en los míos. — Tú y yo.

En el momento que me miras, pierdo el control. Me enfurezco. La mesa salta por los aires, te agarro por las solapas de tu chaqueta deportiva, y te atraigo a mí:

— ¿Quién fue el desgraciado que lo inició de nuevo?

Callas y al mirarte, no sin sorpresa y con horror, entiendo que fuiste tú. Te suelto y busco lentamente el asiento. Aparto al mesero que acude en tu ayuda, pensando que estoy borracho y voy a iniciar una pelea. Le digo que estoy bien, que no pasa nada, pero no es así. ¡Maldita sea! ¡No es así!

— Tenía que visitarla. No podía vivir tranquilo sin saber si estaba bien.

— ¡Idiota! ¡Si nosotros arriesgamos nuestros pellejos para que estuviera bien! Millones arriesgaron sus vidas y miles la perdieron. Ella también arriesgó la suya, como todos... Tenía que estar bien...

— ¡Y lo estaba! ¡Maldición, lo estaba! Yo fui con Jorge para verla, no más. Estaba bien. Ella me contó que todo estaba bien desde que nosotros nos fuimos. Cuando Jorge y yo nos íbamos, fue que todo se vino abajo.

Lentamente, en mi mente empieza a formarse una idea, una idea que al principio deshecho, porque la considero imposible, pero los hechos saltan a la vista.

— Tú fuiste el que lo causaste. ¡Rompió el equilibrio!

Me miras, al principio sin comprender. Después, poco a poco comienzas a entender lo que digo y tus ojos se abren más y más. Las rodillas te fallan y te dejas caer como un fardo viejo en el asiento.

— ¿Qué fue lo que pasó? — Te pregunto cansadamente y comprendo que no estás en condiciones de responder. No todavía, pero lo estarás, lo dirás.

Así, pasan varios minutos en los cuales alcanzo a fumar dos cigarrillos, prendiéndolos uno directamente del otro. Tú, tomas vodka como desesperado, intentando ahogar en el alcohol la preocupación por tu hermano, tu vergüenza y aun más, que todavía no ha sucedido, pero sucederá. La culpa de las muertes, de las miles de muertes de las que serás responsable si volvió a empezar. Millones de almas perdidas por nada, sin saber, sin poder predecir si tu alma o la mía será una de aquellas perdidas para siempre en la oscuridad...

— ¿Recuerdas como se inició? Es decir, — añado precipitadamente — cómo empezó cuando fuimos los quince.

— No fuimos los quince. Nosotros llegamos después. Después de los otros diez. Ellos ya estaban atrapados ahí. Y nosotros los seguimos como estúpidos borregos. ¡MALDICIÓN!

Ese grito me desgarró el alma y en ese momento recuerdo. Lo recuerdo como si pasara ayer y no hace veinte años. Como si dentro de mi cabeza se encendiera



una gigantesca pantalla y comenzara a transmitir una película de horror, una película que se titulaba...

I

El día era especial en muchas maneras. Era el final de los exámenes de la universidad, habían entregado las notas y yo estaba contento porque había aprobado todas las materias. No con un excelente, pero las había aprobado y era lo que importaba. El Efecto del Niño estaba calentando la ciudad de una manera increíble y daba la impresión de que me encontraba en la costa o en algún lugar del trópico y eso me encantaba. El hecho de que por ese efecto se secaban las reservas de agua de la ciudad y que se perdían las cosechas y el ganado moría de hambre, no me importaba. Sabía que no me afectaría, no demasiado. También era viernes, día en el que nos reuníamos con mis amigos a salir a tomar unas cuantas cervezas, bailar y divertirse hasta el cansancio o hasta que la policía cerrara el local por la ley zanahoria¹. Hoy se cumplía un año de tener a Sandra como mi novia y cualquier cosa podía pasar. En fin, era uno de los pocos días del año cuando todo es perfecto y salía mejor de lo planeado.

La universidad estaba repleta y el bullicio de los estudiantes, emocionados con el último día, confundía a las personas no acostumbradas. La mayoría estaban felices, sin embargo se veían caras alargadas, otras con lágrimas, y muchos jóvenes con los puños rojos, hasta sangrando en algunas ocasiones, por desquitarse con las paredes del recinto al conocer los resultados del semestre. Afuera, el bullicio era más alto. Los estudiantes ya empezaron la celebración y muchos de ellos se encontraban bastante borrachos, sin importar que hasta ahora fueran las tres de la tarde. La música salía en gigantesco volumen de los diferentes locales y automóviles aparcados cerca del claustro, entrechocaba entre sí, se mezclaba con la feliz algarabía común creada por los cientos de estudiantes y se elevaba espantando a las palomas, habituales residentes del lugar. El olor a cerveza y aguardiente impregnaba el ambiente y todo eso junto, creaba esa ocasión especial para bailar, divertirse, olvidar los problemas y dejar que el impulso, encerrado durante más de cuatro meses, actuase a su voluntad y que la razón descansara un poco. Si el arrepentimiento venía, lo haría después, en la mañana, junto con la descomunal resaca. Todo eso no importaba en el momento. Lo importante era desahogarse y dejarse llevar. Dejarse llevar. Aprovechar el momento.

Cuando divisé a mis amigos de siempre, corrí a su encuentro, impaciente por dejarme llevar por esa locura. En total eran cuatro. Juan José era alto, robusto, con un porte militar y aire de inocencia que siempre inspiraba confianza. Prestó el servicio militar obligatorio y parecía no recobrase de la experiencia. Era un estudiante promedio, quería aprender, pero tenía dificultades para ello. Lo saludé por el apodo: JJ. Después estaba Heitter. Era bajo. Medía poco más de metro con cincuenta y, a pesar de tener ya más de veinte años, tenía una cara tan joven que cualquier persona que no lo conociese le daría menos de dieciséis. Ese hecho

¹ Ley que ordena cerrar todo expendio de bebidas alcohólicas, incluyendo las discotecas, a partir de la 1:00 a.m. N. del A.

dejó de importarle hacía rato, pero nosotros acostumbrábamos molestarlo al respecto. Heitter era un tahúr empedernido y, cuando no estaba estudiando o en la casa, siempre se le encontraba en el casino, apostado a unas veinte cuadras de la universidad. Me debía plata en ese momento y aproveché la ocasión para realizar el reclamo. De inmediato, sacó un fajo de billetes del bolsillo y nos comunicó, con aire de confidente, que ganó mucho dinero jugando black jack la tarde anterior. Andrés se encontraba al fondo, sentado en el andén, tomando una cerveza, calladamente. No tenía porque preguntarle el motivo de su estado de ánimo: había perdido el semestre. Su afición al billar le costó el semestre. No quise molestarlo por el momento. Sabía que hablaríamos después. Faltaba Miguel, quien por virtudes de su mal genio y las ganas de hacerse notar ante todo el mundo, era el último en salir del salón. Llegó cinco minutos después.

Cuando los cinco estuvimos reunidos por fin, nos lanzamos de cabeza a ese ritual de fin de semestre que se desarrollaba frente a nosotros.

II

Eran más de las nueve de la noche cuando por fin, después de convencer a JJ a que soltara por las buenas la botella de cerveza vacía y dejarlo con Heitter en el casino, decidí emprender rumbo a casa. Tenía una cita con Sandra y no podía faltar. Quedamos en ir a la Zona Rosa a celebrar nuestro aniversario y quizás algo más... Me encontraba con el ánimo en alto, pero la presencia de Andrés en el carro, con su cara larga y el inusual silencio que provenía de él, no dejaban que mi cara expresase mis verdaderos sentimientos.

— ¿...y entonces qué va hacer? — Le pregunté a Andrés, mientras conducía por la Avenida Circunvalar, hacía el norte de la ciudad.

— Supongo que ponerme a trabajar. — Respondió él, con aire cansado. Miraba por la ventana y estaba bastante asustado. No sabía cómo reaccionarían en su casa ante la noticia. — Y pediré el reintegro, claro.

— Lástima, hombre. — Miguel estaba en la parte de atrás del carro y se encontraba medio dormido, pero atento. Era una peculiaridad de él: así estuviese dormido, podía mantener una conversación sin perder el hilo. — Va a perder todo un año. Nosotros lo adelantaremos por dos semestres.

— ¿Y cree que no lo sé? Y eso si me dan el reintegro. — Andrés se encogió de hombros y abrió la ventana. — Necesito aire.

Hubo un silencio largo que ni siquiera el éxito del momento, que transmitía la radio, disipó. Comprendía de sobra lo que sentía Andrés, ya que en el primer semestre me ocurrió algo semejante, pero me salvé gracias a las buenas relaciones que tenía con una de las profesoras, quién me permitió volver a presentar el examen, aunque esto no estaba en el reglamento. Nadie se enteró de ello, ni siquiera mis amigos. Sin embargo, cuando supe la noticia, imaginé con claridad la reacción de mis padres y sentí miedo y vergüenza. Entendía lo que pasaba en este momento por la cabeza de Andrés, pero no se me ocurría una forma de calmarlo. Conocía bien a sus padres y sabía que sus miedos no eran infundados.

— Bueno, hermano, — Miguel abrió su bocota para no cerrarla, — creo que está jodido. Endemoniadamente jodido... — Concluyó con aire de filósofo.

— ¿Y cree que no lo sé? — Exclamó con rabia Andrés y, por la entonación de su voz, supe que estaba al borde del llanto. Tenía que cambiar de conversación de inmediato, antes de que Andrés decidiera dar rienda suelta a su frustración y miedo, y se descargara con Miguel, quien, la verdad sea dicha, se la estaba buscando.

— Bueno, entonces al fin ¿vamos a jugar o no? — Pregunté, desviando la conversación a otro tema.

Los juegos rol eran nuestro pasatiempo preferido. JJ y Heitter nunca gustaron del juego. Uno preocupado por el estudio; el otro, por vivir en el casino. Sin embargo nosotros tres éramos fanáticos y pasábamos horas perdidos en fortalezas, castillos, bosques; luchando contra bestias salvajes y monstruos;

rescatando bellas doncellas y tesoros inimaginables, ocultos en laberintos, guardados por dragones mitológicos.

— ¡Claro que sí! — Por fin los ojos de Andrés se iluminaron ante la perspectiva de olvidar el mundo real y volver a la vida de su paladín. — ¿En la casa de quién?

— Creo que en la mía, esta vez. — Miguel abrió por fin los ojos y se sentó. Él también se sentía excitado por el plan. — Es mi turno. — Desgraciadamente, como el juego requería gran tiempo y espacio, rotábamos los turnos.

— Quedamos en que Andrés iba por el desierto, con la niña en los brazos, para llevarla a la ciudad de Mirros. — Comencé a refrescarles la memoria, para no perder tiempo en preparativos.

— Sí. Estoy en las afueras de la ciudad tratando de evadir a los soldados que me están buscando... — Confirmó Andrés.

Entonces, recordé a Sandra y nuestra cita a las diez y media. Sopesé con cuidado: novia-juego. Tenían la misma importancia y no sabía qué hacer... Sin embargo, la palabra ANIVERSARIO se iluminó en mi cabeza.

— Lo siento, amigos. — Dije, con verdadero pesar. — Hoy no puedo. — Y rápidamente me expliqué.

— Vaya... — Dijo Miguel despectivamente, luego de lanzar un prolongado silbido. — Lo tienen amarrado, viejo. Está jodido...

— Si tuviera novia, creo que estaría igual. — Le respondí de mala forma y apreté los dientes.

— Creo que Enrique tiene razón, Miguel. — Dijo Andrés. — Dejemos el juego para mañana...

— Eso si usted está vivo... Para mañana... — Metió otra vez la leña al fuego Miguel.

— ¡Cállese, de una vez por todas! — Exclamé. — En lugar de joder la vida a los demás, debería pensar en una forma de ayudar...

Miguel se tomó su tiempo en contestar:

— Está bien, Enrique. — Dijo apaciguante. — Mejor pensemos en qué vamos hacer mañana.

Todos estuvimos de acuerdo, por primera vez, con la idea de Miguel.

III

Tres meses después, Andrés vivía en un apartamento, rentado en el centro de la ciudad. Sus padres no le perdonaron su fracaso y mucho menos la expulsión de la universidad. Simplemente, le entregaron dinero y dijeron que de ahora en adelante se valdría por sí mismo.

Con ese dinero, Andrés rentó el apartamento y comenzó a trabajar como empacador en un almacén de cadena. Lo que ganaba, alcanzaba para pagar el alquiler y comprar los alimentos necesarios para vivir decentemente. Nosotros ayudábamos como podíamos, pero con discreción, ya que conocíamos su temperamento. Ahora teníamos un sitio para reunirnos a jugar con tranquilidad. El apartamento era el rincón ideal. Sin embargo, notamos que el interés de Andrés por Calabozos y Dragones decayó. Al ser expulsado de la universidad y de la casa, él había recibido dos golpes terribles que no podía o no quería superar. Se sumergía cada vez más en la autocompasión y perdía interés por la vida poco a poco. Estábamos desesperados por él. Pero, ¿cómo ayudar a una persona que no quiere ser ayudada? Él sólo quería hundirse. Y no económicamente - Andrés no era estúpido ni suicida - su lado espiritual, su moral desaparecían y nosotros nos dábamos cuenta de ello.

Un día, cuando sólo faltaba Andrés en el grupo, nos preguntamos ¿qué hacer? ¿Cómo revivirlo? JJ, después de mirarnos largo y tendido, sin pronunciar palabra, por fin abrió la boca:

— Tal vez deberíamos llevarlo a un psicólogo. Yo también tuve problemas y uno me ayudó a salir de ellos.

— ¡Sí, claro! — Se burló Miguel. — Vamos y le decimos: Oiga, hermano, creemos que está loco y que debería ver al loquero. ¡Si quiere, lo llevamos donde uno! ¡Ja, ja, ja, ja!

— No de esa forma. — Traté de ayudar a JJ, puesto que la idea me pareció buena. — Deberíamos encubrir el hecho de que es un psicólogo.

— ¿Y cómo lo hacemos? — Miguel parecía dispuesto a no dejarse llevar por la idea. Heitter daba vueltas por la habitación, realmente absorto. De repente se detuvo y, con timidez, comenzó a hablar:

— ¿Ustedes recuerdan que Andrés siempre se interesó en la hipnosis? — Cuando obtuvo nuestra confirmación continuó. — Bueno, ustedes saben el problema que tengo yo con el juego. Aunque soy adicto ahora, antes era peor. Mucho peor.

— ¡¿Peor?! — Miguel casi se cae de la silla por la sorpresa, pero se incorporó y, conteniendo la risa, dijo: — Si usted lo único que hace es jugar. ¿Cómo puede ser eso peor?

— ¡Pues sí! Yo era peor de lo que ustedes se imaginan. ¡Sí! Paso mucho tiempo en el casino, apostando, pero tengo mi límite. En cambio antes, — Heitter pareció estremecerse ligeramente y bajó el tono de la voz. — Antes yo robaba.

Ahora sólo juego con el dinero que yo mismo me gano, pero antes yo robaba para jugar.

Un largo silencio se impuso en la habitación. Nadie esperó una confesión de semejante magnitud y ahora repasábamos mentalmente aquellas cantidades, pequeñas cantidades de dinero que desaparecían de nuestros bolsillos o mochilas. Formábamos un círculo, sentados alrededor de la habitación y Heitter se encontraba en la mitad, bajo las miradas acusadoras de sus compañeros. Y aunque sabíamos que el paso dado, la confesión realizada, afectaría nuestra relación, también estábamos al tanto de que al hacerlo, demostraba en verdad el cambio efectuado en él.

— Bueno, y eso ¿qué tiene que ver con Andrés? — Preguntó JJ, sin mirar a Heitter.

— Mucho. — Heitter pareció recobrase y habló con más fuerza. El peor momento había pasado. La revelación estaba hecha y no tenía nada más que temer. En realidad, sintió como un peso, llevado durante largo tiempo sobre sus hombros, caía, dejándole una hermosa libertad para actuar, sin tener nada que ocultar ante nosotros. — Después de que robé en la casa una gran cantidad de dinero y mis padres lo descubrieron, me enviaron con un psicólogo. Me ayudó a superar en parte el problema. Lo curioso, es que él aplicaba la hipnosis y la autosugestión para ayudar a sus pacientes, tal y como lo hizo conmigo. En este momento, todavía estoy asistiendo al tratamiento y podría hablarle acerca de nuestro problema. Él sabrá que hacer.

— Y ¿no lo echaron de la casa, hermano? — Preguntó Miguel siempre conteniendo la risa. — Porque eso es lo que yo haría si...

— No más, Miguel. — Respondió Heitter. — Me dieron una oportunidad, eso es todo. Creo que todos los padres deberían hacer lo mismo.

Pensé que ese último comentario iba dirigido más a los padres de Andrés que a Miguel y mentalmente estuve de acuerdo con Heitter.

— Pero entonces ¿qué? — Preguntó JJ, alisándose nerviosamente el cabello. — ¿Lo llevamos con el psicólogo?

— Creo que sería lo ideal. — Dije. — De hecho, a mí me encantaría que me hipnoticen.

LA PRIMERA SESIÓN

—...En ese momento todo comenzó. — Ahora, después de que el alcohol comenzó a hacer efecto en mí y las ideas e imágenes encuentran la manera de esquivar las formas terroríficas o convertirlas en sombras sin significado, me encuentro más calmado. Tú te sientes de la misma manera. Aunque tu preocupación no ha disminuido, por lo menos ha sido empañada y aturdida por el vaho del licor. Ya hemos consumido más de una botella de vodka y sin embargo hasta ahora comenzamos a sentir los efectos. Me encantaría perder el sentido, emborracharme hasta disiparme totalmente y dejar que mi subconsciente tomara el cargo. Y, aunque lo intento, no puedo. El mesero no nos quita el ojo de encima, después de la pequeña escena, y le estoy agradecido de cierta manera.

— Fuimos estúpidos. — Afirmas con cierta tristeza, pero no estoy de acuerdo. ¿Cómo demonios debíamos suponer que esa visita desencadenaría una monstruosa batalla?

— No. — No estoy dispuesto a permitir que tu dolor empañe la verdad. — Tú sabes que no es verdad. No había manera que nosotros supiésemos. No la había.

Ahora callas y, levantando la cabeza, tratas de descifrar el color del techo, oculto entre las sombras y nubes de humo de cigarrillos. Intentas tranquilizarte y con razón. Si comenzó de nuevo, el único culpable eres tú. Estoy más tranquilo, ya no padezco del terror asfixiante que me sorprendió cuando nos reunimos, quiero que también te calmes. Necesitas hacerlo para planear las cosas, como lo hacíamos cuando éramos chicos. Me levanto para estirar las piernas y por primera vez me doy cuenta que no estamos solos en el pequeño bar. Hay dos o tres parejas sentadas en las mesas más ocultas del sitio, y un grupo de muchachos en la mesa del centro bebiendo, gritando, riendo y divirtiéndose. Entonces, recuerdo con dolor y demasiada claridad, excesiva para una persona con tragos, que éste fue el sitio, el lugar donde comenzó el principio del final de nuestra amistad y ¿por qué no? También de nuestras vidas. Era el lugar favorito para reunirnos para festejar y bailar un poco. Y en ese momento me parece ver, como si fuesen fantasmas, a cinco muchachos entre veinte y veintidós años, sentados en la mesa de atrás, la más oscura y oculta para las vistas de los demás visitantes, con una garrafa de aguardiente, medio borrachos y tan asustadas, que no es posible describirlo. La visión pasa y tan sólo está la mesa desocupada. Me acerco a ella, seguido por la inquisidora mirada del mesero, y la observo. Me digo que es una estupidez, después de veinte años no puede estar ahí. No debe estarlo, la mesa ya era vieja en ese tiempo, debió destruirse hace muchos años. Sin embargo, a medida que me acerco, cada vez más y más se asemeja a la vieja mesa que recibió la consagración de nuestras firmas en un pacto de seguir adelante y así, firmando la sentencia de nuestras vidas. Es un golpe crudo y miro, a punto de sufrir una apoplejía, las cinco iniciales talladas con la navaja de Miguel, en el centro.



El corazón late desesperado en mi pecho, tratando de salir a cualquier costo. Las piernas están a punto de renunciar sostenerme. La sangre abandona mi rostro y me siento desfallecer, pero aun me encuentro de pie.

¿Por qué?

¿Por qué?

Si debía encontrarme en el piso, con gente preocupada a mí alrededor, tratando de socorrerme. Empero, me encuentro firmemente parado, con los zapatos inmutablemente clavados en el piso, y sin que ningún temblor del más pequeño músculo de mi cuerpo delate mi estado de ánimo. Y lo entiendo...

Ha empezado...

La debilidad no tiene espacio en mi mente, que ahora comenzó a ser preparada de nuevo para convertirse en el campo de batalla, como lo fue una vez. Regreso a la mesa con paso firme y te encuentro acabando la segunda botella de vodka. Con decisión, te quito la bebida de las manos y pido al mesero que retire todo alcohol y traiga dos cafés negros y sin azúcar. Me miras y por tus ojos veo que comprendes lo que me sucede. También lo sientes, ha comenzado.

— ¿Qué fue lo que pasó a continuación? — Pregunto. Sé la respuesta, sé lo que ocurrió la primera vez que fuimos, pero quiero que también recuerdes.

— El psicólogo nos atendió. — La ironía que restriegas en la palabra “psicólogo”, me revuelve el corazón.

El famoso psicólogo.

El genio maligno que abrió las puertas del conocimiento que debió permanecer oculto para nosotros durante toda la eternidad.

— Espera un momento. — Una duda asalta mi cabeza y es tan inmensa y reveladora a la vez que parece eclipsarse por un momento. — ¿Cómo demonios tu hermano fue contigo? Si nosotros somos los únicos que podemos entrar y salir. ¿Cómo tu hermano se involucró?

Suspiras y no dices nada. De nuevo te dedicas a reconocer el techo y te doy el tiempo necesario para ello. Si es preciso, estaremos aquí toda la noche. Ya no existe el afán. El reloj se detuvo para nosotros, al menos desde el momento en que todo comenzó de nuevo. Sabía lo que pasaría a continuación: el mundo, la vida, las personas, los paisajes se desdibujarían para nosotros cada vez más y

más, perderían color e importancia a medida que la batalla se acercaba. Una vez más asumíamos nuestro papel de guardianes.

— Él todavía está vivo.

— ¿Tu hermano? — La frase me sorprende y no entiendo a quién te refieres.

— El psicólogo.

— ¡No puede ser! — Exclamo. — Cuando lo conocimos, tenía al menos ochenta años.

— Pero lo está. — Hablas distraídamente, con los ojos cerrados, como acostumbrabas hacerlo hace veinte años. — Y lo curioso es que no ha envejecido un ápice. Sigue estando tal y como lo vimos por última vez.

Estoy mudo. No sé que decir ni que sentimiento expresar. No estoy sorprendido. De alguna manera sabía que él no envejecería ni moriría, pero más que una afirmación era un presentimiento.

— Además, vive en la misma dirección. La casa se encuentra en el mismo estado y los mismos adornos, cuadros, plantas y hasta goteras. Es increíble. Revisé en las Páginas Blancas y es lo único que cambió: ahora su dirección no aparece. Al principio no creí que ejerciese más la profesión. Pensé que estaría retirado y fui con Jorge a visitarlo no más. Pero ahí estaba, parecía esperarnos. Sus primeras palabras no fueron una bienvenida ni un saludo. Él me dijo: “Deberías ir a ver como está. Puede ser que volvió a empezar.” Y yo le creí. Y ahora Jorge está atrapado por mi culpa y todo volvió a empezar.

— ¿Tienes hambre? — Pregunto. Necesito cambiar de tema y de ambiente. Este bar está lleno de recuerdos dolorosos que merman nuestra capacidad para evocar lo sucedido hace tanto tiempo, pieza por pieza, para no cometer los errores del pasado y acabar con todo, lo más rápido e indoloro posible.

— No mucha... Conozco un sitio...

— De acuerdo. — Interrumpo y dejo un billete en la mesa. Aunque la propina es inmensa, no espero reclamar el vuelto. Necesito salir de aquí lo más rápido posible. — ¿Vienes en carro?

— No.

— Mejor. Vamos en el mío.

El frío de la noche despeja un poco nuestras mentes y la magia, que sentía que me envolvía estando en el interior del bar, se desvanece poco a poco. Es agosto y el viento es fuerte. Con nostalgia, recuerdo las excursiones que organizábamos en este mes, para divertirnos elevando cometas. Fuera de la ciudad, en los campos circundantes, sin cables de electricidad que estorbasen, era la diversión preferida por todos nosotros. Luchar contra el viento a tal punto, que regresábamos con las manos peladas a causa de los cordeles que utilizábamos.

Mi carro está aparcado en la otra esquina y, mientras caminamos, recuerdo a Heitter saliendo del consultorio para comunicarnos que siguiéramos en grupo. Un viejo de barba blanca y armatostes espectaculares, que no se parecían en nada a los anteojos modernos, nos atendió. Nos sentamos en el sofá y él al frente, detrás de su escritorio. Parecía algún juez, salido de una película de suspenso, a punto de dictar la sentencia de nuestras vidas.

Lo triste es que así era.
De saberlo en ese momento, saldría a correr despavorido a donde mis pies me
llevasen, correr, correr de ese horror, ese terror de blanca barba que se llamaba...

I

Estábamos sentados en un sofá gigantesco, ubicado estratégicamente frente al escritorio del psicólogo. Andrés suponía que él sólo era una persona versada en hipnotización y que veníamos a experimentar. Sin embargo, comenzó a sospechar cuando Heitter entró solo. Le explicamos que eran amigos y que quería verificar que nadie estaba con el *doctor*, en ese momento. Al cabo de un rato, Heitter se asomó por la puerta, y nos invitó a pasar.

Mi primera impresión fue encontrarme en un museo. La diversidad de cuadros y estatuas que adornaban el consultorio, merecían formar parte de un museo, en la categoría de guerras fantásticas. Dibujos de armas inimaginables e indescriptibles adornaban la parte derecha; la izquierda se perdía bajo la cantidad de cuadros y frescos, representando batallas épicas y otras fantásticas de la época medieval. Al frente, bustos de personajes de la historia medieval y esculturas, que por primera vez veía, se alzaban orgullosos entre los milenios de su estructura. Al mirar atrás, la pared estaba cubierta de máscaras de guerra que aterrorizaban y otras que, al contrario, divertían. *No sé si es el consultorio de un psicólogo o un loco*, fue lo primero que pensé al ver esos adornos.

— Y bien, caballeros, ¿en qué les puedo servir?

— Bueno, nos dijeron que usted hipnotizaba a las personas... — Masculló Andrés.

— Sí, es cierto. Es una de mis especialidades.

— Es que nosotros queremos probar qué es eso. — Miguel parecía más seguro y como siempre tomó la delantera. — Queremos que nos hipnotice.

— No es tan sencillo. — Dijo el psicólogo, divertido. — Ustedes vienen aquí para que los hipnotice ya mismo. Pero ¿para qué? ¿Se han hecho esa pregunta? La hipnosis es una ciencia. No es que sólo con mirarlos a los ojos y dar una pequeña orden, ustedes caerán bajo mi poder. No. Se necesita un período de preparación mental para semejante paso. Supongo que ustedes creían que bastaba una visita para conocer lo que es la hipnosis y ser hipnotizados. ¿No es así? — Nos miró inquisitivamente por encima de sus grandes anteojos.

— Sí. — Respondió en un suspiro Andrés.

— Está bien, mucha gente culta incurre en ese error. Sin embargo, si ustedes en serio quieren ser hipnotizados, ¿están dispuestos a realizar todos los procesos que implica la preparación? ¿Están dispuestos a seguir todas las órdenes al pie de la letra y no faltar una sola cita, ni pasar por alto alguna instrucción?

Nos miramos por largo rato. No imaginábamos que algo tan relativamente sencillo se convirtiera en algo tan complicado. La idea del mago que te mira a los ojos y, moviendo un péndulo, te ordena que te duermas, pasó de un momento a otro al plano posterior. Ahora nos encontrábamos con la realidad cruda de los hechos y en verdad nos preguntábamos ¿somos capaces de realizar todo eso? El psicólogo nos miraba con curiosidad. Comprendía que sus preguntas no se perdieron en nuestras mentes, sino al contrario sembraron las semillas de las dudas que tendrían que crecer para dar los frutos de las respuestas.

— Lo primero que ustedes deben responder, pero no a mí, a ustedes mismos: ¿por qué quiero que me hipnoticen? ¿Para qué? ¿Qué quiero hacer o dejar de hacer? ¿Qué quiero conocer?

Nosotros ya ni siquiera nos mirábamos. Estábamos ensimismados, tratando de analizarnos. Las palabras del viejo nos llegaron muy hondo. Por primera vez en la vida, analizábamos porqué queríamos hacer algo. Y, al pensar en ello, descubrimos con horror que la mayoría de las decisiones, realmente importantes en la vida, las tomamos sin siquiera considerarlas. Estudiamos porque hay que estudiar. Y ¿por qué estudiamos esta carrera y no otra? Porqué me presente a varias universidades para distintas carreras, pero sólo en esta me aceptaron. Porqué mis padres también eran médicos o estoy influenciado por el hecho de que a ellos les agradaría que también nosotros lo fuésemos. Estaba sorprendido. Unas pocas preguntas nos hacían descubrir lo insignificante de las decisiones — si es que se les puede llamar así — que habíamos tomado en algún tiempo.

— Yo sé porqué. — Fui el primero en reaccionar del estupor que nos envolvía a los cinco. — Creo en la reencarnación. Sé que por medio de la hipnosis puedo conocer mis vidas pasadas y comprobar para mí mismo que sí existe la reencarnación.

— Entonces, tú no crees en ella. — El psicólogo meneó la cabeza. — Si en verdad creyeras, no necesitarías de la hipnosis para reforzar tu fe.

— Creo que todos nosotros estamos por el mismo motivo. — Miguel se levantó y dio un paso adelante. Su rostro estaba convertido en cera debido a la palidez, pero su voz era tranquila. Es más, parecía excitado. — Todos queremos conocer si existe la reencarnación. — Nos miró y al ver que movíamos afirmativamente la cabeza, continuó. — Queremos saber si nosotros vivimos anteriormente. Es simple curiosidad.

— Conque curiosidad. Hm. — El psicólogo volvió a mover la cabeza negativamente, mientras nos miraba atentamente. — Recuerden el viejo proverbio: “la curiosidad mató al gato”...

— Pero también creó al genio. — Heitter se levantó y también dio un paso adelante, situándose al lado de Miguel.

— Ustedes no conocen los riesgos de una hipnosis. Pueden quedar atrapados.

— Sin embargo eso no detuvo a todos los que usted ha hipnotizado. — Esta vez fue el turno de Andrés. JJ lo siguió en silencio.

— También existe un lado desconocido por la humanidad que tan sólo sospecha que existe. Los que llaman Maestros. Ellos pueden influenciar en ustedes.

— Creo que la decisión está tomada. — Dije yo alineándome con mis compañeros.

El psicólogo nos miró con sorpresa. Parecía recién percatado de que estábamos de pie. Formados en una línea frente a él. Dábamos la impresión de desafiarlo y creo que esa fue la intención principal. A nuestra edad, cualquier cosa la tomábamos como desafío, una prueba. De pronto para demostrar a los demás o a nosotros mismos que sí podíamos alcanzar la meta, de pronto por la sola oportunidad de revelarnos ante los mayores y las reglas y leyes que nos regían. El

viejo también parecía tomar una decisión. Se le veía pensativo. De vez en cuando se rascaba la parte posterior de la cabeza y movía sus anteojos, que resbalaban constantemente a lo largo de su nariz.

— De acuerdo. — Él también se levantó y caminó hasta un pequeño aparador que se encontraba a la izquierda del escritorio. — Voy a entregarles unas cintas para que las escuchen y sigan al pie de la letra las instrucciones. — Decía, mientras trataba de encontrar entre un manojo de llaves la correcta para el aparador. — Es para que aprendan a relajarse. El primer paso importante para una regresión. Porque de ahora en adelante no vamos a hablar de hipnosis. No quiero volver a escuchar esa palabra de ustedes. — Por fin encontró la llave correcta y abrió la puerta. Después de hurgar un poco, sacó a relucir cintas cubiertas de polvo. Por un momento dudé que todavía funcionaran. Su estado era deplorable.

— Un momento. — Miguel parecía extrañado por alguna razón. — ¿Por qué necesitamos las cintas? Usted utilizaba la... — se detuvo bruscamente buscando la palabra, —...regresión con Heitter, sin necesidad de que las escuchara. Él nos comentó ese detalle.

— Ahí es donde te equivocas, jovencito. Con tu amigo yo utilicé la hipnosis. Con ustedes, utilizaré la regresión. La regresión es un estado avanzado de hipnosis. — Comenzó a explicar, al observar nuestras perplejas expresiones. — Es más, con tu amigo yo utilicé la autosugestión, utilizando como base la hipnosis. La regresión también utiliza la hipnosis, pero la lleva a un estado más avanzado. He ahí la diferencia.

Nosotros no comprendimos ni una sola palabra de lo que nos dijo, pero asumimos la expresión de inteligentes, dándole a entender que todo estaba bien. Las explicaciones no nos importaban. Mientras más rápido comenzaba el proceso, mejor. El tener que escuchar unas estúpidas cintas para poder comenzar el proceso, me sacaba de casillas. Pero si era necesario, lo haría.

— Bueno. — Dijo JJ, quien hasta ahora no pronunció palabra. Al parecer, su cerebro por fin llegó a una idea. — Antes de seguir, quiero saber una cosa: ¿cuánto costará toda esta diversión? A mis amigos parece no importarles, pero a mi sí.

— Absolutamente nada.

— ¡¿Cómo?! — Exclamó Andrés en voz alta. Recibir algo gratis significaba algo oculto. Podíamos ser jóvenes, pero no éramos estúpidos. — Entonces, ¿qué quiere a cambio?

El psicólogo nos miró con regocijo. Al parecer, consiguió por fin la reacción que buscaba.

— Lo sabrán más adelante... — Se dio la vuelta y se acomodó de nuevo sus gafas. — Más adelante. — Repitió.

No respondimos. Demasiado entusiasmados nos encontrábamos. Le dimos las gracias al viejo y, tomando las cintas, nos despedimos.

II

Durante el espacio de dos semanas escuchamos las cintas, siguiendo las instrucciones paso a paso. Aprendimos a controlar la respiración, a relajar cada músculo de nuestro cuerpo, por más insignificante que fuese, en cuestión de segundos. No tardamos en sentir los efectos de dichas prácticas, en nuestros cuerpos y mentes. Con cada nuevo día nos sentíamos más llenos de energía y ganas de vivir. El sueño se hizo más tranquilo y placentero. Curiosamente, ya no nos irritábamos por cualquier cosa y respirábamos un ambiente de paz que nunca sentimos. Las relaciones con nuestros padres también mejoraron. En la universidad, estudiábamos con mucho más ahínco y además, facilidad. Los profesores estaban sorprendidos con JJ, quien pasó de ser el alumno que siempre estaba detrás de ellos pidiendo cualquier explicación, a ser uno de los mejores del grupo. La imaginación parecía no tener límites, al jugar en Rol. Andrés comenzó a sobreponerse a los problemas personales y, gracias a su empeño y conocimientos adquiridos en la universidad, obtuvo una promoción en el almacén. No era gran cosa, ahora trabajaba como cajero, pero el aumento en el sueldo no se hizo esperar y siempre era bien visto por sus superiores.

El día de la cita nos encontrábamos todos reunidos en el consultorio del psicólogo. Estábamos recostados sobre unas colchonetas que él trajo especialmente para la ocasión. Nos sentíamos un poco asustados y exaltados, a la vez.

Nuestra primera vez...

Las colchonetas se encontraban en un semicírculo y, cerrándolo, estaba el viejo en su sillón con un manojo de hojas para anotar lo que le pareciese importante, durante el proceso. La grabadora estaba encendida y preparada para grabar lo que sucediese durante la regresión. Todo estaba preparado.

A una indicación del psicólogo, cerramos los ojos y comenzamos a respirar más profundo y pausado. Sus instrucciones seguían guiándonos en la regresión. Las palabras se volvieron débiles y mi consiente apenas podía captarlas, hasta que perdieron todo sentido y se convirtieron en meros murmullos y sonidos inarticulados que tenían absolutamente ningún significado para mí. Poco después, los murmullos también desaparecieron. Tan sólo quedó el silencio. Una oscuridad total me rodeaba y, de repente, una luz diáfana me envolvió, casi al punto de dejarme ciego.

Es una incoherencia, tengo los ojos cerrados, pero mi conciente dejó pasar ese pensamiento, hasta perderlo en el olvido y no lo evocó más. Me sentía atraído por esa luz. Me indicaba un camino. ¿Cuál? No importaba. Yo sentía que esa luz me proporcionaba bienestar. Y con un impulso de ¿mi cuerpo? mi ser, volé a su fuente. En un momento, mientras continuaba mi ascenso, miré hacia abajo y entré en pánico. Me vi a mí mismo, acostado en la colchoneta. El viejo, seguía abriendo y cerrando la boca, pero ninguna palabra llegaba hasta mis oídos. Mis compañeros también se encontraban recostados y con los ojos cerrados. Todo era demasiado vívido y realista, pero estaba cubierto por una fina niebla que no

permitía distinguir algunos detalles. Las pinturas, esculturas y todos los adornos del consultorio parecieron fundirse en una descomunal mancha de colores nunca antes vista. Percibía las diferencias entre cada color, cada tono. Podía fragmentar la luz y ver que en realidad no era blanca sino de muchos colores.

— ¿Estoy muerto? — La pregunta me sacudió por completo. Aunque pronuncié las palabras, ningún sonido salió de mi boca, la cual estaba transformada en una “O” muy grande. *Pero, ¿era mi boca?* Manoteé desesperado, tratando de pellizcarme y, no con sorpresa, pero sí con terror, mi mano atravesó mi brazo.

En ese momento, cuando me encontraba tan asustado y sin saber cómo reaccionar, sentí con más fuerza como la luz me atraía. Me llamaba, me clamaba, me necesitaba y yo, olvidando casi de inmediato que mi cuerpo se encontraba abajo, en alguna parte, volé con mayor decisión hacia la luz. La velocidad aumentaba espantosamente, con cada fracción de segundo. La aceleración era impresionante. Por un momento me vi convertido en energía, compenetrándome con la luz que atraía, fundiéndome con ella. Y, enseguida, cuando estaba a punto de alcanzar la fuente de todo ese bienestar, la luz me abandonó. De nuevo me encontraba en la oscuridad. Pero el sentido de bienestar no me abandonaba. Sentía que alguien me estaba vigilando. Alguien o algo estaban ahí.

Y eran muchos...

III

No sé cuanto tiempo permanecí en la oscuridad. Sentía que me estaba *¿recargando?* mejorando en mi espíritu. Había algo así como un bálsamo mágico que curaba todas las dolencias y me hacía olvidar las experiencias malas de la vida. Realzaba todo lo bueno que me ocurrió. También veía todo lo malo realizado hasta ese momento. Los errores que antes consideraba olvidados y perdonados, volvían como en una cinta sin fin y desfilaban una y otra vez delante de mí. Pero no me sentía mal. Al contrario, ahora sabía qué cosas malas realicé y sabía como contrarrestarlas. Como deshacer lo mal hecho. Entonces, cuando ya estaba *¿deseando?* resignado a permanecer eternamente en ese reposo benéfico, la oscuridad dio paso a una luz tenue; la podría describir como el principio de un amanecer tan hermoso como el nunca antes visto.

Ahora veía las presencias que me observaban. Eran seres, pero no sabía si eran humanos. No tenían forma alguna. Simplemente, tenía conciencia de que estaban ahí y podía sentirlos y, de alguna manera, sabía que si les hablaba, me entenderían.

No quise hacerlo, por lo menos no en el momento.

Comencé a reconocer el sitio en el que me encontraba. No había cielo ni tierra. Tampoco era el espacio. Parecía encontrarme en la eternidad. No un momento preciso. Sentía que me encontraba a través de todo el espacio y tiempo. Mi ser llenaba completamente esa eternidad, aunque como forma, ocupaba un espacio mínimo. Y entonces, al mirar en una dirección indefinida, vi a mis amigos. Conservaban la misma forma que yo, es decir, humana.

— ¿Miguel? — Me atreví a preguntar. La forma humana volteó la cabeza y me miró. Por la expresión de su cara, adiviné que también se sentía perdido y sorprendido.

— ¿Enrique? — De nuevo ese maldito efecto. Vi como abría la boca, pero ningún sonido salió de ella. Sólo sentí en mi cabeza que me dirigía la palabra.

Telepatía, pensé excitado.

— ¿Dónde están los demás? — No lo dije, sino envíe un pensamiento.

— Aquí estamos. — Y entonces vi a otras formas que se movían, más allá de Miguel.

Todos estaban ahí. Pero era raro. Si nosotros experimentábamos una regresión, no era posible que nos encontráramos unos con otros, en otras mentes. Era imposible, a menos... a menos que estuviésemos muertos. Era la única respuesta posible.

— ¿Dónde estamos? — Preguntó JJ.

Nadie respondió a esa pregunta. Tan sólo nos miramos unos a otros. Intenté moverme hacia Andrés, quien se encontraba más cerca, y en ese momento me di cuenta que carecía de peso. A una voluntad mía, mi ser no voló, sino se transportó momentáneamente. Los demás hicieron lo mismo. Ahora, estábamos reunidos en un grupo. No sabría decir si nos hallábamos asustados. Era posible, pero la fuerza del sentimiento de bienestar que nos envolvía, hacía olvidar ese miedo.

— ¿Estamos muertos? — Andrés envió la pregunta que asaltaba mis labios, pero que no dejaba escapar. Todos lo miramos, con terror en las caras, internamente rechazando esa revelación, aunque las pruebas estaban a la vista.

— No. — Una voz, cuyo dueño no veíamos, pero sentíamos, tomó posesión de nuestras febriles mentes y las tranquilizó. — No lo estáis.

— ¿Dónde estamos? — Preguntó Heitter. Estaba desesperado por salir de esa situación y regresar a la normalidad.

— No sabría deciros el nombre. Algunos le llamáis Paraíso, Rai, Walhalla, Olimpo y miles de millones de nombres más. Aunque vosotros no os encontráis en él, en el momento... Estáis a sus puertas. Tan sólo aquellos que han dejado su cuerpo en alguno de los planetas y han decidido ingresar o regresar al mundo espiritual, pueden entrar. Este lugar es vetado a todos los seres que aún conservan su cuerpo. — La presencia se hizo más fuerte y comenzó a tomar forma. — Lo es también para vosotros. — Dijo la voz y añadió segundos después, — por el momento.

Nos miramos con cierto estupor. Decididamente, esto era algo más allá de nuestra imaginación y, si esto era histeria colectiva o un sueño de ese tipo, era uno de aquellos que no se volverían a repetir nunca jamás en la historia de la humanidad.

— Un momento. — JJ parecía dudar de sí mismo, pero después de un momento de silencio se decidió, — si nos encontramos aquí es porque estamos muertos, es decir, dejamos nuestro cuerpo en la Tierra y venimos aquí. ¿De qué otra manera estaríamos aquí? — Estaba hablando con una calma calculada. Parecía que el hecho de que estuviera en este momento envuelto en algo sobrenatural no lo afectaba.

Esa era una cualidad de JJ: en momentos de peligro, nunca perdía la cabeza y era el único de nosotros, capaz de frenar una pelea a punto de comenzar, con una simple frase. Jamás lo vimos usar sus puños o insultar a alguien. Pero en este caso, era una excepción tan grande, que cualquier otro perdería la cabeza. Sin embargo, él se contuvo y reflexionó bastante antes de preguntar, conservando la calma.

— Porqué han sido elegidos...

— ¿Para qué? — Interrumpió Andrés, pero se atragantó antes de decir la última sílaba. Sintió que estaba cometiendo un sacrilegio, al interrumpir de esa manera al ser que nos hablaba.

— ... para representar a su mundo. — El ser calló y también nosotros.

El fuerte sentido de las palabras nos obligó a callar, aterrados. Gracias a las cintas del psicólogo, aprendimos a reflexionar antes de lanzar una pregunta al azar. Aunque el *¿en qué?*, forcejeaba dentro de nuestras mentes, buscando una salida inútil que no queríamos proporcionarle. Hubo un silencio que pareció durar toda la eternidad. Un silencio sepulcral, que presagiaba los grandes eventos que se expondrían a continuación, expresando todo el sentido que implicaba la frase dicha por ese ser sin espacio ni tiempo. Esa forma nos llamó a su presencia porque nos necesitaba, valiéndose de nuestra curiosidad y utilizando como instrumento al viejo.

— Lo que voy a contaros a continuación, está sujeto a vuestra consideración. No quiero que me deis una respuesta ahora. — El ser calló, esperando algún reclamo o pregunta de nuestra parte pero, al no obtenerla, continuó: — La eternidad siempre ha presenciado la batalla sin fin, entre los que vosotros llamaríais el bien y el mal. Pero sólo hay una verdad y es la que quiero explicaros, antes de deciros vuestra misión en esta conflagración. Todos somos parte de un mismo Ser Supremo. Al estallar el Universo, que es un proceso continuo, este Ser se vio contaminado por sus consecuencias. El único medio de librarse de dicha contaminación, fue el de dividirse en miles de millones de partes, que fueron disipadas por las ondas de la explosión. Sin embargo, para reunirse de nuevo y volver a ser uno solo, esas miles de millones de partes, que vosotros llamáis espíritu o alma, necesitan alcanzar la perfección y la limpieza total que antes tenían. La manera en que las almas se limpian de esas impurezas, es a través del conocimiento. El conocimiento es adquirido durante su permanencia en un cuerpo. Ese cuerpo es el que, con el paso del tiempo, absorbe parte de la contaminación. Por eso se deteriora. El constante aspirar de la contaminación, daña el cuerpo y este muere. ¿Qué ocurre con el alma? Ésta tiene que reposar un período de tiempo, antes de volver a tener la capacidad de limpieza que se requiere. Después, vuelve a otro cuerpo para continuar con el proceso de limpieza. Las almas que han alcanzado un cierto grado de limpieza, pasan a un estado que es el que ahora en La Tierra, llamáis Maestros. Estas almas están a tan sólo un paso de reunirse con otras de nuevo, pero antes de ello, tienen que ayudar a otras, para que alcancen su estado y las reemplacen. Y así, el proceso vuelve a comenzar. — El ser calló un momento, permitiéndonos comprender lo expresado. — Empero, — continuó él, — muchas almas, en lugar de librarse de las impurezas, adquieren muchas más durante sus estancias en las diferentes formas de lo que vosotros llamaríais vida. El cuerpo de estas almas se destruye más rápido que el de las demás, por el exceso de suciedad. Al regresar a su estado original, para reposar, no lo hacen. En cambio, buscan con desesperación otro cuerpo que poseer, para proseguir con su envilecimiento. Dichas almas son millones en estos momentos. Sin embargo, para no romper con el equilibrio y destruir por completo a nosotros mismos como un único ser y no volver a ser uno jamás, se decidió entre los Maestros de las almas contaminadas y los de las limpias, crear una serie de lo que vosotros llamaríais batallas. Tened en cuenta que dichas batallas no son corporales. Dichas batallas son espirituales. — El ser calló nuevamente.

Nosotros estábamos anonadados. Todas las creencias, toda nuestra vida, todo lo que habíamos conocido, lo que habíamos creado o mantenido, se derrumbó en un sólo instante, pereciendo en las inmensidades del conocimiento que nos proporcionó ese ser. Era algo increíble, a pesar de haberlo visto y escuchado unos pocos segundos antes.

Al parecer esa presencia se daba cuenta de nuestro estado.

— Esas batallas, — continuó el ser, — no pueden ser realizadas entre Maestros. El premio es Almas. Almas que en este momento se encuentran perdidas. Que no saben qué partido tomar y por ende, ninguno de los “Maestros” puede obligarlas a tomar uno, a menos que esta alma se encuentre perdida y sea

entregada como premio. Y os diré una cosa, no es un alma, ni diez, ni cien, ni mil. Os estoy hablando de millones que se deciden en una sola batalla. Vosotros, los humanos, os equivocáis cuando habláis de ser los únicos habitantes de este Universo. El planeta Tierra no abarcaría la totalidad de almas que existen en la eternidad. Recordad que el Universo es inmenso, pero la eternidad lo es más. La eternidad es interminable y, para que vosotros comprendáis la importancia de lo que os estoy narrando, al unirse todas las almas juntas de nuevo, para volver a crear el uno solo, llenarían la eternidad. Ese es el motivo que le da la verdadera importancia a las batallas. Los encargados de librar esas batallas son llamados guardianes. Los guardianes son almas que combaten toda su existencia por un sólo motivo, forjadas en este conocimiento. Son pocas las almas que realizan dicho recorrido. Por ello, son destinadas a decidir lo que será con las millones como premio. Os parecerá terrible, pero dicha es la única manera de decidir el curso de la eternidad, parejamente. Si por fin volverá a su estado normal, es decir, volverá a estar completa, o será destinada a permanecer vacía, por siempre jamás.

Un silencio sepulcral siguió estas palabras. Sencillamente, no sabíamos como reaccionar. En mi fuero interno, presentía lo que diría a continuación y daría mi existencia eterna, como la llamaba él, para no escuchar esas palabras. Creo que mis amigos también comprendían a donde dirigía la conversación la presencia y tampoco querían escuchar el final. Lo cierto es que ni siquiera lo hubo. Simplemente, la oscuridad nos envolvió a de nuevo, y esa sensación de paz nos abandonó. Lo último que alcancé a escuchar, fue a ese ser en mi mente, diciendo:

— Es todo lo que os diré, por ahora. El resto lo conoceréis cuando decidáis por vosotros mismos si queréis escucharme. Hablen al viejo, él os explicará...

Y en ese momento desperté en el consultorio del viejo. Mis amigos ya estaban despiertos y se miraban con consternación. Había un deje de locura en esas miradas. Una incredulidad absoluta y un brillo que denunciaba un poco de demencia.

Ninguno quería ser el primero en hablar de su experiencia. El silencio sólo era interrumpido por el susurrar del pasacintas, todavía funcionando. Es curioso, pero fue el primer sonido *real* que escuché y es el que, al pasar de los años, asociaría con una emoción positiva.

El viejo nos miraba. Desde lo alto de su sillón, parecía manejar perfectamente la situación. Él era el rey y nosotros sus vasallos, pero en este caso, los vasallos tenían su propia opinión y Andrés fue el primero quien la expuso:

— Usted lo sabía todo el tiempo, ¿no es verdad? — Había un deje de histerismo en su voz. Estaba al borde de un ataque de nervios. Esto confirmaba que tuvo la misma experiencia que yo, aunque logré salir más indemne que él.

El viejo no respondió. Se limitó a levantarse y, después de dar unos cuantos pasos, apagó el pasacintas. Luego, regresó a su sillón, pero no se sentó. Permaneció parado. Parecía esperar algo. Nosotros no sabíamos, pero entonces comprendí. Él quería estar seguro de que todos tuvimos la misma experiencia. Quería saber si todos fuimos partícipes de la historia que nos contó el ser.

— Muchas gracias. — Dije, levantándome de la colchoneta. — ¿Cuándo será la próxima sesión?

— ¿No quieren escuchar las cintas? — Él parecía asombrado, pero alcancé a ver una luz fugaz en sus ojos, que reveló un estado de hilaridad controlado por una fuerza de voluntad férrea. Enseguida, para ocultar su estado, se dirigió al escritorio dándonos la espalda. — Exactamente, dentro de dos semanas. — Se dio la vuelta y se arregló los anteojos con un movimiento reflejo y, después de sonreír despectivamente, añadió: — Aunque no creo que todos vengan.

Mi intención era la de postergar todo lo posible la explicación. Una sola palabra, relacionada con la experiencia que habíamos tenido, significaba la diferencia entre salir con un juicio más o menos racional o totalmente locos. Necesitábamos tiempo para pensar. Para reunir las luces de nuestra mente y forjar el relámpago de la idea y decisión. Mis amigos se levantaron en silencio. Heitter se tragó el fuerte comentario que iba a lanzar, a razón de no obtener respuesta. También en silencio nos colocamos nuestras zapatillas, nos apretamos los cinturones y, después de despedirnos, salimos por la puerta como perros después de una pelea perdida: con la cola entre las piernas.

Mientras nos retirábamos, una frase seguía sonando repetidamente en mi cabeza. Parecía un acetato de cuarenta y cinco revoluciones, lleno de polvo y totalmente rallado, colocado en el reproductor por primera vez en veinte años, que saltaba una y otra vez en la misma línea: *Porque han sido elegidos... Porque han sido elegidos... Porque han sido elegidos...*

IV

El regreso a nuestras casas fue en silencio total. Nadie hizo comentarios. Si acaso cruzábamos alguna palabra, era para saber que presentarían por la televisión esta tarde, o consultar los resultados de los partidos de fútbol. Acompañamos primero a Andrés, quien vivía cerca del consultorio. Enseguida yo, sacando mi carro del estacionamiento de visitantes del conjunto residencial, me despedí de mis amigos. Ni siquiera puse atención a que ninguno pidió que lo llevara.

Necesitábamos un tiempo a solas.

Durante el regreso, una especie de éxtasis me asaltó. Había sentido esa emoción antes, pero no era la explosión que acababa de sufrir. No sabía, tampoco quería asociar esa emoción con lo vivido unos momentos antes. Manejaba sin el cinturón de seguridad, a más de ciento veinte kilómetros por hora, por la Avenida Circunvalar, en el carril derecho, a las cuatro de la tarde, con el radio a todo volumen, que en ese instante transmitía el éxito del momento. Era la ocasión perfecta para cometer un suicidio involuntario.

Pero, ¿era involuntario?

Durante los veinte años de mi existencia, siempre encontraba la manera de eludir responsabilidades. Siempre tenía miedo de salir adelante y tomar mis propias decisiones. No era un cobarde, no. Por lo menos no en el sentido que se le da a la palabra. Y sin embargo, las responsabilidades parecían pasar, a lo largo de las defensas que les exponía, indemnes y atacarme una y otra vez. Y ahora, si lo que yo temía se hiciese realidad, la responsabilidad más grande, en lo que he vivido y lo que me quedaba por vivir, acababa de presentarse con todas sus tropas, lista para el ataque decisivo y final. Era algo aterrador. Saber que algo está por venir y todavía no conocer qué es y lo que hay que hacer para sobrellevarlo. Una sarta de mentiras y excusas falsas se me ocurrían, para el día en el que por fin nos reuniríamos para tomar la decisión de lo que realizaríamos a continuación. Y ya suponía la pregunta principal del tema: ¿Volveríamos o no donde el viejo? Si la experiencia por la cual pasé era cierta y todo lo que ese ser nos dijo también era verdad, no quería repetirla. Por lo menos no en el momento. Necesitaba tiempo para pensar. Para decidir qué hacer. Y entonces, la cara del viejo, luciendo la sonrisa despectiva, apareció ante mis ojos y recordé las palabras lanzadas por él con altivez: *aunque no creo que todos vengan...*

— ¡Pues al demonio! — Exclamé en voz alta, riendo como loco. — Me tiene sin cuidado si soy un cobarde. Esto no es normal. ¡Carajo, NO ES NORMAL! — La última palabra salió de mi garganta en un grito desesperado y cerré los ojos por un momento, intentando controlarme.

Y esa acción casi me cuesta la vida.

Al abrir los ojos, vi como un automóvil, irrespetando una de las reglas básicas del tránsito, estaba yendo en reversa, justo por el carril en el que me encontraba. Mi instinto de conservación actuó más rápido que el terror. En contados milisegundos, pisé el freno dejando rastros de neumático a lo largo de la avenida y

giré a la izquierda y enseguida a la derecha, pasando a milímetros del otro automóvil. Me detuve a unos veinte metros y miré por el retrovisor. El otro automóvil también se detuvo. Me bajé del carro y comencé a caminar donde estaba aparcado el otro. Mientras avanzaba, la adrenalina comenzó a subir de tal manera que en un momento no estaba sólo furioso, también estaba eufórico. Sin embargo, esa furia se convirtió en verdadera cólera al ver que el asiento trasero lo ocupaban dos pequeñas niñas de más o menos uno y dos años de edad. Lo único que pensé en ese momento, fue que si chocaría contra ese carro, además de matarme yo, seguramente mataría a esas niñas. Y entonces, preso de una violencia que nunca antes sentí, comencé a golpear el automóvil, retando al conductor a que saliera. Quería matarlo en ese mismo lugar. No quería permitir que un salvaje que arriesga a sus hijas de semejante manera, existiera en esta vida. El señor, al ver el estado en el que me encontraba, acertó al colocar el seguro en todas las puertas. Se veía gracioso: un grueso caballero, de mediana edad, ocultándose debajo del timón y gimoteando algo desde abajo. Esa pintoresca escena me calmó un poco y, dejando el auto en paz, regresé al mío.

Cuando de nuevo me puse en camino, un terror irracional se apoderó de mí. Las manos me temblaban y, al verme en el espejo, noté que estaba completamente pálido y sudoroso. Y no era para menos, mi carro debió volcar al realizar yo la maniobra. MI CARRO DEBIÓ VOLCAR. ¡Dios mío, debería estar muerto! Más, por un milagro del equilibrio, no lo hizo. Ni siquiera coleó. Se mantuvo firme sobre las cuatro llantas.

Ese fue el suceso que quebrantó mis defensas contra la responsabilidad.

De nuevo estábamos reunidos en el apartamento de Andrés. Su pequeña vivienda se convirtió, de improviso, en nuestro centro de concurrencias. Ahí no había padres que nos molestaran, ni hermanos o hermanas que pidieran favores. Podíamos hacer todo lo que quisiéramos y hablar sin remordimientos y sin ocultar el verdadero sentido de las palabras. No era que desconfiáramos de nuestras respectivas familias. Simplemente, existían cosas que la familia no debe saber ya que, si las supiera, no las aprobaría o entendería. ¿Y cómo explicar a alguien la experiencia por la que pasamos? ¿La entenderían?

Nos encontrábamos en la sala del apartamento. Todos asistimos, aunque, tengo que decirlo, no de buena gana. Miguel y Andrés estaban sentados sobre el sofá, jugueteando con los dados de AD&D². JJ se encontraba sumido en la lectura del cómic de los Simpson y no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Heitter, al ver que todos menos yo estaban ocupados, sacó una baraja de cartas bastante manoseada de su morral y me propuso un juego de póker. Acepté con gusto. Después de cinco manos, la mitad del sencillo que tenía, pasó al bolsillo de él y no quise continuar. Heitter guardó las cartas y me miró inquisitivamente. Como por telepatía, Andrés y Miguel pararon de lanzar los dados y JJ, por primera vez en toda la tarde, apartó la vista del cómic. Me sentí atrapado. No sé por qué, pero en ese momento quise salir de la sala lo más rápido posible, pero no pude. Entonces, recordando lo pensado durante el regreso a casa, decidí enfrentar de una vez el problema. Tomar el toro por los cuernos.

— Bueno, ¿alguien quiere comenzar a decir lo que ocurrió en esa maldita sesión? — Lancé la pregunta al aire, esperando que cualquiera fuese el primero en responder.

— ¿Por qué no empiezas tú? — JJ levantó la silla y la acercó, hasta cerrar el círculo, una vez más.

No supe qué responder, pero después de un rato de silencio, me armé de valor y comencé a relatar lo ocurrido durante la regresión. Cuando terminé, todos asintieron con gravedad. Un rato después, sabía que todos pasaron por la misma experiencia y las personas a las que hablé durante la regresión, eran ellos. Ellos fueron los que respondieron a mis preguntas y ningún producto de mi imaginación fue el resultado de lo ocurrido. Todo fue verdad. Un pesado silencio se impuso en la pequeña sala después de las *confesiones*.

— ¿Alguien quiere una cerveza? — La pregunta de Andrés me tomó por sorpresa y en parte me sobresaltó. Estaba tan sumido en mis pensamientos, que ni siquiera noté que él se levantó y se dirigía a la cocina.

— Creo que sí. — Respondí, tratando de sonreír, pero en lugar de eso, una feroz mueca cruzó por mi cara y desistí. — Y si tiene cigarrillos, también. Los míos se acabaron. — Como nadie más respondió, Andrés asintió y trajo un par de

2 **AD&D:** Advanced Dungeons & Dragons, juego de rol. Su versión en español es Calabozos y Dragones. N. del A.

cervezas bien frías y un paquete de Marlboro que depositó pulcramente sobre la mesita. Prendí uno con desespero. Definitivamente lo necesitaba.

— La pregunta ahora es, ¿quién va a regresar para otra sesión? — Miguel sacaba de nuevo el tema a colación, cuando yo creía que acabaría ahí.

— Yo. — JJ casi no dejó terminar de formular la pregunta. — Por lo menos, para saber el final de la historia. — Añadió precipitadamente.

— Creo que todos regresaremos. — Miguel estaba seguro de lo que decía. Y no se equivocaba. Teníamos miedo, pero la curiosidad era mayor. Todos asintieron. La curiosidad era mayor, la curiosidad...

—...mató al gato. — Terminé lacónicamente en voz alta mis pensamientos y acabé de un trago con la cerveza. Todos me miraron.

— ¿Qué quiere decir con esto? — Preguntó Andrés.

— Estaba pensando en la curiosidad y en lo que nos dijo el viejo, la primera vez que fuimos, nos dijo que esto era peligroso, nos advirtió. La curiosidad mató al gato. ¿Recuerdan?

Nadie respondió, pero todos recordaban las palabras del viejo. Era curioso, generalmente uno no recuerda ni la mitad de las palabras exactas que dijo, o que le dijeron en una conversación. Recuerda el sentido general, pero no las palabras. En este caso, cada una de las palabras que se dijeron en el consultorio del viejo, estaban grabadas en nuestras mentes.

— Por ahora, nada podemos hacer, además de especular. — Heitter se levantó decidido y comenzó a recoger sus cosas y guardarlas en el morral. — Ya tomamos la decisión y lo único que podemos hacer, es esperar hasta la próxima sesión. — Colgó el morral de su hombro y, balanceándolo descaradamente, se dirigió a la puerta. — Ya es tarde, así que me voy. ¿Quién viene conmigo?

JJ y Miguel se levantaron también. En verdad ya era tarde y la posibilidad de parar un autobús, en el centro de la ciudad, a esas horas, se hacía cada vez más y más remota, además de peligrosa. Nos despedimos. Andrés me miró con complicidad y, sin decirme una sola palabra, fue a la cocina y unos segundos después regresaba con unas cuantas cervezas. Lo miré con una leve expresión de sorpresa en la cara y después solté una carcajada. Definitivamente necesitábamos esas cervezas. Estaba casi seguro de que Heitter, JJ y Miguel estarían haciendo lo mismo en la tienda de la esquina, antes de parar cualquier autobús.

Comenzamos a apurar una cerveza tras otra, conversando sobre temas banales. Le conté mis progresos en la universidad y lo visto ese día en clase. Era ya una costumbre, alguno de nosotros le explicaba a Andrés lo visto en clase y él no se atrasaba en lo más mínimo. Aunque no podía ejercer una función como profesional, al menos tendría los conocimientos necesarios como para con unos simples exámenes de aptitud, terminar la carrera.

El trago comenzó a hacer efectos en nosotros, al poco rato. Andrés fue al cuarto y al cabo de un rato regresó con su grabadora. De repente, como si fuera cualquier cosa, conectando la grabadora y sin mirarme, Andrés me preguntó:

— Venga hombre, ¿usted me puede hacer un favor?

— Claro, — contesté sin pensar. — ¿Qué necesita?

— Quiero hacer las paces con mi familia. — Dijo sin más y, después de conectar la grabadora, se sentó tranquilamente al frente.

¿Cómo demonios se suponía que le ayudaría a hacer las paces? Si ni siquiera tenía buenas relaciones con sus padres y mucho menos después del despido de Andrés de la Universidad. Ellos culpaban a nosotros, dizque porque influenciarnos su estudio. Claro está, que me guardé de decirle esto a él.

Como Andrés veía que no respondía, continuó:

— Quiero que comprenda una cosa, no es que quiera regresar a la casa, no. Ya estoy acostumbrado a vivir así. Claro que si no es por ustedes, tal vez en este momento estaría pidiendo limosna en cualquier semáforo de la ciudad. — Se rió, pero su sonrisa no tenía nada de alegre, al contrario parecía una mueca de la más profunda tristeza, imaginando el resultado de la falta de ayuda y colaboración de sus amigos más allegados. Prendió la grabadora, sintonizando la emisora de moda. — Simplemente, quiero estar en paz con ellos. Aunque no lo crea, son mis padres y los quiero. Además, después de mucho pensar, ahora creo que ellos tenían razón. — Yo seguía callado. — Me hacen falta, necesito hablar con ellos y, cuando llamo a la casa, cuelgan el teléfono al saber que so yo. — Andrés se quedó callado un rato y apuró la cerveza que tenía entre manos para enseguida abrir otra. También sacó un par de cigarrillos y me ofreció uno a mí. — No sé cómo carajos pedirles perdón.

— ¿Por qué no va a la casa y se los dice de frente? — Esa era la solución más lógica y la más práctica. Si ellos no querían hablar por teléfono, por lo menos quedaba la oportunidad de que no le cerrarían la puerta en la cara. — Estoy seguro de que ellos también lo quieren y lo extrañan. Al fin y al cabo lo quieren, o al menos lo deben querer. Usted es su hijo.

— ¿Me quieren? — Andrés sonrió de nuevo con esa sonrisa de condenado a muerte y le dio una fuerte pitada al cigarrillo. — Esa pregunta me la hice durante mi vida. Nunca fui bien visto por ellos. Siempre fui la oveja negra de la familia. Y lo que es peor, tengo un hermano que es todo un éxito. Ya terminó la universidad, se casó hace poco, y tiene un excelente puesto en una compañía multinacional de petróleo. ¿Cómo competir con eso? — Esa pregunta me pilló por sorpresa.

— Y, ¿para qué competir? — Después de meditarlo un rato, por fin di con la respuesta. — ¿Quiere ser igual o mejor que él? ¿Qué quiere demostrar? Por si no lo sabía, — comencé a hablar con tono sarcástico, ya que comprendía que Andrés se encontraba un poco borracho y comenzaba a entrar en esa etapa típica de la gente con exceso de alcohol en su organismo: autocompasión. — No todos son iguales en este mundo y no todos fueron creados para ser los mejores. Usted tiene otras capacidades que debería desarrollar, en lugar de fijarse metas e ídolos imposibles de alcanzar. Y, además, su preocupación no debería ser su hermano, en este momento. Él ya tiene lo que quiere y estoy seguro que está feliz. Tiene que preocuparse por sí mismo. ¿Que sus padres no lo quieren? Pues vaya y pregúnteles de frente: ¿Ustedes no me quieren? No importa cual sea la respuesta, por lo menos sabrá a qué atenerse y no estará sufriendo, como en este momento. Es muy cierto, si la respuesta fuese no, al principio le dolería. Pero al cabo del tiempo se acostumbraría a la idea y no viviría en el infierno de la duda. ¿Su

hermano ya terminó la carrera y está trabajando? Usted está trabajando desde ya. Y en cuanto al estudio, nosotros le estamos ayudando, precisamente para que cuando pueda pagar un semestre, con unos cuantos exámenes le baste. Claro está que eso depende de usted y de nadie más. Nosotros le proporcionamos la información, pero es cosa suya lo que haga con ella. — Andrés quiso interrumpirme, pero lo detuve con un gesto y continué atacándolo sin cuartel. — ¿Que el problema es el dinero? Yo sé que usted no gana las millonadas de este mundo, pero tampoco es que las esté gastando. La mitad de su sueldo se va en los pagos de alquiler, los servicios y alimentación, pero todavía le queda el resto de la plata. Digamos que se gasta la mitad de lo restante en diversiones y otras cosas, el resto lo pone en un banco y ahorra. Y, a este ritmo, por cada seis meses de trabajo, usted reúne la plata necesaria para el pago de un semestre de universidad. ¿Que su hermano tiene un puesto excelente? Usted también lo puede conseguir, o lo que es mucho mejor, crear su propia empresa. Pero para ello, necesita terminar la carrera, así que no se adelante a la vida. ¿Que su hermano ya está casado? — Me detuve por un momento, reuniendo las ideas. — ¿La mujer de su hermano trabaja? — Pregunté a Andrés, dándole por fin la oportunidad de hablar, que hace tanto rato me estaba pidiendo.

— No, pero a todo lo...

— Pues entonces, su hermano tiene que trabajar el doble para pagarse la vida que usted me cuenta que lleva y, además de eso, mantener a su mujer. — Lo interrumpí. — Y para cuando vengan los hijos, la cosa será peor. Usted debería alegrarse de que todavía no se encuentra metido en ese problema. Claro está que hace falta algo, ese algo que tan sólo a un hombre se lo puede proporcionar una mujer, aunque eso se soluciona y con eso no quiero decir que hay que ir con las putas. Tan sólo que en alguna fiesta o cualquier reunión, usted puede encontrar mujeres que son como uno y no buscan entablar una relación, sino más bien tener una aventura por una noche.

Esta vez Andrés no respondió. Al parecer mis palabras hicieron mella y eso era lo que quería. Apuré mi cerveza, ya que me quedé corto de saliva y tenía la garganta seca por ese pequeño discurso que acababa de dar. Miré el reloj, eran más de las doce. A Dios gracias era viernes y mañana no tenía clases. Podía quedarme un rato más. En mi casa no sabían que me encontraba en el apartamento de Andrés, pero eso no importaba en el momento. Sabía que más tarde soportaría el regaño de siempre. Y, pensando en ello, de repente me encontré analizando mi propia vida. Mis padres siempre tomaron la decisión de jueces al presentarles mis amigos. Siempre llegaban al mismo veredicto: no son de su gusto. No importaba si fueran chicos o chicas, el veredicto siempre era el mismo. Tal vez, siempre buscaban en ellos a sí mismos cuando eran de esa edad y, obviamente, no podían encontrarse. Y es que las generaciones y costumbres cambian mucho en veinte años y eso es lo que los padres nunca logran comprender.

— ¿Tiene más cerveza? — Pregunté al buscar otro trago y ver que se acabó la cerveza. También quise interrumpir el flujo de mis pensamientos. Lo menos que necesitaba en ese momento, era sentir autocompasión.

— No. — Miró su reloj. — La tienda estará abierta todavía. Faltan treinta para la una.

— Entonces vamos. — No le pregunté si tenía dinero. Sabía la respuesta de antemano. Él gastaría hasta el último centavo y eso era lo que menos necesitaba en ese momento. — Yo invito. — Y creo que en ese momento, el bolsillo de Andrés suspiró aliviado.

Después de apagar las luces en el apartamento y asegurarse de que Andrés llevaba las llaves del mismo, bajamos los tres pisos, usando las escaleras. La noche era bastante fría y nublada. No había una sola alma en la calle y sólo un farol estaba funcionando entre los diez que alumbraban la cuadra. La tienda se encontraba en la otra esquina y nosotros caminamos bastante azorados hasta ella. Me maldije por la idea y el no pensar en la seguridad del sitio en el que me encontraba. Las luces de la tienda se veían tan lejanas, a pesar de encontrarse a poco más de cincuenta metros de distancia. Cubrimos esos metros, con una escarcha cubriendo nuestro corazón. Más tarde, Andrés me confesaría que nunca salió tan tarde a la calle, a pesar de que era su propio barrio. Sin embargo, llegamos hasta la tienda sin problemas. Era un sitio medio destruido y con un ambiente saturado y cargado con el insoportable olor a cerveza y orín, estancados desde hace años, en todos los rincones. Un par de borrachos discutían algo con gritos desafinados, sentados alrededor de una mesa, con una montaña de botellas vacías de cerveza de por medio. Una radio en muy mal estado transmitía música de carrilera, si no estoy mal era *La Jarretona*. En fin, parecía el sitio perfecto para la reunión de atracadores y mendigos. Desdichadamente, era el único sitio abierto a estas horas. Al parecer, no tenían ningún respeto por la ley zanahoria. Más tarde, nos enteraríamos de la razón. La policía nunca se asomaba por ese barrio. Por algo sería que el precio que Andrés pagaba por el alquiler del apartamento era ridículo. Pedimos una canasta de cerveza. El tendero, un viejito bastante simpático, a pesar de estar rodeado por semejante ambiente, sacó enseguida y sin ningún esfuerzo aparente la caja y la puso sobre el mostrador, informándonos del precio. La cantidad del dinero que yo tenía, cubría cuatro veces el costo, pero al sacar la plata, cometí un error imperdonable dado la circunstancia: saqué todo el dinero y, después de contar la cantidad pedida, guardé el resto en la billetera. No me di cuenta en ese momento, pero la gritería de los borrachos se cortó como por arte de magia. Andrés me contaría luego que ellos parecían pasar saliva con cada billete contado, y sus ojos siguieron con codicia todo el recorrido de la billetera desde mis manos, al bolsillo trasero del pantalón.

Nos despedimos del tendero y, levantando la caja de cerveza entre los dos, caminamos de regreso al apartamento. Faltando unos metros para llegar a la entrada, sentimos unos pasos inseguros y apresurados, siguiéndonos. Sin mediar palabra, apresuramos el paso sin mirar atrás. Con horror, recordé los horripilantes titulares del periódico amarillista de la ciudad. Definitivamente, mi intención esa noche no era formar parte de ellos. Así que, cuando los pasos se acercaron aun más, solté de golpe la canasta de cerveza. Andrés, ante mi insospechada reacción, soltó de inmediato la caja, pero al hacerlo un segundo después de mí,

resbaló y cayó en medio del charco de cerveza formado por las botellas que se rompieron en la caída. Sin siquiera ver la reacción de nuestros perseguidores, tomé una de las botellas a la que se le desprendió el fondo, por la parte angosta. Andrés todavía intentaba levantarse del piso, cuando distinguí a nuestros perseguidores: eran los dos borrachos de la tienda. Al parecer, el fresco de la noche los despejó bastante. El brillo de sus ojos revelaba ansiedad y también un poco de miedo. Al parecer, no esperaban esa reacción. Se detuvieron, decidiendo qué hacer. Sin dar tiempo a que reaccionaran, me lancé sobre ellos y con un rápido movimiento intenté destripar al que se encontraba al frente. El tipo se echó atrás, esquivando mi estocada. Dado al impulso que llevaba, seguí de largo y caí de bruces. Esa caída me salvó de recibir una puñalada: el otro tipo también inició la suya.

Era una escena aterradora, en esos movimientos ninguno de nosotros pronunció una sola palabra, tan sólo se escuchaba la agitada respiración de los perseguidores y la mía, el chirriar de los vidrios contra el pavimento al levantarse Andrés y correr en mi ayuda. El golpe seco que retumbó al chocar mi frente contra el suelo, el brillo suave de la hoja del cuchillo del tipo y el pálido fulgor de la botella que aun sostenía en mis brazos y que por milagro no se había roto al caer yo. Andrés tomó la precaución de quitarse el saco y, enrolándolo alrededor de su brazo izquierdo, atacó al que tenía el cuchillo. Lo que pasó a continuación, me aterra y me asombra. Mientras me estaba levantando, el que estaba desarmado me lanzó una patada al estómago, obligándome a doblarme sobre mí mismo y soltar la botella. Quiso rematarme con otra patada, pero instintivamente levanté uno de mis pies y di con el de apoyo de él. El tipo cayó al mi lado. No se levantó. Una pequeña mancha de sangre asomó por debajo de su cuerpo. El pobre desgraciado cayó sobre la botella que solté. No sé en que parte lo hirió el vidrio, lo cierto es que debió ser en una parte vital, ya que él quedó desmayado ahí mismo. Mientras tanto, Andrés y su enemigo se encontraban en una feroz batalla. Mi amigo recibió varias cuchilladas y, cada vez que levantaba su brazo derecho para defenderse, unas gotas de sangre caían al piso, brillando alegremente bajo la luz del lejano farol. En una de esas acometidas y mientras yo corría, presto a ayudarlo, Andrés dio un paso en falso y recibió la puñalada directamente en el estómago. La hoja del cuchillo se hundió hasta el mango. Grité. Al principio, Andrés ni siquiera entendió lo que pasó. Quiso seguir peleando y lanzó un golpe a su adversario. En ese momento las piernas le fallaron y cayó. Aullando de furia, llegué desde atrás y golpeé con todas mis fuerzas a ese perro. Él no esperaba un ataque por la espalda y cayó. Yo, preso de una furia inenarrable, comencé a golpearlo con mis piernas, lanzando terribles juramentos y maldiciones. Seguía y seguía golpeando al desgraciado, hasta que dejó de defenderse y se desvaneció. Cuando por fin la furia cesó y me di cuenta que el ladrón no representaba peligro alguno por el momento, corrí a socorrer a Andrés. Él logró levantarse y se arrastró hasta el muro. Ahora estaba recostado contra éste. Una mano yacía inerte sobre el piso y la otra mantenía una no muy firme presión sobre la herida. Tenía los ojos cerrados y se encontraba muy pálido. Me acerqué con cuidado, temiendo lo peor.

— Andrés. — Llamé con cuidado. Era ridículo, en el momento en el que debía gritarle o sacudirle, lo llamaba con cuidado, como si él durmiera y no debiera despertarlo. — ¿Está bien? — ¡POR DIOS! Que pregunta tan estúpida. ¿Cómo demonios iba a estar bien?

Él levantó los párpados y respiré con mayor soltura. Por lo menos reaccionaba. ¡Por lo menos estaba vivo! ¿Qué hacer? Llamar una ambulancia o acaso llevarlo en el carro hasta el hospital más cercano. Pero no quería dejarlo tirado, mientras corría a buscar un teléfono o mi carro. Simplemente podía morir. Tomé la decisión en segundos.

— ¿Puede levantarse? — Andrés lo intentó y logró pararse. Sus piernas lo sostenían, pero a duras penas. Enseguida me di cuenta que no lograría caminar. Pasé con cuidado su brazo alrededor de mi cuerpo y, sujetando a mi amigo con firmeza, prácticamente lo arrastré hasta el carro.

Camino al hospital, mientras manejaba a la velocidad máxima que alcanzaba mi carro, tan sólo una idea asaltaba mi cabeza. Yo, un ateo rematado, rezaba: *Dios mío, por favor no dejes que muera, por favor no dejes que muera.*

Aunque Bogotá tiene muchos hospitales, sólo conocía la dirección de uno. Quedaba al otro lado de la ciudad. Desesperado, pasaba por alto semáforos con la luz roja. No paraba en los cruces y no respetaba las señales de alto. Comenzó a caer una fina lluvia que más tarde se convertiría en un verdadero aguacero, pero eso no menguaba mi afán por llevar a mi amigo a un hospital. Apreté con fuerza los dientes y pisé a fondo el acelerador.

Horas más tarde, todavía me encontraba en la sala de espera del hospital, esperando noticias de mi amigo y rememorando los hechos. Cuando ingresé con Andrés a la sala de Emergencias, un grupo de médicos enseguida se ocupó de él. Era lo normal, era lo que esperaba. Lo que no esperaba, era que al salir de la sala, una enfermera o eso parecía, se me acercó y me preguntó con una voz llena de inocencia:

— ¿El señor tiene seguro médico? — Como no sabía si Andrés tenía uno, le respondí que no. Ella me miró por encima de sus pequeñas gafas y, juntando los labios hasta que perdieron todo color, me lanzó con descarado aplomo otra pregunta. — ¿Quiere pagar con tarjeta de crédito o en efectivo?

Al escuchar semejante pregunta, casi golpeo a esa maldita enfermera. En un momento como ese, cuando mi amigo podría estar muriéndose ahí adentro, ella se preocupaba por la cuenta. Me contuve con bastante esfuerzo y le entregué mi tarjeta de crédito. Afortunadamente, tanto para Andrés como para mí, había dejado en blanco mi deuda con el banco, gracias a una venturosa tarde en el casino. Mientras esperaba, acerté al llamar a JJ, Heitter y Miguel, alertándolos de los sucesos. Llegarían treinta minutos después. Miraba el blanco reloj, colgado sobre la blanca pared, encima de la blanca puerta, y contaba los segundos. Cansado, me levanté y busqué en los bolsillos un cigarrillo. Gracias a los cielos recogí el paquete de Marlboro, al ir a comprar la maldita cerveza. Quedaban dos. Levanté las cosas de Andrés, al salir del hospital para fumarme el pitillo. Entonces,

reparé en su billetera y mi cabeza se iluminó: ¡el número telefónico de la casa de sus padres debía encontrarse en ella! Era una buena ocasión para resolver de una vez el problema que me planteó en su apartamento. Si sus padres venían, era porque él les importaba, sino, ¡al demonio con ellos! No le diría nada a Andrés, por lo menos por el momento, pero más adelante él ya sabría a qué atenerse con ellos. Guardé los cigarrillos y corrí a buscar el teléfono del recibidor. El timbre sonó más de cuatro veces y al principio temí que no responderían. Sin embargo, al sexto o séptimo timbrazo, una voz soñolienta y mal humorada contestó.

— ¿Aló?

— Sí, muy buenas noches. ¿Hablo con don Andrés?

— Sí. ¿Quién es?

En pocas frases le expliqué quién era y lo ocurrido. El color regresó a mis mejillas y sentí un gran alivio al saber que los padres de Andrés venían para el hospital. Colgué algo reconfortado y sólo entonces recordé que en mi casa no tenían noticias mías desde hacía más de doce horas y, probablemente, mi descripción y la de mi carro circulaba en todas las estaciones de policía. Llamé y después de escuchar un regaño y toda una lección sobre responsabilidad, lo que me costó miradas llenas de reproche por parte de la recepcionista, expliqué lo ocurrido y dónde me encontraba, dejando bien claro el hecho de que no me movería de ahí, hasta saber el estado de salud de Andrés. Después de colgar, por fin pude fumarme el cigarrillo. Cuando lo estaba apagando, las luces de un auto me indicaron que los padres de Andrés habían llegado y, un momento después, un taxi depositó a mis amigos sanos y salvos frente a la puerta del hospital.

— ¿Cómo se encuentra? — Miguel lanzó la pregunta mucho antes de bajar del automóvil y, sin darme tiempo para responder, lanzó un juramento que se perdió sin respuesta en la oscuridad de la noche.

LA SEGUNDA SESIÓN

Cuando miró atrás y recuerdo lo ocurrido esa noche, me maldigo una y otra vez por mi propia estupidez. Si yo no actuase tal y como lo hice, Andrés no recibiría esa puñalada y los hechos posteriores no se desarrollarían como lo hicieron.

Ya está amaneciendo y evoco con nostalgia que a esta hora todo estaría cerrado. El recordar lo sucedido a Andrés, me llena de tristeza y también algo de hilaridad, por lo que ocurriría un poco después. Tú, estás determinado a finalizar con tu plato y ni siquiera me miras. El mío ni siquiera está empezado. Durante toda la cena, el único que ha hablado soy yo. Me detengo y noto que perdí el apetito. Pido al mesero que retire la comida y traiga un tinto y un paquete de cigarrillos.

— ¿Recuerdas cómo comenzó la segunda sesión? — Tu pregunta me toma por sorpresa. ¿Por qué esa necesidad de saltarse los hechos?

— ¿Tan pronto quieres regresar? — Y aunque la pregunta no se refiere a qué, tú lo entiendes.

— Mi hermano está ahí y tengo que sacarlo. — Dices despacio y separando las sílabas. Eso me asusta. En momentos como este, tenemos que permanecer unidos y no debemos tener peleas entre nosotros, más fue como si algo me picara la lengua y mordaz respondo:

— Tú fuiste el que lo metiste en ello y serás el culpable si algo le pasa. — Me detengo abruptamente. Me miras y tus ojos se encuentran abiertos, mirándome con sorpresa y reproche, pero sin rencor. Sabes que tengo la razón, pero no es la forma ni el momento de sacarla a relucir. Y recapacito. — Perdona viejo, no quise...

— No importa, tienes razón. — Ahora también apartas la comida.

Yo callo avergonzado. Me levanto y te comunico que voy al baño. Camino por el restaurante, una vez muy famoso y el más caro en la ciudad, ahora convertido en cualquier comedero de tercera categoría. Todavía recuerdo que las ocasiones especiales de mi familia, las celebrábamos en este lugar. Cuando regreso, la mesa está vacía. No entiendo que pasó e interrogo al mesero sobre tu paradero, pero él me dice que pagaste la cuenta y te retiraste. De la sorpresa inicial, paso al terror.

¿Será posible?

Y en ese momento, me imagino que vas con el viejo, pero ¿por qué? Los guardianes no tenemos porque recurrir a los reclutadores para regresar cuando queramos. Existe algo extraño, algo que no logro vislumbrar. Reacciono. Y apresurado, corro afuera esperando verte todavía, pero el portero me desilusiona, comunicándome que te fuiste en el primer taxi disponible. No pregunto más. Ya sé a qué dirección ir. Y de golpe comprendo todo el dolor y preocupación que debes sentir.

Es tu hermano...

Las luces de la noche pasan raudas a mí alrededor. Aunque sé que el afán no afectará los hechos, piso el acelerador a fondo, tratando de reparar lo irreparable. Mientras manejo como loco, recuerdo el primer automóvil que tuve. Nuestro carro particular. El que le salvó la vida a Andrés y el que más tarde, mucho después de lo ocurrido, perdería en un trágico accidente que casi me cuesta la vida. Después de ese accidente, recurriría a los psicólogos y psiquiatras, quienes aunque no creyeron ni pizca de los que les contaba, me ayudaron a estabilizar mi desequilibrada mente. Supongo que también tú recurriste a ellos. Y al pensar en ti y compararme, noto que no cambiaste en absoluto. Rememorando lo hablado por el teléfono, después el bar y el restaurante, tu comportamiento ha sido el mismo que hace veinte años. Siempre queriendo ser el líder y queriendo empujar a todos adelante...

...Siempre tomando la iniciativa...

...Sólo que ahora...

...La iniciativa te había tomado a ti...

I

— ¿Está seguro de que ese desgraciado cayó desmayado y no muerto? — Preguntó JJ por enésima vez. Y yo, cansado, respondí afirmativamente. No entendía esa preocupación por la suerte del segundo atracador. El primero, asumía que estaba muerto. El segundo sobrevivió, pero eso ¿qué importancia tenía?

Los padres de Andrés se encontraban al fondo de la sala de espera. Al llegar, ambos me dieron las gracias por avisar y, después de contarles lo sucedido, las maldiciones y efusivos abrazos, como muestra de agradecimiento, no se hicieron esperar. Mis amigos estaban más cerca de la salida, temerosos de intervenir. Después de aclarar las dudas de los padres de Andrés, por fin pude reunirme con ellos y, luego de otra ronda de preguntas y aclaraciones, también sacaron ampollas al aire, lanzando juramentos y promesas de encontrar a ese desgraciado que quedó vivo y “terminar el trabajo”.

Me alejé de ellos y me mantuve en guardia, esperando salir al médico. Me sentía culpable por lo ocurrido. De no ser por mi acción, lo probable era que perderíamos el dinero y las cervezas, pero Andrés no recibiría una puñalada. Y, sumido en esas cavilaciones, esperé el resultado de la faena, fumando el último pitillo.

El médico salió y al principio no me reconoció entre toda esa gente que llenaba la sala. Su rostro resaltaba con un gesto cansino. Al ver esa cara, quedamos paralizados, esperando lo peor. Los padres de Andrés fueron los primeros en reaccionar y, prácticamente lanzándose sobre el desprevenido doctor, lo devoraron a punto de preguntas. Un momento después, respirábamos con tranquilidad al saber que “el paciente se encontraba estable y aunque el arma blanca intervino órganos delicados, en el momento se encontraba fuera de peligro”.

—...Por el momento. — Añadió pusilánime, recalcando la frase, pero nadie le prestó atención. Todo se convirtió en una efusiva muestra de felicidad y nos abrazamos. Algunos hasta lloramos, dando escape por fin a esa tensión, acumulada durante la espera. Después de permitirnos un tiempo que él estimó suficiente para demostrar nuestra dicha, nos comunicó que no era necesario que esperáramos más. Andrés yacía en recuperación y no hablaría con nadie hasta la mañana. Nos despedimos de los padres de Andrés, quienes hicieron oídos sordos a la sugerencia del médico y, con paso decidido, entraron en la habitación.

II

La mañana era gris. Llovió durante toda la noche y todavía el agua resbalaba, ora lenta, ora demasiado rápido por los cristales de las ventanas que daban a mi habitación. Un frío intenso se colaba por la ventana medio abierta, junto con unas cuantas gotas de agua, que alcanzaron formar un charco sobre la alfombra. Miré el reloj y no con sorpresa me di cuenta que ya era mucho más del medio día. Después de todo, la noche anterior llegué a la casa a las cinco de la mañana. Luego de desperezarme, tomar un baño y cepillarme los dientes, encontré que la casa estaba sola. Eso quería decir que mi familia salió a almorzar a algún restaurante. Me preparé unos huevos batidos y los comí, acompañados de unos pedazos de pan rancio y un vaso de agua, porque la leche estaba pasada. Llamé a mis amigos para informarme si algo nuevo sucedió respecto al estado de salud de Andrés, pero ninguno de ellos se encontraba en casa. Ignoré el detalle y, después de pensar un poco qué hacer, decidí probar suerte en la casa de los padres de Andrés, esperando que regresaran del hospital. Desgraciadamente, no recordaba el número marcado ayer y, al lanzar una mirada sobre mi poco ordenada habitación, decidí no perder tiempo y esfuerzo en buscar mi libreta de teléfonos. Lo mejor sería ir a la casa de ellos y preguntarlo personalmente.

El camino se encontraba en pésimo estado. La constante lluvia inundó completamente la avenida por la que transitaba. El menoscabado mantenimiento del sistema de alcantarillado de la ciudad saltaba a la vista, acompañado siempre por el constante lamento del sistema de amortiguación de mi auto, gracias a la cantidad de baches y huecos en el pavimento, semiocultos por el agua. A medida que avanzaba, más me daba cuenta que seguir adelante sería una locura, ya que el agua alcanzaba un nivel bastante alto y temía quedar varado en medio de semejante laguna. Detuve el carro y apagué el motor con un movimiento reflejo. Los pitidos de protesta de los demás conductores no se hicieron esperar. Unos cuantos, demostrando su nivel de estúpida soberbia, lanzaron sus Mazdas y Mercedes a través del charco y, poco antes de superar la parte más profunda, se vararon. El agua comenzó a entrar lentamente en sus cabinas y, divertido, me pregunté cuanto costaría limpiar y secar todos los asientos del interior de los carísimos automóviles. Sin embargo, la diversión duró poco al ver que el agua seguía subiendo, inexorablemente. Alarmado, encendí de nuevo el motor e intenté retroceder, pero al ver por el retrovisor, desistí con un brusco frenazo. El conductor que se encontraba detrás de mí no respetó los tres metros reglamentarios de espacio. Desesperado, con la sola idea en mi cabeza de no permitir por ningún motivo que mi auto sufriera la suerte de los que se encontraban delante, me lancé al andén. Golpee el rin derecho con fuerza y sentí como se doblaba. Los neumáticos patinaron lanzando barro a chorro. Frené y lo intenté de nuevo. Esta vez tuve más suerte, y por fin el auto se montó encima del andén. Sin detenerme, lo bajé a la paralela y me desvié por la primera calle que encontré. Comencé a conducir sin rumbo fijo. No conocía el barrio en el que me encontraba y no sabía

cuales eran las salidas apropiadas. De pronto, un joven se atravesó frente a mí, obligándome a frenar bruscamente. Pero el auto no frenó. Siguió avanzando y el joven, en lugar de acelerar el paso para evitar ser atropellado, se detuvo justo en la trayectoria del carro, que en ese momento dejó de ser un aparato diseñado para ayudar al hombre en su transporte, convirtiéndose una máquina asesina. El muchacho comenzó a sonreír. Sentí un gran vacío en el estómago, como el que produce una larga caída. Mi pie hacía un enorme esfuerzo inútil sobre el pedal del medio y mis manos intentaban con desesperación desviar la trayectoria del carro utilizando el timón, también sin ningún fruto, y mientras tanto, mi mente ya se deleitaba con las imágenes del joven siendo arrojado. Instintivamente, cerré los ojos esperando el golpe y de repente, como por obra de magia, el carro se detuvo. Abrí los ojos y lo que vi, obligó a mi mandíbula a abrirse un poco más de lo que la articulación permitía. El joven seguía parado frente el automóvil. Éste se detuvo a escasos cinco centímetros de su cuerpo y, el muy cínico, se estaba riendo con descaro. Levantó su mano derecha y, después de cerrar el puño, levantó en único gesto, representando todo su ser, el dedo del medio. De la inmovilidad y sorpresa, pasé a la indignación y rápidamente al estado de furia. Cuando me estaba disponiendo a bajar del carro para enseñarle a ese mal nacido los diez mandamientos puño a puño, abruptamente dejó de reír y, como si nada ocurriera, siguió su camino. Refunfuñando y lanzando uno que otro juramento, emprendí de nuevo mi camino, encontrando de una vez por todas, la salida de ese barrio.

Poco después olvidé la experiencia y me concentré en llegar a la casa de Andrés.

Después de perder una hora, tratando de encontrar una salida de ese barrio, por fin di con una de las vías principales de la ciudad, que no estaba inundada. Y llegué a la casa de los padres de Andrés sin inconvenientes. Antes de tocar el timbre, dudé. ¿Cómo me recibirían, sabiendo que yo soy, más o menos, culpable de la puñalada que recibió su hijo? Sin embargo, deseché esa idea rápidamente y presioné con decisión el botón. La puerta se abrió casi enseguida. El padre de Andrés, radiante, me dio la bienvenida. Me informó que el estado de su hijo estaba progresando y que, a más tardar, esa misma semana, lo darían de alta en el hospital.

— Afortunadamente la puñalada, aunque fue profunda, no hizo mayor daño. — Terminó con la frase modificada, que dijo el médico la noche anterior. Calló un momento. — ¿Tú pagaste el ingreso de Andrés a emergencias? — Esa era una pregunta que yo no esperaba.

— Sí, señor.

— No sé como agradecerte lo que hiciste. Gracias a ti, mi hijo se encuentra vivo, en un hospital de buena categoría y además... — dejó la frase en suspenso por un momento. —...Además regresará a casa.

Me sentía anonadado y al mismo tiempo feliz por el hecho de que por fin la vida de Andrés volvía a encarrilarse.

— Me alegro mucho, don Andrés. En verdad, me alegro mucho.

— Pues bien, el lunes quiero que vuelvas a pasar por acá, para cancelarte el costo de la hospitalización. — Traté de negarlo, pero él, levantando una mano, me lo impidió. — El seguro médico cubrirá todos los gastos, así que es mejor que me hagas caso y recojas tu plata. Al fin y al cabo, sé que a los veinte y pucho de años, el dinero no se consigue tan fácil. De hecho, a cualquier edad es difícil conseguirlo. — La última frase fue dirigida más que todo a él mismo.

Un rato más tarde, me despedí de mi anfitrión y me dirigí a la casa de Miguel. Esperaba que el tiempo perdido en el embotellamiento y durante la conversación con el padre de Andrés, Miguel regresara. No me equivocaba. Nos saludamos como de costumbre y, sin más, me dirigí al grano.

— ¿Cuándo vamos a volver con el psicólogo?

Miguel sacó a relucir su acostumbrada sonrisa, cargada de sarcasmo.

— ¿Mucho afán? Lo ideal, sería esperar a que Andrés se recuperara para ir los cinco. Sin embargo, la recuperación es larga y sólo Dios sabe cuando podrá salir, durante largo rato, sin que se lo impidan los médicos. Así que lo mejor es que sigamos con lo programado y lo mantengamos al tanto de las cosas. ¿Qué le parece?

— Me parece perfecto. Tenemos que avisar a los demás.

El resto de la tarde, lo invertimos en preparar una nueva aventura de dungeons.

III

Al entrar en el consultorio, el viejo nos miró de arriba abajo y, con una sonrisa mordaz, trató de confirmar la frase con la que nos despidió en la última ocasión:

— Ya decía que no todos volverían...

— Está muy equivocado... doctor. — Miguel se comportaba demasiado cáustico para mi gusto y con un codazo le indiqué que tuviera más cuidado con la boca. Me miro de hito en hito y de pronto estalló. — ¡Ya no quiero seguir con esta farsa! — Encaró al viejo. — ¿Quién demonios es usted?

— Yo soy quién soy. — El viejo se levantó del sillón para encarar a Miguel y, aunque le faltaba estatura, la expresión de su cuerpo lo hacía ver más alto que nuestro amigo, a pesar de que éste le llevaba más de una cabeza. — Soy algo así como un mensajero o un reclutador. Ustedes escojan cómo quieren definirme. Y aunque entiendo perfectamente el comportamiento suyo hacia mi persona, yo no soy importante. Ustedes lo son. — Nos miró atentamente. — El motivo, los que van a participar en la sesión de hoy, lo averiguarán.

Miguel no supo que responder y cerró la boca, pero el color tomate de su rostro reflejaba muy bien que aun no lograba controlar la ira que sentía.

— Pero nuestro amigo no puede, pues se encuentra muy enfermo. — JJ, por alguna extraña razón, prefirió ocultar la verdadera enfermedad de Andrés.

— Eso no importa. Ustedes ya han sido iniciados y en el momento en que a alguno de ustedes se le requiera, será llamado. Mi presencia es sólo importante ahora. Todavía no están listos para realizar las cosas por ustedes mismos. — A mí me aterrorizó la fuerza que le imprimió a la palabra “cosas”, así como el significado que abarcaba. El psicólogo se acomodó las gafas, que se habían deslizado de nuevo, a la punta de su nariz, como siguiendo un ritual. — Sin embargo, estoy autorizado a intervenir, para ayudar en casos de extrema urgencia y el hecho de que su amigo quiera participar, me permite ayudarlo. Mientras ustedes no tomen una decisión, se les considerará aptos. — Ahora sonaba como un reclutador verdadero y, a partir de ese momento, dejó de ser ante mis ojos un simple psicólogo y pasó a ser algo más. Ese algo, con lo que yo viviría por el resto de mi vida. — ¿Alguna pregunta, antes de empezar?

Nos mantuvimos callados. Incluso el imperativo de Miguel atinó, en esta ocasión, a mantener cerrada su bocota. Pero lo extraño era el comportamiento de Heitter, quien no pronunciaba una sola palabra, desde el momento en que entramos en el consultorio. Parecía ensimismado. Pero un rato más tarde, todo eso dejó de importar.

Habíamos iniciado otro viaje.

De nuevo la misma sensación. De nuevo la luz que salió a mi encuentro y me atrajo hacia sí, con la fuerza contenida del universo. ¿O era de toda la eternidad? No importaba. Todo dejó de importar, a excepción del bienestar. El bienestar que me envolvía de nuevo me obligaba a descansar y dejarme llevar...

Dejarme llevar...

Esta vez hubo una diferencia. La luz no me abandonó en la oscuridad, como la vez anterior. Me condujo hasta mi anterior sitio de reposo. *Hasta mi recargador personal*, — pensé, y un asomo de sonrisa cruzó por mis labios. Los miedos y preocupaciones del viaje anterior desaparecieron. Ya sabía lo que ocurría y simplemente me contenté con dejar penetrar apaciblemente esa paz en mi interior. Cuando la atracción de la luz me abandonó, me encontraba en el mismo lugar. La nada absoluta me rodeaba y sentía la presencia de otros seres que me observaban. Esta vez no tuve la necesidad de preguntar. Con sólo mirar detenidamente a los lados, distinguí a mis amigos. Y, extrañamente, Andrés se encontraba con nosotros. No quise averiguar, en ese momento, cómo logró llegar. ¡Por todos los diablos, estaba en un hospital y no existía manera posible de trasladarse hasta este lugar! Y entonces recordé lo dicho por el viejo.

— Sed bienvenidos. — La voz retumbó en mi conciencia. Era el mismo ente que nos recibió la vez anterior. — Me complace ver que vosotros decidierais regresar. Como os expuso nuestro enviado, tenéis la posibilidad de elegir. Pero os advierto que la decisión será tomada luego de lo que oiréis hoy. No en el instante preciso del final de mi relato, pero sí en la siguiente ocasión en que os vuelva a ver. Si alguno de vosotros llegase a faltar en nuestro próximo encuentro, su ausencia será tomada como una negativa y será excluido.

— ¿Excluido, de qué? — Preguntó tímidamente Heitter y, a juzgar por la entonación y su comportamiento en el consultorio del psicólogo, llegué a la conclusión de que internamente decidió renunciar mucho antes de escuchar lo que ese ser, que se encontraba frente a nosotros, quería comunicarnos.

— Ahora lo veréis. — El ser hizo una pausa y después de verificar que todos y cada uno de nosotros le estábamos prestando toda nuestra atención, continuó con el relato. — Vosotros os preguntáis, ¿cómo se desarrollan dichas conflagraciones? La respuesta hela aquí: aunque para vuestro cuerpo mortal, el tiempo transcurrido en un enfrentamiento de esos no es más que unos cuantos minutos, en realidad, vuestra mente y vuestra alma dispondrán del tiempo necesario para librarlas. Con ello digo que vosotros sentiréis y viviréis el tiempo necesario, mientras perdure la conflagración, aunque ello lleve miles de años. El tiempo no es importante, vuestro cuerpo no sentirá diferencia alguna. Para vuestro tiempo mortal, transcurrirán unos pocos minutos, cuando en realidad pasarán miles o millones de años. — El ser hizo una pausa y mentalmente se lo agradecí. Necesitaba “el tiempo”, para encontrar una luz en esa enredada explicación.

Miré alrededor. Mis amigos se encontraban también en una pelea interna. Era curioso, pero en aquel sitio, veía toda lucha, cuestionamiento o pensamiento con el que estuviesen combatiendo mis amigos.

Después de concedernos ese pequeño descanso, el ser continuó con su inenarrable narración. — En este momento ya existen diez guardianes pelando en una de las batallas. Y aunque no existe un límite para la participación de los guardianes en las contiendas, siempre pocos son los presentados. Si vosotros aceptáis ser uno, no os asombréis si no veis otros humanos. Como ya os expuse antes, la vida no relega su existencia únicamente al planeta Tierra. La vida está en muchos Universos... Pero me salgo del tema... Al combatir, aunque sea en vuestro

estado mental, sentiréis dolor y penurias, como si estuvierais en vuestro cuerpo. Si os hieren, sangraréis. Y si os matan... — El ser dejó la frase en suspenso.

—...Moriremos. — Terminó la frase Andrés, muy a pesar mío. — Pero si la batalla es mental, al morir uno de los guardianes, ¿qué ocurrirá con el cuerpo?

— Vuestro cuerpo condenado será a morir, al no tener alma. Mientras el cuerpo ocupado por el alma está, vivirá. De otra manera, morirá...

— Un momento. — Heitter por fin salió de su autismo y decidió participar en la conversación. — Un momento. ¿Por qué diablos está usted hablando de nosotros? Está asumiendo que ya aceptamos ser guardianes y no es así.

— Al hablar de vosotros, nombro a todos los guardianes. No sólo a los cinco presentes. Y aunque vosotros ya sois guardianes, tenéis el derecho de elegir si pelearéis las batallas o si os arrepentiréis. Lo único que queda por deciros, es que al pelearse dichas batallas, el conocimiento que adquiriréis no os será negado a su regreso corporal...

— Eso, si regresamos. — Interrumpió Heitter, sarcástico. Definitivamente, había tomado una decisión y, si no me equivocaba, quería influenciarnos a nosotros para que lo siguiéramos.

— Eso, si regresáis. — Remató, con un fuerte acento, el ser. — Como ya os expuse, todo depende de vosotros. Y ahora, la decisión es vuestra. Si el bien o el mal triunfarán, reposa en vuestras manos y conciencia. Así que, la vez próxima en la que alguno de vosotros deseéis regresar, dará comienzo a la contienda y el futuro del universo descansará sobre los hombros de los guardianes. Tarea titánica es, y por ello os pido que si tenéis la mínima duda, no os presentéis, ya que para batallar, necesitáis un corazón tranquilo y mente limpia. — Se interrumpió de repente y noté como existía algún misterio que él no quería o no podía revelarnos. Al parecer, detectó mis sospechas. — No todo se ha expuesto. No todo se es permitido daros a conocer. Lo que no se ha revelado, lo conoceréis por vosotros mismos, y lo interpretaréis por vuestros medios.

El silencio siguió a esas palabras. Bonita la carga que dejaba ese bastardo en nuestras manos. Nada más y nada menos que la responsabilidad de velar por TODO el Universo. Nosotros, que ni siquiera coordinábamos nuestras vidas. Y fuera de eso, manejar armas. La única arma que manejaba, era el cuchillo de cocina, y eso, tan sólo para cortar un pedazo de pan.

¡Dios!

Las dudas asaltaban mi cabeza y creo que en ese momento tomé la decisión de desertar. Mis amigos también se debatían entre terribles dudas. Una decisión, que determinaría el destino del Universo. Eso sólo se veía en las películas de ciencia ficción y ahora, esa ciencia ficción se convertía en una dolorosa realidad.

— De ahora en adelante, por ser vosotros los elegidos, podréis prescindir del enviado, para acceder a este sitio. Si lo deseareis, tendréis la facultad de ir y venir a vuestro gusto. No obstante, si alguno de vosotros no regresase la próxima ocasión, este menester le será revocado y el resto de su vida mortal la vivirá en paz y tranquilidad. Por ello decidid, ¿queréis vivir vuestra vida pacífica en su cuerpo mortal, y las vidas por venir, sin por ello arriesgaros a perder nada? O, ¿arriesgaríais todo por el bien o el mal del Universo?

La voz gradualmente se fue apagando y la oscuridad penetró de nuevo en nuestras mentes, obligándonos a regresar al consultorio. Regresar a nuestros cuerpos y, cuando por fin despertamos, el terror nos envolvió y sin siquiera despedirnos del psicólogo, salimos despavoridos del lugar.

Corriendo desesperados.

Corriendo, con una única meta: alejarse lo más posible de ese lugar. Olvidar todo lo que se nos dijo y regresar a nuestras vidas.

¿El Universo?

¡Que se joda el Universo!

No era posible que de nosotros cinco dependiese todo. El mismo ser lo había dicho: existían otros. ¡Que esos otros se encarguen de librar las batallas por nosotros!

Y corrimos...

Corrimos...

Huimos...

IV

En la casa, de nuevo, no había un alma. Pero en esta ocasión no tenía a donde ir. No quería llamar a mis amigos, ya que temía la sola presencia de ellos. Si alguno llegase a mencionar la última sesión, me volvería loco. Todas esas dudas en mi cabeza. Estaba luchando conmigo mismo. Esto comenzó, al simplemente plantearme una pregunta durante el viaje a casa: ¿Qué pasaría si mi alma estuviese en juego? Tan sólo poner ese pensamiento en la balanza, me aterró. Si los guardianes perdiesen la batalla, mi alma se perdería, sin poder interferir. Claro está que yo era favorecido. Me ofrecían la oportunidad de defender mi alma. Nadie la jugaría por mí, si yo presentase la batalla, pero... Pero si yo presentase esa batalla, además de mi propia alma, estarían en juego miles o millones más, que dependerían de una decisión que yo tomase en un momento dado, y no estaba listo para afrontar semejante responsabilidad.

Era algo descabellado. Inconcebible. Y al mismo tiempo tan lógico, que no lograba tomar una decisión y me volvía loco. No sabía que hacer. Tenía miedo. Tenía mucho miedo. Necesitaba escapar. Necesitaba dar una salida, una fuga a esos temores y dudas, y la única manera efectiva que conocía, era la de emborracharme. Dejé el carro en la casa y tomé un taxi. El conductor, siguiendo mis indicaciones, me llevó a un bar medio escondido, no muy lejos de la casa. Era el sitio preferido por nosotros. El letrero se encontraba en mal estado. La pintura de la fachada estaba medio raída y descolorida. El interior no difería mucho del exterior. También se notaba la falta de atención en las mesas. La palabra mantel, no existía en aquel lugar. Empero, el lugar se encontraba limpio y, a pesar de los defectos de la decoración y falta de elegancia, era un lugar acogedor. El lugar propicio para olvidar el mundo exterior y recordar con nostalgia o alegría cosas pasadas, pensar en lo que se realiza en el momento y planear el futuro. Los jóvenes siempre buscamos sitios como aquel. Quizás fuese porque nos revelábamos contra los adultos. Demostrábamos que éramos independientes; sin saber que, muy dentro de nosotros, ya lo éramos. Tal vez, económicamente dependíamos de nuestros padres, más psicológicamente, no.

Al entrar, un mesero desocupado, sentado plácidamente en una silla al lado de la barra, conversaba con tranquilidad sobre cosas mundanas, con el que la atendía. Su conversación se interrumpió cuando entré y el mesero alzó la ceja preguntándose ¿qué demonios hacía ese pendejo en ese lugar, un lunes, a tan temprana hora? Sin hacerle demasiado caso, me dirigí a una mesa. La más oculta y con menos luz. El mesero me siguió y, después de que me senté, poniendo la más servicial de sus caras, preguntó qué se me ofrecía. Pedí una botella de ron. Mi trago preferido, con una jarra de cola, para mezclar. Me miró inquisitivamente, pero no replicó. Anotó con cuidado la orden en su manoseada libreta y me dejó solo. Al mirar a la barra, alcancé a ver como le decía algo a su compañero, mientras me señalaba con una inclinación de cabeza. No puse ningún cuidado a sus preocupaciones. Sabía que la botella sería servida, por más que el joven mesero se preocupara por un idiota que quiere emborracharse a tan temprana

hora. Saqué el paquete de Marlboro y, después de tomar un cigarrillo, lancé el paquete despreocupadamente sobre la mesa. Lo prendí, aspiré el humo y me tranquilicé un poco. Pensaba en que tomar solo, era uno de los síntomas inequívocos de un alcohólico. No obstante, la ocasión era especial. Diferente a todo lo demás y sabía que ninguna persona sería capaz de pensar racionalmente, al descargar sobre ella esa responsabilidad de golpe. El mesero trajo la botella y la jarra. Las puso con pulcritud sobre unas servilletas y me ofreció un vaso, envuelto en otra. Intentó servirme, pero no lo permití y, dándole las gracias, le dije que era todo. Me serví una buena cantidad de ron y después lo disolví con un poco de gaseosa. La imagen de mis padres pasó fugazmente frente a mis ojos, recordándome que no era normal tomar trago un lunes por la mañana. La deseché de un manotazo y, después de sonreír sardónicamente, apuré el trago de un sorbo.

Pasó el tiempo, y estaba terminando con el segundo vaso, cuando, al levantar la vista, me di cuenta con cierto estupor que Heitter, seguido por Andrés y Miguel, entraba al bar. Al principio, creí que era un espejismo. Era imposible que Andrés estuviera repuesto. Y sin embargo, ahí estaba. Muy firme, mirándome directamente a los ojos y sonriendo pícaramente. Lo aterrador era que nos reunimos en ese lugar, sin siquiera ponernos de acuerdo. No hablamos ni una sola palabra, desde que abandonamos el consultorio del viejo. Parecía como si alguien nos guiara hasta ahí. Faltaba JJ, pero por extraño que parezca, estaba más que seguro que de un momento a otro lo vería traspasar esa puerta, con su caminado de militar recién retirado y un poco encorvado; mirando con ojos un poco asustados e inocentes al mismo tiempo, quién se encontraba en el lugar. Heitter no me veía aun. Andrés se dirigió a la mesa con paso firme, demasiado firme para alguien con el estómago abierto recientemente. Miguel lo siguió y, desde lejos, me saludó con un movimiento de cabeza. Heitter se dio cuenta de que alguien estaba al fondo del bar y, después de entrecerrar sus ojos miopes, por fin me reconoció. Una sonrisa incrédula y temerosa cruzó por sus labios. Quedó clavado en el piso, asaltado por un temor, por un presentimiento funesto. Luego de un momento de indecisión, miró a la puerta y enseguida a Miguel y Andrés, quienes ya se sentaban a la mesa. De nuevo a la puerta y a continuación, soltó un suspiro de resignación. Con paso vacilante, también se acercó a la mesa.

Hasta el momento, ninguno pronunció palabra. Ni un saludo, ni una bienvenida, ni una lágrima, ni un alarido. Sólo una inclinación de cabeza, indicando que nos reconocíamos. Era algo descomunadamente horrible y sobrenatural. Nos conocíamos desde muchos años y ahora, parecíamos perfectamente extraños, reunidos por azar alrededor de una misma mesa, para conversar sobre algún negocio grande y sin saber por donde comenzar. Y en verdad, el negocio era grande. Demasiado grande para retenerlo tan sólo con nuestras manos. Pedí al mesero que trajera otros tres vasos y, sin siquiera preguntar, serví a cada uno de mis amigos un trago. En silencio, tomamos. El tiempo transcurría con lentitud, mientras consumíamos la botella de ron. El silencio dominaba la situación. Ya deseché la idea de que JJ llegaría al bar. Pero, estaba muy equivocado. Un momento después de terminar la botella y mirarnos el uno al otro sin saber que

decir ni que hacer, JJ llegó. Ahora estábamos completos. En mi fuero supersticioso, pensé que ese ser no aceptaría una negativa con tanta facilidad y por ello nos guió hasta ese lugar. Temblé ante la idea, pero no la expuse a mis compañeros. JJ se sentó y, como conectado por telepatía, por un ritual más antiguo que la aurora de los tiempos, también nos saludó con una inclinación de cabeza. Sin embargo, al estar los cinco reunidos, la tensión comenzó a disminuir paulatinamente y fue JJ el primero en hablar:

— Yo pensé que todavía se encontraba en reposo. — Dijo, dirigiéndose a Andrés. El otro se encogió de hombros y soltó una sonora carcajada que descargó del todo el ambiente.

— Es un cuento muy largo. — Nos miró casi con culpa y entonces se dio cuenta de lo que yo ya sabía. Teníamos todo el tiempo del mundo. — Me imagino que ustedes se preguntarán, ¿cómo demonios llegué a la sesión? Esta parte no la sé. Ni siquiera me pregunten, pues no sabría como explicarles. Simplemente ocurrió. Me encontraba en la cama, acostado y pensando en todo menos en esto, y de pronto me encontraba ahí. Todo lo que pasó y lo que nos contó eso, lo escuché y analicé perfectamente. — Nuestras caras adquirieron una expresión sombría, nadie estaba dispuesto tocar ese tema. El alcohol no había hecho aun el efecto esperado. — Lo chistoso fue cuando llegué a mi cuerpo. Si ustedes vieran la mano de enfermeras y médicos, dando brincos alrededor. No tengo ni la menor idea de lo que pasó, mientras estuve... Llamémoslo, fuera. Supongo que al ver que no respondía, pensaron que entré en coma o algo parecido. Si vieran su cara, cuando me levanté de la cama como si nada. Y miren... — Levantó las faldas de su camisa hasta el pecho, para dejar al descubierto una fea cicatriz. Por ahí penetró el cuchillo y, aunque los puntos de sutura se veían claramente y todavía no habían sido quitados, la herida en sí, presentaba el aspecto de una antigüedad de por lo menos dos meses. Nos quedamos boquiabiertos. Heitter hasta intentó tocarla, pero en un último momento retiró la mano, avergonzado. — Después de eso, hubo una revolución en la clínica. — Andrés bajó las faldas de la camisa y tomó el vaso de ron en sus manos. — Los médicos no querían dejarme ir. Hasta ofrecieron a mis padres gratis el resto de la hospitalización, con tal de descubrir como fue que ocurrió la milagrosa curación. Pero yo no quería ser ningún conejillo de indias, y se lo dije a mi papa de una vez, y él puso las cosas en su puesto con uno o dos madrazos. — Rió. Y su risa era sana y despreocupada y nos contagió. Imaginamos la consternación de los pobres médicos al presenciar semejante curación, que seguramente calificaron de milagrosa. — Y ahora estoy tomando aquí, con ustedes, cuando debería estar pudriéndome tranquilamente en una habitación de hospital, matado el tiempo con una revista.

— Espero que no sea porno. — Intervino Miguel, con un tono cargado de intención y todos soltamos una carcajada que estremeció el lugar y dos o tres clientes, que llegaron hace poco, lanzaron un par de miradas entre asustadas y sufridas.

— Todo esto es extraño. — Heitter se dispuso a echar un baldado de agua fría sobre nuestro estado de ánimo. En parte, tenía razón. Existía un problema y la razón de nuestro encuentro era solucionarlo. Sin embargo, su afán de llegar al

fondo del asunto nos molestaba. Presentía que él ya tomó una decisión y su presencia en el bar era para convencernos. — Puede ser que soy muy bruto, pero no entiendo cómo demonios ocurrió lo que ocurrió. Y eso me da miedo.

— Deje de echar carreta y hable claro. — A Miguel nunca le agradaban los balbuceos de Heitter. Siempre que él hablaba de este modo, era porque necesitaba plata o porque algo no muy agradable pasaba o pasó y él necesitaba nuestra ayuda.

— ¿Qué carreta? Si usted mismo no tiene ni idea de lo que está pasando. Acuérdesse que casi le casca al pobre viejo, la última vez.

Se miraron detenidamente. Miguel le llevaba a Heitter un poco menos de medio cuerpo y, si una pelea ocurriera, el resultado era previsible. Como siempre, JJ el apaciguador calmó los ánimos, cambiando con rapidez el tema de la conversación.

— Se acabó el trago. — Me miró y guiñó un ojo. — ¿Qué dicen si pedimos guaro?³

Aplaudimos la idea y pedimos una garrafa. El mesero nos lanzó una de esas miradas sufridas, generalmente reservadas para los borrachos sin remedio. Pero, sin decir nada, nos trajo el pedido. Depositó la botella en el centro de la mesa y, luego de retirar los restos de la botella de ron, trajo copas de aguardiente y un plato con rodajas de limón. Mientras transcurría la operación, guardamos silencio.

— Quiero decir una cosa. — Se animó Andrés, después de retirarse el mesero, y hacer un brindis por la salud de todos. — Creo saber porqué nos encontramos hoy aquí, de esta manera tan extraña. — Nos inclinábamos sobre la mesa, a medida de que la voz de Andrés bajaba de tono, sin intención. Parecíamos un grupo de conspiradores, tramando Dios sabe qué cosa, contra quién sabe quién. — Pero no me asusta. Cuando me metieron la puñalada, comprendí una cosa: la vida es muy importante para perderla así como así. He cavilado mucho sobre esto, mientras estaba tirado en la cama de la clínica...

— Con la revista porno. — Intervino de nuevo Miguel, pero en esta ocasión a nadie le hizo gracia el chiste. Se calló de inmediato, avergonzado.

— Uno se tiene que morir tarde o temprano. — Continuó implacable. — Y personalmente, prefiero morir realizando algo bueno, que morir sin hacer nada. Creo que no tengo que explicarles a qué me refiero. — Nos miró uno a uno. Ese no era el Andrés que conocía. Había cambiado de manera radical. Ahora entendía a lo que se refería la gente, cuando decía que uno cambiaba única y exclusivamente cuando algo grave ocurría en su vida. — Por eso quiero decir que mi decisión está tomada y es irrevocable. En este momento no importa lo que ustedes crean. Y quiero que me entiendan, muchachos. Voy a ir y es una decisión que debe tomar cada uno de nosotros, independiente de lo que piensen los demás.

Nadie respondió.

Nadie dijo nada.

Comprendíamos que en esta ocasión, cada uno definía su futuro. Este era el punto en donde el camino se dividía en un sinnúmero de senderos y teníamos que

³ **Guaro:** Aguardiente. N. del A.

tomar la resolución de que vía llevaríamos por el resto de la vida. Después de escoger, no habría atajos ni desviaciones. Por lo menos no con la importancia de ahora. Todos, a excepción de Heitter, estábamos pensando en ello. Él, en cambio, teniendo su juicio preformado y con el temor de perder al grupo que conocía hasta ahora, hacía una mueca de negación desde su puesto. Miguel miró a Heitter y creo que por la sola fricción que se presentó entre ellos dos, también tomó su decisión:

— Iré. — Nos miró uno a uno y por primera vez no intentó convencer a los demás a que lo siguieran. — Andrés tiene razón, cada uno de nosotros debe tomar esta decisión por su propia cuenta.

Un buen rato transcurrió en silencio. El siempre callado JJ estaba absorto en llenar la copa de aguardiente, llevarla a los labios, vaciarla y repetir todo el proceso de nuevo, sin descanso. A ese ritmo, se emborrachó más rápido que los demás. Andrés, después de exponer su decisión y ponernos en movimiento, se encontraba medio recostado en la silla, en una posición incomodísima, mirando el techo y fumando un cigarrillo tras otro. Miguel, había cerrado los ojos. Era el más ensimismado. No sabía en qué estaba pensando, aunque en realidad lo sospechaba. Heitter balbuceaba algo acerca de que no debíamos tomar semejante decisión, pero nadie le hacía caso. Y por lo que a mí respecta, una pelea se desarrollaba en mi interior.

El tiempo transcurrió. Estábamos acabando la garrafa de aguardiente y nos encontrábamos más o menos borrachos. La tarde no demoró en caer sobre la ciudad y el sol comenzó a ocultarse lentamente detrás de las montañas que rodeaban la capital. Las sombras se proyectaban largas y, en este momento, tenebrosas. A lo lejos, se escuchaban algunas sirenas y bocinazos. El apocalíptico retorno a las casas, después de un día de trabajo, había comenzado. A Dios gracias, el bar se encontraba bastante alejado de cualquier avenida principal.

Pero debía concentrarme. Tenía que tomar una decisión en ese momento y no podía permitir que mi mente divagara. Sin embargo, tenía miedo. Tenía mucho miedo y definía a qué se debía. ¿Me acobardaba ante la idea de ser muerto? Luego de escuchar todo lo que respecta a la muerte, no. No tenía miedo a la muerte. Sabía lo que ocurriría después. Y de repente, una luz reveladora me iluminó el cerebro. LA RESPONSABILIDAD. Ese era mi temor principal. El tener que responder por la existencia de miles o quizá millones de seres. Ese era el temor principal. Por eso la indecisión. Vacié la copa de un manotazo y me levanté para ir al baño. No tenía ganas de orinar. Pero lo que tenía que hacer, no permitiría que mis compañeros vieran. Después de encerrarme en el cubículo, me senté sobre la taza y... lloré. Lloré como nunca lo había hecho. Lloré impotente, pidiendo alguna iluminación, alguna aclaración, un milagro. ¡Algo, por Dios! Pero nada ocurrió. Me sentía tan impotente. Aterrado. Y, a pesar de eso, tomé una resolución.

Al mesero por fin se le ocurrió encender la radio y la música distensionó un poco el ambiente en nuestra mesa. JJ y Heitter estaban completamente borrachos. Los demás, a poco de lograrlo. De repente, sin que nadie dijera nada, JJ se levantó y dijo como si nada:

— También iré.

Heitter, desde su lugar, con la cabeza apoyada sobre sus pequeñas manos, se acotó a la decisión de JJ, con un apenas audible:

— Yo también, que carajo. La suerte está echada.

Tan sólo faltaba yo. Y, con un movimiento de cabeza, sellé el círculo. Miguel, con un extraño brillo en los ojos, sacó su navaja y, después de dirigirnos una mirada que no representaba absolutamente nada sano, comenzó a tallar sus iniciales en la mesa. La madera, reblandecida por la cantidad de líquido absorbido a través del tiempo, cedía fácilmente ante el acero. Después de terminar, pasó la improvisada pluma a Andrés, después a Heitter y JJ. A mí me correspondió el extraño honor de poner fin a aquella ceremonia. Y, al terminar de trazar la última línea, sentí que un aire electrizante nos envolvía. Algo extraño y tan fuerte que no podíamos luchar. Simplemente nos dejamos llevar. En seguida JJ, arrancando la navaja de mis manos, quiso sellar el pacto con sangre, pero lo impedimos. Ya realizamos más de lo suficiente. No teníamos necesidad de sangre.

Por lo menos, no por ahora.

EL PRINCIPIO

Pasaron dos días después de nuestra reunión en ese bar. Luego de consagrar la mesa, nos quedamos tomando hasta la una de la madrugada, momento en el cual, el mesero nos sacó a patadas del lugar. Aunque todos aceptamos ir, ninguno fijó el día o momento exacto para iniciar lo que debía iniciarse. Gracias a Dios, mi familia salió de viaje a otra ciudad, por negocios. Me encontraba completamente solo y estaba agradecido por ello. Si ellos me vieran ahora: pálido, despeinado, sin bañarme y sin comer nada, deambulando por la casa como un fantasma que no tiene ninguna intención de abandonar el lugar y no sabe en que ocupar su mente o sus actos. Subí a mi habitación y me acosté en la cama, mirando el techo. Una idea se formaba en mi cabeza: si el ser dijo que el tiempo no importaba, podía ir allá sin ningún problema y demorarme quinientos años y, al regresar, encontraría todo igual. Quería iniciar el viaje. Esa era la única manera de acabar, de una vez por todas, aquella incertidumbre que me estaba matando.

Pero tenía miedo.

El ir ya no me importaba, la decisión se tomó y sólo quedaba enfrentar las consecuencias. No quería ser el primero, ni tampoco llegar solo. Sabía que necesitaría el apoyo de mis compañeros, tarde o temprano. Y, en este caso, valía más temprano que tarde. Sin querer, cerré los ojos y me concentré en la oscuridad que enseguida me envolvió. Utilizaba uno de los métodos de relajación que aprendí de las cintas del viejo, de nuestro reclutador personal. La calma descendió como un manto cálido y tranquilizante, que me arropó de adentro hacia fuera. Las ideas dejaron de correr desesperadas en la cabeza y comenzaron a tomar forma y enfilarse a una decisión común.

Quería ir.

Y necesitaba hacerlo ahora mismo. Sentía que me necesitaban, que me llamaban. Y con fuerza, deseé encontrarme en ese lugar, para vencer o morir, de una vez por todas.

La ya conocida luz diáfana me envolvió. Pero en esta ocasión era diferente. En esta ocasión, yo no sería espectador. Sería participante. Tenía cerrados los ojos y cuando comprendí que el viaje había terminado, los abrí esperando encontrarme de nuevo en la nada y con el ser frente a mí, para que comenzara la contienda.

Sin embargo, me encontré en algo parecido a un cuarto. Un cuarto cuyas paredes eran barro endurecido. Una pequeña lámpara de aceite alumbraba débilmente la habitación. No tenía ningún tipo de decoración. Me encontraba acostado, en algún tipo de tabla, levemente levantada sobre el piso. Me alcé lentamente. No comprendía bien donde me encontraba. Esto no se parecía a nada de lo imaginado. Esperaba destellos de luz y seres mitológicos e inimaginables que me rodearían enseguida, para dar comienzo a una batalla que terminaría, de una vez por todas, con mis dudas. Me sentía desubicado. Al frente había una pequeña puerta de madera y unas voces alcanzaban a penetrarla y llegar a mis

oídos. Con temor, la abrí. Lo que vi me sorprendió y a la vez aterrizó. Una mujer, quien me daba la espalda, conversaba tranquilamente con algo o alguien que no soy capaz de describir. Una cosa enorme, dos veces más grande que un hombre, de color negro y sin ninguna cabeza o miembros. Era solo una forma. Algo cilíndrico en su base, se agrandaba en la mitad y volvía a encogerse en la parte superior. Pero lo que me aterró, no fue su forma ni su color. Estaba hablando. Los sonidos que salían de alguna parte de esa cosa, no eran posibles de reproducir para un ser humano. Tenía parecido con el sonido que produce el metal, cuando choca y se retuerce en un agónico segundo. Y lo horrible, esa mujer, con aspecto de humana, contestaba en el mismo idioma.

Al entrar, la forma negra se interrumpió bruscamente y la mujer dio la vuelta para encararme. Era muy bonita. Una belleza como tal no había visto en mi vida. Ni siquiera las modelos más famosas se acercaban en lo mínimo a esa belleza que se encontraba sentada frente a mí. Simplemente quedé petrificado en la puerta, con la boca abierta, admirándola. El silencio se prolongaba demasiado cuando ella rompió el hechizo y me habló con una voz que sólo era asociable con el sonido que producen las alas de los ángeles al desplegarse para el vuelo:

— Bienvenido.

— Gra... gracias. — Logré balbucear, al descubrir que además de lo anterior, también hablaba mi idioma.

— Eres uno de los guardianes del planeta Tierra. — No lo preguntó, sino lo afirmó.

— Sí.

— Mi nombre es Xillen. Soy la imparcial.

— ¿Imparcial? — Eso era algo nuevo para mí.

— Sí. Soy la encargada de recibir a todos los guardianes y explicarles lo que se les ocultó... No soy humana... — Debió descubrir que todavía la miraba con ojos desmesuradamente abiertos y comportándome como un idiota. — Todas las razas me ven como una de los suyos. Por ejemplo, — señaló a la forma que se encontraba detrás de ella que hasta ahora jugó un papel mudo en la conversación, — él es Vilikres, del planeta Scringch. Y me ve como alguien de su planeta. Además, en este momento está comprendiendo lo que yo te digo, en su idioma. Y lo mismo será con cualquier otra raza que se encuentre conmigo en el mismo cuarto. Por eso, soy imparcial. No tengo preferencia por ninguna raza. Entiendo absolutamente todos los idiomas y dialectos que se hablan a través del Universo. No existe nada desconocido para mí. Soy la única que existe desde el principio de la eternidad, y nada ni nadie tiene la capacidad de destruirme. Pero tampoco puedo hacer absolutamente nada a nadie. — Y en seguida me miró con total neutralidad.

— Mucho gusto. Mi nombre es Enrique.

Ella le dijo algo al ser que se encontraba detrás de mí. Y después volvió a encararme.

— Él es uno de los quince guardianes que pelearán por lo que ustedes, los humanos, llaman Bien.

— ¿Quince? — La revelación me sacudió como un relámpago. ¿Quince, peleando por las almas de miles de millones, contra Dios sabe cuantos?

— Sí. Por ahora, hay cincuenta y tres guardianes malos. — Creí que me iba a desfallecer en ese instante. ¡Quince contra cincuenta y tres! ¡Dios nos ampare! — Y a partir de este momento se inicia la preparación de todos los guardianes, venidos y por venir.

— ¿Cuántos nos encontramos ya... — busqué en vano la palabra —...aquí?

— Once. Los cuatro que faltan sus tus amigos. — Me miró detenidamente y, anticipándose a mi pregunta, continuó: — No sé si llegarán. No soy adivina. No puedo prever el futuro ni el comportamiento de un ser. Eso es imposible para quienquiera que lo intente. Pero, por el buen desenlace para los guardianes buenos, espero que lleguen.

Me encontraba en un estado entre anonadado e hiperactivo. Quería conocer todo lo que se podía sobre ese lugar. Llegar a asimilar las maravillas y secretos del Universo, tan cercanos y lejanos. Sentía que en ese lugar, todo lo que se quería conocer, todo lo que fue oculto, sería revelado. Más que un presentimiento, era una seguridad. Pero no sabía como comenzar. Me senté al lado de mi nuevo compañero de batalla. Quería entablar de nuevo una conversación con Xillen. Quería que ella me abriera las puertas de ese conocimiento oculto, pero en lugar de decir o preguntar algo, no apartaba la vista de ese ser, sentado al lado mío. Por extraño que parezca, aquella forma acaparaba mi atención. Creo que en algún momento, Vilikres debió notarlo, pues chilló algo en su lengua a Xillen y ella me lo tradujo amablemente:

— Vilikres quiere decirte que en su vida imaginó la existencia de una cosa tan horrible como lo eres tú.

Me quedé de una pieza. En nuestro planeta, semejante cumplido era considerado como una ofensa. Pero antes de responder, consideré lo delicado de la situación.

— ¿Gracias? — Respondí débilmente. Era curioso. Si en mi barrio, cualquier persona que yo conociera de paso, como era el caso de Vilikres, me dijese esa pequeña frase, le respondería con un par de madrazos y quizás con unos cuantos golpes. Me sentía bastante incómodo y vulnerable. En ese momento, pensé cómo afectan nuestras reacciones las diferentes situaciones y lugares en que nos encontramos. *Lo constante se torna cómodo.* Escuché esa voz en mi mente y sentí la mirada penetrante de Xillen.

— Bastante. — Respondí en voz alta y, haciendo un esfuerzo, aparté la mirada de Vilikres y me concentré en interrogar a Xillen. — Si vamos a pelear juntos, — señalé con la cabeza al Scringchiano, — ¿cómo demonios nos vamos a entender? Supongo que tú no estarás con nosotros en todo momento, ¿o sí?

— Más adelante, se les enseñará a entender y hablar los idiomas, mientras se encuentren en este lugar. En algunos casos, ustedes logran recordar algunos de esos idiomas cuando regresan a sus planetas. Eso ocurre, más que todo, en los sueños o bajo los efectos de otra índole y deliran.

— ¿Cuándo comenzará la contienda? — Esa pregunta era la que más me aterraba. Y tuve que realizar un esfuerzo gigantesco para formularla sin tartamudear.

— La contienda ya ha comenzado. Desde el momento en el que algún guardián penetra en este sitio, al que podrías llamar Limbo, Purgatorio, Olimpo y muchas cosas más. La presencia de uno de los guardianes, sin importar a que bando pertenezca, da comienzo a la contienda. Y, aunque este guardián deje este sitio, no terminará lo iniciado. La única manera de finalizar con la contienda, es que se libre una batalla, aunque sea sólo entre dos guardianes. Pero para finalizar, todos, todos los guardianes del bando vencido deben perecer. — Me miró directamente a los ojos y noté tristeza. Mucha tristeza en esos ojos. Los ojos más bellos que vería jamás. — ¿Crees que es cruel? No. Como ya sabes, los guardianes son almas que poseen cuerpo, en el momento en que son designados como tales. El alma de un guardián no puede presentar batalla sin poseer un cuerpo que se encuentre en perfecto estado. También tiene que ser joven y con mucho que arriesgar en la contienda. Ya que al perecer un guardián, no sólo pierde su cuerpo, lo cual no tiene ninguna importancia, también el alma del guardián sufre grandes penalidades para regresar a un cuerpo y proseguir con la limpieza. Muy pocas son las almas de los guardianes, que al ser tomadas en batalla, reencarnan para volver a ser tales. Otros, terminan formando parte del bando contrario. Cambian su esencia, su éter interior.

Yo no encontraba palabras. Mi boca se cerraba y abría espasmódicamente, pero ningún sonido articulable salía de ella. Mis manos aferraban el borde de la mesa, como si fuera un salvavidas, y mis dedos, totalmente blancos, estaban completamente entumecidos. Desalentado, abatido, miserable y un millón de palabras más, no podían siquiera acercarse a un año luz, para describir mi estado emocional en ese momento. Necesité varios minutos para comenzar a digerir un poco lo que ella me había dicho.

El proceso de vivir con ese hecho, me tomaría mucho, pero mucho más tiempo.

— ¿Por qué estás aquí? — Esa pregunta me sacudió y me sacó de un estado emocional bastante deplorable, para colocarme en uno peor.

— No lo sé. A pelear por el bien, supongo.

— ¿Tienes miedo?

— Sí. — Por alguna extraña razón, sentí como mis fuerzas aumentaban. — Por eso estoy aquí. Tengo miedo de que el mal gane la batalla. Me importa un carajo el verdadero significado de estas dos palabras. Bien. Mal. Tan sólo existe un Bien. Y es el que a uno se le enseña, desde pequeño. Estoy aquí para defender mí Bien. El Bien, tal y como se conoce que es, en mi Planeta.

Xillen no reaccionó de ninguna manera a esa muestra de patriotismo. Entonces, le pedí que me hablase un poco sobre algunos hechos y ella accedió gustosa. La luz, que penetraba por una de las ventanas, ya estaba dando paso a la oscuridad cuando acabamos.

Nos despedimos como amigos.

La noche, si es que se le puede llamar así, transcurrió sin ningún inconveniente. Xillen mencionó que después de descansar, conocería a los demás guardianes. Nunca imaginé que sería tan real. Estando mi cuerpo en la habitación de mi casa, mi mente tenía que vivir, comer, dormir y realizar las mismas cosas que el cuerpo. Ahora comprendía del todo a lo que se refería el ser, cuando mencionó que si nos mataban, moriríamos.

Me encontraba recostado en la misma tabla en la que aparecí. La imparcial me explicó que esta sería mi habitación, antes de salir de campaña.

De campaña.

La frase en sí encerraba un enorme significado. Mi experiencia como *Dungeon Master* en los juegos de rol, me enseñó que una campaña, por más que se aceleraran o comprimieran los hechos, duraba de dos a tres años. Si este es el tiempo que toma desarrollar juegos imaginarios, en los cuales uno maneja el espacio y el tiempo, ¿cuánto demoraría una campaña en la realidad? Todavía no sabía, ni imaginaba cómo se desarrollarían los combates. Ni siquiera tenía idea de lo que tendría que hacer para ganar. Temía al hecho de tener que matar a alguien. ¿Cómo se sentiría el tomar una vida? No me visualizaba matando a alguien. Aunque nunca se sabe. La necesidad empuja al hombre a realizar cosas que en sano juicio jamás ejecutaría. Y las cosas empeoran cuando se amenaza la vida de ese hombre. ¿Podía yo justificar el matar a alguien, si ese alguien amenaza mi vida? Creo que sí. No veía inconveniente en matar alguna de esas cosas de otros planetas. El problema sería el asesinar a alguien de mi planeta, o por lo menos que tenga el mínimo parecido con un humano. También sentía angustia, debido a la falta que me hacían mis amigos. Esa noche en el bar, Andrés tuvo razón cuando dijo que la decisión debe ser tomada por cuenta propia. Así lo hicimos, pero la compañía de ellos en este lugar, era tan necesaria como importante. Ahora, estando en la soledad de la habitación y sabiendo que me rodeaban seres extraños, comprendía el porqué de la existencia de Xillen y su maravillosa capacidad de ser vista por cualquier ser como una de su mundo. De otra manera, uno se volvería loco. De por sí, ya resultaba difícil separar la realidad de la fantasía y aún más, los hechos mentales de los corporales. Pero, ¿eran mentales o espirituales? O quizás ninguna de las dos. Tal vez, en este momento me encontraba acostado en mi cama, soñando con esto y razonando en los sueños, asumiendo que es la realidad.

II

El sol se encontraba en lo alto, cuando por fin me levanté. Acostumbrado a depender del despertador electrónico para levantarme, no desarrollé mi reloj interno. El cuarto vecino, donde conocí a Xillen y a Vilikres, se encontraba vacío. Con cierto temor, me dirigí a la puerta de salida. Por primera vez vería el mundo en el que me encontraba, porque hasta ahora, mi experiencia se reducía a mi habitación y el cuarto contiguo. Con lentitud, abrí la puerta y... ni siquiera me asombré.

Me encontraba en una rústica ciudad de alguna época olvidada y perdida en el tiempo. Las casas, que eran muy pocas, estaban hechas de madera, sin pintar. De color negro, gracias al agua absorbida a través de los tiempos, daban la impresión de un mundo gris que me rodeaba por doquier. Había toda clase de seres y cosas moviéndose por la calle. Unas cuantas formas humanas estaban reunidas al frente de una primitiva construcción que identifiqué como la herrería. Más al fondo se encontraba la taberna y el hospedaje. Unas caballerizas daban muestras de su localización, gracias al penetrante olor de los excrementos de los caballos. Y, muy al fondo, donde terminaba el carretable para convertirse en una pequeña plaza, se encontraba resplandeciente Xillen, acompañada por Miguel, Andrés y JJ. No estoy seguro, pero creo que el grito de júbilo que salió triunfante de mi garganta azoró a los extraños seres que me rodeaban. Salí corriendo a su encuentro, mientras que ellos, sonrientes, me esperaban.

Mi primera intención era la de abrazarlos, pero me lo impidió mi propia vanidad. No acostumbrábamos hacerlo, por lo menos no en público. Nos saludamos con calidez, creo que con mayor emoción, por mi parte. Xillen nos observaba, también sonriente. Me contaron que todos se reunieron en la casa de JJ y, luego de un momento de indecisión, se transportaron. Mientras Andrés lo contaba, una sombra cruzó por su cara y de repente calló. JJ y Miguel se miraron en silencio y luego me miraron a mí. Algo andaba terriblemente mal, pero yo no sospechaba de lo que se trataba. Después de un rato de penoso silencio, JJ me miró directamente a los ojos y me dijo:

— Heitter estaba con nosotros, cuando emprendimos el viaje. Todos lo hicimos al mismo tiempo. — Me dedicó una mirada cargada de intención y continuó quedamente. — Pero no llegó con nosotros. Esta mujer, — señaló en dirección a Xillen, — dice que él puede ser uno del equipo contrario...

— De hecho, lo está afirmando. — Interrumpió Andrés, sin mirarme a la cara.

Todo se cayó en mi interior. Intuía que si Xillen decía que así era, así tenía que ser. Miré estupefacto a esa bella cara que reflejaba una total imparcialidad y me provocó pegarle. Quería insultarla, golpearla, humillarla, pero en vez de eso, asentí lentamente y me dejé caer, completamente sin fuerzas, en el suelo.

Heitter.

No podía creerlo. Más una pequeña vocecita en mi interior, afirmaba con terquedad que era verdad. Heitter era el único que no deseaba ir, realmente. Fue coaccionado por nosotros, psicológicamente. Entonces, comprendí que desde el

principio, él sabía algo. Fue el único que se negó y se mostró renuente, desde el principio. Me entraron ganas horribles de gritar. De levantar mi cara al cielo y aullar, como aullaría un perro a la luna. Me levanté y miré a mis amigos. Nuestro grupo se redujo a cuatro, mucho antes de comenzar la contienda. Forcé una sonrisa.

— Bueno, me parece que tendré que olvidarme del dinero que me debe.

Ninguno sonrió, pero todos asintieron. Sin saberlo, con ese gesto excluíamos, de manera inconsciente, a Heitter del grupo. De ahora en adelante, sería nuestro enemigo.

Caminamos de regreso a mi cabaña, acompañados por la silenciosa Xillen. Me extrañaba que ella nos acompañara. Después de todo, ella era imparcial y estaba seguro de que tenía deberes más importantes, que estar detrás de cuatro chiquillos, moralmente destrozados. Entramos y nos sentamos en silencio alrededor de la mesa. JJ tenía la cabeza entre sus brazos y daba la impresión de que quería aplastarla con sus enormes manazas, a juzgar por la forma en que la apretaba. Miguel adoptó su típica postura de preocupación: pies en la mesa, vista al techo, manos detrás de la cabeza. Andrés se acariciaba nerviosamente el abdomen, justo donde fue apuñalado. Yo no sabía que hacer. Entonces, miré a Xillen. Ella tenía el rostro teñido por una súbita preocupación y comprendí que algo debía andar muy, pero muy mal. ¿Cómo era posible que la imparcial se preocupase por algo? La miraba con una mezcla de terror y curiosidad y me di cuenta de la lucha interna que debía librar. De repente, ella me correspondió la mirada y, luego de un largo momento de silencio, por fin abrió la boca.

— Nadie más va a venir. — Mis amigos no captaron del todo el sentido de esa frase, pero yo sí. La estaba mirando, con los ojos salidos de las órbitas, tratando de articular una palabra. — Vilikres y los otros fueron derrotados anoche, así que quedan ustedes cuatro, no más. — La única reacción que se me ocurrió en ese momento, fue cubrir mi cara con las manos, y ocultarme del mundo. No veía las reacciones de mis amigos, pero sentía que eran exactamente iguales a la mía. — Pero algo ha cambiado. — Continuó Xillen, implacable. — Por alguna razón, por primera vez desde la creación del Universo, estoy autorizada para tomar un bando.

— ¿Por quién? — La pregunta, lanzada por Miguel, fue más bien automática, que con algún sentido.

— Eso no importa. Lo importante es la decisión que debo tomar. Empero, no tomé una nunca y por ello me es extremadamente difícil hacerlo. — Hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras a seguir, mientras nosotros digeríamos lo dicho, hasta captar del todo su sentido. Uno a uno, la miramos con una clara súplica en nuestros ojos. — Espero verlos por la mañana. — Dijo a modo de despedida y luego, sin más, se levantó y salió por la puerta, dejando tras de sí un misterioso aire de esperanza.

— Bueno, — Miguel por fin se sentó normalmente y, por cuestión de costumbre, se afianzaba con el control de la situación. — Lo único que podemos hacer ahora, es esperar.

— Yo no estaría tan conforme. Así ella decida ayudarnos, siguen siendo cincuenta y cuatro, con Heitter, contra cinco. La única ventaja que tenemos, es la experiencia de ella.

— Creo que no nos ha contado todo lo que sabe. — Andrés me miró a la cara y, entre un silencio compungido, conté a mis amigos lo acontecido desde la noche anterior, sin omitir ningún detalle. Ahora, ellos me miraban con auténtica preocupación, pintada gravemente en sus rostros. La verdad no era acogedora. El número de nuestros enemigos era mayor y nuestras esperanzas de vencer en la contienda disminuían con rapidez.

La noche llegó como un ladrón entre las sombras, silencioso, atemorizante. Nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa, proyectando nuestros planes al futuro. Cierto que eran meras suposiciones, especulaciones sin base que nos ayudaban a mantener ocupada nuestra mente, que tendía a escapar de nuestro control para cabalgar sobre las monturas de las dudas.

Cuando por fin decidimos ir a dormir, era de madrugada. Mientras el estupor del sueño me rodeaba lentamente, recordé, con cierta sorpresa, que no fumé ni un cigarrillo en estos dos días. Simplemente no me hacía ninguna falta. Además, ¿dónde diablos podría conseguir un paquete, por estos lados? La idea me hizo sonreír. Sería estupendo que lo dejara del todo.

Y así, divagando, por fin me dormí.

III

Sentí como alguien me sacudía del hombro y abrí los ojos sobresaltado. JJ se inclinaba sobre la cama y me sacudía con cierta violencia. Dijo que todos estaban levantados y que era hora de que hiciera lo mismo. Me esperaban en la pequeña sala de mi cabaña. El silencio que nos rodeaba, no presagiaba nada bueno. La noche no sólo renovó nuestras fuerzas, también nuestras dudas. Ese sentimiento de generalizada incertidumbre flotaba en la habitación, impregnando todo y a todos con su desagradable sustancia.

— No creo que venga. — Sentenció Miguel, con tono tajante. — Lo mejor que podemos hacer, es salir de aquí. Regresar a nuestro mundo.

— No funcionará. — Renegué, quedamente. — Esto no acabaría. Recuerde lo que nos enseñaron: termina solamente cuando un bando sea eliminado.

— El único detalle que se le está yendo, hermanito, es que los que vamos a ser eliminados, somos nosotros. — Miguel hizo una pausa y, después de mirarnos uno a uno, recalcó la última palabra. — Nosotros. Así que si no les molesta, me gustaría largarme de aquí.

Nadie dijo nada. Sinceramente, en ese momento esperé una huida propagada, pero nada sucedió. Comprendí que nosotros estábamos literalmente muertos de miedo, pero igual éramos tercios. Ni Miguel, ni JJ, ni Andrés, ni yo desertaríamos. La suerte estaba echada y nada cambiaría nuestros sentimientos. El estallido de Miguel, era su manera de dejar escapar el miedo acumulado en su interior, desde el momento de conocer la noticia con la cual nos designaban como guardianes. No era la manera más apropiada, pero ayudó. Miré a mis amigos con respeto. ¿A qué endemoniados peligros nos enfrentaríamos? ¿Cómo libraríamos esas batallas? Y el interrogante más grande y atemorizante: ¿Ganaríamos?

— Lo que a mí me da piedra, es lo de Heitter. — JJ plantó un golpe en la mesa, con su formidable puño, haciéndola crujir lastimeramente. — ¿Cómo diablos nos la hizo? Siempre estaba con nosotros. La idea de ir al psicólogo fue de él... — Y entonces se interrumpió abruptamente.

— Él lo sabía desde el principio. — Terminó la idea Andrés, como si clavara con un golpe seco de martillo un clavo en un madero. Estaba cabizbajo, mirando la mesa, y las palabras que comenzaron a salir de su boca, nos quemaban como la erupción de un volcán. — Al principio, sólo buscaba guardianes para que se unieran a él. Cuando se dio cuenta de que nosotros éramos del otro bando, trató de evitar que fuéramos. ¿Recuerdan en el bar? Cuando habíamos tomado la decisión, él balbuceaba algo. Trataba de persuadirnos. — Paró un momento, organizando sus ideas. — Y cuando se dio cuenta de que era inútil, también prometió ir. — Levantó la cabeza y terminó la frase con un odio inenarrable, que salía desbocado desde lo más hondo de su interior. — Sólo que él, ya había estado aquí.

— ¡Qué hijo de puta! — Exclamó JJ apasionadamente y de nuevo dejó caer su descomunal puño sobre la mesa. — Lo único que quiero, es encontrarlo antes de que nada ocurra. Quiero ver la cara a ese perro, antes de partírsela.

— No. — Miguel fulminó a todos con la mirada. — Ahora ya sabemos quién es. No es sólo un golpe. — Tragó con dificultad. — Tendremos que matarle. — Terminó casi en un susurro.

Lentamente, ante mis ojos se formó la imagen de un Heitter destrozado, manando sangre, con la lengua afuera, y nosotros cuatro, danzando alegremente alrededor del cadáver. Sacudí con violencia la cabeza para alejar la imagen.

— ¡Tendremos que hacerlo! — Afirmó Miguel, al leer la negativa bien reflejada en nuestros rostros. — Piensen esto: ahora no es nuestro amigo. ¡Es un guardián enemigo y si no lo matamos, él nos matará!

Terminamos por comprender el sentido de sus palabras. Maldije en ese momento mi destino y deseé febrilmente que nada de esto hubiese ocurrido. Pero era muy tarde. Para nosotros, para Heitter, para el mundo, para el Universo.

Era tarde.

— Una botellita de algo fuerte no nos vendría nada mal. — Sonrió tristemente, JJ. — ¿Vamos a la taberna?

— ¿Cómo la pagamos?

— Ustedes no tienen que pagar nada aquí. Todo se les proveerá sin costo alguno. — Una voz melodiosa nos obligó, al unísono, a mirar la puerta. Ahí estaba Xillen. Sonriente, parada firmemente bajo el marco y mirándonos con cierta picardía en los ojos. — He tomado mi decisión. — Dijo con calma y se dirigió al centro de la habitación, mientras nos levantábamos apresurados para saludarla. — Me quedaré con ustedes. Sinceramente, no creo que venceremos. Sin embargo, elegí el bando de vosotros, porque si pierden este último enfrentamiento... No habrá más. Ustedes son los últimos guardianes buenos que quedan. Tal vez ustedes se han dado cuenta de ello, al percatarse del comportamiento de las personas en su mundo. Es un claro índice del poder que tiene, en este momento, el bando de los malos. Por ello es que se me ha permitido... — Se interrumpió de repente. — No... Me han obligado a tomar un bando. La imparcialidad debe terminar en el desarrollo de la última batalla. En el caso de que ganemos, volveré a recobrarla. Por ahora, soy un simple guardián, como lo son ustedes.

Se sentó y nos miró con atención. Ya no había lugar para razonamientos dudosos. La noticia era dura. Demasiado dura, como para detenerse a pensar en ella. Éramos los últimos. Era terrible pensar en las consecuencias para nuestro mundo, si nos derrotaban. Estaba fuera del alcance de mi imaginación.

¿Tercera guerra mundial?

¿Cuarta?

¿Quinta?

¿Cuántas más traería a nuestro sacudido planeta, nuestra derrota? No podíamos perder. No debíamos perder. Andrés, consternado, se rascaba la cabeza. Miguel, de nuevo en su postura de preocupación y JJ... Bueno, JJ estaba determinado a romper la mesa a punta de puñetazos. En este momento, debíamos mantener nuestra cordura. Decidí actuar.

— ¿Qué otras cosas no nos contaste, Xillen?

— Hay otras, pero no estoy en condición de decirlas. Fue la condición que se me impuso. Aunque conozca este titánico enfrentamiento, no tengo el derecho de sugerir ideas, únicamente ayudarles a combatir. En el momento apropiado, les diré todo lo que a ese momento en especial se refiere y no conozcan ustedes.

— ¿Cómo se desarrollarán las batallas?

— Ya les informaron que un bando elige el campo de batalla. Este ya fue elegido. — Hizo una pausa que me pareció fuera de lugar. — Es su planeta. El combate en sí, se desarrolla durante las diferentes épocas que vivió su planeta. Comenzando con lo que ustedes llaman prehistoria, hasta llegar al momento de ahora. En cada batalla se utilizarán las mejores armas de la época. Incluidas las vestiduras, cortesías, léxico y costumbres. Pero tengan en cuenta que ustedes no participan directamente en las batallas. No es una lucha cuerpo a cuerpo. Ustedes dirigirán a las almas a combatir contra otras. Al hallarse en este estado, ustedes son almas, lo mismo que muchas otras que se encuentran aquí. La única diferencia, es que ustedes tienen un cuerpo de verdad que arriesgan en la lucha, mientras que sus subordinados no. Ellos sí van a pelear cuerpo a cuerpo. Pero existen algunas excepciones... — Calló repentinamente.

— Bueno, — JJ dejó de golpear la mesa y nos miró con una alegría que comenzaba a desbordarle el rostro. — Eso es un dato bastante valioso Xillen. Esto aumenta bastante nuestras posibilidades.

— No te alegres demasiado, JJ. — Xillen lo miró con sus bellos ojos y pensé que JJ iba a estallar ahí mismo. Su rostro adquirió un color rojo intenso, comenzó a parpadear muy deprisa y sus puños se cerraron con fuerza, haciendo crujir las articulaciones. Esta era la típica reacción de JJ, al hablarle una mujer que le gustaba. En la universidad, solíamos burlarnos del pobre a cada momento, pero terminamos acostumbrándonos a sus precarias reacciones. — Recuerda que Vilikres fue derrotado anoche, junto con otros diez guardianes. — Continuó Xillen, haciendo caso omiso del color tomate del rostro de JJ. — Si ellos eran once, y nosotros sólo cinco, ¿sigues creyendo que tenemos alguna oportunidad?

El silencio que siguió a esas palabras fue pesado. Xillen echó un baldado de agua fría a nuestro muy inestable estado de ánimo. En verdad, ¿cómo fueron derrotados Vilikres y los otros? Necesitábamos saber los detalles de la batalla... Por lo menos yo lo necesitaba.

— ¿Dónde se desarrolló la batalla, Xillen?

— Ustedes no conocen nada de estas batallas, aunque ocurrieron en su planeta. — Dijo Xillen a modo de introducción. — Su historia no tiene ningún registro de ellas, existen meras suposiciones. — Nosotros no entendíamos, todavía, a lo que se refería. Lo notó y trató de explicarnos. — Las primeras batallas, registradas en su historia, son las de los cavernícolas. Sin embargo, estas batallas no fueron las primeras. La primera gran batalla, la desarrollaron vuestros lejanos antecesores: los primates. Fue una batalla, donde las armas que utilizaron, fueron garras y dientes... — Xillen se estremeció.

—...Y no garrotes, como lo plantea la historia. — Completó Andrés, totalmente absorto.

— Esto tuvo que ser en algún momento intermedio, después de que el primate bajara del árbol y antes de que cogiera el garrote, para defenderse. — Miguel estaba maravillado... de sus propios conocimientos de historia.

En ese momento, una idea reveladora comenzó a relumbrar en mi mente. Era evidente, mis amigos no conocieron a Vilikres y por tanto...

— ¡Esperen un momento! Esperen un condenado momento. — Grité, casi en éxtasis. — Ya sé porqué perdió Vilikres esa batalla. — Mis amigos y, para mi mayor placer Xillen, me miraron intrigados. — Ustedes no conocieron a Vilikres y no saben que su cuerpo era completamente llano. No tenía manos, brazos, boca, nada. No tenía absolutamente nada para enfrentar esa batalla. Me imagino que los que le hicieron frente, tenían que ser de la Tierra. No existe otra explicación. Vilikres se enfrentó con algo desconocido para él, por eso perdió.

— Eso explicaría el porqué once guardianes fueron eliminados en una batalla. — Analizó con calma, Miguel. — Ya me parecía extraño. Menos mal que te diste cuenta, creo que nos devolviste el alma al cuerpo, — miró a Xillen y agregó, — hablando en sentido figurado, por supuesto. — Sonrió suspicaz.

— ¿Qué les parece, si vamos a la taberna, ahora sí, por algo fuerte? — Siguió con su idea JJ, ahora más alegre que nunca. Se levantó y caminó a la puerta sin esperar nuestra respuesta. Creo que esa fue la primera vez, en todo el tiempo que yo lo conocía, que JJ tomó la iniciativa en algo.

IV

Esta era mi última noche en un lugar seguro. En la taberna, tomamos bastante de un líquido rojo, que nos sirvió el tabernero. Lo reconocí vagamente como vino, aunque no pude especificar su procedencia o de qué era. Tomamos, hasta que JJ dio de cabeza contra la mesa y roncó como un toro salvaje. Xillen nos acompañó durante la estancia, aunque no probó una copa de vino. Lo curioso es que no hablamos ni una sola palabra de lo que nos esperaba al amanecer. Sabíamos que, a partir de mañana, nuestras vidas penderían de nuestros actos y cualquier decisión mal tomada, repercutiría en toda la humanidad, para no ir más lejos. Bajo un acuerdo común no hablado, no tocamos el tema y hablamos de cosas mundanas. Recordamos la universidad, nuestros amigos, nuestras familias y hasta recordamos a Heitter, sin molestarnos en absoluto, en siquiera pensar, que en ese momento era nuestro enemigo más encarnizado.

Desperté sobresaltado. Me pareció que una presencia rondaba la cabecera de mi cama, pero cuando abrí los ojos, no había nada. Todavía estaba semioscuro. Me levanté y caminé hasta la ventana. Me sentía mal. También podría decir aterrado, no sé. Esa presencia se sintió bastante real para mí y me asustó. A lo lejos, los primeros rayos de sol comenzaban a acariciar los picos de las montañas que nos rodeaban. Curioso, pero hasta ahora me daba cuenta de que nos encontrábamos en un valle rodeado por ellas. Me senté de nuevo en la cama sin lograr controlarme. El miedo me invadía a raudales que nunca había experimentado. Las dudas, que pensaba mucho tiempo atrás resueltas, comenzaron a invadir de nuevo mi cabeza. No sabía si era capaz de llevar hasta el fin esta aventura que iniciamos. Sacudí la cabeza salvajemente, tratando de alejarlas, mugiendo como una vaca. Me levanté de un salto y, dando vueltas por la habitación, comencé a cantar una canción que me enseñó mi madre cuando era pequeño. Al rato funcionó, pero sabía que no dormiría el resto de la madrugada. Me vestí con movimientos bruscos, rápidos. Salí de la casa y aspiré hondo el puro aire de la mañana. Comencé a caminar sin rumbo fijo. Seguía el camino que serpenteaba bajo mis pies. Lo vi transformarse de un camino de tierra pisoteada a otro, lleno de charcas y huecos. La tierra se hundía con facilidad bajo mis pies. En un segundo, me encontré lleno de barro hasta las rodillas, pero eso no me importaba. Una laxitud impresionante se apoderó de mí. Me sentía atontado, pero ni siquiera lo notaba. Simplemente, seguía caminando. Mi mente estaba libre de pensamientos. Completamente en blanco.

Era más difícil avanzar. El barro parecía absorber, literalmente, mis zapatos. En algún momento, pensé que debería conseguir unas botas. Luego, ese pensamiento quedó borrado por el embotamiento. Ni siquiera me daba cuenta de que salí del pueblo y ascendía por el camino que se perdía, serpenteante, en la montaña. A mi alrededor, un denso bosque ocultaba miles y millones de ojos que me observaban. En mi vida conocí semejantes árboles. Eran gigantescos. Su tronco tenía el ancho de una casa y su edad... Bueno, su edad se encontraba

fuera de mi limitada comprensión. La montaña, amenazadora, que se ubicaba al frente, pareció desaparecer de repente, cuando llegué a la cima, después de un recodo. Al fondo se abría un inmenso valle. Desde mi posición, se veía demasiado hermoso, para ser real. Dos ríos se encontraban y percibía la furiosa lucha entre ambas corrientes, intentando imponer cada una su propia dirección. El bosque era más natural. Lo aterradores árboles que se encontraban en la montaña, desaparecieron. La naturaleza misma parecía salir a mi encuentro, con lo más bello de su propia colección y me lo ofrecía, sin más, en una bandeja de plata. El efecto fue mayor, cuando, siguiendo una orden silenciosa, el sol apareció en el horizonte, como si se materializase de la nada, e iluminó con sus rayos la hermosura que se extendía ante mí. Y ese fue el mandato que le dio vida a ese valle. Desde mi sitio, alcancé a escuchar con claridad los rugidos de los animales que se despertaban y los aullidos lastimeros y, en algunos casos, rugidos victoriosos de los cazadores de la noche, que buscaban refugio para pasar el día. Las bandadas de pájaros, de colores misteriosos y fantásticos, volaban por encima de mi cabeza, llenando el aire con su impresionante algarabía. Y entonces, el olor del valle, llevado a mí por los vapores que se desprendían de los árboles al ser calentados por el sol, me golpeó con fuerza y me hizo tambalear.

Me sentí mareado.

Jamás en mi vida, había percibido a la Naturaleza en todo su esplendor y no había caído en cuenta de todo lo que perdí al nacer en una época, en donde lo importante era aprovechar lo que la Naturaleza nos daba, pero nunca preocuparse por Ella. Los insectos danzaban sobre mi cabeza, con un alegre zumbido. Las mariposas extendieron sus alas y llenaron aun más de color el valle. Parecían diminutas, medianas, grandes y gigantescas flores voladoras, que llevaban el polen de la vida a otras flores. Esto era LA VIDA. Esto era estar en el Paraíso, en la diestra de Dios, y observar Su creación en todo su esplendor.

Aturdido, comencé a bajar.

El camino desapareció, así que avanzaba a través de la hierba, espantando con mis pasos a los minúsculos habitantes de los pastizales. Si en ese momento alguien me preguntara — ¿para qué está bajando? — no podría responder. No sabría qué responder. No me preocupaba no regresar a la aldea. Simplemente, la aldea quedó en el pasado, en el antaño; en fin, atrás. Intuía que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ver ese lugar. No me preocupaba. Sólo quería sentir esa vida fluir por mis venas, sin importarme las consecuencias. Esto era la verdadera vida. Sin intereses políticos ocultos, ni gobiernos, ni asociaciones comunitarias de tipo gregarista y ambicionando otros territorios, no existía un plan. No había estructuras, todo era rústico y salvaje, todo era como debió ser y permanecer, durante toda la eternidad.

Fijé mi rumbo a la intersección de los dos ríos. Tomé como referencia el pico de la montaña que se elevaba detrás, porque al llegar al pie del monte, los árboles me envolvieron. El constante rugir de la selva, en su precario susurro, me daba tranquilidad y a la vez me alertaba. Todo se combinó en un único y descomunal ruido silencioso: el crujir de los árboles al ser mecidos por el viento, el chillido de los pájaros, los ladridos lejanos de animales más grandes. Pero distinguía

cualquier sonido de estos. Y creía que si, en un momento de silencio absoluto, me acostaba en el pasto y agudizaba mi oído, escucharía como crecen las flores del bosque. Oiría como fluyen los ríos subterráneos, escucharía como el batir de alas de una mariposa, a miles de millas de distancia. Esta idea me hizo sentirme más seguro y sonreí con alegría inmensa, ofreciendo mi rostro al sol y cerrando los ojos. Levanté mis brazos, intentando embeber todo mi ser, con esa naturaleza que me rodeaba.

Al rato, caminaba de nuevo en dirección a la "Y" que producían los ríos.

Calculé mal el tiempo que me llevaría llegar a la intersección de los ríos. Pensé que me tomaría a lo sumo dos horas, más ya era de noche cuando por fin escuché el rugir del agua. A tientas, me dirigí a la intersección, guiándome por el ruido producido por el agua. Estaba tan acostumbrado a este, que casi caigo al río. De alguna manera, no percibí el incremento en el sonido y casi pago caro por ese error. Tal vez era debido al cansancio; no probé bocado en todo el día y caminaba desde el amanecer, sin detenerme a descansar ni un segundo. Rendido, me dejé caer y cerré los ojos. Mi estómago bullía desesperado, reclamando alimento que no podía proveerle. No sabía qué podía comer. No conocía las frutas que se balanceaban, perezosas, sobre mi cabeza, de las ramas de los árboles. Las que conocía, no aparecían por ningún lado. No podía darme el lujo de intoxicarme o peor, morirme al comer alguna de ellas. Se me ocurrió pescar. Al fin y al cabo, tenía un río cerca. ¿Pero, cómo? No tenía ningún anzuelo ni cordel. Desesperado, desistí de la idea. Tampoco podía cazar un animal. Sabía que no correría mayor riesgo con la carne, pero no tenía ningún arma y no sabía tender trampas. En ese momento, un rugido estremecedor me levantó sobresaltado. ¡Maldita sea! Me había olvidado de los depredadores. Ahora, cuando la noche cayó sobre esta selva virgen, los animales carnívoros salieron en busca de su presa. Asustado, trepé lo más rápido que pude, al árbol más cercano. Me despellejé las rodillas. Unas largas líneas rojas en mis antebrazos, marcaban los lugares en donde las ramas me azotaron sin piedad. En un absurdo terror, subí lo más alto posible y me detuve en la separación de dos ramas, movidas lentamente por el viento. Me acomodé lo mejor que pude. El sueño ya me envolvía, cuando me di cuenta de que caería al vacío y me rompería la crisma. Se me ocurrió sacar el cinturón y, asegurándolo a la rama más gruesa, lo pasé alrededor de mi cuerpo. Sabía que ese trozo de cuero prefabricado no resistiría mi peso, pero confiaba, al menos, que antes de romperse, me daría la oportunidad de sujetarme a la rama, en caso de una caída.

Así que, confiando mi vida a un trozo de cuero, cerré los ojos e inmediatamente me dormí.

El amanecer me sorprendió despierto. Durante la noche, en dos ocasiones estuve a punto de perecer, pero el cinturón resistió bien. Pero la última vez, despidió un quejido lastimero y supe que no aguantaría una nueva caída. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad, para permanecer despierto.

A medida que amanecía, los rugidos de las fieras disminuían y, con los primeros rayos de luz, distinguí la intersección que formaban los dos ríos, de cerca. Me ubiqué en el primer árbol de la orilla y el espectáculo, que se abría ante mis ojos, era espléndido. Las corrientes chocaban con un estrépito espantoso. La espuma saltaba por todos lados y, desde la altura del árbol, veía los remolinos que se formaban. Remolinos capaces de llevarse todo en su camino y hundir lo que se les atravesaba, en las profundidades que ocultaban. Descendí del árbol con pasmosa lentitud. Mi estómago rugía, reclamando comida que yo, por más que quisiera, no podía suministrarle. Cuando me acercaba al río para beber un poco de agua, descubrí una rama partida en el piso. Uno de sus extremos asemejaba la punta de una lanza. La recogí, pensando que me sería útil. De hecho, lo fue. Estaba tan débil que necesitaba apoyarme en algo para caminar. Me acerqué al agua y me incliné para tomar un poco, cuidando de no caerme en la corriente. Tomé el líquido con los ojos cerrados, pero mi estómago reaccionó de una manera violenta y devolví el agua. Lo intenté de nuevo, pero esta vez, cuando tenía los labios a pocos centímetros del agua, vi a unos cuantos peces, nadar bajo la superficie. En seguida, recordé mi improvisado cayado que dejé a un lado, al inclinarme. Lo recogí con cuidado, tratando de no espantar a los peces. Apunté, medí la distancia y... fallé. En mi afán de llenar el estómago, olvidé una de las leyes básicas de la física: el agua desvía la luz. Me tomó mucho tiempo y esfuerzo pescar uno de esos peces, con mi arpón improvisado. Sin embargo, tras muchos intentos fallidos, lo logré. El pez que saqué era hermoso, parecía una trucha, pero sus dimensiones no correspondían a las truchas que conocía. Lo devoré crudo, después de una lucha interna del asco contra el hambre. Me sentía reconfortado. Miré alrededor y, de repente, me di cuenta de que me encontraba totalmente perdido y no tenía ningún sitio a donde ir. Ni siquiera comprendía qué demonio me llevó a levantarme de la cama, caminar durante un día entero, por una región que no conocía, la cual, aunque me pareció extremadamente bella el día de ayer, ahora la encontraba demasiado hostil.

Me senté en la orilla, tratando de organizar mis ideas y decidir que hacer. Curiosamente, no sentía ningún miedo. A pesar de pasar la noche en un árbol, huyendo de fieras devora hombres que ni siquiera había visto, me sentía tranquilo. Era extraño, pero aquella serenidad y paz que me rodeaban, mezcladas con la belleza y los olores silvestres, me tranquilizaban, al extremo de ponerme en estado de relajación que tanto practiqué, escuchando las cintas del viejo. Decidí caminar a donde me llevaran las piernas: al fin y al cabo, todo en este lugar estaba predestinado, o algo por el estilo, así que no creía que los Dioses, Maestros o lo que fuesen, corrieran el riesgo de perder a un guardián, así como así.

Me dirigí al Norte.

Caminé durante dos días. Elegí el Norte, puesto que el río fluía en esa dirección general, y no quería perder la única fuente de alimentación a mi disposición. Es increíble como las personas se adaptan al medio en el que viven. De otra manera, perecería. Al cabo de dos días, llegué al mar. El río desembocaba en un azul como el cielo, a tal punto, que no se distinguía en que punto comenzaba el horizonte. Millares de gaviotas cazaban sardinas. Un par de tortugas gigantes, se arrastraban por la playa, entre las palmeras. Y éstas últimas, eran inmensas. La arena era de un amarillo brillante, que segaba la vista al reflejar el sol, como si fuese oro. Me sentía exhausto, bastante flaco, con ojeras que parecían bolsas y un hambre constante. Pero, de una manera extraña, me sentía más libre en espíritu. Recordé, mientras caminaba por esa playa al oeste, que en la Biblia, todo profeta tenía por costumbre ir al desierto, a esperar visiones o revelaciones por parte de Dios. Esa espera purificaba su espíritu, así como el obligatorio ayuno. En cierto sentido, eso era lo que me ocurría. Después de andar durante dos días, prácticamente sin descanso, alimentándome exclusivamente de pescado crudo (cuando mucho dos peces por día) y, además de eso, totalmente desorientado, confiando en alguien superior que me guiase al campo de batalla o lo que fuese, concluía que logré cierto grado de purificación.

Mientras caminaba por la playa, a lo lejos distinguí algunas estructuras. Esperanzado, aceleré el paso, casi al borde de emprender una carrera desenfrenada. Una emoción inmensa me embargaba. ¡Al fin gente! Pero, a medida que me acercaba, mi emoción comenzó a disminuir. Las estructuras se encontraban en pésimo estado. Daban la impresión de haber sido abandonadas hacía mucho tiempo. Algunas paredes se derrumbaron y otras se mantenían en un precario equilibrio, dando la sensación de que una simple brisa bastaría para echarlas por tierra. La esperanza pasó, tan rápido como llegó. Sin embargo, no me desesperé. Por lo menos, dormiría esta noche bajo techo. Avancé despacio, ahorrando las pocas energías que me quedaban. De pronto, me detuve. Me pareció oír una conversación apagada. Tan acostumbrado estaba ya a los sonidos de la Naturaleza, que cualquier sonido diferente, me alertaba. Escuché, conteniendo el aliento. Y ahí estaba de nuevo: una conversación apagada, en la que alcanzaba a distinguir dos voces, más no las palabras. A pesar de que me moría de ansia por encontrarme con seres humanos, mi instinto de conservación se impuso a la curiosidad. Después de todo, yo era un guardián y no sabía si los que conversaban entre las ruinas, detrás de esas paredes, eran buenos o malos. Me retiré sigilosamente hacia las palmeras. Protegido por su sombra, avancé despacio. Cuando me encontraba a pocos metros, me acosté y me deslicé sobre el estómago. Tan absorto estaba en moverme en el más absoluto silencio, que no me di cuenta cuando estaba justo al otro lado de la pared. Me apoyé sobre el muro y, a duras penas permitiéndome respirar, escuché.

—...Tenemos que atacar antes de que lleguen. — Decía uno de los personajes. Me sorprendí al escuchar mi propio idioma. — El ejército se encuentra a unos

cuantos kilómetros de distancia, sin general. Lo destruiremos con pérdidas mínimas.

— No lo sé. — Y cuando escuché la segunda voz, me tuve que morder la mano, para que un grito no saliera de mi garganta: era Heitter. — No estoy seguro, Camilo. Si atacamos ahora, iríamos en contra de las reglas. Claro está que ganaríamos, pero no sé las consecuencias que esto puede traer.

— Estás desperdiciando una gran oportunidad, ¿lo sabías?

— No me importa. No quiero ir contra las reglas.

— ¿Es por tus amigos?

— No. Ellos dejaron de ser mis amigos en el momento en que se aliaron con el enemigo. No te preocupes, — y su voz adquirió un tono frío que nunca antes escuché, — los mataré, si se me presenta la oportunidad, sin la menor duda.

Y, en ese momento, detesté a Heitter con toda mi alma. Nunca pensé que alguien era capaz de odiar a un amigo de esa manera, y las historias que oía de gente que mataba a sus mejores amigos por cualquier pendejada, me parecían exageradas; empero, en este momento cambié radicalmente mi opinión. Sus palabras implicaban que a él no le importaría, en absoluto, matarnos. Y yo que me rompí la cabeza, pensando que no era capaz de matar a una persona que conocí durante tanto tiempo. Pero ahora no lo dudaría, no. Lo mataría de la misma manera y con el mismo sentimiento con el que se mata una cucaracha: ¡repugnancia!

— De acuerdo. ¿Qué vamos hacer?

— Regresemos con los nuestros. — Y Heitter comenzó a alejarse. — Esperaremos el momento indicado y luego atacaremos. No durarán mucho. Los superamos en número, así que va a ser una pelea corta y... desagradable.

Las voces se alejaban más y más. Yo no salía del asombro, estupor y sentimiento de asco que me causaba la acción de uno de mis supuestos mejores amigos.

¡Maldito sea él y los que lo acompañan!

— ¡Juro, en nombre de lo más sagrado, que llegado el momento, no dudaré!

No sé cuanto tiempo permanecí recostado contra la pared, incapaz de salir de mi estupor. Ante mis ojos desfilaban miles de momentos que pasé con él. Fue mi amigo. Me ayudó en tantas cosas, de la misma manera que yo... que nosotros a él. Y ahora, no dudaba en matarnos. Esto era inconcebible. Más ya escuché de sus propios labios. Deseé encontrarme con mis amigos en ese momento, para contarles lo sucedido. Pero no era posible. Me levanté y en ese momento, todo lo que en algún momento sentí por Heitter, quedó borrado de mi mente, llenando el vacío con un sentimiento de odio tan insondable, que me hería en lo más profundo de mi corazón. Y, a medida que más me hería, el odio aumentaba hasta llenar por completo todo mi ser. A partir de ese momento, dejó de importarme la Humanidad, las almas en juego, mi propio bienestar. Sólo me quedaba esto: ODIO.

Recordé que el otro personaje mencionó que había un ejército, a pocos kilómetros de distancia. Si ellos se proponían atacarlo, significaba que pertenecía a nuestro bando. No sabía que dirección tomar para llegar a él, así que me guíe

por la lógica. Seguí las huellas que dejaron Heitter y su acompañante, en la arena. Gracias a Dios, no se tomaron la molestia de ocultarlas. Ellos caminaron en línea recta a lo largo de la playa, hasta el punto en que ésta dibujaba una curva muy aguda y se perdía de vista, al norte. Las huellas seguían esa dirección. A partir de ese momento, me dirigí al sur. No era más que una intuición, pero esperé que su ejército estuviera apostado a ciento ochenta grados del nuestro. No fue una buena idea, desde el punto de vista táctico. Podía encontrarse, literalmente, en cualquier dirección. Sin embargo, preferí esta. Tal vez era para alejarme más de Heitter y la ponzoñosa nube que lo acompañaba de ahora y para siempre; tal vez fue una intervención divina, tal vez mi propia intuición, pero luego de una hora, encontré lo que buscaba. Me topé con centinelas, apostados en la entrada a un gigantesco campamento, situado en un claro, en medio del bosque. Era un campamento de legionarios romanos, equipados completamente. Me vieron de inmediato y me saludaron con un golpe en el peto, levantando la mano derecha. No me explico como en ese momento ellos me reconocieron como su general. Ni siquiera me consideraba tal, pero les devolví el saludo y me quedé mirándolos sin saber que hacer. No tenía ninguna idea de las cortesías del caso, ni como dirigirme a mis propios soldados. Es más, ni siquiera sabía donde se encontraba mi cuartel general, o lo que fuere. Supongo que ellos comprendieron mi indecisión y uno de ellos se adelantó y, levantando su espada corta, comenzó a caminar delante de mí, no sin antes realizar el gesto inventado hace miles de años atrás: sígueme.

Atravesamos el campamento hasta llegar al centro. Ahí se alzaba una carpa inmensa, custodiada por dos legionarios, quienes levantaron sus espadas en señal de saludo. Entré y para mi sorpresa, ahí estaba Miguel, frente a un rústico mapa, dibujado sobre la piel de algún tipo de animal vacuno. No se daba cuenta de que me encontraba bajo el mismo techo. Se encontraba bastante concentrado, estudiando las posiciones de las líneas enemigas...

EL BIEN Y EL MAL

Mientras manejo como desesperado, tratando de alcanzarte para impedir que cometas una locura, me doy cuenta de lo vacía que se encuentra la ciudad. Parece como si todos los habitantes decidieran mudarse, sabiendo que una desgracia está a punto de ocurrir. Recuerdo con claridad tu reacción, cuando por fin te diste cuenta de que me encontraba en la carpa contigo; y la alegría inmensa, inmediatamente ensombrecida al decir quien estaba comandando el ejército enemigo. En mi mente se forma la imagen de tu cara, con las facciones endurecidas por el dolor. Y los relámpagos de odio, deseando venganza, que despedían tus ojos. Los cerraste y después de respirar profundamente, te guardaste el odio para, cuando por fin nos encontráramos con Heitter, cara a cara, descargarlo con todo el peso del alma.

Y la batalla...

Detengo el carro. Necesito respirar. Los recuerdos me ahogan y no tengo a nadie para desahogarme. Me bajo del auto y me siento en el andén, con la cabeza entre las rodillas. Esa fue mi reacción al terminar la batalla; luego de ver toda esa sangre, miembros amputados y personas aullando, llorando y maldiciendo. Muchos de los que quedaron mutilados, pero con vida, miraban a los que pasaban con ojos suplicantes. Imploraban por una muerte rápida e indolora, pero no podíamos dársela. No podíamos aliviar su dolor.

Lloro, en silencio. Las lágrimas se deslizan en rauda velocidad por mi cara y caen en el asfalto, para ser devoradas por el polvo, en contados instantes. No puedo detenerme. Toda esa fuerza que sentí, mientras me encontraba contigo, en el bar, me abandonó; y ahora el flujo de los recuerdos me destroza.

Pero me contengo. Tengo que llegar al consultorio, para impedir que cometas una locura. Sin embargo, presiento que es demasiado tarde. Siento que te embarcaste en una nueva aventura, pero también sé, que yendo sólo, no podrás concluirla. Me subo de nuevo al carro y comienzo a manejar. Más ahora voy despacio. No hay necesidad de correr. El tiempo se detuvo para ti y sé, que al llegar, te encontraré en el momento preciso.

Mientras manejo, veo las luces de un hotel y me detengo al frente. El botones se encuentra dormido, pero lo despierto con un bocinazo. Se levanta, mal humorado, pero me abre la puerta. Me entregan las llaves de la habitación. Cuando me encuentro en ella, me acuesto en la cama y cierro los ojos. Respiro profundamente y luego deseo.

Tan sólo deseo.

Y enseguida, una luz me envuelve y de nuevo me veo transportado. ¿Volveré? Esa pregunta no me asusta. Hay algo que tengo que hacer. Algo que quedó inconcluso y ahora voy a terminar lo que se comenzó una vez. De nuevo fui... ¡No! Fuimos convocados.

La luz comienza abandonarme lentamente y abro los ojos...

I

La bestia abrió los ojos. El Apocalipsis comenzó. Es curioso, había soñado con eso. Cada vez que cerraba los ojos para dormir, veía a una bestia que abría los ojos. Y ahora, los abrió en su totalidad.

El ejército enemigo estaba al otro lado, y sabía que la única manera de vencerlo, era pasar por encima de una amistad de años. De una amistad que no sabía si duró veinte años, los que teníamos ahora, o siglos, que me parecía pasar en este espacio y tiempo.

Tiempo.

Tiempo era lo que nos sobraba y nos hacía falta, a la vez. Me pregunto ¿qué habría pasado con JJ y Andrés? ¿Dónde están? ¿En qué siglo se encuentran? ¿En qué batalla están envueltos? ¿Por qué demonios me vi en la obligación de recorrer un camino purificador, cuando Miguel llegó sin ningún inconveniente y con sólo desearlo?

Veo la batalla en mi mente, pero no puedo describirla con palabras. Es tan difícil describir la agonía. El sufrimiento.

Es demasiado.

Pero vencimos.

Lo logramos, gracias a un error táctico de los generales enemigos. Tenían la posibilidad, la gente y el equipo para lograr una victoria impecable, con pérdidas mínimas. Si sus comandantes sabrían la estrategia a seguir, nuestra derrota sería segura. Sin embargo, cometieron el mismo error que una vez aprovechó Julio Cesar, en la batalla contra los egipcios: colocaron a sus elefantes al frente del ejército, en vez de a los lados. Miguel me sonrió, salvajemente, y me indicó con la cabeza a los enormes animales. Mi alegría fue inmensa. Ese mismo error lo cometió Miguel, en un juego de Dungeons. Fue derrotado.

Después de repartir apresuradas instrucciones entre los centuriones, nuestro ejército, inferior en número, se lanzó al ataque con descomunal algarabía, espantado a los paquidermos que, presos de un pánico indescriptible, se lanzaron contra las filas de nuestros enemigos, aplastándolas. Y Miguel, con la nariz dilatada y un tic nervioso en su rostro, consecuencia del olor acre de la sangre, mezclado con lo presenciado, gritó en medio del paroxismo general:

— ¡Ayuden a los elefantes! — Y, preso de una histeria incontrolable, cayó al piso, riendo como un poseído.

Por un momento, dudé entre detenerme para ayudar a Miguel, o correr al frente del ejército, para guiar a mis soldados. Sólo fue una fracción de segundo, pero decidí preocuparme primero, por el desenlace del combate. Sabía que si algo pasaba a Miguel, jamás me lo perdonaría, pero también intuía que, si no lograba esta victoria, la primera victoria en muchos eones, sería el fin de las batallas entre los guardianes.

¡Dios me es testigo que eso es lo único que quiero! Y no permitiré que los ganadores sean ellos.

Y corrí.

El ejército me siguió entusiasta, lanzando espantosos gritos de guerra, que ninguna garganta en sano juicio llegaría a emitir. Pero no estábamos en sano juicio. El olor y el color de la sangre, empapó nuestros sentidos, llenándonos de odio, rencor y necesidad de matar.

Matar o ver morir.

Morir matando.

Todas mis inquietudes se resolvieron, en el momento en que levanté mi espada contra otro hombre. Era pequeño, regordete y en sus ojos llameó una súplica. Me pedía clemencia, pero sabía que él veía la misma llama en mis ojos y, sin dudar, descargué la espada sobre su cabeza. Fue un golpe fortuito. Era la primera vez que usaba un arma blanca, pero logré romper el dorado yelmo que cubría su cabeza, el cráneo y cortar el cerebro en dos. Su cuerpo se sacudió en un grandioso espasmo, y la llama se apagó en sus ojos. Lentamente, se deslizó sobre sus rodillas y cayó al suelo, afortunadamente de cara. Una oleada de lástima y agobio por lo obrado, me rodeó. Más no permaneció mucho tiempo en mi cuerpo, al atacarme otro soldado. Dediqué mi atención a la embestida.

La gritería era inmensa. Los alaridos de los heridos se mezclaban con el choque metálico de las armas y los cuerpos. Ríos de sangre nacieron de la tierra y brotaron bajo nuestros pies, convirtiendo la tierra en barro y dificultando el movimiento.

Y ojos...

Ojos llenos de odio y sedientos de muerte, nos miraban por todos lados. En ese momento de la lucha no se distinguía al amigo del enemigo. Sólo existía la necesidad de perforar y de amputar. De quitar la mayor cantidad de vidas posible, para entregar la suya al mejor precio. En muchas ocasiones, analizando después lo sucedido, mis soldados, por puro reflejo, mataban a sus compañeros de armas. Lo mismo, supongo, que ocurría en el ejército enemigo.

Y el olor de la muerte flotando sobre esos cuerpos llenos de sangre y sudor, mezclado con el olor de los animales, los alaridos histéricos de los que fallecían, los gritos furiosos de guerra de los que vencían, los aullidos lastimeros de los que se desangraban, el chirrido metálico de las armas que entrechocaban, el crepitar de las vestiduras que se desgarraban, el sonido seco de la madera de los escudos que se quebraban, y los trompetazos de batalla, se combinaban en una sola palabra, que se utiliza para designar un suceso de aquella magnitud: BATALLA. Es una palabra insignificante, que no alcanza a describir el sufrimiento, muerte y victoria de hombres sobre hombres. Es demasiado pequeña para analizar lo que sucede en un campo de batalla, y hacer entender al que la escucha, todo lo acontecido durante ese corto momento. Sólo hay una forma de entender lo que es una batalla y es la de estar en ella. Vivir con cada fibra del cuerpo lo que ocurre. Matar y alegrarse de quedar vivo. Ser herido, e ignorar esas heridas para infligir otras peores a sus enemigos. Sentir la espada revolotear sobre la cabeza y darse cuenta de que es lo más parecido al aleteo de la muerte. Y esa euforia que desboca tu cuerpo, es la propia reacción mental, al saber que la muerte se

encuentra sobre tu cabeza y en cualquier momento, que no auguras, bajará para apoderarse del cuerpo y alma.

Y ese sería el fin de todo.

De todo lo que significa vida.

En ese momento, entendí el motivo de mi presuroso viaje a través del bosque. En ese recorrido, conocí la vida en una parte de su magnitud. Pues no creo que un hombre pueda verla en todo su esplendor y no quedar ciego de tal belleza. Ese pensamiento era el que me empujaba a luchar y permanecer vivo. Ya no me importaba la tierra ni las almas que se encontraban en juego, en esa batalla. Sólo me importaba LA VIDA. Porque en esa pequeña palabra se esconde el significado de toda filosofía, religión y pensamiento ateo. En esa palabra radica la respuesta al por qué nos encontramos en este Universo, al por qué tenemos hijos, al por qué crece una flor, al por qué existen los animales, al por qué la Tierra misma te inspira respeto, al por qué eres como eres, y también hacia donde vas.

Aunque esa palabra tiene cuatro letras, cada una de ellas encierra el infinito. Encierra un Universo que se encuentra a disposición de aquel, que encuentre la palabra mágica que remueve la cerradura y la ceguera de los ojos, para entender de lo que se compone el Universo.

Y estoy seguro de que, al alcanzar ese conocimiento, el significado de la Eternidad estará al alcance de la mano.

Y la batalla continuó...

II

Estaba en la carpa, junto a Miguel. Fue herido de gravedad durante la batalla. Una mano firme, le perforó el costado derecho del cuerpo. Ahora se encontraba acostado, quejándose del dolor, envuelto en una tela grasienta, llena de manchas de sangre reseca. El curandero que lo examinó, le aplicó una pasta realizada de hojas especiales (por más que insistí, no quiso revelarme los ingredientes), en el costado. Lo vendó con fuerza, con una tira de lino blanco, después de colocar sobre la herida una tela rústica, que había sido empapada, previamente, en la misma pasta. Después le obligó a beber un brebaje que apestaba a mil demonios y apuesto a que sabía igual, pero que obligó al herido a dormir.

Su sueño era intranquilo. Mandaba a soldados imaginarios a enfrentarse con legiones de bestias inimaginables, cuyos nombres no soy capaz de pronunciar. A veces, pronunciaba palabras ininteligibles, en un tono de inconfundible asombro, que luego desembocaban en furia. Comenzaba a moverse demasiado, removiendo la herida y entonces se quejaba como un niño pequeño. Yo me inclinaba y lo sujetaba con fuerza, tratando de impedir que su mente desvariada, le hiciera alguna mala pasada al cuerpo, que necesitaba en ese momento reposo. Durante tres días con sus noches, velé a mi amigo. Los centuriones, que entraban de vez en cuando a la carpa para conocer el estado de su general caído, me ofrecían que descansara, pero yo no permitiría que Miguel muriera, sin que estuviese a su lado. Porque de lo que estaba seguro, en ese momento, era que moriría. Vi la herida. Era una cortada grande y profunda. Pensé que penetró el riñón, además de infectarse, porque en esa época era imposible conseguir antibióticos.

Pero, la tercera noche, me dormí en la cabecera de su cama.

Me desperté sobresaltado. No reconocía el lugar en el que me encontraba, hasta que me di cuenta de que estaba acostado en mi cama, en la carpa. Alguien me llevó del lecho de Miguel, hasta mi aposento, me quitó la ropa y me cobijó. Y yo ni siquiera me di cuenta de ello. La ropa estaba al alcance de mi mano. Los trapos, hechos jirones, con manchas reseca de sangre y de olor nauseabundo, que fuesen mis ropas el día de ayer, desaparecieron. En su lugar, había una toga blanca, decorada en la parte del cuello. Encima, colocaron una corona hecha de hojas de roble. Con cierta sorpresa me coloqué las vestiduras. Debajo de la toga, encontré un par de sandalias, con correas de cuero, de no sé qué animal. Estas sandalias me causaron problemas. Había que calzarlas y luego trenzar esas correas alrededor de la pierna, en extrañas figuras. Afortunadamente, uno de los esclavos vino en mi ayuda. Cuando terminó de asegurar las correas, lo primero que le pregunté, por señas, fue el estado de Miguel. El esclavo comenzó a responder algo en latín y de repente, entendía cada palabra que él me decía. Recordé las palabras de Xillen: hablaríamos todos los idiomas necesarios.

—...está despierto y preguntando por usted.

— ¿Quién me llevó a la cama? — Le pregunté, mientras caminábamos con paso ligero en dirección al aposento de Miguel.

— Anoche llegó un tribuno. — Respondió el esclavo, pero eso no aclaró en nada mis dudas. — Dice que lo conoce.

— ¿Un tribuno? — Me sentí sorprendido. ¿Cómo, en nombre de Dios, un tribuno de la época del imperio romano, me conocía?

— Sí. Llegó anoche. Sus barcos se ven en el horizonte. — Y me señaló la delgada línea que representaba el mar. Sobre el horizonte, como graciosos cisnes negros, se veían las siluetas de muchos barcos. No alcancé a contar cuantos eran. Pero la cuenta pasaba de cincuenta.

Seguí caminando, afanado, y por fin llegué a los aposentos de Miguel. Los centinelas me saludaron con el acostumbrado golpe en el peto y me permitieron entrar. El esclavo quiso pasar conmigo, pero uno de los centinelas bajó su lanza y me miró. Le indiqué que estaba bien y él alzó su lanza al instante. Entré, presuroso, pensando que Miguel me llamaba para decirme su última voluntad. Cual no sería mi sorpresa, al ver a Miguel sentado sobre la cama, con semblante triste, conversando nada más y nada menos, que con Andrés. Me alegré bastante al verlo. Así que ese era el tribuno que me llevó a la cama, anoche. Una sonrisa comenzó a recorrer mi cara y extendí los brazos para abrazarlo, pero la mirada de Andrés era fría. Y, muy en el fondo, el brillo de la tristeza penetró en mi cerebro como un relámpago, obligándome a bajar los brazos y preguntar con un susurro:

— ¿Qué ocurre?

Andrés no me respondió enseguida. Miré a Miguel, pero este evitó la mirada y me indicó con la cabeza al esclavo. Le dije que saliera. Andrés se levantó. Caminó hacia mí y puso sus manos sobre mis hombros, con firmeza. Me obligó a mirarlo a los ojos y, sin más preámbulos, dijo:

— JJ, falleció.

Sentí el mundo dar un vuelco y las rodillas me temblaron. Busqué desesperado donde sentarme y, al no encontrar nada cerca, me dejé caer en el piso.

¿JJ?

¡No era posible!

Cerré con fuerza los ojos, pero lo único que veía era a JJ, en el pueblo con Xillen, golpeando con su descomunal puño la mesa, riendo alegremente, y apurando copa tras copa. Luego vi a JJ en la Universidad, separándonos durante una pelea. Después, el mismo JJ, callado, asustado, pero firme a nuestro lado, en el consultorio del viejo. JJ, tan lleno de vida. JJ, mi amigo, nuestro protector silencioso, nuestro benefactor...

Quería llorar, pero no podía. En los últimos tres días, la visión de tantas muertes me secó las lágrimas. Las lágrimas alivian el dolor. En mi caso, el dolor quedó guardado para ser, más tarde, transformado en furia.

— Él se sacrificó, por nosotros... — Levanté la mirada sorprendido. — Por Xillen y por mí. — Aclaró apenado y de repente, sin ningún aviso, levantó las manos hacia el cielo y bramó: — ¡Maldición!

— ¿Cómo pasó? — Pregunté.

Andrés me miró a los ojos antes de responder. Tal vez quería saber mi estado de ánimo. Tal vez quería saber, si era capaz de resistir la historia que estaba a punto de dejar caer sobre mis hombros. Su histerismo de hace un segundo desapareció como por arte de magia. Se volvió un hombre que sabía manejar sus sentimientos y controlarlos durante mucho tiempo, para dejarlos salir durante un segundo y ser capaz de concentrarlos en una sola palabra como lo es: Maldición.

— JJ, Xillen y yo aparecimos en medio de una batalla naval. — Respondió Andrés, cansadamente. — Nos llevaban ventaja. Demasiada ventaja. Nos atacaron con fuego griego. Era un infierno. No sé si ustedes entienden la sola impresión de ver el agua arder. — Hizo una pausa. — Eso era lo que pasaba. El agua ardía a nuestro alrededor. Los tres, nos encontrábamos en un mismo barco. Puedo jurar que los enemigos sabían a qué barco en especial atacar, porque concentraron todo su ataque en el nuestro. Éste ardió. Estábamos a punto de saltar al agua todos, cuando JJ balbuceó que no lo lograríamos y nos empujó al agua. Los soldados, que estaban a punto de saltar, se quedaron con JJ. Al parecer, sabían lo que iba hacer. — Nos miró, con la culpa pintada sobre su rostro. — Si yo lo supiera, también me quedaría. — No dijo nada más en su defensa.

Continuó con la cruel narración, que arrojaba a nuestros rostros como brasas ardiendo, que no quemaban, pero si hacían gran daño, cauterizándose al instante.

— JJ fue al timón y dirigió el barco en llamas contra la centralización de los barcos enemigos. Ahí se encontraban los generales. — Sus ojos se empañaron y su voz dio un tono en falso. — Yo nadaba en el agua, sosteniendo a Xillen, quien recibió graves quemaduras en un brazo, pero vi lo que pasó. Él estrelló el barco contra los otros. Y, espada en mano, acompañado por los que sobrevivieron al impacto, atacó y exterminó a los generales enemigos. Somos dueños de los mares. — Terminó con una amarga sonrisa.

— Pero... ¿Cómo murió? — Miguel estaba igual de aturdido a mí.

— Con los generales enemigos. — Respondió Andrés y, de pronto, comenzó a temblar. — Ninguna espada lo pudo atravesar. Ni una flecha lo pudo rozar. Nadie pudo hacerle ni un sólo rasguño. Simplemente se quemó. No había escapatoria y él lo sabía, cuando dirigió el barco contra los enemigos. Las llamas lo envolvieron todo. Lo último que vi, — y Andrés nos miró con fiereza a los ojos, — fue a JJ, envuelto en llamas, pero que no parecía sentir dolor, danzando un baile de victoria, con la espada levantada sobre su cabeza. Tal vez estoy loco, pero puedo jurar que la sangre de la espada se confundía con las llamas. De otra manera, la espada se había convertido en fuego. Todos habían caído. Nadie estaba a su alrededor. Rodeado por fuego en el barco, fuego en el agua, fuego en el cielo. Y él bailaba... bailaba... Hasta que no lo vi más...

Un pesado silencio siguió a esas palabras. Yo estaba sentado en el piso, con la cabeza entre las piernas, pensando en la horrible muerte de mi amigo, pero que sirvió para quedar dueños de todos los mares, además de eliminar, Dios sabe cuántos, guardianes enemigos.

Pero su sacrificio no sería en vano.

No sería en vano.

Miré a Miguel.

— ¿Ya le contaste?

— No.

Andrés nos miró con la interrogación pintada sobre su rostro.

— Heitter era uno de los generales del ejército que derrotamos. — Explicó Miguel y después me miró. — Él fue quien me hirió. — Me aclaró el origen de esa herida y casi no logro ahogar el grito de sorpresa que saltó a mis labios. — Cuando saliste a correr y el ejército te siguió, me levanté y traté de hacer lo mismo. Pero tropecé con él. Fue una verdadera sorpresa. No me lo esperaba. Ese ratón se atrevió a levantar su espada contra mí. Así cometí mi único error, que me costó este pequeño tajo, — e indicó con la cabeza el pequeño tajo. Esa herida le seguiría molestando por muchos años. — Subestimé a Heitter... Nunca, — nos miró a los ojos, — nunca subestimen a los guardianes enemigos. Tan sólo dos guardianes nos enfrentamos a otros. Y el resultado no es nada bueno: Uno está muerto y otro herido. — Andrés abrió la boca para defender a JJ, pero Miguel lo interrumpió. — No quiero decir que JJ haya dado su vida en vano. Al contrario, le envidio. Él murió, pero consigo se llevó a quién sabe cuantos guardianes enemigos. En cambio, yo estoy herido y no hice siquiera un rasguño a ese mal nacido...

— Así que Heitter escapó... — Terminó la frase Andrés.

— Sí. — Y de repente, Miguel gritó: — ¡Daría mi vida por la de JJ!

— No será necesario. — Una voz familiar nos obligó a mirar en dirección a la puerta y ahí estaba Xillen. Tan radiante y serena como siempre, pero con el brazo derecho envuelto en un pulcro vendaje de lino blanco. — Eso no será necesario, — repitió y se adelantó hasta el centro de la carpa. — Lo que sí están en obligación de hacer, es enterrar a su amigo. Reconozco que es algo inusual. De hecho, nunca se presentó algo así, pero los Maestros acordaron una tregua, para sepultar a su amigo. Es la primera vez, en muchos eones, que ocurre algo semejante. Un sólo guardián fue capaz de eliminar, con un golpe maestro, entregando su propia vida a cambio, veinticuatro guardianes. — Miramos a Xillen, boquiabiertos. — Así que las hostilidades se postergaron, hasta que sus heridas sanen. Esta noche volveremos al pueblo y esperaremos, mientras las heridas de Miguel mejoran. Después, regresarán a sus cuerpos, durante el tiempo que tome el entierro de su amigo. — Hizo una pausa y se corrigió: — de nuestro amigo. — E inclinó la cabeza. — Esta es la recompensa, por su valor para con nosotros.

Lo único que pudimos hacer en ese momento, fue bajar nuestras cabezas. Las lágrimas se deslizaron, silenciosas, por nuestras mejillas, para caer sobre el suelo. El polvo las absorbió con una velocidad asombrosa, como la arena que consumió toda esa sangre, derramada durante la última batalla, librada en esa maldita playa.

— ¿Nos llevarás? — Pregunté a Xillen, pero no me respondió. Salió de la carpa, envuelta en su dignidad, dejando un silencio ofendido a sus espaldas.

III

El pueblo. El viejo pueblo, con sus personajes desconocidos, llevando su vida cotidiana, aún después de conocer la derrota de los ejércitos enemigos, del sacrificio de JJ y de la herida de Miguel. No hubo reconocimiento, ni siquiera una recepción. Llegamos como desconocidos que nunca pasaron por ese lugar, llevando, en una camilla cubierta, a Miguel. Xillen nos facilitó el camino. Dijo que sujetáramos la camilla y cerráramos los ojos. Enseguida, dijo que los abriéramos y aparecimos a la entrada del pueblo. Nos aclaró que era la primera y última vez que hacía semejante truco para nosotros. Sus habilidades, poderes y posibilidades como imparcial, eran revocados con este último acto.

Pasó un tiempo mientras la herida de Miguel sanaba. Al principio, Andrés y yo moríamos de aburrimiento, pero al cabo de una semana, decidimos entrenar en el manejo de la espada. Un viejo del pueblo nos enseñó a manejar el arma con ambas manos. Al cabo de algún tiempo, realizábamos fintas que nunca pensamos que existieran. El movimiento que más trabajo me costó aprender, era cambiar de mano la espada, en medio de un ataque, con la velocidad de un relámpago, para desconcertar al adversario y así ganar preciados segundos, para derrotarlo.

Pero el tiempo pasaba y el manejo de las armas ya no nos interesaba. Para no dejar que Miguel se muriera de aburrimiento, todos los días nos reuníamos al lado de su cama y jugábamos Dungeons. Claro que ahora el juego no era esencialmente fantasía. Teníamos en cuenta la experiencia de la batalla pasada y practicábamos estrategias en diferentes campos, con variedades de ejércitos y armas. Recordábamos nuestras pobres clases de historia del colegio, y las poníamos en práctica, teniendo en cuenta los errores cometidos por grandes generales de la historia y aprendiendo de los diferentes actos heroicos de los mártires. Pero la única fuente de información era nuestra memoria.

Un día, cuando Miguel ya se levantaba de la cama, sus heridas sanaban, dejando una fea cicatriz, y nuestras esperanzas de regresar eran más fuertes que nunca, Xillen apareció en la habitación. Su cara reflejaba gravedad y comprendimos que esta no era una visita cualquiera. El silencio dominaba la situación, mientras ella tomaba asiento. Nosotros, seguimos su ejemplo y nos sentamos al frente. Nos miró por unos instantes. Parecía estudiar nuestras caras una por una, grabándose en su memoria las facciones.

— Esta tarde regresarán. — Anunció, sin preámbulos.

Aunque la noticia era digna de celebrarse, nuestros corazones se sentían oprimidos por algo. Tal vez era el mismo reflejo de la cara de Xillen, que mostraba preocupación. Sus ojos, penetraban los nuestros, con el calor de un bloque de hielo.

— Hay algo más, ¿verdad? — Inquirió Andrés, sin mucho entusiasmo.

— Sí.

El silencio siguió a esa respuesta, por largo rato. No queríamos indagar lo que era, por que sentíamos que no era bueno y ella no quería decirlo así como así.

— Ustedes regresarán algunos minutos después de que se fueron. — Comenzó ella la explicación, pero me daba cuenta que no tocaba el tema principal. Hasta ahora, preparaba el terreno, para dejar caer la noticia sobre nosotros, de un golpe. — Es decir, el tiempo transcurrido aquí, se refleja en su existencia real en minutos. Más el conocimiento adquirido aquí, permanecerá con ustedes durante el resto de su vida material. — Nos miró con sus ojos, cargados de tristeza. — Salgan de la casa de JJ inmediatamente. El cuerpo que van a encontrar ahí, no es su amigo. Su amigo ha muerto y lo que se encuentra en la tierra, es sólo el envase que contenía esa preciada alma. Vayan a sus hogares y no le digan nada a nadie. Esperen a que les llegue la noticia de su muerte. No se asombren cuando el veredicto diga que fue por combustión interna. Recuerden que lo que se quemó fue el alma y no el cuerpo.

Asentimos con gravedad. Nos sentíamos abatidos. Sabíamos de la muerte de nuestro amigo, pero tendríamos que aparentar que nada sucedió, mientras que se descubría el cuerpo y luego, poner cara de idiotas y preguntar por lo que ocurrió, cuando nos dijeran que fue una muerte extraña.

Combustión interna.

¡No era justo! Sacrificó su vida para salvar el pellejo de los habitantes del planeta. Deberían erigirle un monumento, declararlo héroe, nombrar un día en su honor, una ciudad, un país entero. En cambio, sería sepultado en el anonimato. Como cualquier pelado de veinte años, muerto por sobredosis o en una pelea callejera. Quizás, ese era el destino los mártires. Muy pocos ocupaban el pedestal que les correspondía, poco tiempo después de su heroica acción. La inmensa mayoría, jamás era reconocida por la historia.

¡No era justo!

— Ahora, quiero que entiendan algo, — Xillen no nos miraba, mientras hablaba. Miraba el techo, la pared, cualquier otra cosa, menos nuestros ojos. — El campo de batalla es aquí. Única y exclusivamente en este lugar. Es posible que en la Tierra se encuentren con Heitter. Por más sentimientos encontrados que guarden sus corazones, — cuando dijo estas palabras, miró directamente a Miguel, — no deben combatir ahí. Por más que él los incite a ello, deben controlarse. Digo que deben, porque me es imposible impedir que peleen, pero recuerden esto, si pelean en la Tierra, perderán la siguiente batalla, sin comenzarla.

— Lo dices porque estás segura de que Heitter estará ahí. — Miguel no lo preguntó, sino afirmó. Xillen no respondió. — Puedo leerlo en tus ojos, Xillen. No tienes que responder. Pero tampoco yo te prometo que estará bien. No sé cual sea mi reacción al ver a Heitter y lo digo también por el resto de nosotros. Te puedo pedir esto: ruega por nosotros.

Miguel se levantó y salió de la casa. Andrés miró a Xillen por un rato, como si quisiera despedirse, pero ninguna palabra salió de su boca y también salió, siguiendo a Miguel. La miré a los ojos y, para mi sorpresa, pregunté:

— Me puedes decir ¿qué demonios me pasó? — Ella me miró sorprendida. — Quiero decir, — aclaré, — ¿por qué caminé durante dos días? Todo el mundo

llegó en un abrir y cerrar de ojos, mientras que yo, tuve que caminar por un bosque, totalmente perdido, sin comer y peor, sin saber a dónde dirigirme.

Xillen me miraba y de pronto estalló en una sonora carcajada. La acompañé, de buena gana. Al fin y al cabo, la risa era el remedio infalible para dispersar el pesado ambiente que nos rodeaba, consecuencia de la conversación, sostenida hace poco.

— Los caminos de cada guardián son distintos. Unos quieren comenzar rápido, porque tienen su mente despejada de cualquier duda. Aquellos que no están seguros, tienen tres opciones: desertar, llegar rápido o superar sus propios miedos, para de esta forma lograr un equilibrio entre la mente y el cuerpo, alcanzando el máximo estado de unión entre esas dos entidades, tan cercanas y lejanas a la vez.

— Sabes perfectamente que no entiendo ni una palabra de lo que dices.

— Lo sé, amigo mío. Pero llegará el momento en el que lo dicho y lo comprendido, se fundirá en uno sólo y en ese instante, las frases que te he dicho y que te diré en un futuro, no te serán tan extrañas como lo son ahora.

— Espero que así sea. — Dije, dudando que así sería.

— Nunca esperes. Siempre cree en algo. Porque el tener una creencia, es forjarse una meta la cual seguirás y, de esta manera, completarás un ciclo vital que tu propia mente requiere y que ahora eres capaz de suministrarle, al estar rodeado de dudas y temores.

— ¡Pero eso es imposible! — Exclamé, entre sorprendido y atontado. Sabía que ella decía algo importante, pero se me escapaba ese sentido especial que imprimía a las palabras.

— Nunca digas eso. — Me miró y chispas de alegría saltaron de sus ojos. — Todo, absolutamente todo es posible, para aquel que se lo proponga. Sólo se requiere un esfuerzo personal infinito, para lograrlo. Nada es imposible y creo que lo comprobaste aquí. Pero no sólo aquí. Cuando estés en tu cuerpo, en tu planeta, también lograrás cosas que antes te parecían imposibles. Recuerda que todos los héroes, tanto reales como ficticios, tanto antagonicos como protagónicos, realizaron cosas que a otros parecen imposibles, pero que en realidad, cualquiera realizaría con un poco de esfuerzo.

— ¿Quieres decir que Hércules en verdad existió? — Traté de llevar el discurso a un final embarazoso para ella, pero me desarmó:

— Toda leyenda se basa en una verdad, amigo mío. Todo mito tiene un principio verídico, el cual ha sido tergiversado, al pasar la historia de boca en boca. Pues al contar la historia, el narrador tiende a añadir sus propias ideas, agrandando o disminuyendo los verdaderos hechos de acuerdo a la ocasión, realzando sus propios intereses y deshaciendo los intereses de sus enemigos. Alzando los intereses del grupo que representa y disminuyendo los intereses de los grupos contrarios. De esta manera se forma una leyenda. Y, amigo mío, — me sonrió, — ten en cuenta el tiempo que lleva la leyenda de Hércules, transmitiéndose de boca en boca. — Rió con deleite.

No sé si era por terquedad, pero en ese momento no entendí ni la mitad de lo que me decía. Sin embargo, asentía con gravedad, aparentando sabiduría y

comprensión, grabando la conversación en mi cabeza. Aprendí a confiar en lo que me decía, y sabía que más adelante, el verdadero significado de las palabras me sería revelado.

Me acosté a dormir. Esa noche, tuve la primera de la serie de pesadillas que me acosarían durante los veinte años siguientes. Me encontraba al frente de un ejército de ángeles. Todos empuñaban espadas de belleza inenarrable, cuya hoja era fuego líquido. Nos enfrentábamos a un ejército de demonios y, el que los comandaba, se encontraba al frente, montando un caballo negro y blandía en su mano izquierda algo parecido a una hoz, pero su hoja era idéntica a la de los ángeles. Llameaba, echaba chispas, parecía viva. En ese momento, el que montaba, lanzó un grito sobrenatural. Los demonios, que se encontraban a su espalda, respondieron al grito con una algarabía salvaje y, destrozando la tierra con sus pezuñas, se lanzaron al ataque. Los ángeles me miraban espantados, esperando una orden, pero yo nada hacía. Me sentía aterrado. Sólo veía al que montaba a caballo y su sola presencia impedía moverme. Mientras me encontraba hechizado, mirando a ese ser que montaba el maldito caballo negro, los demonios se lanzaron sobre los ángeles, y estos, inmovilizados por mi propia incapacidad de moverme, fueron masacrados sin misericordia. Ninguno de los demonios me tocó. Más de uno tuvo la oportunidad de cortarme la cabeza, pero ninguno se atrevía, por alguna extraña razón. Pero, en el momento en el que el último ángel cayó, el misterioso hombre que montaba el caballo negro movió las riendas ligeramente y el caballo, veloz como una flecha, obedeció al instante y lo trajo hacia mí. A medida que se acercaba y a pesar del miedo que sentía, intentaba reconocerlo. No obstante, él llevaba una capucha negra de monje sobre su cabeza y la sombra ocultaba los verdaderos rasgos de su cara. Cuando el caballo estaba a pocos metros de mí, el monje detuvo su montura. Los demonios que me rodeaban, se arrodillaron, profesando un profundo respeto. Se hizo el silencio absoluto y el monje desmontó. En sus manos brilló la hoz y aprecié la sonrisa salvaje proyectada por la hoja, que se relamía con anticipación, echando chispas, pidiendo a su amo la oportunidad de acabar conmigo. El monje levantó su mano y, con un movimiento lento, demasiado lento para mí, se quitó la capucha. Mi horror creció y desbordó, convertido en una apoteosis sin control, al descubrir que el que blandía esa arma viva, no era otro que Heitter. Una sonrisa lobuna cruzó por su cara y levantó la hoz. Con un grito horrendo, soltó el arma. Esta silbó de placer y, después de cortar el aire en cruz, avanzó con una velocidad espantosa, directamente a mi cabeza. Traté de esquivarla, pero la misma fuerza poderosa e invisible me lo impedía. Al ver que la muerte estaba cerca y que nada evitaría la embestida, traté de gritar, más un chillido agudo fue lo único que conseguí sacar de mi cercenada garganta. Porque en ese mismo momento, la hoz me cortó limpiamente la cabeza. Cayó de mis hombros al suelo, pero no morí. Al contrario, veía como mi cuerpo se derrumbaba después de unos espasmos. Veía, aterrado, como salía la sangre a chorro de las arterias cercenadas. Y a Heitter, extendiendo su mano para sujetarme. Me agarró de los cabellos, me levantó sobre su cabeza

y, mostrándome a su ejército, profirió un aullido inhumano. Los demonios le respondieron de la misma manera y, en ese momento, perdí el conocimiento.

Desperté, gritando horrorizado. La visión de mi muerte, me sobresaltó. Cuando abrí los ojos, lo primero que me sorprendió, era la luz del día. Lo segundo, fue el sentir mi piel desnuda, rozando contra las sábanas. Por un momento me sentí desubicado, y entonces comprendí: me encontraba en casa. Y aunque sabía que por fin estaba en el hogar que añoré durante un largo tiempo, mientras me hallaba en algún lugar del Universo, todavía no podía creerlo. Con una voz entrecortada por la emoción que sentía, llamé a mi madre, pero el silencio fue la respuesta que obtuve. Me sentía confundido. De repente, recordé que ellos salieron de la ciudad, cuando decidí iniciar El Viaje.

— ¿Qué día es? — Pregunté en voz alta. No recordaba que día era. Busqué el calendario. Era miércoles.

Lo primero que quería hacer, por más ilógico que suene, era darme un baño. No me di un baño ni tomé comida decente, en meses. Corrí a la ducha y duré horas bajo el constante chorro de agua, hasta que este pasó, gradualmente, de caliente a frío. Me vestí y corrí a la cocina. Preparé una comida que parecía un banquete y devoré todo en cuestión de minutos. Mientras comía, comencé a recordar lo acontecido durante mi estancia en el pueblo de Xillen, y un relámpago de dolor atravesó mi corazón, cuando recordé a JJ. La comida perdió su sabor, y el mundo, que al principio me pareció tan claro y resplandeciente, perdió su color y se convirtió en una mancha gris, que terminó por envolverlo todo, convirtiéndolo en algo borroso.

En ese momento me di cuenta que lloraba.

Lloraba en silencio. Por un amigo perdido. Por días que nunca serían los mismos. Por momentos de tranquilidad y despreocupada algarabía, que me fueron arrebatados de un momento a otro, sin que me diera cuenta. Lloraba por nuestro círculo de amigos que, en algún momento que no precisaba, se redujo de cinco a tres. También lloraba por Heitter, por su decisión de abandonarnos, de traicionarnos, de tomar el bando contrario para enfrentar a sus mejores amigos. Lloraba por dos amigos perdidos y por los tres que quedábamos vivos, porque nuestras vidas jamás serían las mismas, a partir de ese momento.

Aparté los restos del improvisado banquete y busqué el teléfono. Marqué de memoria el número de Andrés. Nadie contestó. Intenté con el de Miguel. Esta vez, alguien levantó el auricular y, una voz conocida pero desfigurada por el dolor a tal punto que parecía no pertenecer a Miguel, dijo:

— Quien quiera que sea, no vuelva a llamar hoy. — Y colgó.

Mi mano bajó lentamente el auricular. Mis amigos también regresaron y sufrían lo ocurrido. Como un sonámbulo, busqué las llaves de la casa y, cerrando la puerta, me dirigí a donde mis pies me llevarán.

IV

Era la mañana del jueves, y la Universidad tenía sus puertas abiertas, para recibir a sus estudiantes. Todo el mundo entraba preocupado. Algunos por clases, otros por tareas y otros por novias o novios. Pero todos tenían un lenguaje en común y conversaban, saltando de un tema a otro.

Menos nosotros.

Andrés, Miguel y yo, nos manteníamos apartados. Sentados en una mesa de la cafetería, respondíamos con monosílabos a cualquier pregunta que nos dirigían nuestros compañeros de clase. Ni siquiera entre nosotros manteníamos una conversación. Nos limitábamos a mirar la mesa y esperar.

Esperábamos la noticia.

Sabíamos que los padres de JJ debieron descubrir el cuerpo. Que en la facultad habría un alboroto de dimensiones gigantescas. Que en la siguiente clase, el profesor entraría con una cara larga y, después de esperar a que los alumnos callaran, arreglaría con unos golpecitos secos sus papeles contra el escritorio, nos miraría durante un instante con aire ausente y luego diría:

— Muchachos, les tengo una mala noticia....

No imaginaba el sufrimiento de Andrés y Miguel, cuando despertaron en el apartamento de JJ, al pie del cuerpo exánime de nuestro amigo. Ni siquiera lo pregunté. Pero, cuando llegaron a la Universidad, sus caras reflejaban una tristeza inmensa y dolor profundo. No dijimos nada. Ni siquiera tocamos el tema. Simplemente, nos sentamos alrededor de una de las mesas de la cafetería, a esperar.

Cada uno estaba sumido en sus pensamientos, cuando una voz familiar, conocida a tal punto que sólo escucharla, encogía los corazones, convirtiéndolas en pequeñas uvas pasa que trataban procesar el néctar de la sangre a toda costa, pero sin lograr hacerlo normalmente.

— Hola, amigos.

Era Heitter. Miguel levantó con lentitud la cabeza y sus ojos se llenaron de un odio indescriptible. Sus manos se crisparon y se convirtieron en puños. Comenzó a levantarse lenta, pero amenazadoramente. Heitter comenzó a retroceder, sin perder en ningún instante la sonrisa socarrona.

— Siéntate. — Dijo Andrés, sin levantar la cabeza, pero cruzó sus brazos en actitud de protección. Miguel no lo escuchó o lo ignoró. No entendí bien lo que sucedió a continuación, pero Miguel intentó alcanzar a Heitter y, en el momento en el que parecía que todo estaba perdido y que Miguel acabaría en la Tierra con la batalla destinada a otro tiempo y espacio, Andrés saltó delante de él, tumbando la mesa, y recibió la descarga de todo el odio de Miguel hacia Heitter, en el pecho. Su rostro palideció y su cuerpo se dobló un poco, pero resistió el golpe. Empero, Miguel pareció no darse cuenta a quién golpeó y, sin reparar en Andrés, intentó otro ataque. Pero, yo ya estaba prevenido y me colgué de su brazo, justo a tiempo. Y mientras nosotros concentrábamos nuestras fuerzas en dominar a

nuestro compañero, Heitter se reía por lo bajo, parado a unos centímetros de Miguel y sin mostrar una pizca de miedo.

Finalmente, Miguel cedió y cayó pesadamente sobre el asiento, jadeando con fuerza.

— ¿Qué quieres? — Preguntó Andrés a Heitter, sin soltar del todo a Miguel.

— Absolutamente nada, Andrés. — Respondió. — Tan sólo vengo a lo mismo que ustedes: a estudiar. — Y entonces, su tono de voz cambió sutilmente. — Si señor, vengo a estudiar y saludo con buenas intenciones a viejos amigos, y su primera reacción es la de arrancarme la cabeza. Es incomprendible... — Razonó con dándose aires de filósofo, pero no ocultó una sonrisa de satisfacción que cruzó como un relámpago por su rostro.

— Tú no eres nuestro amigo... — Jadeó Miguel, desde su asiento. — Tú jamás serás nuestro amigo. Tú eres una rata inmunda, un pequeño insecto dotado de raras grandezas, que quiere convertir a todos en lo que se convirtió.

— Bueno, bueno. — Heitter cruzó los brazos y sonrió desvergonzadamente. — No hay que ponerse sentimental, querido Miguel. Lo que yo quiero, no lo comprenderías. Y sus risibles intentos de impedírmelo no van a llegar a ningún lado. Y, a todas estas, ¿qué hace usted aquí Andrés? Creo que fue expulsado de la universidad.

— Vine, porque me dio la gana. — Respondió Andrés, malhumorado. — ¿Por qué no se larga, con el mal viento que lo trajo?

— Todavía tengo cosas que hacer antes de irme, querido amigo. — Dijo Heitter con sorna y nos dedicó la más dulce de las sonrisas. — Pero no se preocupe, vengo en son de paz.

— ¿Se devolvió de inmediato, cuando iniciamos el viaje? — Preguntó Andrés, controlando su furia con evidente esfuerzo.

— Ni siquiera lo inicié. Simplemente, me fui.

— Me pregunto ¿por qué no intentó matarnos, ahí mismo? — Dijo Miguel en tono bajo, que no presagiaba nada bueno.

Heitter no respondió, pero por la expresión de sus ojos, con horror, comprendí que lo intentó. Por alguna extraña razón, no lo logró. Pero lo intentó. Sentí asco.

— ¿Por qué, Heitter? — Pregunté.

— Sus débiles mentes no me entenderían. — Respondió.

— Sabes muy bien que no es esa la pregunta. ¿Por qué estás en el bando contrario? ¿Acaso deseas la destrucción del mundo?

El silencio fue su respuesta. Creí que nunca formuló esa pregunta. Pero estaba equivocado.

— Simplemente, creo que me encuentro en el bando de los buenos. Es así de simple. Desafortunadamente, la concepción de bueno y malo de ustedes, no coincide con la mía. Creo que es malo que, si ustedes ganan, nosotros desapareceríamos de la faz del Universo y terminaríamos siendo tan sólo parte, una pequeñísima parte de un ser. Es mejor ser uno mismo y no pertenecer a nadie en absoluto. Creo que sería fantástico que la vida en este planeta siguiera durante toda la eternidad. Que cada uno de nosotros, regresara una y otra vez a recibir todas las delicias, que este planeta nos proporciona. — Nos miró con altivez. —

No quiero ser parte de nadie. Quiero ser yo mismo. Heitter. Y si para ello tengo que pasar sobre ustedes, ¡lo haré!

Nadie le respondió el reto. El silencio fue inmediato y pesado. Andrés soltó a Miguel y buscó asiento. Levanté la mesa con cuidado, bajo las miradas extrañadas de estudiantes que llegaban tarde a clase. La acomodé y me senté. Miré, a través del techo cristalino de la cafetería, el cielo. Grises nubes volaban raudas, cargadas de lluvia, truenos y rayos. Volaban hacia el sur, alejándose de nosotros, y con ellas, se alejaba mi esperanza de recuperar al viejo Heitter, de reintegrarlo al grupo.

Enfrenté su mirada.

— Ya pasaste sobre uno...

— Siento mucho lo de JJ. — Me interrumpió Heitter. — Siempre fue valiente y razonable, incluso al final. Murió como un héroe y me duele que, por más que fue un enemigo, no obtenga un entierro con los debidos honores. Pero eso no me impediría, de encontrarlo en el campo de batalla, eliminarlo. — Y nos miró con fiereza. — Quiero que entiendan, de una vez por todas, que no quiero matarlos, pero si ustedes se interponen en mi camino, lo haré. Los quiero mucho, pero eso no me impedirá alcanzar mi meta.

Estaba aterrado. Tal vez mis amigos todavía no se daban cuenta de lo mucho que mejoró el léxico de Heitter. De lo diferente de sus movimientos, de la seguridad en su porte. Un cambio radical se operó en él, pero ese cambio debió tomar un tiempo largo. Y entonces, una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza:

— ¿Cuánto tiempo permaneciste ahí? — Pregunté, sin rodeos. Andrés y Miguel levantaron sus cabezas para mirarme, preguntándose si perdí el juicio. Heitter me miró directamente a los ojos y, sílaba por sílaba, siseando entre dientes, respondió:

— Treinta y ocho condenados años.

Me di cuenta que mi boca se abría, poco a poco. Sentí miedo. De hecho, sentí pavor. Era para volverse loco. Mis amigos todavía no se daban cuenta de lo grave de esa revelación, más yo sabía a qué me enfrentaba.

Frente a mí, en un cuerpo de veintiuno, con una cara que asemejaba quince, estaba un hombre de cincuenta y nueve años.

Esto era para perder el juicio.

— ¿Por qué regresaste?

— Sé lo que necesito saber. Pero estoy aquí para intentar convencerlos de que abandonen la lucha. Quédense en el planeta. No regresen nunca a ese otro mundo y vivirán el resto de sus días en paz y tranquilidad. Tal vez, hasta regresen al planeta después de la muerte. — Hizo una pausa y nos miró uno a uno. — Como ya les dije antes, — continuó, — no quiero su muerte. De saberlo, cuando los llevé la primera vez con el viejo, que tomarían el bando contrario, jamás lo permitiría. Pero, cuando lo supe, era demasiado tarde. Sus mentes fueron envenenadas con un pensamiento radical y estúpido. Sé que estoy hablando al vacío, porque como los conozco, sé que no dejarán de hacerlo, más espero, por su propio bien, que por lo menos piensen un poco mis palabras, antes de regresar.

— Vienes como mensajero, ¿cierto? — Inquirí.

— Sí.

— ¿Es la decisión conjunta de todos los guardianes de tu bando?

— Sí.

En mi mente apareció, sonriente, la imagen de JJ.

— Entonces no necesito pensarlo. — Me levanté de la silla y lo encaré. — Te agradezco tu propuesta, Heitter. Te agradezco que pensaras primero en nosotros, pero no voy a permitir que mis creencias, todo por lo que vivo y he vivido, sean destruidas por tu egoísta deseo de poder y miedo de vivir con el corazón.

Su rostro palideció, pero no intentó interrumpirme. Me miraba absorto, parecía como si estudiase mis facciones, gravándose en la mente el rostro de la persona que lo desafió abiertamente, sin darle tiempo de expresar su pensamiento con profundidad. Miré a mis amigos buscando apoyo, pero sabía que no me lo darían. Tenían que pensar en la oferta que les estaba haciendo Heitter. De hecho, ahora las cosas dieron un giro tremendo y sospeché que fue una treta para crear la duda y separación entre nosotros. Una separación que el bando enemigo aprovecharía para terminar de destruir a los que osaran oponérsele.

— Quiero que digas a tus superiores, si es que los tienes, que por lo menos tendrán que enfrentarse conmigo. — Continué, después de la pausa. De alguna forma, al negar la oferta de Heitter, sentía como mis fuerzas regresaban, y con ellas aumentaba mi resolución de llevar mi misión hasta el fin. — No sé respecto a mis amigos. Pero te aseguro y te prevengo, por haber sido mi amigo, que por lo menos habrá un guardián que los enfrentará en el próximo encuentro. — Y me senté.

Hubo otro silencio desgarrador. Pasaron dos horas y la cafetería comenzó a llenarse de alumnos que salían con algarabía de clase. Heitter se acercó a la mesa, para evitar llamar la atención sobre nosotros.

— ¿Es así como piensan todos? — Preguntó, amenazador.

— No. — Respondió Miguel y por un momento, la felicidad brilló en la cara de Heitter. — Yo no pienso como Enrique, no tengo su ideal, ni su amor por cosas que no entiendo, ni quiero entender. Pero iré. Iré a combatir única y exclusivamente por verte morir a ti, ¡grandísimo hijo de puta! — Heitter se alejó, aterrado, unos pasos al ver las chispas de furia que saltaban de los ojos de Miguel. — Y cuando tenga tu cuerpo a mis pies, seguiré peleando, seguiré vivo hasta que tus huesos se conviertan en polvo y este polvo se disperse por todo el Universo que conforma el mundo de Xillen. Y después de eso... después de eso... me sentaré a descansar. — Terminó Miguel, quedamente, y bajó de nuevo la cabeza, mirando la mesa con obstinación.

— Yo también regresaré, para combatirte Heitter. — Dijo Andrés. — A decir verdad, en el primer momento, cuando aparecí en medio de la batalla, me hice la promesa de que si salía vivo de ella, no regresaría nunca más. Sin embargo, cuando vi morir a JJ, cuando vi que entregó su vida por salvar la de nosotros, algo cambió en mí. Yo regresaré porque tengo una deuda con él y no permitiré que él me haya salvado, para traicionarle luego. No quiero regresar, es verdad, más JJ

me obliga. Mi deuda me lleva a terminar lo que él empezó. Estará saldada cuando todos ustedes sean exterminados o yo perezca en el intento.

— Bueno, que no digan que no lo intenté, — dijo Heitter para sí mismo y luego, tomando una posición de firmes, nos saludó con la mano derecha extendida y se retiró.

— Todo un embajador, — dijo Miguel entre dientes, mientras miraba con odio como Heitter se perdía entre la multitud.

— Más aprendí algo de todo esto. — Me encontraba pensativo, dándole vueltas a una idea que me consumía. — Al parecer, el tiempo sí transcurre en la Tierra, mientras nos encontramos en el mundo de Xillen.

— ¿Qué quieres decir con eso? — Preguntó Andrés.

— Todavía no lo tengo claro, — respondí. — Pero el tiempo sí transcurre. Podemos realizar un cálculo aproximado de la diferencia del tiempo en el mundo de Xillen, con el de nosotros.

— ¿Cómo?

— Heitter dijo que permaneció durante treinta y ocho años en ese lugar, ¿cierto?

— Sí, — respondieron mis amigos, acercando sus cabezas a la mía.

— Si decimos que, aproximadamente, él inició el viaje al medio día de ayer y regresó hoy; también digamos que a las seis de la mañana, ya que llegó a las siete y, por el estado de sus ropas y su cara, deduzco que no tuvo tiempo de bañarse ni de comer, sino que se dirigió directamente a la universidad para encontrarnos antes o a las siete en punto, como él sabe bien, en la cafetería.

— ¿Qué quieres decir, con eso? — Preguntó Andrés, cada vez más interesado.

Arranqué una hoja del cuaderno, saqué mi inseparable pluma, regalo de Sandra, y comencé a escribir.

— Ha estado de viaje durante... — hice un rápido cálculo, — más o menos dieciocho horas. Lo redondearé. Esto implica, — continué escribiendo, — que una hora equivale a 2,112 años. Entonces, un segundo equivale 5,108 horas.

— ¿Y eso, qué? — Preguntó Miguel, sin interés. Todavía estaba de mal humor por el encontrón con Heitter y no asimilaba que dejó ir a su enemigo mortal declarado, caminando libremente, para más tarde crear maquinaciones para acabar con nosotros.

— Eso quiere decir, que mientras transcurre un segundo aquí en la Tierra, en el mundo de Xillen pasan entre cinco y seis horas. Y, mientras ahí ha pasado un día entero, es decir, veinticuatro horas, ¡aquí apenas han pasado entre cuatro y cinco segundos!

— Y, ¿de qué nos sirve saber todo eso? — Miguel se portaba como un verdadero terco.

— No lo sé. — Reconocí. — Pensé que sería interesante saber la diferencia horaria. Eso es todo.

— Mejor vamos a clase. — Dijo Andrés. — Ya caparon la primera hora, a ver si entran a la segunda.

Cuando entramos al salón, las largas caras de nuestros compañeros, decían que la noticia de la muerte de JJ ya era conocida por todos. No tardaron en informarnos lo que sabíamos hacía tanto tiempo. Pusimos caras de asombro, y hasta derramamos lágrimas falsas, porque las verdaderas hacia rato salieron de nuestros ojos. Sólo quedaba el profundo dolor, que ninguna lágrima era capaz de extraer desde el fondo de nuestras almas. También, nos anunciaron que el entierro sería al día siguiente. A las tres de la tarde, en una iglesia de un barrio conocido de la ciudad. Luego, enterrarían a JJ en el mejor cementerio.

— Valiente consuelo, — pensé yo, — ser enterrado en el mejor cementerio de la ciudad, pero que ésta ignore la verdadera hazaña que realizó el pobre de JJ.

Pero aparenté sorpresa absoluta y guardé mi indignación para un momento más oportuno. Fue una prueba dura de soportar. Nuestros compañeros sabían que manteníamos una estrecha relación y no cesaban en darnos el pésame. No quiero ni imaginarme lo que ocurriría, si la terrible sorpresa fuera verdadera.

El día fue tortuoso. Asistir a clase, cuando nuestro corazón se encontraba muy lejos de la ciudad: en una casa de tres pisos, en un conjunto cerrado, bajo el número cuatro. En el tercer piso, en la primera habitación a mano derecha, yacía el cuerpo de nuestro amigo. Y ahí nos encontrábamos, en espíritu.

Junto a él.

Ninguna lección entró en nuestras cabezas, ese día. Sólo asistíamos a clase para que no nos pusieran falla.

Y esperábamos, esperábamos.

Mientras transcurría el tiempo, una idea comenzó a formarse en mi cabeza. Si el entierro de JJ era mañana, a las tres de la tarde, podría ir al mundo de Xillen. Tendría tiempo bastante para perfeccionarme, para aprender y saber qué camino seguir para enfrentarme a Heitter y los demás guardianes. Era mi única oportunidad.

De hecho, era nuestra única oportunidad. Presentía que Heitter no desperdició esos treinta y ocho años. Aprendió bastante, desde la última batalla, y con toda seguridad nos derrotaría en la siguiente. Ese sería nuestro fin. Ahora comprendía que la verdadera intención de Heitter, al visitarnos hoy, fue precisamente, tal y como él lo había dicho, evitar nuestras muertes. Así que, después de todo, algo bueno quedaba en su corazón. Algo puro todavía luchaba dentro, tratando de salir a la luz, pero era forzado a mantenerse dentro por fuerzas misteriosas, más poderosas que Heitter y que no querían que él regresara al círculo que pertenecía.

Todavía quedaban más de cuatro horas de clase, pero cada segundo era precioso. Cada segundo equivalía a seis horas perdidas. Así que, sin perder más tiempo, susurré a Andrés:

— Voy a capar el resto de las clases, Andrés. No soporto más. Le diría que me acompañe, pero no creo que Miguel resista solo.

— Lo sé. ¿Por qué cree que vine a la Universidad hoy? Recordé lo que dijo Xillen y la forma en que le respondió Miguel. Quiero tenerle encima el ojo, hasta que regresemos con ella.

De repente me sorprendí, porque ni siquiera le pregunté a Andrés, qué estaba haciendo en la Universidad. Acepté el hecho como algo natural, cuando, en la

mañana, lo vi al llegar. Por un momento, pensé en decirle lo que quería hacer, pero desistí. Porque al escuchar los motivos de cada quien, por los que irían a pelear, sabía que no entenderían o no aprobarían mi inesperada partida.

Así que me despedí y, cuando el profesor se dio la vuelta para escribir algo en el tablero, me escurrí por la puerta, en silencio.

V

Y de nuevo el pueblo. Las mismas caras, los mismos caminos. A pesar de que el tiempo transcurría con demasiada rapidez, nada cambiaba. Todo permanecía inmune al paso del tiempo. Y era algo tan irreal que asemejaba un sueño. Ahora mi concepción del mundo de Xillen era diferente. Aprendí que el tiempo no es importante. Lo importante es el conocimiento que se adquiere en él. Lo importante es el aprendizaje.

Aparecí frente de mi antigua casa. Lo primero que quise hacer fue encontrar a Xillen. Busqué en el pueblo, esperanzado por encontrarla, más nadie me dijo donde estaba. Tan sólo me indicaron que se había ido hacia más de veinte días, sin decir a donde. Desde ese día, nada se sabía sobre Xillen. Muchos de los hombres del pueblo perdieron incluso la esperanza de volverla a ver. Se rumoraba que ella fue a presentar batalla sola. Pero nadie sabía el motivo que la impulsó a hacerlo.

Todas esas noticias me preocuparon. ¡Había sido una verdadera estupidez regresar a la Tierra! ¿Cómo fuimos capaces de abandonarla? Más también sabía que no había forma de preverlo. Pero por más que quería calmarme e intentar meterme en la cabeza que esto era imprevisto, de alguna manera sabía que Xillen comprendía que la batalla continuaría a pesar de que nosotros no estábamos. ¿Por qué? Lo averiguaría más adelante. Lo importante en este momento, era encontrarla. Más, ¿dónde comenzar? ¿Qué dirección tomar? Y mientras mi mente buscaba desesperada una respuesta a esas preguntas, comencé a caminar, tomando la dirección que una vez, por azar o por destino, había elegido. Antes de la primera batalla. Por pura inercia, opté de nuevo por el viejo camino. No sabía a dónde dirigirme, así que confiando en mi buena estrella, caminé en dirección al valle esperando que, como la última vez, me llevaría al campo de batalla.

Dos días después, llegué a la playa. Cerca de las ruinas, donde escuché la conversación de Heitter con otro de los guardianes, vi una silueta solitaria, con su mirada fija en el horizonte.

Era Xillen.

AMISTAD

Me encuentro acostado. Mantengo mis ojos cerrados, queriendo retrasar el inevitable momento del encuentro con el mundo de Xillen. Escucho voces. Reconozco la tuya. La voz femenina se clava en mis oídos y cierro los ojos con mayor fuerza. Acabo de reconocer a Xillen. Está viva y, al parecer, se encuentra bien; pero no logro escuchar bien la conversación. Me levanto con lentitud. Bajo los pies al suelo y me siento en el borde de la cama, con las manos apoyadas sobre el cubre lecho. Mantengo la cabeza baja, y fijo la vista en el piso. Todavía no quiero levantarme. Sé que Xillen sabe de mi llegada. Camino hasta la puerta y pongo la mano en el picaporte. ¡Por Dios! Si supieras el tremendo esfuerzo que me cuesta girarlo. Tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para cruzar este último obstáculo e ir a enfrentarme con la realista irrealidad que se encuentra detrás. Enfrentar a Xillen, después de tantos años. Mirar el pueblo y recordar los momentos, caras y lugares en fracción de segundo.

Y lo giro.

Dos rostros conocidos me miran sin sorpresa. Por tu expresión deduzco que no esperabas menos de mí. Sabías que de una u otra manera yo estaría ahí, como había ocurrido en más de una ocasión.

— Bienvenido de nuevo, amigo mío. — Dice Xillen y la mejor de sus sonrisas cruza su hermoso rostro.

— Hola, Xillen.

— Ha llegado el momento para un nuevo enfrentamiento.

— Lo sé.

— Más esta vez, las fuerzas se encuentran equilibradas y mi papel de imparcial persistirá.

— ¿Qué quieres decir con esto? — Pregunto sorprendido y te miro.

— Tan sólo hay dos guardianes enemigos y otro tanto de ustedes. Y este enfrentamiento no es el final. Muchos son los que nos depara el futuro, más este es impenetrable y nadie puede decir lo que nos concede el mañana.

Y entonces me doy cuenta de la expresión de tu cara. Me doy cuenta de todo el dolor que debes sentir. Y tus ojos... Esta expresión tan sólo la vi en el entierro de JJ. Nunca más esa expresión cruzó por tu cara, y ahora...

Ahora, la muerte de tu hermano pesa sobre tu conciencia, igual que otras tantas muertes sobre la mía. Quiero expresar con mi mirada cómo lo siento, por que no soy capaz de decirlo con palabras. Ninguna palabra puede expresar todo el dolor que debes sentir en este momento y ninguna podrá acercarse, aunque sea un poco, a "lo siento, amigo".

Me indicas con un ademán que no tiene importancia. Que estás acostumbrado al sacrificio y a la muerte, pero esa demostración de fortaleza tan sólo muestra la débil realidad que se esconde debajo...

I

¿Quién en su sano juicio, realizaría las proezas que ella y yo logramos?

Nadie.

Sólo nosotros dos nos enfrentamos a varios ejércitos en distintas batallas. Mi cuerpo, lleno de cicatrices, unas internas y otras externas, se había fortalecido. Mis músculos empuñaban ahora una espada, con una sola mano, sin ningún esfuerzo. Ella, al contrario, no cambió ni un ápice. Seguía siendo femenina, las quemaduras de su brazo desaparecieron como por arte de magia, sin dejar siquiera una mancha que asemejase una cicatriz.

A pesar de correr como locos durante dos días al frente de nuestro ejército, persiguiendo al derrotado ejército romano, con nuestras huestes galas, no sentimos cansancio hasta derrotarlos por completo y, en una sangrienta fiesta bárbara, cegados por la ira, el olor acre de la sangre y rodeados de muerte por doquier, clavamos la cabeza del César en una estaca, en medio de nuestro pueblo y bailamos alrededor, regocijándonos cuando alguna gota de sangre de su destrozado cuello caía sobre nuestras cabezas.

Sinceramente, me aterro al pensar lo loco que me encontraba. Sediento de sangre, buscando a Heitter entre los cuerpos destrozados en el campo de batalla, esperanzado que tal vez en esta ocasión, quizás ahora, lo encontraría tendido en medio de un charco de sangre, mezclado con orina por su propio miedo. Lo buscaba desesperado, por que de alguna manera intuía que él era el jefe de todos ellos, y con su muerte, la paz volvería a mi corazón y tal vez regresaría a mi vida normal en la tierra.

Pero, ¿era una vida normal la que me esperaba?

Había madurado entre matanzas. Matando para sobrevivir. Sintíendome vivo cada vez que mi espada atravesaba con un quejido desgarrador un cuerpo y danzando una victoria salvaje a los pies del caído.

No.

Mi vida jamás volvería a ser igual. Cuando jugábamos Dungeons, nunca imaginamos el horror de una lucha a muerte.

Nunca...

Hacía mucho tiempo que dejé de pensar en mis amigos. Mientras que ellos todavía se encontraban atrapados en el dolor, esperando el entierro de JJ, para mí pasaron años. Décadas debatiéndome entre la muerte, para no terminar como nuestro caído amigo y tratando de evitar, a toda costa, un nuevo sacrificio de Miguel, pues de lo que estaba seguro, era de que agobiado por el dolor y la culpa, era capaz de enfrentarse él sólo a un ejército entero sin ninguna preparación.

Si algo aprendí en estos años, es que nada se realiza sin una táctica, sin una preparación adecuada, sopesando la fuerza del enemigo y pensando en las debilidades, tanto tuyas como las de ellos. Ya había perdido la noción del tiempo. Tan sólo sabía que cuando salía el sol, era un nuevo día de muerte, de llamas y humo que ocultaban el sol y el grito desgarrador de la tierra despertaba una

angustia tal, que provocaba colgarse del árbol más cercano. Y cuando llegaba la noche, dormía con un ojo abierto, porque no sabía en que momento me iban atacar. No sabía si ese crujido furioso de una rama, era el viento que la derribaba, o era una trampa mortal que estaban montando nuestros enemigos.

Pero teníamos que estar preparados para todo.

No podía darme el lujo de perder una patrulla, porque su centurión se quedó dormido y no distribuyó bien la guardia. Tenía que pasar revista cada dos horas, personalmente, porque aprendí a desconfiar de los que me rodeaban. Incluso, un día dudé de las capacidades de Xillen, hasta que ella me salvó de una muerte segura a manos de un legionario enfurecido.

Xillen se convirtió en mi ángel de la guarda, desde que había llegado a aquel paraíso llamado infierno. Desde que había entrado en esa luz, me quemaba entre sus llamas y mi espíritu se convirtió en carbón. De no ser por Xillen, por su amable sonrisa, por su porte digno y su efectiva manera de calcular el tiempo en que deberíamos atacar, cómo debía comportarme, frenándome cuando gritaba a algún soldado sin motivo; ese carbón se convertir en piedra y, ¿quién sabe? tal vez terminaría muerto por mis propias tropas.

...Pero ellos me querían...

El tiempo transcurría velozmente y ninguno de nosotros envejecía. Aprendíamos más de las batallas, hablábamos un sinfín de idiomas, nuestros cuerpos se desarrollaban al estilo de Conan, pero también lo hacían las armas de ataque. Presentía que en algún momento, nuestras espadas de bronce serían reemplazadas por el acero. Después, pelearíamos utilizando arcabuces, mosquetes y cañones, porque el hombre es un animal gregario; e inventa las cosas para su propia destrucción, quizás para evitar ese gregarismo. Y rezaba todas las noches, pidiendo a Dios, pidiendo a todos los dioses existentes y por existir, que todo esto acabase antes de la época de Einstein. No quería llegar más allá de mil novecientos cuarenta y cuatro, porque en ese momento no habría ganadores ni vencedores. Tan sólo dejaríamos de existir, envueltos en una luz blanca, transparente, que con su calor consumiría tanto justos como pecadores y el Universo terminaría tanto aquí, como en la Tierra.

Xillen me explicó que, aunque nuestras batallas transcurrían durante las épocas importantes de nuestra historia, el hecho de que venciéramos en ofensivas que se habían perdido, no repercutirían en la tierra. Más la eliminación de las almas de este mundo sí, porque al morir el hombre o cualquier otro ser de cualquier planeta, no tendría a donde ir.

Tal vez por eso, envuelto en una ciega furia contra mis enemigos, los quería exterminar antes de que llegáramos a la era atómica, porque había aprendido a conocer a Heitter. Sabía como pensaba y presentía que él lo haría todo para lograr sus metas. Inclusive su propia destrucción. No sé si Heitter estaba loco. Sé que era metódico y todo lo que él hacía tenía un plan, una organización. Incluso, convirtió sus derrotas en victorias y en la batalla entre Cesar y Pompeyo, casi nos destroza. No puedo negar que cabalgar al lado de ese estratega militar, después de haberlo matado y bailado al lado de una fogata frente a su cabeza, me daba

escalofríos. Pero tengo que reconocer, que de no ser por él, tal vez estaríamos muertos, porque él logró lo que no se nos ocurrió ni a Xillen ni a mí. Julio Cesar logró sacarle el jugo a la derrota y, convirtiendo la retirada en avanzada, se internó en tierra enemiga destrozando todo a su paso y luego, dando media vuelta, pulverizó los ejércitos de Pompeyo. Nosotros tan sólo fuimos sus oficiales Fantasmas de un pasado que él no sabría reconocer. Más, cabalgando a su lado, aprendimos mucho de la estrategia militar, y las lecciones que él nos impartía antes de cualquier movimiento, nos salvaron el pellejo en más de una ocasión, después de nuestra partida de esa época.

Pero llegó el momento de detenerme. Estaba harto de tanta sangre y, aunque ya no tenía que correr a vomitar después de cada batalla, viendo desfilar delante de mis ojos rojos los rostros de todos los que había asesinado, y los que intentaron asesinarme; quería descansar. Además, se acercaba el momento del entierro de JJ. Tenía que regresar a verlo, aunque no sabía si reconocería a mis amigos, después de tantos años. Físicamente, por supuesto; mentalmente, se encontraban años luz de mí. Con estos años me convertí en huraño. Una persona a la que le era indiferente matar o morir, una persona que sólo esperaba el día en que acabase todo, de una manera o de otra.

Entré en la habitación de Xillen, sin tocar. Me acostumbré hacerlo, pues de alguna manera sabía que siempre la encontraría vestida y lista para escucharme. Al principio tenía cierto pudor y tocaba cada vez que entraba, esperando escuchar pasos apresurados, buscando una tela con que cubrir su cuerpo, pero con desagrado descubrí que ella no tenía la necesidad de bañarse. Al fin y al cabo, ella era más antigua que el polvo y su presencia pasaba inadvertida para ella, tanto como para mí era verla siempre limpia y aseada.

— Hola. — Dije y me senté sin pedir permiso. Nos conocíamos tan bien, que no había necesidad de ello.

— Así que por fin has decidido regresar, amigo mío. Eso es bueno.

— Sí. Si he calculado bien, llegaré al mediodía del entierro. — La miré con cierta tristeza. — Estoy asustado. No sé cómo reaccionarán cuando les cuente que estuve aquí tanto tiempo.

— Si tu corazón está limpio y puro, y tienes la conciencia tranquila, no habrá motivo alguno para que te arrepientas o sientas miedo. En este momento te encuentras en una encrucijada. Porque ahora tendrás que superarte más de lo que alguna vez lo hicieras.

— ¿Qué quieres decir con esto, Xillen?

— Tu mente ha madurado, mientras que tu cuerpo no. Cuando regreses, encontrarás ilógicas algunas cosas que puedan realizar tus compañeros. Tal vez, hasta puedes llegar a repudiar ciertas acciones que ellos tomen.

La miré con extrañeza. Como siempre, no entendía ni una palabra de lo que hablaba. Pero sabía que todo lo que ella decía, tendría sentido para mí, tarde o temprano.

— Recuerda que tienes la mente de un hombre que se acerca a sus cincuenta años, amigo mío. — Continuó ella, al ver la expresión de mi cara. — Mientras que ellos todavía se encuentran al principio de sus dos decenas.

La miré con cierta tristeza. Me levanté y comencé a caminar alrededor de la mesa. Me acostumbré a ese ejercicio, me ayudaba a pensar. Le daba interminables vueltas a una habitación, como un león enjaulado, hasta que alguna idea se formaba en mi cabeza. Ella, acostumbrada ya a mi modo de ser, esperó pacientemente a que terminara de pensar.

— Es cierto lo que dices, Xillen. Sin embargo tengo que regresar. Tal vez esta sea mi prueba final. — Me detuve y la encaré. — Por lo menos, tengo que ir al entierro de JJ. De no ser por él, tal vez no tendríamos esta conversación. Tal vez todo lo que conocemos y amamos estaría pudriéndose en este momento en las manos ponzoñosas de Heitter.

— Tal vez... — Ella sonrió y junto las palmas. — O tal vez todo esto ya habría tenido un fin más benigno que el que estás imaginando, amigo mío.

— Pero este no es el hecho. Es mi obligación regresar aunque sea para despedirme, porque de lo que estoy seguro, es que cuando regrese de nuevo acá, no volveré hasta que no termine todo... De una o de otra manera.

— No puedo retenerte, pero sí aconsejarte. — Me miró con cierta comprensión. — No vayas a desesperar cuando te encuentres en una situación, en la cual tu ideal se encuentre comprometido frente a tus compañeros. Ya que ahora tus ideas difieren en mucho de las que habían sido al principio. Y aunque el fin no ha cambiado, si lo han hecho los medios. Por esto es que te digo, que para tus compañeros va a ser difícil comprenderte.

— De hecho, me es difícil comprenderte a ti ahora, Xillen. — La miré divertido y me senté. — De lo que estoy seguro, es que lo que dices se cumplirá, aunque no tengo ni la más remota idea de lo que me hablas.

— No es la mía función el enseñarte a comportarte, comprender y vivir. Tan sólo puedo enseñarte la mejor manera de realizarlo o prevenirte si es necesario. El camino que elijas depende de ti, amigo mío.

El silencio fue mi respuesta. Ella tenía razón. Nunca impuso su deseo, ni siquiera en una situación desesperada, cuando yo estaba a punto de derrumbarme y mandar todo el Universo al diablo, ella únicamente me señalaba las opciones para hundirme más o salir airoso; el resto dependía de mí. Ella era una verdadera amiga. Te escuchaba, te daba una solución, servía de hombro para llorar y te consolaba cuando nadie más se atrevía hacerlo. Siempre se encontraba al mi lado, cuando la necesitaba y también cuando no. En ese momento me di cuenta de todo el amor que sentía por ese ser. Por esa forma desconocida, escondida bajo un disfraz de bellísima mujer, conteniendo todo el conocimiento del Universo, más vieja que el polvo y velando por el bien común desde el principio de los tiempos. Me encontré mirando ese rostro hermoso, eterno; alumbrado por la lámpara de aceite, con sus rasgos saliendo y ocultándose en las sombras; sorprendido por la serenidad, comprensión y profundo amor más allá de todo alcance posible, que emanaba de ella.

— ¿Alguna vez podré ver cómo eres en realidad? — Pregunté, para mi propia sorpresa. Tan absorto estaba en mis pensamientos que los expuse en voz alta. La miré azorado.

— Cuando el momento sea propicio y sea necesario lo que pides, se hará. Más no puedo asegurarte que lo que veas, sea de tu agrado, si es que puedas percibir mi verdadero ser en el momento que yo te lo descubra.

— ¿Así eres de espectacular? — Encontré lo dicho increíble. — ¿Nubes, estelas de gloria, trompetas y todo eso?

— No, pero eso depende de tu propia realidad. Tu realidad te hace verme tal y como lo haces ahora y, cuando yo me presente ante ti en mi verdadera forma, tu realidad se encargará de mostrarme como lo has descrito hace un momento u, omitiendo esa realidad, podrás ver mi realidad como en verdad es.

Me quedé con la boca abierta. Si antes no entendí lo que me decía, ahora quede totalmente perplejo y confundido. Traté de responder con algo, pero no encontré ni una palabra para replicar. Entonces, levanté el vaso y le indiqué en silencio un brindis. Ella lo aceptó y tomamos un trago de amargo vino.

II

Era extraño. Me encontraba de nuevo en mi ciudad. Caminaba entre la gente. Todo parecía normal, más no era así. Acostumbrado como me encontraba a vivir en un bosque, dormir en el piso y considerar a toda persona como un posible enemigo, ahora estaba de vuelta y no podía tranquilizarme. Cada peatón, cada vendedor ambulante me parecía un enemigo. Los bocinazos de los autos me hacían respingar y apoyarme contra una pared, mirando con ojos salvajes alrededor. En todo ese tiempo, había olvidado lo que es el olor de la gasolina, la contaminación, el griterío de la gente y su indiferencia a lo que ocurre alrededor. Ahora añoraba desesperadamente el mundo de Xillen. La guerra me parecía más tranquila que el mundo que me rodeaba. Por lo menos ahí yo sabía quién era amigo y quién no. Aquí, la gente tenía su rostro cubierto por una máscara. Muy pocos mostraban como eran en realidad y la desconfianza se respiraba con cada paso, mezclada con el dióxido de carbono. Pero yo estaba aquí no para analizar el estado del mundo, sino para evitar que se hundiera cada vez más y más entre sus propios avances tecnológicos, destinados para ayudar al hombre, pero que en realidad no hacían más que esclavizarlo con cada invento.

Así que, repuesto de la primera impresión y la oleada de recuerdos, me dirigí a la casa de JJ. Por lo menos en ese lugar, rodeado de dolor, me sentiría más o menos cómodo. Sé que suena cruel, pero acostumbrado a la guerra y a las inevitables bajas, sabía que mi corazón se sentiría más tranquilo. A medida que me acercaba a la casa, trataba de imaginar el reencuentro con mis amigos. Para ellos nos vimos ayer, pero para mí pasaron muchos años. Llegué a la dirección y me senté en la acera. El entierro se llevaría a cabo en la iglesia del barrio y sabía que todos se encontraban o iban en camino.

Miraba la casa y tras esas paredes volaba mi alma, rememorando los momentos que pasé ahí con JJ. Los estudios para un parcial o un examen. Las interminables horas que nos tomaba hacerle entender algo. Las fiestas en las que participamos juntos. Y, a medida que miraba, mi corazón se llenaba con más y más odio hacia Heitter. Si él no nos hubiera traicionado, nuestra vida no se vería afectada por decisiones tan profundas y dolorosas. La vida de JJ no se perdería y no habría ninguna necesidad de mi reclutamiento en el mundo de Xillen, por todo ese tiempo. Maldije a Heitter en silencio, mientras mis ojos consumían la pared de la casa de JJ. Y teniendo ese muro, compuesto de ladrillo rojo, como un santuario, realicé el juramento de detener a como dé lugar a Heitter. Una ansiedad se apoderó de mi ser e incapaz de controlarla, comencé a caminar a donde mis pies me llevaran. Con cada paso que daba, murmuraba entre dientes mi deseo de eliminar a Heitter de una vez por todas. Lo repetía sin cansancio, hasta que la frase perdió significado y se convirtió en un conjunto de sonidos que no tenían ninguna relación conmigo. Podían ser una canción, una plegaria o una maldición. Pero a la larga, no sabía lo que decía. Tan sólo sabía que estaba relacionado con la venganza. Tenía la mirada fija en el suelo y caminaba con pasos gigantescos, tratando de alcanzar algo que se encontraba fuera de mi alcance, algo que ni

siquiera sabía con claridad lo que era, que no podía describir o percibir. Tan sólo sabía que se encontraba en algún lado, adelante, y trataba de alcanzarlo de cualquier forma.

Caminaba y caminaba, pasaba de largo a peatones sin siquiera levantar la mirada para reconocerlos. Atravesaba carreteras sin importarme que algún conductor pudiese atropellarme y ese sería el fin para todo. Quizás eso era lo que quería. Acabar de una vez por todas con mis problemas y preocupaciones y lanzarme de cabeza a un abismo, en la negrura de la muerte, en su oscuridad; para así ser libre de mis obligaciones y responsabilidades. No tener que responder ante el mundo por una misión que se me encomendó, sin que yo lo supiese hasta que fue muy tarde. Me sentía entre eufórico y asustado. Después de tantos años de matar y ver morir, de vagar entre cadáveres y ríos de sangre, de respirar el humo de los castillos quemados, mezclado con el olor dulce que producían los cadáveres al quemarse; era la primera vez que me encontraba ante la muerte de un amigo querido para mi corazón. Aunque su muerte se produjo hace muchos años para mí, era ahora que asistiría a su entierro y asumiría mentalmente su muerte. Porque ahora comprendía que para reconocer la muerte de un ser querido, no es saber el fin de su existencia, sino estar presente cuando eso ocurre o ver cuando se echan los primeros puñados de tierra sobre el ataúd y sentir que no volverá a estar físicamente contigo. Tal vez, por eso tenía miedo. No sabía si tendría miedo, pesar, dolor o cualquier otra emoción frente al ataúd de JJ. Me asustaba el hecho de no sentir nada.

Pero, ¿era posible?

A mi juicio, sí.

Silencio. Voces apagadas que arrullan el ambiente. Un olor que ninguna pluma es capaz de describir. Y negro. Mucho negro. Un ambiente pesado, donde se reúnen las plegarias, los ruegos, dolor, llanto, lamento, regocijo, envidia, bendición, amor y esperanza.

La iglesia.

Camino entre la gente, tratando de reconocer a mis amigos entre esa multitud y me sorprende. La mayoría de la gente que está en el lugar, ni siquiera se relacionó, en su vida, con JJ. Unos jóvenes, que reconozco, son de la universidad; reunidos en un grupo apartado, mirando con ojos asustados a toda esa gente. Más allá, veo a los padres de JJ, sentados en una butaca, rodeados de un montón de parientes — que puedo asegurar — en ese momento no tenían. Todos con la cara cubierta por una máscara hipócrita de dolor. Cuando en realidad se reunieron para alegrarse del dolor ajeno, de sentirse vivos. De dar gracias que es otro y no ellos, el que yace en un ataúd rodeado de flores. Más en toda esa hipocresía existe dolor verdadero. El dolor de los padres, de hermanos, de verdaderos amigos. De la gente que en ese momento daría todo por estar en ese ataúd, en lugar de JJ, sin siquiera preocuparse de lo que eso representa. Gente que con sus sentimientos más sencillos, demuestra lo que es el verdadero amor, cariño y preocupación por una persona.

Pienso en eso y trato de analizar mis propios sentimientos. Y con pesar veo que es envidia y dolor. Me gustaría estar en ese ataúd, en lugar de JJ. Me gustaría que estuviese vivo y lleno de energía. Que entrase en esa iglesia con su porte militar, blandiendo sus descomunales puños y maldiciendo a Heitter por haber iniciado el juego de las almas. Más detrás de ese sentimiento, se escondía la verdad: quería ocupar su lugar para escapar de esa descomunal obligación que me tenía atado. Que oprimía todo mi ser, que me impedía respirar tranquilamente y dormir con el sueño de un ser humano normal; y no como un animal al que se le da caza.

Dolor, mucho dolor, cuando veo a JJ en el ataúd. Vestido con su mejor traje, los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. No resisto más, lo veo y quiero regresar. Me importa un bledo lo que pase. No quiero que ninguno de mis amigos regrese para acabar como JJ. Si tiene que morir alguien, es preferible que sea yo. Y en ese momento me doy cuenta que estoy llorando. Las mandíbulas apretadas, reduciendo los dientes a polvo, mordiéndome constantemente los labios.

Y lágrimas, silenciosas lágrimas bajan por mi cara y caen en el piso de la iglesia, aportando de esa manera, a ese ambiente religioso, un poco de mi propio ser.

III

Todo transcurrió como en un sueño. No me percaté cuando llegaron Miguel y Andrés. Tan sólo sentí una mano que me apretaba el hombro derecho con fuerza y me atraía. No supe quién era. Meramente me dejé llevar por esa fuerza misteriosa y descargue en llanto todo el dolor que me oprimía el pecho. El dolor por JJ, más todos esos sentimientos reprimidos durante años de matanzas, durante décadas de muerte y decadencia.

Cuando por fin abrí los ojos, vi que era Miguel. Con una mano me sujetaba contra su hombro, permitiéndome desahogarme, mientras la otra se encontraba crispada en un puño. Su mirada, llena de odio inenarrable, se encontraba perdida en el horizonte. La seguí, estupefacto, y muy pronto comprendí lo que ocurría. Al fondo de la iglesia, en un rincón, rodeado de tinieblas, estaba Heitter. Nos miraba, y su cara no reflejaba ninguna emoción. Una seriedad profunda se había apoderado de él. Vestía con elegancia y en sus manos sostenía un ramo de flores. Su corto cabello, peinado con pulcritud. En ese momento, juraría que se mofaba de nosotros, hasta que vi, a medida que se aproximaba, sus ojos. Reflejaban un dolor profundo y real. Se acercó a nosotros y sentí como la mano de Miguel se crispaba sobre mi hombro hasta hacerme daño. Heitter nos saludó con una inclinación de cabeza y, sin decir nada, dejó el ramo a los pies del ataúd. Se inclinó para mirar dentro y su rostro comenzó a cambiar. No sé que emociones sentía en ese momento, pero su rostro era el espejo verdadero de su alma y reflejaba el cariño que había sentido por JJ, y el dolor que le producía la caída de un adversario. La mano de Miguel comenzó a temblar y temí que hiciese una escena. Pero, de algún modo increíble, se controló. En ese momento, Heitter se dio la vuelta y nos encaró. Nos miró uno a uno y después le indicó a Andrés, quien se encontraba atrás, que se acercara.

— Debieron haber ido con él. — Dijo y me señaló con la cabeza.

Todos me miraron, tratando de descubrir el significado de esas palabras. Bajé la cabeza, pero después de unos segundos de silencio encaré a mis amigos y, en pocas frases, expliqué lo que había realizado, pero oculté el verdadero motivo de mi presurosa partida. Ellos escucharon en silencio mi apresurada explicación. No me reprocharon nada, pero tampoco me felicitaron por ello.

— Si hubiesen ido todos, tal vez para este momento todo habría acabado. — Continuó Heitter.

— ¿Y? — Preguntó Miguel con ironía.

— Yo sé que ustedes dos no me entienden. — Dijo Heitter e inmediatamente me aisló con esa frase del resto de la conversación. — Si creen que conocen el dolor, la pena y el odio por lo que ha ocurrido hasta el momento, están equivocados. Ya no creo mucho en lo que dije la última vez que nos encontramos. Más no pienso retroceder del camino tomado. — Buscó algo con la mirada y al no encontrarlo, nos miró con cierta culpa. — Busquemos donde sentarnos para hablar con tranquilidad. — Nos pidió con toda la humildad que se podía permitir.

En silencio, seguimos a Heitter. Salimos de la iglesia y entramos a una cafetería dispuesta al frente de la iglesia. Cada uno pidió una gaseosa y las tomamos en paz, tratando de organizar nuestras ideas y levantar nuestra maltratada moral.

— No estoy aquí como mensajero, ni como cónsul, ni embajador. Vine, porque quiero estar con ustedes por última vez antes de nuestro enfrentamiento final. Quiero recordarlos como mis amigos y no como enemigos que puedan matarme o yo pueda matar en el campo de batalla. Yo los quiero mucho y también quería a JJ. Lamento profundamente su muerte y las circunstancias en las que ocurrieron...

— Puede meterse su lamento en un lugar marrón donde nunca brilla el sol. — Interrumpió quedamente Miguel. — ¿También llevará flores a nuestras tumbas, hijo de puta? — Miguel no levantaba los ojos y sentía que temblaba como una hoja mientras hablaba. — ¡Maldito asesino! Si tuviera una pizca de respeto por nosotros, nos diría, por lo menos, a qué bando pertenecía. Si de verdad quisiera ser nuestro amigo, no nos embaucaría y JJ seguiría vivo.

Heitter escuchó esa réplica con suma atención. Sus ojos se concentraron en la mesa y sus dedos danzaban nerviosamente por su superficie.

— Ustedes no entienden absolutamente nada.

— Sí, lo entendemos. — Entró en la conversación Andrés, quien hasta el momento jugó un papel mudo. — Lo entendemos perfectamente. Y no vamos a permitir que usted o cualquier otro convierta el mundo en una porquería, que es su sueño.

— No. No voy a entrar en una conversación filosófica con ustedes. No llegaríamos a ningún resultado. Lo que es bueno para ustedes, es malo para mí, y viceversa. El concepto que ustedes tienen de "buen mundo", no es mi concepto. Por ello es que estamos en bandos diferentes. — Respiró profundamente y, con un ademán nervioso, se arregló el cabello. — En ese momento cometí un error. Era joven e impulsivo, — ante esa frase, mis amigos miraron estupefactos a Heitter, creyendo que había perdido la chaveta. Más yo sabía lo que quería decir y me concentré en guardar silencio para escuchar cada palabra que él dijese. — No valoré lo que es la verdadera amistad y los traicioné para lograr mis propios objetivos. No voy a pedirles disculpas por ello. No puedo. Pero quiero ser su amigo, porque lo último que uno tiene, aunque se es enemigo, son los verdaderos amigos.

Esta última frase quedó flotando sobre la mesa. Ni Miguel, ni Andrés entendieron lo que Heitter había querido decir. Pero yo sí. Ante mis ojos desfiló la imagen de Xillen. De no ser por ella, me volvería loco, o quizás, me escondería en mi interior, añorando viejos tiempos, viejas caras y amigos, tal y como lo hacía Heitter en este momento.

— Olvídalo, enano. — Dijo Miguel con desprecio. — Ninguno de nosotros es amigo suyo. Ha perdido el derecho a nuestra amistad, en el momento en el que nos traicionó. Para nosotros, usted está muerto.

— ¿Cómo quieres que seamos amigos, Heitter? — Preguntó Andrés. — ¿Crees que si nos encontramos en el campo de batalla, esto te perdonará la vida? O quizás, ¿perdonarás la nuestra?

Mis ojos se clavaron en los de Heitter. Pero la negativa estaba escrita con claridad en ellos.

— Olvídalo, viejo. — Dije. — Sé lo que quieres decir, pero no vas a encontrar tu respuesta aquí. Como ya lo dijiste, nuestros conceptos son diferentes y por más que quieras regresar a lo que has perdido, no lo lograrás. Para ello, tendrá que cambiar tú concepción o la nuestra. De resto, seremos enemigos. Te respeto porque defiendes tus creencias, pero ese respeto no me impedirá eliminarte si te encuentro en la batalla.

— Lo sé. — Me miró y una amarga sonrisa cruzó su rostro. — No lo podía creer, cuando derrotaron al Cesar. Tienes gran potencial, viejo. — Me devolvió la palabra.

— No lo disfruté, si a eso te refieres. — Me armé de valor y solté a bocajarro todo lo que sentía por él, por lo que estaba sucediendo y por la suerte que corrimos. — Después de cada batalla buscaba entre los muertos, tratando de encontrar tu cuerpo destrozado, Heitter. Sé que de alguna manera, eres el principal causante de esto. También sé, que al derrotarte, todo se acabará. Por lo menos, lo que a nuestra generación respecta.

— No sé si soy responsable de algo. Lo único que pesa sobre mi conciencia, es meterlos en esto. Pensé que llevándolos al reclutador, todo sería de acuerdo a mis planes. Pero el desgraciado les dio derecho a escoger, pero a mí... — No terminó la frase y ocultó la cabeza entre las manos.

Andrés y Miguel nos miraban, sin comprender lo que estaba pasando. El primero, con un interés e incredulidad. El otro, con un respeto, odio e incomprensión que se perdían en lo profundo de sus ojos.

— A usted también le dio ese derecho, viejo. ¿Por qué cree que la primera vez que nos encontramos con ese ser, nuestra primera sesión de aleccionamiento, usted se encontraba presente? Recuerde las oportunidades que tuvo para cambiar de idea y de bando, y tomar el camino correcto. La segunda sesión, el bar... Pero usted ya había tomado su decisión y tenía los oídos cerrados para todo. Ahora que hemos crecido, Heitter, tiene otra vez su oportunidad de elegir. Por eso se encuentra aquí. Puede cambiar de bando y unirse a nosotros, para acabar de una vez por todas con estas batallas.

Hablé y esperé que ese pequeño discurso llegase a su cerebro. Rogaba que con el paso de los años, aprendiera a escuchar lo que se le decía y no ser un impulsivo, como lo era décadas atrás. Pero la expresión de su cara me decía que todo lo que había dicho fue en vano. Que Heitter seguía siendo Heitter, a pesar de madurar en plena soledad durante sólo Dios sabe cuanto tiempo.

— Siento que piense así. Tiene razón en algunas cosas, pero está equivocado en otras. — Se levantó y tiró un billete sobre la mesa. — No debí venir. Nos veremos en el más allá, amigos. — Y, saludando al estilo militar, salió.

Quedamos de una pieza. Aturdidos por esa partida inesperada y ese cambio de actitud radical. Andrés y Miguel me miraban, sobrecogidos. Entendieron que algo pasó durante mi estancia en el mundo de Xillen. Algo que se les escapaba. Nos miramos, entre un pesado silencio. Recogí el billete de Heitter y saqué mi propio dinero. Pagué las gaseosas y me dirigí a la iglesia sin decir nada a mis amigos.

Estos me siguieron en silencio. Cuando llegamos al altar, deposité el dinero que Heitter tiró, en la caja de limosnas, y me arrodillé para rezar.

Recé por JJ, por Miguel, por Andrés, por mí mismo y, también por Heitter. Rezaba por que nuestra campaña llegase pronto a un fin. Rezaba para que nosotros regresáramos a nuestros hogares con vida, triunfantes. No me importaba matar a Heitter si la situación así lo requería, pero rezaba para que eso no pasara. Rezaba por este mundo, por sus habitantes. Rezaba a Dios y demás dioses existentes y por existir. Pedía una paz, una paz emocional para nosotros. Una paz terrenal. Una paz que no requería de guerras para ser lograda. Una paz que se defina como algo natural, donde todos podamos vivir tranquilamente, sin tener necesidad de participar en batallas de cualquier tipo.

Recé durante todo el sermón del párroco de la iglesia. Recé cuando levantaron el ataúd y comenzaron a sacarlo, seguido por la multitud y el grito histérico, que desgarraba el alma, de la madre de JJ. Recé mientras lo metían en la carroza fúnebre, para llevarlo al cementerio, donde sería enterrado. Recé, mientras mis compañeros trataban de sacarme de donde quiera que estuviera para que los acompañara al cementerio. Recé cuando dejaron de hacerlo y cuando la iglesia quedó vacía. Tan sólo el mendigo de siempre, se quedó en su sitio a la entrada de la iglesia y, de vez en cuando, cuando veía pasar gente, hacía sonar las monedas que tenía en un vaso de plástico.

¿Cuál era el sentido de desconectarme de lo que ocurría en una plegaría sin fin? No lo sé. Ni siquiera sabía si obtendría respuesta alguna. Si mis rezos harían efecto en alguien y ese alguien decidiera que hacer la paz era más productivo que la guerra. Me levanté con un leve crujido de las articulaciones que quedaron adormecidas durante el tiempo que permanecí de rodillas. Y me quedé sorprendido. Me encontraba solo. No asistí al entierro de JJ. Por algún motivo, esto no me aterró. Simplemente me quedé a rezar, porque de esta manera no sería testigo de cómo enterraban a JJ. No escuché los desgarradores retumbes de la tierra al chocar con el ataúd. De los histéricos gritos de sus familiares.

Para mí, JJ seguiría por siempre vivo en mi corazón.

La noche comenzó a caer, implacable. La oscuridad que se avecinaba, me recordaba que ya era hora de regresar. Era hora de volver a ella, de regresar al mundo de Xillen y llevar a un fin ese enfrentamiento. Se asemejaba a la muerte, que llega despacio, sin que nadie se de cuenta, y cuando por fin la persona implicada la siente, es demasiado tarde: te rodea por completo. La iglesia se sumía parcialmente en esa oscuridad, destrozada en algunos rincones por la lúgubre luz de las veladoras. Esa luz creaba sombras que danzaban, al ritmo de la llama, en las paredes, obligándome a recordar mis propios sueños, mis propias pesadillas.

Mi propia misión.

Salí corriendo de ese lugar, maldiciéndome por mi propia debilidad, sin controlar el terrible miedo que se apoderó de mi mente y cuerpo en ese momento. Corrí a través del aparcamiento, buscando un poco de calor. Un poco de amor y de cariño, un poco de comprensión y, aunque suena patético, de lástima. Cuando

el aire fresco penetró en mis pulmones, disipando poco a poco el pesado ambiente de la iglesia, me detuve. Traté de ver dónde me encontraba. Estaba más allá del aparcamiento. La noche me rodeaba en todo su apogeo. La luna, que antes me había bañado con sus fríos rayos, se ocultaba tras nubes negras que cruzaban el cielo a una velocidad asombrosa. Entonces, dos figuras se dibujaron entre la oscuridad. Dos figuras que caminaban hombro a hombro, con paso firme, y se dirigían directamente hacia mí. A medida que se acercaban, comencé a levantarme despacio. Los había reconocido...

Eran Andrés y Miguel.

IV

El apartamento de Andrés estaba desocupado. Aunque él trasladó los muebles a la casa de sus padres y se había establecido ahí por un tiempo indefinido, todavía no finiquitaba el contrato de alquiler. Estábamos sentados en el piso, formando el mismo círculo, ahora reducido a tres. Ninguno hablaba. Teníamos las miradas perdidas en el aire, cada cual sumido en sus propias cavilaciones acerca de los últimos sucesos. La luz del amanecer comenzó a entrar lentamente por la ventana, alumbrando - primero débilmente, luego con mayor fuerza - nuestros rostros. Andrés me miró con cierto rencor y lanzó la pregunta que esperaba desde nuestro encuentro con Heitter en la iglesia:

— ¿Por qué no nos dijo nada?

Me tomé el tiempo para contestar. Aunque ya tenía preparada la respuesta hace mucho tiempo, no conté con la aparición de Heitter y las reacciones de mis amigos.

— No podía permitir que Heitter tomara la delantera. — Al ver que no me entendían, traté de explicarme. — ¿Recuerdan lo que se nos dijo? El conocimiento es nuestra recompensa. Por lo tanto, el conocimiento es el poder. El poder supremo con el que sueña todo hombre, consciente o inconscientemente. Él adquirió treinta y ocho años de conocimiento. Eso es mucho tiempo. Tengan en cuenta que Heitter, en este momento, es un hombre con la mente de alguien que pasa por mucho los cincuenta años, atrapado en un cuerpo de veinte.

— Entonces, ¿cuál es tú edad? — Miguel lanzó esa pregunta como un desafío. Entendía cómo se sentía. Siempre sintió que él era el líder del grupo, y ahora resultaba que uno de sus subalternos le tomó la delantera en algo.

— La edad es lo de menos, Miguel. Lo importante es lo que tienes en la cabeza. — Respondí con una evasiva, evitando el enfrentamiento.

— Heitter lo sabía, ¿verdad? — Preguntó Andrés y se levantó.

— No lo sé. — Era la verdad, no lo sabía. — Supongo que sí, pero algo salió mal para él. Por eso fue a buscarnos ayer.

— Y, ¿qué clase de conocimiento adquiriste? — Preguntó con ironía Miguel, tratando de obligarme a estallar. Pero me acostumbré, en el mundo de Xillen, a todo tipo de insultos y amenazas antes de que una batalla estallase. No me dejé llevar por su nueva tentativa.

— Antigo. — Respondí secamente y enseguida abordé el tema que me preocupaba. — Las batallas se llevan a cabo, tal y como lo dijo Xillen, a través de toda nuestra historia. La última batalla en la que participé, fue el enfrentamiento de Pompeyo y Cesar. Pero el ritmo histórico está avanzando muy rápido. Temo que no acabemos con todo esto antes de llegar a la época atómica. — Miguel levantó los ojos y me miró con sorpresa y terror. De súbito entendió lo que encerraba esa pequeña frase. — Si eso ocurre, conociendo a Heitter, acabaríamos muertos todos, sin ningún vencedor. — Terminé, quedamente.

— Eso significa que tenemos que regresar lo más pronto posible. — Andrés se volvió a sentar y nos miró, como buscando la aprobación a su propuesta. Miguel no dijo nada.

— Sí. ¿Recuerdan el cálculo que realicé respecto a la diferencia de tiempo del mundo de Xillen con este? — Al obtener la afirmativa, continué. — Es cierto. Cada segundo que perdemos aquí, es precioso. Heitter ya estará en el mundo de Xillen, mientras nosotros divagamos acá.

— Nada podemos hacer para corregir eso, Enrique. — Dijo Andrés quedamente. — Cálmate, estás muy acelerado. Tienes que entender una cosa, lo que nosotros perdemos, no afecta en nada a Heitter, siempre y cuando ningún guardián se encuentre en ese plano. Tampoco nos afecta a nosotros. Recuerda que somos los últimos y Heitter no puede batallar con alguien que no se encuentra ahí.

— Al contrario, Andrés. — Respondí con pesar. — Recuerda que Xillen está ahí. Ella es un guardián y por lo tanto, Heitter puede enfrentarla sin ningún inconveniente. — Me estremecí ligeramente. Un aire frío recorrió la habitación. — Cuando los dejé en la U, y regresé, Xillen estaba a punto de enfrentarlo sola.

— ¿A Heitter? — La voz de Miguel por fin estaba mostrando algo de emoción.

— A Heitter y sus huestes.

— ¿Los derrotaron?

— Sí, pero a los ejércitos. No hubo bajas entre los guardianes.

— Se nota que les hice falta. — Miguel comenzó a recuperarse y regresó a su estado de superioridad y egocentrismo normal. Se estiró, se arregló el vestido y se levantó. — Creo que hemos discutido bastante este asunto. Tenemos que regresar para acabar de una vez por todas con este problema. Heitter tendrá todo el conocimiento que quiera, pero sigue siendo una cucaracha que no tiene palabra, no sabe qué es la amistad y no tiene una pizca de respeto y decoro por nadie. Tenemos que eliminarlo rápido.

Noté que Miguel por fin entendió la necesidad de actuar en grupo. Dijo que *tenemos*, en lugar de su habitual *tengo*.

— ¿Cada quién para su casa, entonces? — Preguntó Andrés, y por la expresión de sus ojos, adiviné que era lo último que quería.

— Pues sí, — respondió Miguel.

— No hay necesidad. — Intervine, tratando de evitar dañar el ego de Miguel y a la vez ayudar a Andrés. — Hagámoslo aquí mismo. Todos juntos.

— La idea no es mala, Enrique. — Comenzó a contrariarme Miguel. — Pero tienes que tener en cuenta la reacción de nuestros padres. Al fin y al cabo, ninguno fue a su casa esta noche.

— Pero todos avisamos donde nos encontrábamos. — Estaba decidido a enfrentarme a Miguel. No permitiría que por su estúpida necesidad de sentirse superior, arruinara la posibilidad de llegar, por primera vez como un grupo, al mundo de Xillen.

— Avisemos a nuestros padres que vamos al cementerio y luego a una misa, o algo por el estilo. — Intervino Andrés con timidez, pero con firmeza.

Miguel rumió un poco la idea, manteniendo una lucha interna. Pero al fin, viendo que éramos dos contra uno, nos apoyó.

GUARDIANES

De nuevo en el campo de batalla. Tu rostro refleja una férrea determinación. Sujetas el mapa con firmeza, mientras estudias las líneas alemanas que mantienen bajo cerco la ciudad. Las órdenes son no retroceder. No hay necesidad de ellas. Tanto tú como yo, sabemos que no lo haremos. Nuestro deber es acabar con todo lo más pronto posible. Veo como se acerca un oficial, le dices algo que no escucho. Él te saluda y, dando la vuelta por el hombro izquierdo, se retira. Me miras, tratas de mantener una sonrisa, pero esta se evapora con la sacudida de la primera explosión. Ha llegado un nuevo día y con él, nuevos bombardeos alemanes. Me tiro en el piso, protegiendo la cabeza con las manos. Es una reacción normal ante una explosión. Cuando levanto los ojos, veo que tú sigues de pie. Ahora parado en la entrada, ojeas el cielo con los binoculares, tratando de divisar a las naves alemanas. La muerte de tu hermano te endureció mucho más. No sé en que te convertiste, pero emanas una fuerza imposible de describir. Ni siquiera con la muerte de Andrés reaccionaste así. Pero no confundo ese sentimiento con la venganza. La venganza es algo secundario. Aprendiste que en la guerra las pérdidas son inevitables.

Gritas algo a los soldados, ellos responden y comienzan a manejar el rifle antiaéreo. Me encuentro algo aturdido. Pero corro hacia ellos y trato de ayudar. Una ráfaga, otra. Los aviones pasan zumbando, el silbido mortífero de las bombas destroza los tímpanos y socava la moral. Con los dientes apretados, sigo disparando. Un avión da una sacudida y en seguida una estela de humo negro se desprende de su cola. Se va a pique. Tanto los soldados como nosotros, gritamos de alegría, pero no nos relajamos aún. Todavía hay más aviones que siguen bombardeando. Y, como en venganza, concentran el bombardeo en nuestra trinchera. Cubierto de humo, enloquecido por el olor pesado de la pólvora, las ensordecedoras explosiones y con la adrenalina taladrando cada uno de los poros de mi cuerpo, sigo disparando. No me doy cuenta de lo que pasa alrededor, hasta que de repente veo que estoy sólo. Los soldados que manejaban el otro rifle, yacen en el suelo, en un charco de su propia sangre. Una bomba explotó directamente en su posición. Aturdido, trato de reaccionar, y me doy cuenta que me es imposible manejar el rifle. Mi brazo derecho cuelga inerte a mi lado. La sangre gotea desde mis dedos. La nieve la absorbe gota a gota. Histérico, trato de mover el brazo. Después de varios intentos lo consigo. Entonces, miro alrededor, tratando de ver a alguien. Mi primera impresión, después de ver los cadáveres del pelotón, era que quedé sólo. Pero estupefacto, escucho tu voz, totalmente ronca, que exige a gritos algo por el teléfono. Estás tirado a la entrada del búnker, ambos pies ensangrentados. Exiges un apoyo aéreo a toda costa, pero tu voz no denota ningún histerismo. A pesar del dolor que debes sentir, es normal, aunque fría como el hielo. Al parecer, consigues lo que querías, porque me indicas que entre rápido. No entiendo porque pediste apoyo aéreo, pero en el silencio que nos

inunda al interrumpir los alemanes el bombardeo, distingo voces y ráfagas de metrallera, además del monótono rugir de los panzers. Nos atacan por tierra. Tan absorto estaba en derribar un avión, que no pensé en la siguiente táctica de los alemanes.

En la soledad del búnker, te abrazo y rezo por que el apoyo aéreo no demore en llegar. El rugir de los tanques y la gritería de los soldados se acercan cada vez más. Disparos aislados se escuchan por todas partes. Son los restos de nuestro batallón que todavía presenta batalla. Grupos aislados de hombres, que prefieren luchar hasta la última gota de sangre, hasta la última bala, hasta el último suspiro, que rendirse ante el invasor. De cierta forma me alegro que nos tocara participar en la defensa de la desmoralizada Unión Soviética y no en el bando de los nazis. Tal vez sea mi moral, pero no sería capaz de apoyar a las fuerzas de Hitler, aún sabiendo las consecuencias que esto tendría para nuestro planeta.

Cuando las voces se acercan aún más, saco mi mauser, reviso las balas que tiene. Quedan seis. Puedo hacer cinco disparos, porque prefiero guardar la última para mí. No quiero correr la suerte de Andrés. Y cuando todo lo doy por perdido, un rugido de motores nos indica que nuestros aviones, por fin, alcanzaron nuestra posición. Se escuchan gritos de pánico y disparos apresurados. Los alemanes buscan refugio, mientras las bombas empiezan con su macabra labor y sus explosiones remueven cada centímetro del ya socavado terreno. Gritas algo que no logro escuchar. El ruido me llena los oídos, penetrando hasta en el último rincón de mi cerebro, convirtiendo todo en silencio. El suelo se sacude y pedazos de tierra caen sobre nuestras espaldas y golpean las cabezas. El mortífero silbido de las bombas al caer, hace que los tímpanos estén a punto de estallar y el miedo envuelve el cuerpo y rezas por que esa bomba no caiga sobre tu propia cabeza y termines aniquilado por tus propias fuerzas.

Más el tiempo pasa. El ataque de los aviones es corto, pero efectivo. Las fuerzas alemanas terminan por retirarse, dándonos un momento de respiro y la posibilidad de reorganizar nuestras fuerzas. Rompo un paquete individual y trato de vendarte las piernas. A esta altura, mi brazo dejó de importar, ya que la herida no sangra más. En cambio tú estás acostado en un charco de sangre y la mortal palidez de tu cara me asusta. Pero no dejas escapar ni un gemido, mientras rasgo los pantalones y comienzo a vendarte. Son dos heridas feas, pero no peligrosas. Las balas atravesaron las partes carnosas sin tocar el hueso. Caminarás.

Todo esto se realiza en silencio, a la espera del primer timbrado de teléfono de nuestros superiores, pidiendo un informe de la situación para mandar refuerzos. Pero el teléfono está muerto. Alguna bomba destrozó el cable, en sólo Dios sabe que punto. Después de vendarte, decido ir a reconocer el terreno, y si acaso, restablecer la comunicación. Te apoyo contra la pared de tierra. Recojo mi mauser y por enésima vez recuento las balas. Las mismas seis. Me armo de valor y luego de mirarte por última vez - estás con los ojos cerrados y la cabeza inclinada - abro la puerta y busco un punto de apoyo para salir de la trinchera. Ya afuera, me doy cuenta de los destrozos causados tanto por los alemanes, como por nuestros propios aviones. Cadáveres por todas partes, pedazos imposibles de reconocer, ensangrentados y mutilados; lo que antes eran seres humanos. El humo parece

brotar de las entrañas de la tierra, la cual presenta el aspecto de un campo de arado de gigantes. Ahora entiendo porque no tenemos comunicación: sería imposible encontrar un cable de más de diez metros de largo en cinco kilómetros a la redonda. Es el resultado del bombardeo.

Camino por ese campo de horror, tratando de encontrar a alguien o algo con vida. Se escuchan gemidos por todas partes, pero en ninguna dirección en especial. Me parece que me vuelvo loco, más trato de guiarme por el gemido más cercano, hasta que veo a un hombre, enterrado hasta la cintura en la tierra, quien sujeta con una mano el gorro de otro hombre muerto. Es de los nuestros. Desesperado, me tiro de rodillas y trato de ayudarlo. Le levanto la cara que está cubierta de sangre. Histérico, grito pidiendo al médico, sin darme cuenta, que es el médico de nuestro batallón el que se encuentra frente a mí. Y lo que al principio me pareció un montón de tierra sobre su cuerpo, era la sangre que se volvió negra a causa del polvo y la pólvora. Había perdido las piernas a causa de la explosión y mientras sostenía su cara, tratando de limpiarla, expiró.

Y yo seguía acariciando su rostro, totalmente perdido, sin darme cuenta todavía que estaba muerto...

I

No pasó mucho tiempo en realidad. Tan sólo unos cuantos años, en los cuales nada importante sucedió. Por lo menos así fue como nos lo explicó Xillen, cuando regresamos. Al parecer Heitter aún no había regresado y nosotros lo adelantamos. Ahora quedaba claro que él era el jefe del bando enemigo, por que no hubo ningún ataque en su ausencia. Pero era tedioso ver pasar el tiempo, sin que nada importante ocurriese. El tiempo se convirtió en algo, aunque preciado, monótono. Pasábamos nuestros ratos libres conversando, filosofando e imaginando. Curiosamente, dejamos de jugar Dungeons. El resto de tiempo, lo empleábamos en ayudar en la aldea y en mejorar lo posible en el empleo de armas. Pero, aunque para mis amigos esa tranquilidad parecía normal, a mí me sacaba de quicio. Estaba acostumbrado a la guerra, al constante peligro y a la idea de la muerte. Más ahora, los años pasaban volando. Le comuniqué mis temores a Xillen, pero ella tan sólo me dijo:

— Disfruta el momento, porque lo que tiene que llegar, llegará. No busques desesperadamente lo que se encuentra al alcance de tu mano y quizás signifique un peligro mortal. Por que tu título de guardián, implica pocos ratos como estos.

Como siempre, no entendí la mitad de lo que me decía, pero decidí seguir su consejo y me sumergí en esa pacífica vida que llevábamos. Con sorpresa, lo primero que noté fue el cambio que se producía en la aldea. Al parecer, los habitantes evolucionaban con las batallas ya que ahora, en lugar de las viejas casas de madera, se erguían casas de piedra y en uno que otro rincón un palacio. Es increíble que no me diera cuenta de ello. Tan absorto en ganar las batallas, me limité a llegar, comer y dormir. Para al siguiente día, lanzarme de lleno en un nuevo combate. No sólo las edificaciones cambiaban, también los hombres. Sus modales, sus cortesías, sus vestidos; se acoplaban. Lo único que permanecía igual, eran los rostros de esas personas con las que convivíamos.

A la larga, esos detalles no importaban. El hombre avanzaba a la par con la tecnología. A medida que la razón evolucionaba, todo lo que rodeaba al hombre también. Miguel estaba contento al poder corregir, en muchas ocasiones, los errores de aquellos hombres y mujeres que se desarrollaban intelectualmente. Andrés lo hacía con humildad, pero con una terquedad, amor y fuerza que en algunas ocasiones asustaban a su interlocutor, obligándolo a emprender una digna retirada. Por mi parte, prefería mantenerme alejado de ese bullicio intelectual que se había apoderado de la aldea y evitaba los encuentros con los aldeanos refugiándome en el bosque.

El río que había denominado "El de la Ye" la primera vez, ahora era mi amigo favorito y pasaba días enteros en su orilla. Me encantaba escuchar el rugir del agua y, sentado a la sombra de un roble de proporciones gigantescas, disfrutaba del simple hecho de ver el agua correr. La Naturaleza, tal y como la percibí en mi primera visita, se convirtió en mi escudo y espada. Pero de vez en cuando, Xillen me acompañaba, pues a ella también le gustaba la quietud bulliciosa de la Naturaleza. Muchas veces trataba de decirme algo, para arrepentirse a media

palabra y volteaba la cara, como si nada. En una ocasión, mientras caminábamos por la orilla en dirección a mi roble favorito, ella por fin se decidió:

— Enrique, — dijo para comenzar, lo que me asustó, ya que siempre se refería a mí en tercera persona y nunca me había llamado por el nombre de pila. — No sé si entiendas lo que te voy a decir, más ya no aguanto la curiosidad y, aprovechando que mi papel de imparcial se suspendió por un momento, te quiero pedir un favor.

— Dime, Xillen, — contesté intrigado, mientras arrancaba una hoja de un arbusto. La hoja cedió con facilidad y el arbusto se balanceó como si reprochase mi acto.

— Siempre ha sido el mi deseo oculto, visitar alguno de los mundos que existen. Puesto que los observo desde mi posición, más incapaz he sido de penetrar en ellos para incorporarme en su vida diaria, quisiera conocer el como conviven entre ellos... — Dejó la frase en suspenso. Pero yo no entendía a lo que ella se refería.

— No entiendo lo que me quieres decir, Xillen. — Llegamos al roble, así que me encaramé en la rama más gruesa, como acostumbraba, y Xillen ocupó su sitio habitual entre las raíces, donde las hojas formaban un mullido colchón.

— Como era imparcial, — comenzó a explicarme con paciencia, jugando con una ramita, — no podía dejar este mundo. A la espera de los guardianes que siempre llegaban, tenía que permanecer aquí. Me encontraba obligada a mantenerme en la mitad de toda ideología, teología, discusión, política, deseo, amor, desacuerdo, filosofía e infinidad de cosas más. Por ello mismo, por que sería correr un riesgo para mi papel, no podía ir a ningún mundo, ya que al permanecer en uno u otro, llegaría a tomar cariño a sus habitantes...

— Créeme, Xillen, que también odio. — Dije con pesar, pensando en Heitter.

— Sí, también odio. — No me miró, pero sentí que interpretó correctamente el sentido de mis palabras. — Más ahora, no estoy en mi papel de imparcial y me gustaría conocer tu mundo, amigo mío...

Parecía pedir mi aprobación. ¿Qué quería decir esto? ¿Acaso una diosa como ella, dependía del deseo de un desgraciado mortal para salir de un plano e ir a otro? Eso no era posible. No cabía en mi cabeza esa posibilidad. Pero existía la posibilidad de que regresara a su papel de imparcial. Por mal que fueran las cosas en este momento, era una posibilidad. Si eso ocurriera, tendría un gran significado para ella el conocer e interactuar con seres de un mundo para con el cual ella, supuestamente, debería ser imparcial.

— ¿Crees que sea lo correcto? — Pregunté, tratando de que ella misma me diera la respuesta que yo buscaba con desesperación.

— No lo sé. Tus razonamientos son correctos y, si es que algún día vencemos, puede ser que mi visita influya de cierta manera en mi papel. — ¡Maldita sea! Me olvidé por completo de una de las facultades de esa mujer. Ella leía el pensamiento, si así lo quería. — Pero esta es mi única oportunidad de conocer un mundo por dentro. Quisiera que tú me lo enseñaras. Podría ir como lo haces tú, pero para entenderlo mejor, me sería propicio que uno de sus habitantes me lo enseñara.

El silencio fue mi respuesta. Antes de que Xillen terminara la frase, algo fuera de lo común llamó mi atención. Los pájaros que anidaban en la otra orilla levantaron vuelo desordenadamente. El silencio se impuso, como si los habitantes del bosque no aprobaran la presencia de algún intruso. Me levanté con rapidez y busqué mi espada. Le indiqué a Xillen que guardara silencio y tratando de hacer el menor ruido posible, me deslicé por la orilla del río, ocultándome entre los arbustos que lo rodeaban. El silencio se hizo insoportable a medida que el tiempo pasaba. Xillen, comprendiendo que algo andaba mal y sin hacer ruido, se arrastró hasta donde me encontraba. Con un ademán le indiqué los arbustos del otro lado del río. Definitivamente algo ocurría en esa orilla, por que el continuo movimiento de las hojas daba la impresión de todo un ejército que se movilizaba. Como no había viento, era fácil seguirlos. Se dirigían al mar.

— Bueno, — susurré a Xillen, — parece que se acabaron las vacaciones.

— No respondiste a mi pregunta, amigo mío. — Replicó ella, ignorando olímpicamente mi frase anterior.

— Xillen, me obligas a tomar una posición.

— Sí.

— No puedo. — Respondí después de un silencio forzado. — No puedo. — Repetí con desolación.

— ¿Puedo saber por qué? — No había emoción alguna en su voz. Ni siquiera algo altivo o inconforme. Tan sólo una fría imparcialidad que me bañó de pies a cabeza.

— Xillen, te tengo por amiga. — Empecé a decir una evasiva. No quería llevarla por razones obvias, pero tampoco decirle que no, así no más. Nuestra amistad de años estaba en peligro por un estúpido capricho. — Y quiero mantenerte como tal, por eso es que no te puedo decir el motivo.

— Si tienes miedo de perder mi apoyo por la respuesta que puedas darme, descuida, que eso no pasará. Recuerda que soy un guardián como ustedes y por ello no puedo permitir que nuestra confianza y relación se debilite abriendo una brecha emocional ante el enemigo por una respuesta.

— Al contrario. — Respondí con amargura y me senté. Recogí una piedra y la lancé con fuerza al río. Rebotó varias veces antes de llegar a la mitad y hundirse. — De cierto modo, Xillen, por más que hayas observado durante eones nuestro mundo, mantienes una inocencia respecto a la naturaleza humana. Tu condición de imparcial te ha salvado, precisamente, de penetrar más en lo que ocurre. Pero si te empapas de la realidad por la que nosotros pasamos, cambiarás, sin duda. Eres inocente en este momento. Eres, como nos lo explicó ese ser al principio de todo esto, como Dios antes de la explosión del Universo. Si vienes a nosotros, te puedes ensuciar y si esto ocurre, todo en este mundo cambiará.

— Es cierto lo que dices, amigo mío. Tu preocupación por mí me conmueve, más quiero conocer. Quiero saber lo que en realidad ocurre, lo que en realidad se siente, lo que en realidad pasa. — Su tono de voz comenzó a subir sin llegar a ser grito. Tan sólo estaba tomando una fuerza que nunca antes sentí. Me tomó por sorpresa.

— Xillen, por el amor de Dios, el conocimiento es peligroso. El conocimiento es el principal motivo por el que ocurren las guerras. Es el motor que mueve todo y esclaviza al hombre a medida que conoce más. ¿Por qué crees que el conocimiento es nuestra recompensa? — No me respondió así que continué. — Porque es algo que nosotros siempre buscamos, siempre anhelamos. Desde el principio, el hombre se distinguió de los demás animales precisamente por el conocimiento. Y el conocimiento es poder. Tú, que observas el mundo desde arriba, ¿por qué crees que existen potencias que dominan a otras? Porque tuvieron el conocimiento necesario para crear unas armas con las que aterrorizan al resto de la población. Por eso es que nosotros, nos matamos toda la vida estudiando, porque tenemos la necesidad física de tener un poco más de conocimiento para imponernos a los demás. Vamos al colegio, a la universidad, después una especialización. ¿Por qué? Porque al tener el conocimiento necesario, podremos trabajar en compañías de gran alcurnia, o quizás, trabajar para uno de esos gobiernos que dominan al resto del mundo.

— Pero eso ocurre ya que ustedes lo utilizan para destruirse, en lugar de convertir su mundo en algo mejor.

— ¿Crees que eso es posible? — Pregunté con ironía y una triste sonrisa reflejada en mi rostro. Tomé una delgada rama y comencé a partirla en pequeños trozos. — Precisamente, el desarrollo del conocimiento depende de la competencia del hombre. Todo desarrollo tecnológico acelerado nace en las guerras que el mismo hombre se encarga de desarrollar. Y cuando no hay guerras o algo que sacuda al hombre, este se estanca, pero al hacerlo, no dura mucho tiempo así y entonces, él mismo crea los problemas necesarios que casi siempre terminan en guerra.

— Es tu opinión, amigo mío. Tal vez la vida en tu mundo te ha tratado mal para que tengas esa opinión sobre los de tu clase. Más ahora, sabiendo los motivos que te impulsaron a darme la negativa, no te incomodaré más. — Xillen se levantó y comenzó a caminar en dirección a la aldea. — Tenemos que prepararnos para un nuevo enfrentamiento. — Dijo sin más y se perdió entre los árboles.

¿Que enfrentamiento?! Después de que ella me revolviere el alma de esa manera, no pensaba en nada más que nuestra conversación. Me sentí culpable, inútil y cobarde por no aceptar llevarla a conocer nuestro mundo. Sin embargo, así como estaba seguro de que ella era una diosa, no permitiría que terminara como nosotros. Prefería que siguiera pura y no manchada de nuestra envidia, complejos de inferioridad, odio y arribismo.

Seguí sus pasos tratando de alcanzarla y explicarle lo que estaba pensando. Sentía que la conversación quedó a medias y no quería dejarla así.

Empecé a correr.

Cuando llegué al pueblo, no tuve la oportunidad de estar a solas con ella. Se encontraba siempre con mis amigos. Miguel se sentía feliz por el cercano enfrentamiento y no hacía más que lanzar mandobles a un poste de madera. Andrés, en cambio, se encontraba silencioso y pensativo, tocando con una mano su cicatriz. Acostumbrados ya a mis continuas desapariciones, ni siquiera se

molestaron en preguntarme donde estaba. Miguel me saludó y enseguida lució una finta que me pasó rozando la cabeza. Tengo que reconocerlo: me cogió de sorpresa. Pero él olvidaba que esas fintas no le servirían de mucho en un combate cuerpo a cuerpo en medio de una multitud. Eso era para los duelos, donde un hombre contra otro se enfrentaban, sin esperar que de un momento a otro un sablazo traicionero de un tercero, que perforaría la espalda y saldría por el frente.

Recordé la explicación de Xillen acerca del modo en que se llevarían las batallas. Dijo que no debían ser cuerpo a cuerpo. Tal vez por eso es que sobrevivimos en contra de todas las posibilidades. Rompimos esa regla. Luchamos cuerpo a cuerpo en la primera batalla y yo seguí siempre al frente de mi ejército durante mi estancia sin mis amigos en este lugar. Heitter tan sólo se puso al frente en la primera batalla, y en esa ocasión casi mata a Miguel. Después de todo, no jugábamos según las reglas impuestas y ello nos ayudó. Pero el otro bando ya debería percatarse de que algo andaba mal. Y yo rezaba por que tomaran una decisión al respecto lo más tarde posible.

Me acerqué a Andrés. Se encontraba sólo y pensativo y no quería que estuviese de mal humor antes de la batalla. La experiencia me enseñó que para realizar bien cualquier cosa, se necesitaba una mente despejada de toda duda.

— ¿Qué más? — Le pregunté, mientras me acomodaba a su lado.

— Nada. — Fue su lacónica respuesta.

— ¿Por qué esa cara? — Insistí.

Él no me respondió de inmediato. Miró el cielo, como si lo grabase en su memoria y después el horizonte, buscando el punto donde la tierra se unía con el cielo.

— Tengo miedo. — Respondió con sencillez.

Esa respuesta no me tomó por sorpresa. Tuve esa conversación en muchas ocasiones, con diversos soldados de mi ejército. Era normal tener miedo y así se lo expresé.

— No es sólo eso, Enrique. — Me respondió con la mirada fija en el horizonte. — Más que miedo, es una premonición. Algo horrible va a pasar. Estoy tan seguro de ello que puedo palparlo.

— Ello puede ocurrir, en verdad. — Escuché la voz de Xillen a mi espalda, pero no volteé. — Los sentidos de los hombres llegan a su máximo en este mundo y alcances que antes permanecían ocultos, afloran sin siquiera ustedes darse cuenta hasta que sea demasiado tarde.

— ¿Quieres decir que se le despertó el sexto sentido? — Pregunté incrédulo, mientras miraba a mi amigo. Estaba absorto, como hipnotizado, concentrado en el horizonte.

— Es posible.

No dije nada. Esperé la reacción de Andrés. Miguel se dio cuenta de que algo fuera de lo normal ocurría y se acercó al grupo que formamos. Preguntó con una seña lo que ocurría, pero no le respondí. Andrés seguía viendo el horizonte y para mi horror, me di cuenta que se le puso la piel de gallina. De pronto, comencé a sentir eso también. Una sensación de frío que provenía del norte me envolvió. Miré a Miguel para saber si él también lo sentía y así era. La expresión de su

rostro lo explicaba sin necesidad de preguntar. Xillen miró también el horizonte y dijo:

— Ya ves, amigo mío, que no sólo el conocimiento es vuestra recompensa.

Al principio no entendí que se dirigía a mí, pero entonces comprendí y dándome vuelta le grité en la cara:

— ¿Y qué demonios crees que es esto, ah? — Y sin esperar respuesta, me dirigí a enfrentarme con toda esa maldad que emanaba del norte. Miguel y Andrés, aunque no entendieron palabra de lo que hablamos, me siguieron, y al poco tiempo eso mismo hizo Xillen.

II

Atravesamos el bosque en un silencio absoluto. Aunque tanto Miguel como Andrés se dieron cuenta de que algo no marchaba bien, mantuvieron un respetuoso disimulo. Yo evitaba el contacto con Xillen y eso se notaba. Pero ella tampoco me buscaba. Me imagino que acostumbrada a permanecer siempre en la mitad y dar consejos únicamente cuando se los pedían, no tomaría la iniciativa. Bueno, ella quería conocer como era la vida ahí abajo y le proporcionaba una muestra. Sin embargo, me sentía sucio. Sentía como si con mi actitud profanara algo sagrado, cometiendo un sacrilegio. Pero no me importó. Me comportaba como un verdadero terco, lo sabía, me asustaba y a la vez me alegraba de hacerlo. Estaba cansado de ser utilizado por estos seres superiores para su propio provecho y quería vengarme de esta manera tan mezquina, pero sabiendo que por lo menos en esta ocasión no tenía que seguir su juego.

El día desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Demasiado rápido para mi gusto. Nada extraordinario pasó, sin contar que a medida que nos acercábamos, la sensación de maldad se hacía cada vez más fuerte. Hubo momentos en los cuales se nos dificultaba caminar, por que temblábamos del físico terror que nos inspiraba esa maldad. Pero la presencia de Xillen entre nosotros disminuía el poder de esa sensación sobre nosotros, nos calmaba los temblores e infundiéndonos valor, nos obligaba avanzar hacia ella. En ciertos momentos quería acercarme a para indagar sobre esa reminiscencia, más mi propia tozudez me mantenía alejado.

Pero al fin llegó la noche y con ella la oscuridad que aumentaba nuestros temores e inquietudes. Preparamos una hoguera y nos sentamos a su alrededor. Como ninguno tenía hambre, no se preparó cena y tan sólo tomábamos a cortos sorbos un brebaje que me enseñaron a preparar los druidas durante mis batallas con las huestes galas. La hoguera resplandecía con fuerza, inspirándonos un poco de seguridad. Al poco tiempo, el sueño comenzó a vencernos uno a uno. Echamos suerte para ver a quién le tocaba hacer la primera guardia y recayó en Andrés. Nos acomodamos sobre el suelo y en seguida nos dormimos, mientras que nuestro amigo se apoyaba contra un árbol para hacer su turno.

El suave toque de Andrés me despertó. Todavía era de noche y quedé desconcertado al principio. Me indicó con un ademán que guardara silencio y se inclinó sobre Miguel y enseguida sobre Xillen, repitiendo el mismo procedimiento. Nos reunimos cerca de la hoguera, que ahora estaba apagada. Susurrando, nos explicó que a unos cien metros se encontraba una patrulla de algún ejército. Al preguntarle Miguel si era el enemigo, Andrés se encogió de hombros.

— Bueno, tendremos que investigar. — Dije, resignándome a los hechos.

— Son de los nuestros. — Replicó Xillen y sonrió. — ¿Acaso los nuevos poderes que adquirieron esta mañana no les dicen nada? La maldad no emana de ese ejército que se encuentra cerca. Está más allá. — He indicó con la cabeza al norte.

Nos sentimos un poco avergonzados, pero no replicamos.

— Ya está amaneciendo. — Rompió el incómodo silencio Miguel. — Esperemos a que amanezca del todo y nos reunimos con el ejército. — Se recostó contra el árbol y cerró los ojos. — No quisiera que nuestra propia avanzada nos eliminara, confundiéndonos en la oscuridad con el enemigo.

— Eso no pasará. — Repliqué.

— ¿Cómo estás tan seguro? — Miguel era definitivamente un terco.

— Ellos nos esperan a nosotros. Recuerda que nada pasará mientras nosotros no nos encontremos en el campo de batalla, frente a un ejército. — Le expliqué.

— Eso no es del todo cierto, amigo mío.

— ¿Qué quieres decir con eso, Xillen?

— Siempre existe la posibilidad del enfrentamiento, exclusivamente entre guardianes. En otras ocasiones ya ha pasado. — Xillen se mostraba demasiado reacia para mi gusto. Su modo de tratarme cambió desde nuestra conversación. Yo lo sentía y me dejaba un mal sabor en la boca.

— Bueno, ¿entonces qué hacemos? — Preguntó Andrés.

Nadie respondió a esa pregunta. Xillen y yo evitábamos dar una respuesta y Miguel, sintiéndose entre dos fuegos, también calló. Andrés nos miró, suspiró y recogió una manta del suelo.

— Ya que nos vamos a quedar un rato, voy a dormir un poco mientras alguno hace guardia. Buenas noches. — Y se acostó.

Miguel nos miró otro rato y luego siguió el ejemplo de Andrés. Quedamos ella y yo, enfrentándonos. Nos miramos durante lo que pareció una eternidad. No había rencor en las miradas, pero sí una notable incompreensión. Encendí de nuevo la fogata.

— ¿Qué es lo que te pasa, Xillen? — Pregunté, mientras la encendía.

— Nada, amigo mío. Más he pensando en tu respuesta y me duele reconocer que del todo no me satisface. Tal vez ello se refleja en el mío comportamiento para contigo. Si así es, te pido disculpas. — Dijo con la sencillez de una niña.

— No tienes porque hacerlo. Yo también fui grosero contigo y pido perdón. Pero entiende, Xillen, que lo que dije es por tu bien. Conozco la humanidad, puesto que formo parte de ella, y no quiero que su influencia te deje marcada. — Ella trató de decir algo, pero no se lo permití. — Piensa que nosotros, tarde o temprano regresaremos, pero tú permanecerás aquí.

— Agradezco tu preocupación por mi bienestar, amigo mío. Más tengo que aprovechar esta oportunidad que se me presenta, por vez primera, en muchos siglos. Ya tomé la decisión y así decidas acompañarme o no, iré. — Se sentó en la tierra fría y comenzó a reanimar la hoguera. — Siento mucho que mi decisión te afectase de esta manera y entiendo la angustia que sientes. Iré de todas maneras. — Dijo de modo cortante sin permitirme objetar de nuevo.

El silencio fue largo. La madera que alimentaba el fuego comenzó a crepitar y la luz arrancaba sombras de nuestros rostros, lanzándolas a la oscuridad. El amanecer estaba al alcance de la mano y el bosque comenzó a despertar. Me acerqué al fuego, de cuclillas, y extendí las manos buscando el calor de las llamas. Intentaba tomar una decisión respecto a Xillen. Podía dejarla ir sola a mi

mundo, pero temía por su seguridad y la interpretación que le daría a los actos que nosotros cometemos diariamente sin preocuparnos, pero que le afectarían directamente. Sin embargo, esa forma de exponer su deseo, lo convertía poco menos que en una orden. Sentía que era mi obligación acompañarla y no quería. Tal vez por egoísmo, pero no quería. La miraba, mientras que ella, recostada al lado de la hoguera, se perdía entre las llamas que danzaban alegremente.

— Bueno, Xillen. — Dije con pesar y una pizca de remordimiento. — Si es así como te sientes, nada puedo hacer al respecto. Pero yo no quiero ir, no porque no quiera acompañarte sino que cada vez que regreso, me destrozo mentalmente. No quiero volver hasta que todo termine.

— No te obligo a que me acompañes, amigo mío. Interpretas mal mis palabras.

— Esa es una de las cosas que aprenderás cuando llegues a mi mundo, Xillen. Una misma frase tiende a tener un sinnúmero de significados. Y estos pueden ser mal interpretados...

Quise completar la frase, pero me interrumpí. Al fin y al cabo no había necesidad de explicarle, cuando ella aprendería a su modo. Me recosté en el suelo y, apoyándome en los codos, miré el cielo. Las estrellas comenzaban a desaparecer entre la luz del amanecer que se cernía sobre nosotros. La luna, más pálida de lo acostumbrado, se despedía del mundo hasta la siguiente noche, con su fantasmal fulgor.

— ¿Crees que encontraremos a Heitter, por fin? — Pregunté.

— No lo sé, amigo mío. Así como él puede encontrarse entre aquellos con los que nos vamos a enfrentar, así como no. Entiendo que es tu deseo el destruirlo con la mayor presteza posible, ya que entiendes que así se acabará este enfrentamiento. — Hizo una pausa, lanzó una rama a la hoguera y continuó. — No es así. Hay otros guardianes y tendrás que enfrentarte a ellos también para acabar con este enfrentamiento, hasta una nueva ocasión.

— Eso ya lo sé, Xillen. Pero también sé que Heitter es el jefe de ellos. — Ella me lanzó una mirada inquisitiva. — No me mires así. Eso lo sé desde hace mucho tiempo. Él es quien los organiza y dirige. Presiento que eliminándolo, nuestras posibilidades incrementarán. — Miré la hoguera, concentrándome en las llamas. — Tal vez tengo una obsesión con Heitter. Es verdad que me siento traicionado, herido y un sinnúmero de cosas más. Pero también fui testigo de cosas que jamás creí posibles. Todas estas se desarrollaron ante mis ojos... aquí. No tengo una explicación lógica para ellas, además de la que tú me das... Pero él es mi preocupación principal y con su muerte, encontraré la paz que estoy necesitando...

Ella escuchó mi pequeño discurso en silencio y no dijo nada. Tampoco insistí en que lo hiciera. Era difícil reconocer para mí la necesidad de eliminar a Heitter. Hasta ahora, esa posibilidad surgía cuando me sentía furioso o afligido. Nunca analicé la situación con sangre fría, como ahora.

El anaranjado color que tomó de repente el cielo, nos informó de la llegada del amanecer. El astro rey salía perezosamente, iluminando el mundo con su cálida luz, invitando a despertarse y disfrutar de un nuevo día. Miguel abrió los ojos tan pronto la luz posó sus débiles pétalos sobre ellos. Miró a su alrededor y se levantó para saludarnos. Andrés luchó un poco con el amanecer, dándose la vuelta y

hundiendo la cara en el pasto, más el mismo bosque, con sus ruidos matinales, se encargó de regresarlo a la realidad, del mundo de los sueños en el que se refugiaba. Gruñó malhumorado, pero después de varios intentos fracasados, también se levantó.

Después de unos cuantos sorbos de un brebaje que preparó Xillen, mientras Andrés se despertaba, nos dirigimos hacia la patrulla que nos esperaba.

III

Era la época medieval.

A pesar de que nos adelantamos casi mil años en la historia, no lo lamentaba demasiado. Era cierto que nos acercábamos cada vez más a mi temor primordial que era la época atómica. Pero también era cierto que prefería luchar con armas más avanzadas que las utilizadas hasta ahora. Claro está que no era demasiada la diferencia: seguían siendo espadas, lanzas y flechas. Sin embargo, el acero ya estaba inventado e implementado en el material bélico que se utilizaría. También me sentía emocionado. Al fin y al cabo, la época medieval es el sueño dorado de todo jugador de AD&D. Esa era la razón primordial por la que se jugaba. También tenía en cuenta que a pesar de ser la época medieval, difería mucho de nuestros sueños. Y que los monstruos imaginarios como dragones, unicornios, gigantes, ogros y trolls, eran inventos de los hombres. Tal y como lo dijo Xillen, el hombre tendía a convertir un acto maravilloso en leyenda, añadiéndole algo por su propia cuenta.

Salimos a un claro y lo primero que nos impresionó fue el resplandor de la armadura de los caballeros que nos esperaban. Los caballos, también cubiertos de una cota de mallas, golpeaban el suelo con sus cascos, nerviosamente. En total, eran cinco caballeros. Cada uno sostenía el yelmo en la mano izquierda, mientras que en la derecha descansaban las riendas. Detrás de ellos, un refugio levantado por sus escuderos ostentaba en su entrada dos banderas. Una roja y la otra negra, cada una con un león sobre sus cuartos traseros por escudo, intentando arañar a su vecino. Miguel, Andrés y yo, quedamos de una pieza. No sabíamos qué decir ni cómo comportarnos, tanto así nos afectó la visión de esos caballeros. Con gusto quedaríamos ahí durante horas, observando con fascinación aquel espectáculo que deleitaba nuestros ojos, pero Xillen nos sacó del letargo saludando a los caballeros con una inclinación de cabeza:

— Bienhallados, nobles todos.

Ellos le respondieron de la misma manera.

— Su majestad os está esperando, — señaló uno de ellos y dando la vuelta le indicó con una seña a su escudero que hiciera algo. Segundos después, el rapaz traía consigo cuatro magníficos caballos, con el equipo de caballero asegurado a su montura.

— ¿Su majestad? — El susurrar de Miguel me sorprendió.

— Todo es posible, — le respondí con un balbuceo, tras una pequeña vacilación. — Peleé bajo el mando de Cesar, en la época romana. — Le aclaré.

Mientras tanto, Xillen se acercó a uno de los caballos y lo montó con gracia y agilidad. Miguel intentó seguirla, pero a falta de práctica lo hizo con cuidado. Afortunadamente, no tuve el mismo problema que Miguel y salté con agilidad sobre el caballo. Este pateaba el suelo rabioso y roía con fuerza el freno. El animal tenía un genio de los mil demonios, que no tardé mucho en averiguar. Pocos segundos después de que lo montara, se encabritó lanzándome por lo aires y luego, como si nada, se alejó con un trote perezoso.

Y eso fue lo último que vi de aquella pintoresca escena, además de Andrés corriendo hacia mí, gritando algo; ya que al caer, golpeé con la cabeza una piedra y me desmayé.

Cuando desperté, sentía un horrible dolor en la base de la nuca, un zumbido constante en los oídos y los músculos del estómago adoloridos. Me encontraba en una sala cuyas paredes cubrían pieles de animales que no logré identificar. Era bastante acogedor. Varios velones se encargaban de alumbrar débilmente la habitación. Era de noche y la luz de la luna penetraba como un ladrón por la ventana, robando espacio a las sombras y desalojándolas del lugar.

Me encontraba acostado sobre más pieles y su hospitalario abrazo era algo difícil de dejar a un lado. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, tanto físico como mental, me levanté. No había nadie en la habitación y me preguntaba qué pasó con mis amigos. Entonces, a través de ese zumbido que ensordecía mis oídos, escuché el lejano sonido de una batalla. El entrecocar del acero se trastocaba con los gritos de los combatientes y se confundía con el rugido de una tormenta lejana. Avancé tambaleándome a la puerta, tratando de encontrar a alguien que me explicara lo que ocurría, pero me sentía débil y perdí el equilibrio a unos pocos metros de la puerta. Quedé sentado en el piso, mirando la puerta, sin fuerzas siquiera para pedir ayuda. A través del monótono ruido de la batalla, escuché golpes secos, rítmicos, que retumbaban por el castillo, haciendo vibrar el piso. Poco a poco, esa vibración se convirtió en un débil zumbido, el rugir de la batalla se alejó despacio, la luz de los velones decreció y las sombras se apoderaron de mi campo de visión.

Perdí el conocimiento, de nuevo.

Cuando desperté por segunda vez, era de día. De nuevo en la cama, cubierto por las mismas pieles. El cuarto solitario, como la primera vez. Más ahora, en lugar del rugir de la batalla, se escuchaba el silencio y de vez en cuando, un gemido o un grito desgarrador lejano, que se deshacía en lágrimas, perdiéndose en la distancia. Al parecer la batalla concluyó y nosotros ganamos. Me sentía mejor. El zumbido en las orejas desapareció y el dolor del abdomen disminuyó. Sentía un hambre atroz, así que me levanté, todavía con paso vacilante, y me dirigí a la puerta con la intención de dar con la cocina y conseguir algo para mi quejumbroso estómago.

Al abrir la puerta, me di cuenta de que estaba en una torre. Todavía no encontraba a nadie, pero ahora los gritos y gemidos se hacían más fuertes. Y ese lúgubre silencio, interrumpido por el dolor, comenzó a deshacer lentamente mi buen humor. Al parecer, la batalla fue ganada por nosotros, pero a un precio muy alto. Mis sospechas se materializaron en una penosa realidad cuando llegué a la planta baja y descubrí el espectáculo que se desarrollaba.

El piso estaba repleto de cuerpos tirados sin orden alguno, en medio de charcos de sangre. Armaduras, que antes servían para proteger esos cuerpos, ahora se habían convertido en trampas mortales, teñidas de rojo y negro y con

hierros afilados y retorcidos apuntando ferozmente ora fuera, ora dentro de esos cuerpos.

Como aves negras, con los ojos hundidos por el cansancio y expresando un horror e incomprensión rayanos a la demencia, varias mujeres revoloteaban entre esos cuerpos, cargando de aquí para allá baldes con agua sucia y trapos empapados en sangre.

Varios sacerdotes, en medio de ese horror, trataban de hacer algo, pero lo único que conseguían era estorbar a esas mujeres que corrían de un lado para otro desesperadas, sin ver, sin saber a ciencia cierta lo que ocurría a su alrededor. Y ese tan sólo era un cuarto del castillo, donde se atendía a los caballeros. No imaginaba siquiera lo que ocurría en lo que antes fue el campo de batalla. Así que, haciendo un gran esfuerzo por mi parte, terminé de bajar los escalones que me faltaban y, apartando a un sacerdote del camino, comencé a ayudar.

Llevaba baldes con agua y limpiaba los rostros y heridas de los abatidos. Me pregunté fugazmente por el estado de mis amigos, pero esa idea desapareció tan rápido como apareció. Lo primordial era socorrer a los heridos y a eso me dediqué.

Nos llevó un largo tiempo. A medida que el cuarto se fue desocupando, al llevarse en camillas tanto a los muertos como heridos, la escena semejaba un matadero. Me sentía cansado. Me dolían los brazos y la cintura, y el zumbido en las orejas apareció de nuevo. Me senté en los escalones, tratando de recuperarme. Miraba ese horror y no daba crédito a mis ojos. Claro que vi cosas peores, más en esos momentos causaba la muerte y destrucción y no socorría a los caídos, como ahora. Cuando el arrepentimiento llegaba, era en el pueblo, en el campamento de los vencedores, con una jarra de cerveza en la mano y completamente borracho.

Me levanté con evidente esfuerzo. Busqué la salida y seguí a dos hombres que llevaban un último cuerpo. Llegando al patio, nos separamos. Ellos llevaron al muerto más allá de las puertas del castillo, mientras que yo quedaba de una pieza al ver la destrucción que me rodeaba y a Miguel, sentado encima de una carreta medio quemada, sosteniendo un pañuelo ensangrentado contra su mejilla. El pañuelo había absorbido toda la sangre de la que era capaz, y ahora dejaba escapar el preciado jugo de la vida gota a gota.

Miguel mantenía los ojos cerrados y los labios apretados con fuerza. Sin embargo, no gemía. Parecía ensimismado antes que abrumado por el dolor. Me acerqué lentamente y le puse la mano en el hombro. Levantó los ojos sobresaltado y los bajó al reconocermelo.

— ¿Está bien? — Le hice la misma pregunta estúpida que una vez le hice a Andrés.

— Sí. — Respondió entre dientes y después de un silencio, agregó: — Bonito lugar en el que aparecimos... ¡Justo en medio de un asedio!

— ¿En qué época estamos? — Hice caso omiso de la queja.

— Por el modo en que pelean y por el léxico, asumo que en el siglo noveno o décimo.

— No puede ser. Las armaduras de los caballeros que nos recibieron no corresponden a la época.

— Esas armaduras no tienen nada que ver. Lo que usted vio no era acero, pero bajo la luz del sol, parecía bastante bueno. Pero no es así... — Levantó la mano con el pañuelo, dejando al descubierto una fea herida. — Lo averigüé del modo difícil. No le recomiendo dejarse coser en sano juicio, hermano... El ruido que produce la aguja al penetrar su propia carne, es la cosa más tenaz que uno puede escuchar... Le juro que me olvidé del dolor cuando me cosían...

Me sentía incómodo. Mientras mis amigos se mataban ahí afuera, yo estaba acostado con tranquilidad en una cama de pieles.

— ¿Dónde están Xillen y Andrés? — Pregunté.

— Andrés probablemente está muerto... Xillen fue a buscarlo fuera de las murallas. — Respondió sin ninguna emoción, mientras arrancaba un trapo medio sucio y lo reemplazaba por el pañuelo. — De nuevo nos encontramos con Heitter, — agregó como si nada y una sonrisa lobuna cruzó por su rostro. — ¡Espero que de esta no salga!

— ¡¿Cómo que muerto?! — La última parte de la frase de Miguel a penas llegó a mis oídos.

— No es seguro, hermano. — Me tranquilizó Miguel. — Estábamos en plena batalla y en el último asalto de los chicos malos, nos tocó bastante duro. Los tres estábamos cerca, separados no más de tres metros cada uno, cuando atacaron. Uno de ellos atacó a Xillen y ella tropezó con algo y perdió el equilibrio. Andrés fue a ayudarla cuando apareció Heitter. Yo no me había dado cuenta todavía, pero Andrés sí. — Suspiró, como si lamentase algo. — Le lanzó un mandoble a Andrés. El tenía la mano del escudo extendida para ayudar a Xillen a levantarse y esa fue la mano que le cortó el desgraciado... Yo me había volteado en ese momento y lo vi todo: la espada de Heitter que daba una finta en el aire al cercenar el brazo; la cara de incredulidad de Andrés, mirando el muñón ensangrentado; el horror en los ojos de Xillen, sosteniendo todavía el brazo cortado de Andrés... — Miguel hizo una pausa, cambió de posición sobre la carreta y continuó con su desgarrador relato. — Heitter quiso rematarlo, pero Andrés reaccionó y paró la estocada. Cayó al piso por el esfuerzo y Heitter lo hubiera rematado con otro golpe, entonces yo me tiré encima de Heitter. Le juro que apuntaba a la cabeza, pero el desgraciado se movió... — Rió de mala gana. — Le abrí un tajo bastante grande en la espalda y él se desplomó, creo que sin sentido. Andrés en ese momento estaba sentado, tratando de improvisar un torniquete... Yo quería rematar a Heitter para asegurarme, pero sus guardaespaldas cayeron sobre nosotros. Mientras luchábamos con ellos, se lo llevaron...

— ¡Me importa un carajo Heitter! — Aullé. — ¿Qué pasó con Andrés?

Miguel levantó la cabeza y por primera vez en toda su explicación me miró directamente a los ojos.

— Si supiera, se lo diría, ¿no creé? — Pero como seguía sin comprender, aclaró. — Cuando nos atacaron los guardaespaldas de Heitter... nos alejamos... en medio de la pelea... del lugar en el que todo sucedió. Cuando quise volver por

él, tocaron retirada. — Dijo con lentitud y separando las sílabas. Me di cuenta de que se encontraba al borde de su paciencia, así que lo dejé en paz.

— Voy a ver si encuentro a Xillen. — Le dije a modo de despedida y me dirigí al puente levadizo.

Miguel no respondió. Se limitó a encogerse de hombros y cerró de nuevo los ojos. Lo miré durante un rato, tratando de entender esa impasibilidad respecto al destino de nuestro amigo, pero dándome por vencido, me dirigí hacia el puente.

Al salir, se descubrió ante mí el desolador espectáculo de los restos de un campo de batalla. Restos, que por primera vez veía con ojos cuerdos y la cabeza fría y no bajo la furia de la adrenalina hirviendo en mis venas y con el vaho aliento de la muerte sobre la cabeza.

El verdor de los campos que rodeaban el castillo, se convirtió en un gris sucio, con manchas rojas por doquier. Cadáveres de hombres y caballos, yacían a lo largo y ancho del campo frontal y figuras negras y grises vagaban como fantasmas, tratando de identificar entre esos cuerpos, el que le era querido.

El mismo Cielo, como si reprobara aquella acción del hombre, se tornó en azul oscuro, casi negro, que se convertía en rojo al rozar con el horizonte; y las nubes volaban raudas, llevadas al oeste por un viento frío y sombrío, que se metía entre las vestimentas de los caídos, haciéndolas revolotear, como si con ello estos cuerpos daban su último adiós a esta tierra, de la cual fueron arrebatados por la fuerza, en una muerte indiferente y cruel.

Me detuve observando todo eso, tratando de asimilar la cruda realidad de la masacre. Miré con ojos trastornados, buscando un sitio desde el que buscar a Andrés.

No lo había.

Resignado, imité a esos fantasmas y comencé a vagar entre los cuerpos, llamando de vez en cuando a Andrés y Xillen.

IV

Me tomó bastante tiempo encontrarlos. Deambulé entre el horror durante lo que me parecieron horas, confundiendo a Xillen con los fantasmas, y cuerpos destrozados, con Andrés. Cuando distinguí a lo lejos a Xillen, cargaba sobre sus hombros a mi amigo. Me apresuré a ayudarlo. El peso del cuerpo hacía que ella doblara sus rodillas y avanzara despacio. Temí lo peor. Corrí a ellos tropezando con cuerpos y armas, perdí el equilibrio por dos veces y finalmente caí de bruces frente a Xillen.

Ella no me reconoció al principio. Tenía los ojos hundidos y bien marcados en el rostro. Realizaba el último esfuerzo, y estaba en el límite. No obstante, depositó el cuerpo de Andrés con cuidado en suelo, y después de asegurarse que su postura era cómoda, se dobló en dos y vomitó.

— ¿Cómo se encuentra? — Le pregunté, cuando terminó.

— Perdió mucha sangre, pero todavía vive, amigo mío. — Respondió con una voz desprovista de vida.

— ¿Cómo te encuentras, Xillen? — Me recliné sobre Andrés e intenté cargarlo sobre mi espalda.

— Agradezco tu preocupación, amigo mío, pero tan sólo me encuentro cansada. — De hecho parecía exhausta, pero no dije nada.

Cargué en silencio a Andrés e iniciamos el camino de regreso. Mi amigo pesaba como mil demonios y vagamente entendía el esfuerzo que realizó Xillen para agotarse de esa manera. Ella me siguió con paso cansado y vacilante, casi sin ver por donde caminaba. Parecía al borde de desfallecer.

— Mejor espera aquí. Llevaré a Andrés y se lo encargaré a Miguel. Regresaré por ti.

Ella me miró con rencor. Pero no dijo nada. Se limitó a sentarse al lado de una carreta volteada. Había madera desparramada alrededor. Seguramente se traba de materiales para realizar un ariete.

— Regresaré dentro de un momento, Xillen. — Le sonreí, tratando de animarla, pero fue una sonrisa falsa y desprovista de vida, en medio de toda esa muerte. Acomodé mejor el cuerpo de Andrés y, sin mirar atrás, me dirigí hacia el castillo.

Encontré a Miguel en el mismo sitio. La herida había dejado de sangrar y él estaba acomodado en su típica pose, con los ojos cerrados, encarando el cielo. Aunque su cara no refleja preocupación alguna, bajó apresuradamente de la carreta al suelo. Sin decir palabra se acercó y me ayudó a acomodar a Andrés en el suelo.

— ¿Dónde está Xillen? — Preguntó con voz firme.

Me tomó tiempo responder. Estaba medio ahogado después de cargar a Andrés hasta el castillo.

— Está agotada... la dejé atrás... tengo que volver... por ella ahora... — Logré balbucear, mientras boqueaba en busca de aire.

Miguel me miró de hito en hito y comenzó a caminar hacia el puente levadizo.

— Yo la traeré. — Miguel arrojó esas palabras con arrogancia sobre el hombro.
— Cuide que curen a Andrés.

— Espere.

— ¿Qué? — Él se dio la vuelta, visiblemente molesto.

— Usted no podrá encontrarla. — Él le restó importancia a mis palabras con la mano y se encaminó de nuevo hacia el puente. — Es en serio, — insistí, — me tomó un largo rato encontrarlos. Y eso que se dirigían al castillo.

Miguel vaciló y aproveché ese momento de debilidad.

— Iré yo. — Dije y sin esperar réplica, lo dejé atrás, todavía tratando de decidir lo que debía hacer.

A medida que caminaba, pensé que después de todo, a pesar de que Miguel quería aparentar ser frívolo, no lo era. Su preocupación por Xillen era bastante evidente y el afán por ponerla a salvo, confirmaba su buen corazón.

Al principio temí equivocarme de lugar, al no ver a Xillen en ninguna parte. Más a medida que me acercaba, distinguí su silueta, apoyada contra la carreta volteada, las piernas encogidas, la barbilla escondida entre las rodillas y las manos abrazando las piernas en un gesto de protección. Tenía los ojos bien abiertos, llenos de incredulidad e incomprensión, mirando el horror que se extendía ante ella.

Me acerqué despacio, casi como si temiera sacarla de su letargo. Ella no levantó la mirada. Ni siquiera se movió. Comprendí que estaba en una especie de shock y con cuidado me senté a su lado.

Permanecemos en silencio largo rato. El sol salió por unos minutos, pero las nubes lo ocultaron, como si no quisieran que éste viera el desastre.

— ¿Cómo es posible que esto ocurriese, amigo mío? — Ella me sobresaltó al hablar con una amargura inenarrable, en un tono apagado.

— No lo sé, Xillen. — Respondí atrapado al no saber a qué se refería.

— ¿Cómo es posible que hombres destrocen a los hombres por cosas tan banales como un territorio o una religión? — Aclaró ella.

Me tomé mi tiempo para responder. En mi cabeza todavía estaba fresca la conversación que mantuvimos en el bosque y deducía que por su estado de ánimo en este momento, sería desastroso regresar al tema.

— Esa ha sido la gran interrogante en mi tiempo. Y lo que es más grave, sigue pasando.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

— ¿Por qué? — Insistió ella y me miró directamente a los ojos. Ese brillo insistente de sus pupilas en busca de una respuesta, me dejaron sin aliento. Había en esos ojos un tono de firmeza mezclada con incomprensión que nunca vi en esa mirada que conocía como la más dulce en todo el Universo.

— Por lo mismo que siempre, Xillen. El poder. ¿Por qué más se matarían los hombres?

— ¿Poder? — Preguntó ella atónita. — ¡Pero en la mente de cada quién el poder está! Somos energía que conforma el Universo y el poder reside en ello. ¿Cómo asesinar a alguien por algo que ya se tiene?

— No es el momento, ni el lugar para hablar de ello, Xillen. — Acoté con firmeza. — Tienes que descansar. — Dije y quise tomarla del brazo para ayudarla a levantarse. Ella se soltó bruscamente.

— ¡No! El momento y el lugar son ahora. — Se acomodó contra la carreta en la posición en la que la encontré. — Ahora dímelo.

No me dejé otra opción. No era la mujer tranquila y con una respuesta para toda pregunta que conocí. En ese momento se comportaba como una niña mal criada.

Pero ella tenía derecho a serlo.

Le di la espalda, mientras las ideas se organizaban en mi cabeza. Buscaba la mejor forma de dar inicio a la explicación. Es más fácil cuando alguien te pregunta la razón por la cual se enfrentan diferentes grupos. Pero la pregunta de ella encerraba a toda la humanidad...

— El hombre se enfrentó desde el principio de su existencia. Imposible definir con certeza el *por qué*, como tú quieres que lo haga. Comenzó a enfrentarse por comida, después por el fuego, luego por la vivienda. Con el tiempo, los motivos de los enfrentamientos dejaron de ser tan simples como esos. El hombre, a la vez que repudia el enfrentamiento, no puede evitarlo. Estableció unas leyes para sortear esos enfrentamientos, pero no todos estaban de acuerdo. Esto generó más guerras y, a pesar de que siempre se intenta detenerlas, surgen más y más motivos, los cuales el hombre utiliza como excusa en su afán belicoso. Tales son la religión, que es el más usado; la territorialidad, el nacionalismo, el patriotismo y un sinfín de cosas más. La novedad más reciente que el hombre implementa como motivo para iniciar una guerra o enfrentamiento, es la política. Y todo esto es ocasionado por la recompensa que ustedes ofrecen a los guardianes... — Dije la última frase sin mirarla, pero sentí su mirada clavándose en mi espalda. — El conocimiento. Es lo que genera la necesidad de poder, pues al saber el hombre que con esto o aquello será más poderoso, que será superior a su congénere, sin importar el campo en lo que eso ocurra, lo implementará para lograrlo. La necesidad de sentirse superior, gracias a nuestra propia inteligencia, nos obliga a estar mejor preparados para la mayoría de sucesos que nos deponga la vida. Y si el hombre ve que otro tiene un conocimiento o un poder, entonces trata de imitarlo y si no puede, sustraerlo; y si eso también falla, entonces utiliza el medio bélico...

— No entiendo lo que quieres decir, Enrique. — Dijo ella y yo no di crédito a mis oídos. ¡Ella no comprendía lo que yo explicaba! Generalmente era al revés...

— Mira... — dije complacido en cierta medida, por tener que explicarle algo. — Tomemos como ejemplo la época en la cual el hombre descubrió el fuego...

— Sí.

— El hombre en esa época no era sedentario, sino que vivía en grupos nómadas. Entonces, digamos que un grupo de esos descubre, ya sea por accidente o usando su bien desarrollada materia gris, el fuego.

— En cierta medida, ocurrió como tú dices, amigo mío. — Por su tono de voz y las palabras utilizadas, entendí que volvió a tomar control de sí misma.

— Ese grupo está protegido de las fieras por las noches, cocina la comida, utiliza el fuego como arma y muchas cosas más... — La miré, pero ella no dijo nada. — Cuando otro grupo se entere de una u otra manera lo relativamente bien que viven los que tienen fuego, ¿qué crees que intentarán hacer?

— Posiblemente irán a vivir con los del otro grupo.

— Te equivocas, Xillen. Si te ubicas en la época, te darás cuenta que ellos eran nómadas y un grupo numeroso representaba algunas desmejoras en el sentido alimenticio. Tal vez intentarán pedirlo, pero lo más probable, intentarán robarlo. Y ello traería como consecuencia las represalias del otro grupo.

— No entiendo.

— Por el simple motivo, de que no todos los miembros del grupo saben hacer el fuego. Pocos son los conocedores del misterio mágico de la creación del fuego, porque de esta manera inspiran respeto a los demás miembros y reciben el trato dioses, o por lo menos como sacerdotes engendrados por ellos. Los del otro grupo, si no lo saben, lo averiguarán tarde o temprano, por que al apagarse el fuego robado volverían por más. Entonces, su siguiente paso lógico, sería amenazar de alguna forma a que se les enseñe a manejar el fuego, lo que daría como resultado una pequeña guerra.

— ¿Por qué?

— Los *hijos de dios*, que saben utilizar el fuego, ordenarán a sus subordinados que no permitan que esto pase. Inventarán una justificación de cualquier tipo para hacer prevalecer su condición divina y no cumplir la voluntad de unos extranjeros advenedizos. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

— En cierta forma lo entiendo, amigo mío. Sin embargo, también sé que no todos los hombres son tales como los quieres mostrar. Y puedo citar como ejemplo a ti o a tus amigos.

— Es cierto lo que dices, Xillen. No todos somos así. Pero todos tenemos esa chispa. Unos, más brillante que otros. Y los que nos damos cuenta de las verdaderas consecuencias de las guerras, no tenemos voz, pues esos dioses retenedores de poder, no nos permiten alzar la cabeza más de lo que ellos desearan. Si alguien lo intenta... Puedes imaginar las consecuencias...

El silencio fue la respuesta. Se levantó lentamente. Tenía un porte digno y orgulloso, a pesar de que su figura se notaba cansada y triste. Comenzó a avanzar hacia el castillo, cuyas luces se veían a lo lejos, dándonos su posición en medio de la noche que se avecinaba.

— ¿Esa es tu razón al no querer que yo visite tu mundo? — Dijo, después de dar unos cuantos pasos.

— Es una de las razones. Pero a decir verdad, no quiero que tengas una imagen equivocada de nosotros. Como tú misma lo dijiste, no todos somos así.

Ella se dio la vuelta y me sonrió con ternura. Esa era la Xillen que conocía y la que recordaría.

— Recuerda que a pesar de ser guardián, fui imparcial y lo seré cuando llegue de nuevo esta necesidad, amigo mío... Podré ver a través de los disfraces y las

máscaras que acostumbran a ponerse vosotros, los humanos. He tratado con vosotros durante mucho, mucho tiempo y aún me cuesta entenderos. Esa es la principal motivación que me empuja a visitar el suyo mundo. Y la imagen vuestra está clara para mí. La fuerza del espíritu que se mueve en vuestros cuerpos me ha llevado a formar parte de vuestro grupo, arriesgando todo lo que conozco. Vosotros podéis derrotar al que se interponga en vuestro camino, no por intereses personales, sino por el bienestar del su planeta y la suya raza. Y lo más impresionante, lo que me ha tocado en el fondo, es que no queréis, ninguno de vosotros, recompensa alguna...

Ella dijo esto sonriendo. El tono de su voz había bajado y en el punto culminante de su pequeño discurso, pareció tener una transfiguración, y detrás de ella, pude percibir con nitidez al ser que nos recibió en la primera y segunda sesión, después de nuestro viaje a este mundo.

¡Ella era ese ser!

Y era lo más lógico. Hasta ahora, pensé que el que nos recibió, fue uno de los maestros de nuestro bando, sin embargo, ¿qué hacía Heitter con nosotros?

— ¿Tú, eres Él? — Susurré la pregunta en un tono a penas audible.

— Eso es cierto, amigo mío. — Su voz recobró su tono habitual, lo mismo que su léxico.

— Y, ¿lo qué dijiste de los humanos, también es cierto? — Me encontraba anonadado, sintiéndome como un verdadero estúpido, sin permitir que esa idea se acomodase en mi cabeza.

— Sí, lo es. Los habitantes de otros mundos tan violentos como ustedes no son. Llevan vidas pacíficas, casi todo el tiempo. Por eso es que ustedes, los humanos, en estos enfrentamientos son los líderes. Para ustedes, la guerra es un arte; para otros, es la personificación del mal. — Sentenció con cara seria.

No pensé en responderle. Tenía la razón. Nosotros mismos denominábamos la guerra un arte, entonces, ¿cómo demonios queríamos acabar con ella? Miré alrededor, dándome cuenta de lo irónico de la situación. Criticamos la guerra en medio de un campo de batalla, sembrado de cadáveres y con la muerte misma siendo nuestro testigo mudo, quien escuchó la conversación sin interrumpir una sola vez. Me estremecí ligeramente...

— Después de todo, Xillen, lo único que quiero, es salir vivo de esta experiencia. — Dije con pesar. — Será mejor que nos vayamos, Miguel estará desesperado.

Ella asintió y me siguió hacia el castillo.

— Heitter sigue vivo. — Fue la frase con la que me recibió Miguel.

Estaba sentado con comodidad junto al fuego, en medio de una montaña de pieles. Tenía la cara vendada en esta ocasión. Se había recién bañado y la luz de la hoguera reflejaba extrañas figuras en el pelo húmedo. Xillen fue a tomar un baño y a cambiarse y yo, tras hacer una visita a Andrés, me disponía hacer lo mismo.

— ¿Cómo lo sabes? — Pregunté incrédulo, pero me quedé helado a media frase.

Lo sentí.

La misma sensación que percibí en el pueblo, emanaba del norte. Hacia allá se retiraron las huestes de Heitter, después del asedio.

— ¡Ese hijo de puta! — Exclamé con furia.

— Eso no es todo. — Miguel decidió echar otro baldado de agua fría sobre mi ya maltrecho estado de ánimo. — Tendremos que retirarnos, Enrique. Es peligroso seguir aquí.

— ¿Qué?

— Nos atacarán. — Miguel hablaba con seguridad. — Y esta vez no resistiremos el ataque.

— ¿Por qué?

— ¿Es que no lo sientes? — Preguntó, extrañado.

— No. — Respondí. Así era en verdad. Además de la acostumbrada emanación del mal que se sentía del norte, no notaba nada extraño. — ¿Qué pasa?

— Tal vez sea porque estás cansado... — Dijo como para sí mismo, tranquilizándose. — Esa fuerza que se siente, aumentó. Creo que se debe a que llegaron más guardianes. Implica mayor número de fuerzas enemigas. Nosotros sufrimos considerables bajas en el último encuentro y no resistiremos otro.

Me senté cansadamente a su lado. ¡Maldito Heitter! Si por lo menos esperara una semana...

— ¿Cuándo crees que sea conveniente?

— Lo mejor será mañana mismo. — Respondió Miguel con rigidez. — Si conozco a Heitter como creo, se daría cuenta de nuestra capacidad. El ataque se interrumpió por que su general cayó, pero nosotros no emprendimos la persecución, lo que habla sobre nuestras capacidades. En otra ocasión, contando con mayores fuerzas, perseguiríamos a Heitter. No lo hicimos y es un mensaje para ellos. Sinceramente, no creo que aguantaríamos media hora más si no tocan retirada. — Miguel llevó la mano a la venda, tocándose la herida. — Quisiera hacerlo esta misma noche, pero hay que dar un suspiro a los heridos.

— Muchos morirán, Miguel.

— Lo sé, pero no hay remedio. Llevemos a los que podamos, si queremos una victoria en el futuro. — Miguel se envolvió más en las pieles, preso de un pequeño

escalofrío. — Pero tampoco es que esto tenga alguna importancia... Algunos de los heridos no aguantarán esta noche.

No lo miré. Sabía que tenía razón. Muchos eran heridos de gravedad y aún en nuestra época, sería un verdadero milagro salvarlos. Me senté al lado del fuego. Todas las ganas que tenía de tomar ese baño, se esfumaron. Miré los troncos de roble que se consumían entre las llamas, como si estos pudiesen darme la solución al problema.

— ¿Crees que Andrés lo logrará? — Pregunté sin convicción.

— No lo sé. Perdió mucha sangre. Necesita una transfusión, pero no existen los medios. Ni siquiera sé su grupo sanguíneo. — Miguel se recostó y comenzó a mirar el techo. — Todo depende de su fuerza de voluntad. Si tiene ganas de vivir, lo logrará... — Él quería imprimir seguridad a sus palabras, pero faltó fuerza y me miró casi con culpa. — No lo sé. — Dijo, después de un largo rato.

— Pero hay una cosa, Miguel...

— ¿Qué?

— ¿Dónde iremos? — Comencé a analizar la situación con cabeza fría. — Tenemos demasiados heridos y no los dejaremos aquí. Tampoco podemos llevarlos a todos... Creo que sería mejor quedarnos y resistir el asedio.

— ¿Estás loco? — Miguel se levantó bruscamente de las pieles y me miró con incredulidad y sorpresa. — Nos aniquilarán. Mañana por la noche no habrá nadie vivo, como para contar lo sucedido. — Pero como no respondí, continuó con furia, — es mejor que nos retiremos. Conseguiremos fuerzas suficientes en los alrededores como para enfrentar ese ejército. Son demasiados... ¿Es que no lo sientes? — Gritó.

— Sí, lo siento y por eso es que prefiero quedarme.

— ¡Maldita sea! ¿Por qué?

— Por el simple hecho de que si salimos, nos cazarán mañana mismo y presentaremos batalla en campo abierto, con pocas fuerzas, con gente cansada y seremos eliminados. — Dije con excesiva tranquilidad que exasperó aún más el ánimo de Miguel.

— ¡Carajo! ¡Nos matarán aquí también! — Gritó y su grito retumbó en las paredes, asustando a los guardias que se asomaron por la puerta, con espada en mano. Yo les indiqué que salieran.

— Cálmate... Piensa en la situación. Nosotros, aunque pocos, tenemos una ventaja: los muros del castillo. Son bastante fuertes. Resistiremos durante mucho tiempo y hasta existe la posibilidad de derrotar a Heitter. Tenemos agua en abundancia. La fuente viene de un río subterráneo y no es posible que la envenenen. Nuestra única preocupación será la comida, pero espero que el asedio no dure tanto.

— ¿Crees que Heitter es bruto? — Miguel comenzó a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado. — ¿Crees que nos atacará de frente? ¡Él se limitará a esperar allá afuera a que nos muramos de hambre o terminemos por comernos los unos a los otros!

— No. — Respondí, extendiendo las manos hacia el fuego.

— ¿Cuál es el motivo de esa seguridad? — Miguel dejó de caminar en círculos, se acercó y se puso de cuclillas, buscando mis ojos con los suyos.

— Los soldados se aburrirán si no hay acción. Si van a cercar el castillo, dentro de tres días habrá una gran cantidad de borrachos entre el ejercito de Heitter. Y si él impone mano dura, habrá un motín.

Miguel me miró atónito, pero comprendió lo que le decía. Se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a estudiar de nuevo el techo. Duró varios minutos sin decir nada. Yo no quería interrumpir su meditación. Me dediqué a escuchar el murmullo del fuego, crepitando en la chimenea. Parecía un ser vivo, tratando de salir a como dé lugar del encierro impuesto por el hombre.

— ¿Cómo estás tan seguro de que hará un cerco? — Preguntó por fin.

— No lo estoy. — Contesté con pesar. — Es más, de lo que estoy seguro es que nos atacará. Tiene una gran cantidad de fuerzas y por lo visto, él quiere acabar con esta contienda tan rápido como nosotros. Hará lo imposible por lograrlo y no le importará perder la mitad de su ejército en el intento. Lo del cerco es una remota esperanza que tengo. Todo dependerá de nosotros... — No lo miré al decir esto, pero quería que entendiera la importancia de la frase. — De nosotros tres...

— No estoy seguro, Enrique. — Miguel parecía más calmado y su tono de voz volvió a la normalidad. — Tenemos una oportunidad de escapar, pero quieres que nos quedemos a enfrentarnos con una muerte segura... Recuerda que el premio gordo es quedar vivo... — Dijo, refiriéndose al papel de los guardianes.

— Lo sé. Creo que estoy alargando la vida que nos queda. No sé si salgamos vivos de esta, pero de lo que estoy seguro, es que nos eliminarán si salimos del castillo. — Me di la vuelta al escuchar el chirrido de las bisagras de la puerta. Era Xillen. — ¿Recuerdas la primera batalla? — Pregunté a Miguel. — También nos superaban en número, pero vencimos. Vencimos por que teníamos una cosa a nuestro favor y era la mala disposición del ejército de Heitter.

— ¿Eso qué tiene que ver con nuestra situación actual?

— Mucho. Ahora también tenemos una cosa a nuestro favor: el castillo. Perderemos a un hombre por tres o cuatro de ellos, si sabemos como organizarnos...

— Eso es cierto, amigo mío. — Me interrumpió Xillen. — No es fácil tomar un castillo si este tiene fuertes muros y un general con espíritu pujante que inspire entusiasmo a sus hombres. — Nos deslumbró con su acostumbrada sonrisa. — Un hombre, cuando se lo propone, realiza proezas que un ejército no puede.

— Xillen, — Miguel la encaró, — si nos matan, se acabó, ¿recuerdas?

— Lo recuerdo, amigo mío. Pero también recuerdo que si no lo hacemos, perderemos por igual. Sería una batalla ganada por el bando contrario. Ello implicaría que tendrían más fuerza y más almas pasarían a el su bando.

— Bueno, — Miguel rumió un poco la idea antes de soltarla, — me quedaré con ustedes. Al fin y al cabo, lo único que me interesa de esto, es eliminar a Heitter. Si él lo hace primero, por lo menos moriré en el intento.

— Entonces, será mejor que revisemos las posiciones, amigos míos. Esta noche tenemos mucho trabajo. — Dijo y se levantó en dirección a la puerta.

— Xillen... — La llamé antes de que saliera. Ella se dio la vuelta y me miró con curiosidad. — Xillen, si salimos vivos de esta, te prometo que te llevaré.

Ella sonrió con deleite, se dio la vuelta y salió, dejándome sonriente y con un bienestar y seguridad de victoria.

— ¿Qué fue eso? — Preguntó Miguel, con suspicacia.

— Algún día le explicaré, — le dije soltando una carcajada, mientras seguía el camino de Xillen.

VI

Durante dos semanas aguantamos el asedio de Heitter. Tal y como lo previmos, al día siguiente inició el ataque, pero nosotros lo resistimos. Lo intentó al día siguiente y también al siguiente, pero el resultado siempre era el mismo: nosotros resistíamos. Teníamos grandes bajas entre nuestras filas, pero causábamos un daño mayor a Heitter. En cuatro oportunidades intentó acercar arietes a las puertas del castillo, pero la oportuna salida de Miguel, al mando de un diezmado grupo de caballeros, lo impedía. Xillen ayudaba a las mujeres con los heridos, mientras que yo comandaba a los arqueros.

A las dos semanas, el campo que se extendía frente al castillo irradiaba una tranquilidad amenazadora. No había sol y desde el amanecer caía una llovizna constante que no amainaba, pero tampoco aumentaba. La tierra se convirtió en un barrizal, y los cuerpos que no fueron recogidos, comenzaron a emanar el olor de la muerte. La gente estaba cansada. Los alimentos escaseaban y nos resignamos a acabar con las ratas. Al principio se discutió la posibilidad de comerse a los caballos, pero los necesitábamos en caso de una salida. Sin embargo, los caballos morirían pronto. El heno ya casi se había acabado. La situación era desesperada.

Este día de sospechosa tranquilidad que nos regaló Heitter, nos dio la oportunidad de enterrar a los muertos y visitar a los heridos. La mayoría de los soldados dormían con ese sueño enfermo, pesado y terrible, después de casi catorce días sin pegar ojo.

Sin embargo, había una luz entre ese horror, y es que Andrés, a pesar de no contar con los alimentos y la asistencia necesaria, capoteó el temporal. Ahora, caminaba con dificultad por falta de fuerzas, pero trataba de mantenerse a nuestro ritmo. Los primeros días, me vi forzado a ordenar a un soldado que hiciese guardia y no permitiese a nuestro amigo levantarse, bajo ninguna excusa. No obstante, Andrés se mostró bastante terco al respecto y después de dos noches de discusiones, nos vimos obligados a permitirle acompañarnos durante la batalla, pero no le autorizábamos subir a la muralla. Entonces, para no sentirse inútil, él se encargó de los suministros de flechas y agua a las murallas y también a levantar el ánimo a las mujeres, hombres y niños que se encontraban en un estado de depresión absoluta por la más que segura derrota.

Caminaba entre los soldados, con un blanco vendaje que cubría el muñón resplandeciendo funestamente entre la multitud. Tomó bastante bien la pérdida del antebrazo. Inclusive habló con un herrero, para que le hiciese un guante metálico para el brazo mutilado, y le engastase una bola de hierro fundido. Ese día, andaba con la bola colgando a su lado.

Pero los signos de hambre y agotamiento se veían con claridad en la cara de todo hombre, mujer y niño que vivían en el castillo.

Abrumados no por la inevitable derrota por vía física, sino por la inanición, los cuatro nos reunimos en el mismo cuarto, en el que me hospedé después del golpe en la cabeza.

Miguel se sentó y colocó sus brazos en un gesto cansado sobre la mesa. Xillen se ubicó a su espalda y apoyó sus manos sobre los hombros de Miguel. Andrés jugaba con su bola y yo, me senté sobre la cama de pieles.

— ¿Qué vamos hacer ahora? — Preguntó Andrés a nadie en especial. Ninguno se atrevió a responder. — No creo que aguantemos más... — Insistió.

— Xillen... — Una idea apareció de repente en mi cabeza, pero necesitaba comprobar su funcionalidad antes de exponerla a mis amigos.

— Dime, amigo mío.

— ¿Crees que será posible encontrar refuerzos en algún lado? — Pregunté esperanzado. Miguel levantó los ojos y Andrés dejó de jugar con su bola; todos entendieron a qué iba mi pregunta y conteniendo el aliento, esperaron la respuesta de Xillen.

— No quería yo llegar a este extremo, pero la situación apremia y se necesita una solución, por más arriesgada que sea. — Nos helamos ante esas palabras. Había una solución, pero era algo tan peligroso, que aunque Xillen sabía de ella, no quiso exponerla antes. — Existen refuerzos yendo hacia el sur. Hay un castillo en ese lugar, más grande que en el que nosotros estamos y cuenta con gran cantidad de tropas frescas y listas para el combate...

— ¡Perfecto! — Exclamó Miguel. — Enviaremos a alguien que informe de nuestra situación.

— No. — Replicó quedamente Xillen. — No puedes hacer eso, amigo mío.

— ¿Qué? Xillen, ¿perdiste la cabeza? — Miguel imprecó. — Necesitamos de esos refuerzos.

— Lo sé, amigo mío. Más esta misión no la puede ejecutar un alma que no posea cuerpo propio. Es una misión que la llevará a cabo un guardián, ya que con este acto arriesga su vida y cumple una vez más con su papel. — Ella dijo todo esto con la cabeza gacha y evitando cualquier mirada.

— ¿Qué pasará si enviamos un alma sin cuerpo? — Pregunté. Mi mente se encontraba en las nubes y no entendí casi nada de lo que ella dijo.

— Esa alma pasará a pertenecer al bando contrario. Se dejará llevar por la emanación que todos ustedes sienten y será un tiempo y oportunidad perdida, que tan sólo nos acercará al indecoroso fin que tememos... — Xillen no terminó la frase. Todos sentimos que faltó algo.

— Entonces, estamos obligados a realizar el sacrificio. — Selló la oración Andrés. — Meditó un poco, esperando que alguno hablase, pero como guardamos silencio, tratando de tomar una decisión, él continuó: — Iré yo, qué carajos.

— ¡No! — Gritamos Miguel y yo al unísono.

Andrés quiso discutir, más miró la bola que descansaba sobre la mesa, siguió con la mirada la cadena hasta ver como se unía al muñón y comprendió nuestra negativa. Por fortuna entendió que no era por lástima que nosotros le impediéramos arriesgar su vida. De esa misión dependían las vidas de todos...

Y la indecisión descendió en la habitación y se tornó en niebla, colocando las tinieblas del silencio sobre nuestras bocas, iluminando nuestros ojos con la tenue luz de la súplica, esperando a que el otro tomase la gigantesca sentencia sobre el destino de todos nosotros...

...Y fue largo el silencio... ...Y duró toda la noche... ...Y el amanecer no trajo luz
que disipara nuestras dudas...

VII

Oscuridad total. Silencio absoluto y mortal. Soledad mortífera y embriagadora que recorre cada célula de mi cuerpo, obligándome a respingar ante cualquier ruido producido por ese silencio amenazante y enemigo. La adrenalina recorre mis venas como champaña barata que nadie echaría de menos si se llegase a derramar. Me arrastro entre la hierba como vil gusano, tratando de confundirme lo más posible con ella; intentando penetrar en el barro, para que ningún ser me distinga de este.

Hace frío, pero estoy sudando, preso de un miedo febril. Sin embargo eso es bueno. Mis sentidos están alerta y mi instinto de sobrevivencia me llena por completo, obligándome a recelar de todo lo que me rodea. Miro hacia atrás y me parece distinguir a mis amigos parados en la muralla, tratando de seguir mis movimientos. En una visión absurda, hasta me percato de la bola de Andrés, oscilando lentamente, mecida por una brisa salvaje, pullante. Siento un impulso ilógico de levantarme para darles a conocer mi posición, pero me contengo. Me mezclo aun más con el barro y la hierba. Aparento ser un cadáver más, uno más entre esos que cubren el campo...

Comienzo a avanzar despacio. Primero un brazo, luego el otro; una pierna, la otra... De repente descubro que no es tan difícil. Al contrario de todos los miedos que me invadieron, mientras mis amigos me bajaban en cuerda desde la muralla, no quedé helado. Conseguí avanzar, por lo menos unos metros.

A mi izquierda hay un bosque que es mi meta. Si llego hasta esos árboles, que aunque parecen monstruos fantásticos entre la oscuridad, estaré a salvo. Ahí me será más fácil ocultarme y escapar de las huestes de Heitter para conseguir ayuda.

En este momento, toda la misión que se nos encomendó, toda la vida en la Tierra y el Universo, y las vidas de Xillen, Miguel y Andrés, descansan sobre mis hombros. Sin embargo no me inmuto ante esa responsabilidad. De hecho, en este momento, lo importante es que yo sobreviva, que logre penetrar el cerco impuesto por Heitter, para llegar hasta nuestros posibles refuerzos y solicitar ayuda. Me concentro en ello. Me arrastro despacio, midiendo cada movimiento, regulando la respiración, pendiente de lo que ocurre alrededor.

A medida que me alejo del castillo, el miedo me golpea con más fuerza. Sin embargo lo ignoro, diciendo que todo está bien. Que nada puede pasar. Que seré invisible a los ojos de mis enemigos. Que la oscuridad, como un manto mágico, me aislará de aquellos que me busquen para hacerme daño.

Y avanzo...

Mientras el amanecer comienza a iluminar despacio las copas de los árboles, y los ruidos del bosque toman fuerza a medida que sus habitantes despiertan, me preparo para dormir. Subo al árbol más alto y frondoso que hay por los alrededores y, después de realizar algo parecido a un nido de pájaro en la intersección más gruesa de ramas, me acomodo para dormir. A pesar de que

dormí muy poco durante dos semanas y estaba realmente cansado, el sueño no viene. Quizás por el cansancio mismo o por la preocupación por mis amigos.

Sentí la movilización de las huestes de Heitter y por ende sabía que inició un nuevo ataque. Me extrañaba que él no nos sintiera. Tal vez sí lo hiciera, pero debido a que la mayoría de los guardianes se encontraban en el castillo, la emanación que debía producir mi cuerpo, quedaba sofocada por la de mis amigos.

Mis amigos...

Recordé la rifa que realizamos para determinar quién iría. Miguel y Andrés se ofrecieron de inmediato, pero el primero, por su carácter, era un riesgo enviarlo; el segundo, por estar todavía en período de recuperación. Así que Andrés quedó automáticamente fuera del concurso y participamos Xillen, Miguel y yo...

Salí favorecido...

Y en ese momento, mientras cavilaba sobre los hechos recientes, sentí como se estremecía todo en mi interior y mi corazón se cubría de escarcha. Me asusté. Nunca concebí esa sensación. Frío, vacío y terror. Algo ocurrió en el castillo. Alguien estaba en peligro....

Bajé de un salto del árbol. Quería regresar y ayudar en algo, por lo menos morir en el intento, pero no dejar a mis amigos en manos de quién sabe qué...

Comencé a devolverme y me detuve. La única manera en que podía ayudarles, era traer esa ayuda que tanto necesitábamos. Me di la vuelta y avancé con decisión, acelerando el paso, sin descuidar todo lo que ocurría alrededor.

Tenía que llegar lo más pronto posible al castillo.

Necesitábamos esa ayuda...

La necesitábamos pronto...

HEITTER

Ahora lo sé. Sé que no debo confiar en ese hombre que se encuentra detrás de un oficial nazi, quien sostiene una bandera blanca. Aunque están lejos, esperando la invitación a seguir, respetando las tradicionales reglas de la tregua, tengo problemas para contenerme y no ordenar a los soldados que abran fuego, que la aviación y la artillería destruya aquellas dos formas humanas vestidas con uniformes color caqui. No sé si tú tendrías la misma reacción, luego de ver, después de un lapso de sólo Dios sabe cuantos años, al hombre que más odias en tu vida.

Era Heitter.

Heitter, vestido como un oficial del ejército alemán, escondiendo bajo el abrigo sus insignias de general.

El maldito Heitter.

Su rostro, cubierto de escarcha, presenta los rasgos típicos de inanición. Hay que reconocerlo: compartió los estragos del asedio con sus hombres. Era, perdóname por decirlo, un buen general. Y como tal, algo tramaba, lo sé. Su experiencia, campo en el que nos aventajaba bastante, no le permitiría terminar como en un futuro terminaría Paulus. Sé que encontraría la salida y yo tenía que anticiparme a ella.

Le indico con un ademán que se acerque, que no hay peligro y me muerdo los labios para contenerme. Pienso de nuevo en ti, tendido en la cama de un hospital, esperando a que sanen las heridas. Cómo me gustaría que estuvieses aquí. Me faltaba un amigo.

Y Xillen...

Xillen ahora es intocable, intachable... imparcial. Sé que en su corazón somos sus amigos y la imparcialidad jamás reemplazará el lugar que nosotros tomamos. La extraño bastante. Me hace falta su presencia, sus ideas, su amistad, su apoyo e incluso las constantes discusiones que teníamos, hasta por el vuelo de un pájaro, las añoro...

Heitter se acerca y me mira con un poco de asombro. No cree que sea yo el que está frente a él. Estoy casi seguro que esperaba a alguien más. A cualquier otro guardián menos a mí o a ti. Más sabe contener su sorpresa. Hay un rato de silencio que hasta es embarazoso. Los oficiales que me acompañan me miran consternados. Y aquel que está con Heitter hace lo propio.

— ¿Podemos hablar en privado? — Pregunta Heitter, señalando a los oficiales que me acompañan y, muy a mi pesar, estoy de acuerdo con la idea. Al fin y al cabo, sería raro si comienzo a hablar a un oficial enemigo de tú a tú, frente a algunos de los representantes del partido comunista que me acompañan. Les indico a mis hombres que se alejen. Ellos cumplen con la orden, aunque detecto en sus ojos sorpresa e indignación. Sé que eso representa una “pequeña” reunión

esta misma noche con el comandante en jefe del frente y quizás toda una reprimenda del partido, más no me importa.

Los oficiales de ambos bandos se alejan a una distancia prudencial y ahí quedamos Heitter y yo, en medio de tierra de nadie, bajo las penetrantes miradas de representantes de ambos ejércitos, en medio de la blanca gris de la nieve, teniendo como techo un cielo lleno de humo y con el olor de la pólvora como testigo silencioso e inmutable de nuestra conversación.

— Hola, Enrique. — Heitter me saluda sin emoción alguna en su voz. Tan sólo el cansancio se cuelga entre las palabras. — No imaginé verte aquí.

— Hola, Heitter. — Trato de mantenerme neutral.

— ¿Por qué regresaste?

— No porque lo quisiera, créeme.

— Sabíamos que esto no acabaría cuando paramos. — Heitter comenzó a golpearse las manos para calentarse.

— Sabes la regla: sólo pueden quedar guardianes de un bando. Ahí termina. Xillen lo advirtió en esa reunión...

— Lo sé, Enrique. Más quisiera que fuese de una manera diferente. — Heitter hablaba filosofando, pero resignado al destino que le estaba escrito.

— No quiero hablar de ello, Heitter. Estoy cansado y deseo acabar con esto lo más pronto posible. ¿Qué quieres?

Él no respondió de inmediato. Me miró a la cara, como si estudiara mis facciones, grabándose las en la mente.

— Quiero acabar ya. — Fue su respuesta y me tomó por sorpresa, no lo niego. Esperé cualquier cosa, menos esa muestra de debilidad por su parte.

— No.

— ¿Por qué?

— No quiero tener que regresar aquí dentro de diez o veinte años. No quiero tener que pasar por lo mismo una y otra vez. Quiero acabar, pero de una vez por todas. ¡O mueres tú o muero yo! — Respondo con fuerza.

Para mi sorpresa, Heitter rió.

— Es por eso que estoy aquí, Enrique. Quiero acabar ahora mismo. Quiero un duelo...

— ¿Un duelo?

— Sí. Esto tiene que acabar ya. Demasiado hemos sufrido por culpa de fuerzas que no nos atañen, pero a las que defendemos hasta la última gota de sangre. Esto tiene que acabar ya. Tampoco quiero regresar aquí una y otra vez. Quiero descansar. Quiero olvidar que esto ocurriera alguna vez... Quiero... Descansar.

No sé que responder. Miro a Heitter, tratando de descubrir si es una trampa, si es una jugada para salir sano y salvo de la ciudad, pero leo en sus ojos tristeza y determinación, y sé que no está mintiendo.

Tomo aliento antes de responderle...

I

El regreso al castillo era una agonía. Aunque mi misión fue coronada por el éxito y ahora cabalgaba a la vanguardia de un gran ejército, el temor por mis amigos era cada vez más intenso. A pesar de los reportes de los exploradores, de que el castillo todavía resistía, sentía que algo no marchaba bien. Que algo fue irremediablemente dañado o perdido. Y me empecinaba por forzar la marcha aún sabiendo las consecuencias que ello traería para las tropas.

Al cabo de una semana de marchas forzadas, por fin divisé el maltrecho castillo que todavía ondeaba nuestras banderas sobre sus torres. No puedo decir que sentí alivio. Todavía necesitaba ver si mis amigos estaban bien. Así que, desoyendo todos los consejos y órdenes, espoleé mi caballo y a galope suicida atravesé el campo de batalla, sembrado de cadáveres y de sangre. Detecté movimiento en las torres: eran los vigías de turno que se dieron cuenta de mi presencia. La puerta comenzó a bajar con lentitud. Observé que presentaba grandes huecos en algunas de sus partes; ello quería decir que Heitter logró acercar arietes a las paredes. Cuando la puerta bajó del todo, una gran piedra cayó de mi alma. Miguel y Xillen estaban parados hombro a hombro en la entrada y agitaban las manos en señal de saludo.

Por las caras de mis amigos intuí que algo no andaba bien, antes de sentarme. Nos reunimos en la habitación de siempre y la chimenea estaba encendida y acariciaba con su calor nuestros cuerpos de la misma forma como lo hizo la noche en que echamos suertes.

Faltaba Andrés.

— No es la bienvenida que te mereces, Enrique... Mierda. Lo siento. — Comenzó Miguel quedamente.

— ¿Andrés? — Pregunté sin voz, tan sólo un susurro salió de mis labios y sentí que todo se caía en mi interior.

Xillen y Miguel asintieron en medio de un lúgubre silencio. Las llamas de la chimenea, como si entendieran que algo grave ocurría, disminuyeron su intensidad. Las tinieblas se cernieron sobre nosotros, llenando todo con su intranquila serenidad.

— ¿Murió?

— No lo sabemos, amigo mío. — Contestó Xillen. — No es claro lo que ocurrió. Sucedió ayer. Andrés hacía guardia en la muralla, cuando detectaron un pequeño grupo de avanzada enemiga. Con seguridad que querían preparar el terreno antes de atacar, eran minadores. Miguel y yo, estábamos en nuestros aposentos, descansando. Así que Andrés a un escudero envió, para avisarnos que les emboscaría. Cuando a las murallas llegamos, él ya se había ido. Alcanzamos a escuchar choque de armas y gritos ahogados en la lejanía, por ello suponemos que Andrés trabó combate. Más al esperarlo, ni él, ni otro de los hombres que componían su grupo, regresaron. — Xillen guardó silencio y me miró con la cara acongojada, como si se sintiera culpable por lo ocurrido.

— ¿Alguien salió a buscarlos?

— Sí. — Intervino Miguel. — Salí con un grupo de caballeros. Encontramos las huellas de un encuentro, cadáveres de nuestros hombres y de los otros también. Pero ni rastro de Andrés.

— Una emboscada, creo yo. — Dije y mis amigos asintieron. — Debemos suponer que está prisionero. ¿Los atacaron hoy? — Al recibir la negativa, continué, — entonces llegarán parlamentarios hoy o mañana. Tal vez de ellos sacaremos algo en claro.

Mis amigos me miraron con estupefacción. Dejaba de lado el tema de Andrés con una facilidad demasiado extraña para ellos. Aunque no era así. Me dolía pensar que en este momento estuviera preso en algún lado o peor aún: siendo ejecutado sin que nosotros pudiéramos socorrerle; sin embargo, tenía que pensar en la defensa del castillo y hasta en un ataque frontal, ya que contábamos con refuerzos.

— ¿Cómo está la situación? — Pregunté, tratando de cambiar de tema.

— Mal. — Fue la lacónica respuesta de Miguel. — Si no llegas en tres días, no nos encuentras vivos, te lo aseguro. — Los hombres están cansados, no hay alimentos. Los caballos están en los huesos. En pocas palabras, en tres días estaríamos muertos.

Sentí en ese momento una extraña situación en el ambiente. La conversación perdía constantemente el hilo. Se sentía forzada. Parecía como si mi llegada interrumpiera algo planeado y organizado. No entendía lo que pasaba. Tal vez con estos días de asedio, sometidos a tensiones máximas, mis amigos cambiaron. Tal vez, ya acostumbrados a la idea de morir, la llegada de la salvación los trastocara de tal manera que no supieran que hacer. Era como si, acostumbrados a la idea de una muerte cercana, que pondría fin a sus esfuerzos y penurias, la llegada del auxilio los condenara a otro período de sufrimientos, en lugar de permitirles alcanzar el anhelado descanso..

Personalmente, pensando en la situación sin pasar por las penurias y limitaciones que mis amigos sufrieron, saltaría, literalmente, en un pie de la alegría. Ellos, en cambio, no mostraban emoción alguna por los refuerzos.

Apatía total.

Indiferencia hacia la vida o la muerte.

Y sólo la leve esperanza soportada en la amistad. Pero con la desaparición de Andrés, esa esperanza también se veía socavada.

Sin embargo, la mayor impresión no era la apatía, sino los ojos y las expresiones de mis amigos. Cansancio absoluto, imposible de traducir en palabras. Los ojos hundidos, emanando un extraño fulgor que infundía miedo y respeto, rostros enflaquecidos y un débil temblor — casi imperceptible — recorría sus miembros.

— Es mejor que descansen. — Dije. — Creo que por hoy no habrá ataques y con seguridad Heitter ya está enterado de los refuerzos. Esto acentúa la teoría de un parlamento mañana. Por ahora, distribuiré a los soldados y las provisiones que trajimos.

— Recuerda a los soldados no sobrealimentar, amigo mío. — Dijo Xillen mientras se levantaba, visiblemente aliviada ante la idea de un descanso, — los días que padecieron hambre cuentan y una sobrealimentación sería tan mortal como una espada para ellos.

Asentí en silencio. Miguel no dijo nada, se dirigió a la puerta con paso vacilante, pero porte orgulloso. Xillen lo siguió con toda su dignidad rodeándola como un aura imperturbable.

II

No puedo decir que el amanecer nos trajera alegría. El peligro que representaban las huestes de Heitter seguía ahí y la debilidad de mis amigos y los soldados, defensores del castillo, se sentía visiblemente. Además, la desaparición de Andrés y el misterio de su paradero ocupaban buena parte de mis ideas y obstaculizaban los planes de un ataque frontal.

El no saber si era prisionero, limitaba nuestras posibilidades de movimiento. Heitter bien podría utilizarlo como rehén. Si, en cambio, Andrés estuviera muerto y nosotros tendríamos pruebas de ello, por más siniestro que suene, nuestros movimientos serían más fáciles. Dirigiría un ataque en este mismo instante, con la seguridad de una victoria.

Xillen y Miguel todavía dormían. Di órdenes expresas de no despertarlos. Así mismo, los defensores del castillo descansaban todavía. Los refuerzos nos encargamos de hacer la guardia esa noche. Durante el día, el ejército enemigo no dio muestras de vida, así que nos dedicamos a sanar nuestras heridas. Por lo visto, Heitter tramaba algo, pero a decir verdad, en este momento no me importaba.

Envié un par de espías al campamento enemigo. Necesitaba sondear el estado de ánimo de las fuerzas de Heitter y de paso averiguar algo de Andrés.

Ya era de noche y comenzaba a preocuparme por los exploradores, cuando se encendieron dos teas en la torre de la entrada. Quería decir que ambos regresaban sanos y salvos. Esperé en la sala de siempre a que llegaran. No me preocupaba tanto el estado del ejército de Heitter, como la suerte de Andrés.

Esperé, impaciente.

Entraron los dos, seguidos por un viejo caballero quién fue a su vez mi guía y ayuda cuando encontré por fin el ansiado ejército. Querían saludar, pero se los impedí con un ademán:

— ¿Qué noticias traen?

— Mi señor, — comenzó el más viejo de ellos. — Llegamos al campamento enemigo sorteando grandes peligros, más Dios estuvo a nuestro lado y logramos pasar por uno más de su ejército...

— Sí, sí... — Yo estaba impaciente.

— El ejército se encuentra agotado, mi señor. — El más joven tomó la palabra. — Los hombres desanimados, ¡y con razón! No han capturado un castillo en tanto tiempo, contando con una fuerza superior. En algunos casos se escuchan fuertes gritos de protesta, algunos ya han comenzado a pedir la cabeza de su jefe. — El muchacho hizo una mueca a modo de sonrisa amarga y prosiguió, — aunque hay que decir que estos cabecillas fueron inmolados en son del orden, más sus ideas echaron raíces en las mentes de quiénes los escuchan...

— Bien. Me agrada escuchar estas noticias, — decidí contenerme y enfocarme en el problema principal. — ¿Cuán grande es ahora el ejército al que nos enfrentamos?

— Mi señor, te tenemos otra agradable noticia, — el viejo volvió a tomar la palabra, sonriendo, — muchos de los inmolados fueron generales y sus ejércitos o se unieron al que llaman Heitter, o también fueron castigados de la misma manera que sus señores. Se dice que el tal Heitter está encolerizado y castiga con la muerte a aquellos que osan oponérsele tanto en acción como en pensamiento. El bosque mismo es testigo de ello. Se ven muchas sombras por la noche, sombras de hombres que huyen del campamento enemigo, quienes sintieron que la justicia de Dios se ciñe sobre ellos como una espada.

— ¡Estupendo! Nuestras posibilidades aumentan cada vez más y más...

— Pero esto no es todo, mi señor. — Ahora la cara del viejo se tornó seria. — También te tenemos noticias que son tan amargas como alentadoras...

— ¿Andrés? — Pregunté esperanzado.

— Sí, mi señor. No es firme esta noticia, porque no lo hemos visto, pero se rumorea que el tal Heitter capturó a un señor bastante importante. Se dice que lo quiere utilizar para salir del campo de batalla.

— ¿Quién les dijo esto?

— Un hombre que cobijamos por la noche al lado de nuestra fogata. Huía de una muerte segura, como así él llamó su motivo.

Me quedé pensando en las palabras del viejo. Ninguno de los exploradores vio personalmente a Andrés y la información obtenida era de segunda mano. Podría ser verdad, estaba casi seguro de ello, pero también tenía que pensar que Heitter fomentaría los rumores. Andrés podía morir en el encuentro, pero Heitter ocultó o enterró su cuerpo para dejarnos con las dudas...

— Hm... — Dietrich, el viejo caballero, se aclaró la garganta con intensidad. Los exploradores seguían esperando.

— Sus servicios han sido de gran ayuda. Pueden retirarse.

Los dos hombres se fueron. Tan sólo Dietrich se quedó a mi lado.

— ¿Les indicaste ese tono florido con el que me hablaron? — Pregunté sonriendo. No era común que dos hombres que a toda vista eran campesinos, hablaran con semejante léxico.

Dietrich se limitó a esconder una sonrisa de satisfacción entre sus bigotes. Se acercó a la mesa y tomó asiento a mi lado.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¿La verdad? No lo sé. Sé que la moral del ejército enemigo está en el sótano. Sé que si atacamos mañana, los reduciremos a polvo. Sé que la victoria está asegurada para mañana... — Hice una pausa.

— ¿Pero?

— Pero no quiero arriesgar a Andrés. — Dije sin más.

Dietrich no respondió durante largo rato. Mientras que yo mantenía una lucha interna conmigo, él se limitaba a sacar y meter su espada de la vaina. Era una pieza única. Según él, esta espada se la regaló un rey bastante famoso al defender él, el honor de la reina.

— Hay que atacar. — Su voz me sacó del pozo de mis pensamientos. — Si no lo hacemos, se recuperarán. Heitter ya impuso una mano de hierro. Todavía hay

resentimiento por las ejecuciones, pero pronto olvidarán, tan pronto Heitter les aumente la paga. Cualquiera cosa surgiría para unirlos de nuevo en nuestra contra y desperdiciaremos una buena oportunidad para ganar.

— Pero...

— Nada de peros, — él no me dejó terminar. — Andrés puede estar muerto en este momento y, así esté vivo, se encuentra en manos enemigas. Tienes que escoger: la vida de él, o la de nosotros.

No respondí. Dietrich tenía razón. Estaba arriesgando todo y a todos por un estúpido sentimentalismo. La decisión radicaba en escoger, hablando como un general, entre la suerte de un hombre o todo el ejército.

— Prepara a los hombres para mañana. — Dije y sentí como si enterrara una espina en mi corazón. — Mañana será el día.

Dietrich no respondió, pero colocó su mano en mi hombro y ese contacto paternal me reanimó un poco. Luego, se ciñó el guantelete y salió. Antes de que la puerta se cerrara, escuché el tono falsete de su voz llamando a sus hombres.

Yo también me levanté.

Tenía cosas urgentes por hacer.

III

No había luna. Las nubes cubrían el cielo, ayudándome en mi tarea. Avanzaba por el tupido bosque en dirección al campamento de Heitter. Tenía que saber si Andrés estaba vivo o no. No pensé en el ataque que dirigiría mañana, tampoco en los peligros que representaba esta salida, ni siquiera en las consecuencias del acto. En mi mente sólo estaba Andrés.

Andrés y nadie y nada más.

Si estaba muerto, por lo menos no tendría este cargo de conciencia que me carcomía.

Si estaba vivo...

Bueno, si estaba vivo, decidiría en el momento lo que haría. Por ahora, eso no importaba. Al fin y al cabo, él era mi amigo, y aunque por mantener el sentido de la amistad, lo arriesgaría todo.

Avanzaba a buena velocidad, deteniéndome de vez en cuando para escuchar el silencio que me rodeaba. Estaría loco, pero no era estúpido. Ante mi imaginación desfilaban miles de emboscadas y detrás de cada árbol esperaba una estocada traicionera que acabaría de una vez por todas con este sufrimiento y preocupación. En mi mente resonaban las palabras de los exploradores, así que tenía cuidado de los desertores. Al fin y al cabo, un desertor es un hombre que teme a todo ser humano que se le atraviere. A este hombre nada le queda y tiene que esperar lo peor de cada persona que se le atraviere en el camino. Personalmente, si desertara de un bando, mientras no llegara al sitio en el que me sienta seguro, desconfiaría de todos. Y a cualquiera que encontrara en medio de un bosque, por la noche, en medio de ambos bandos, lo consideraría un enemigo.

En una de esas pequeñas paradas, me pareció escuchar a alguien que se detenía apresuradamente detrás de mí. Me di la vuelta, empuñando mi espada, listo para cualquier cosa. Alcancé a ver ocultarse un destello blancuzco detrás de un árbol. Con seguridad era el brillo de una espada. ¡Maldita sea! Si era un desertor, tendría problemas. Más si era uno de los hombres que seguían fieles a Heitter, no evitaría una batalla.

Comencé a avanzar despacio hacia el árbol, presto para cualquier cosa. Lanzaba veloces miradas atrás, previendo un ataque traicionero. Contenía la respiración, intentando escuchar cualquier ruido. Cuando me encontraba a pocos metros del árbol, una figura salió disparada debajo de su sombra, empuñando una espada. Me tomó por sorpresa. A duras penas alcancé a parar la estocada. A pesar de estar concentrado en la pelea, alcancé a ver con el rabllo del ojo otra figura que salía como un fantasma entre las sombras que proyectaba otro árbol.

Esa figura me pareció extrañamente familiar. A tal punto, que pensé que veía visiones.

¡Era Xillen! ¿Qué demonios hacía aquí? Pero cuando miré a mi agresor, con estupor reconocí a Miguel. Él también me reconoció, y ahora la punta de la espada encaraba el suelo y mi amigo me sonreía con sarcasmo y sorna.

— Hola, Enrique.

— ¡Maldito seas! Casi me matas, ¿lo sabías? — Siseé con indignación y sorpresa. — ¿Qué hacen aquí?

— ¿Tú qué crees? — Miguel me miró como a un niño pequeño. — Nos reportaron que desapareciste justo después de ordenar los preparativos para el ataque. Interrogamos a los exploradores y a este viejo... — Miguel buscó en vano el nombre. — ¿Cómo demonios se llama?

— Dietrich, amigo mío. — Le ayudó Xillen.

— ¡Eso! Dierloquesea. Él nos contó como te sentías por tener que atacar. Lo demás no fue tan difícil de deducir. Sabemos sumar dos más dos.

— Así que aquí estamos, amigo mío. Cierto es que te confundimos con uno de nuestros enemigos, más no es extraño el sospechar de cualquier sombra entre esta maldad. Te pido disculpas, más sé que en tu lugar realizarías el mismo acto.

Yo asentí anonadado.

— Bien, ¿qué estamos esperando? — Miguel envainó la espada con un gesto acostumbrado. — ¡Vamos!

— ¿A dónde? — Pregunté como un idiota.

— A rescatar a Andrés, ¿a dónde más? — Explicó Miguel, exagerando artísticamente los gestos.

— ¡No! — Grité horrorizado ante la idea.

— ¿Qué? — Respondieron Miguel y Xillen al unísono.

— ¿Están locos? No podemos ir todos. Con uno basta y sobra.

— ¿Por qué? — Miguel me miró indignado, pero yo no me inmuté. Por fin logré recuperar el control de mí.

— Por una pequeña razón, Miguel. Creo que olvidaste que nosotros tres somos los únicos guardianes que quedan. No podemos arriesgar todo por Andrés. Yo voy sólo. Si no vuelvo al amanecer, denme por muerto o prisionero. — Miguel y Xillen me miraban boquiabiertos. Nunca me vieron tan decidido a algo. Generalmente, yo sopesaba todos los pros y los contras, antes de llegar a una decisión. — Atacarán según lo planeado. — Dije cortante y reinicié mi camino.

— Espera, amigo mío. — La voz gélida de Xillen me detuvo en seco. — Creo justo hacerte recordar, que así como somos pocos los guardianes de este bando, un grupo somos y como tal, tomaremos decisiones conjuntas. Tú, — su voz se convirtió en acusadora, — pretendes sobre tus hombros tomar las responsabilidades y obligaciones, para con tu propio corazón estar en paz, mas olvidas a aquellos que siguen vivos y en aquellas decisiones tienen que ver. Enrique, deja de expiar las culpas y obligaciones de otros. Tienes una misión por cumplir, más tienes que confiar en aquellos que te rodean, así como ellos confían en ti. ¿Acaso crees que el arriesgar tu vida por Andrés y en el intento perecer, ayudaría en algo a la causa? ¿Acaso estás seguro el éxito lograr tú sólo? ¿Qué pretendes demostrar, amigo mío? ¿A quién pretendes demostrarlo? ¿A ti? ¿A nosotros?

No respondí. No pude ni quise responder. Xillen, en una sola frase llegó al fondo de mi corazón y de un manotazo, como el que haría un mago, expuso mis puntos débiles a la luz. Malhumorado, me senté.

— Mire, hermano, no sé que pecados cometimos en otras vidas, — comenzó Miguel quedamente.

Me sorprendió. Él era el más escéptico entre todos y ahora hablaba de vidas pasadas con la misma naturalidad que de Dios.

— Pero de lo que estoy seguro, es que ahora los estamos pagando y ¡de qué forma! Pero nos dieron una oportunidad: la de pagarlos conjuntamente. Confiando los unos en los otros. ¿Recuerda cuando jugábamos Dungeons? — Yo asentí. — Pues las veces que ganábamos un combate, una decisión o cualquier otra cosa, lo hacíamos porque éramos un grupo. De enfrentar solos a cualquier monstruo del libro, pocas eran las posibilidades de ganar. Pues haga de cuenta que esto es un juego de Dungeons y usted es su personaje. ¡Actúe como tal!

Sus palabras, a diferencia de las de Xillen, contenían tal simplicidad, que apabullaban. A la vez eran más directas que las de Xillen. Me sentí reconfortado. De hecho, me sentí a las mil maravillas. Miré a Miguel con esperanza:

— ¿Me acompañarán?

Como respuesta, obtuve un abrazo efusivo de Xillen, y Miguel, después de luchar un rato con la confusión, se unió al círculo mágico de tres.

Caminamos en medio de la oscuridad del bosque, en un silencio absoluto. En cierta forma me sentía reconfortado por la compañía. Pero a la vez, me preocupaba que estuviésemos juntos. Si Heitter adquirió nuestras habilidades y detectaba a los guardianes a distancia, sabría que todos los guardianes enemigos se acercaban. Y si ello era verdad, no tendríamos oportunidad alguna de terminar con éxito esta misión de expiación que me impuse. Pero las dudas que me roían sin descanso no se comparaban con el cargo de conciencia al no saber lo acontecido con Andrés. Y después de una lucha interna, dejé de lado las preocupaciones. Había que tomar las cosas una por una. Lo primero era Andrés, si algo surgía por el camino, pensaría en ello en el momento preciso.

Treinta minutos después, divisamos las fogatas del campamento enemigo. Infinidad de tiendas de campaña rodeaban en un círculo único a una tienda gigante, inmensa.

Era la guarida de Heitter.

IV

Después de deliberar durante lo que parecieron horas, respecto a lo que haríamos, Miguel fue el que salió con la idea más lógica:

— Si Andrés está prisionero, estará en la tienda de Heitter. No creo que él sea tan estúpido como para dejarlo lejos de su vista.

— Y, ¿cómo pretendes llegar hasta ahí?

— Fácil, — dijo Miguel y la ya familiar sonrisa lobuna cruzó su rostro. — Caminando. — Se levantó y comenzó a avanzar al campamento enemigo.

— ¿Estás loco? — Siseé asustado y lo detuve agarrándolo del hombro. — ¿Quieres que nos maten? Algunos de esos hombres pueden reconocerte. Combatiste contra ellos.

— Tenía la armadura puesta y la cara tapada por el visor del casco. — Sonríó de nuevo. — Heitter no ha podido detectarnos y él es el único que nos conoce. Pero no te conoce a ti, Xillen.

Tenía la razón. Yo no pensé en esos detalles, con mi mente ocupada en Andrés. Miguel demostraba de nuevo sus capacidades de liderar los ataques suicida con los que se hizo famoso entre la soldadesca del castillo por sus locas salidas que nadie de cabeza fría o mente lógica se atrevería hacer. Y siempre salía victorioso. No lo pensé demasiado.

— ¿Qué dices, Xillen? — Miguel la miró de frente, casi con altivez, como si la desafiase a que le detuviese. — ¿Nos arriesgamos?

— Raro es el camino que nos propones, amigo mío. Más he de reconocer que este medio es el más apropiado. Para moverse en medio de la locura, se tiene que convertir en loco y para triunfar en donde todos pierden, hay que arriesgarlo todo con tal de vencer.

— ¿Qué? — Miguel se quedó mirándola, perplejo.

— Que sí, pendejo. — Le di un golpe en el hombro. — Muévase.

Y así no más, caminando como Pedro por su casa, entramos en el campamento enemigo.

A decir verdad, me desilusioné un poco. Esperaba ver a guerreros fornidos, hombres gigantescos con la llama de la maldad en sus ojos. Relamiéndose ante la perspectiva de la sangre.

En cambio, me encontré con los mismos hombres que defendían el castillo. Personas agotadas por las constantes luchas, ojos hundidos en las cuencas y la desesperación pintada en sus rostros. Se reunían alrededor de las fogatas y entre las frases que nos traía el viento reconocíamos los lamentos por los compañeros caídos y la misma pregunta que nos hacíamos nosotros: ¿Cuándo acabará esta locura?

Estábamos a menos de cien metros de la tienda principal, cuando frases inconexas me pusieron en alerta y agarré el hombro de Miguel para indicarle que se detuviera. Nos acercamos a una fogata rodeada por un grupo de hombres mal

vestidos, que conversaban en voz queda de un tema que me interesó de sobremanera.

— No sé ustedes, pero lo que es yo, tengo que hacer algo. — Decía un hombre de unos veinticinco años, expresando con sus manos lo que no lograban sus palabras. — Eliminó como si nada a nuestros amigos. — Su tono de voz, a pesar de hablar en susurro, envolvía a los que lo escuchaban. — Tu padre era uno de ellos, Perlis. Tu mejor amigo fue empalado, William. — Los aludidos asintieron funestamente. — Todos los que estamos aquí perdimos a alguien. No fue muerto en un campo de batalla, con el honor que esto trae para la familia. ¡No! Fue asesinado por su propio jefe, después de derramar sangre por él. Después de darlo todo. ¡Tenemos que vengar la muerte de nuestros amigos! Sus espíritus vagan en el limbo clamando venganza contra este acto. Nosotros somos las espadas que ellos no pueden empuñar. ¡Tenemos que vengarlos!

La conversación comenzó a subir de tono, alimentada por las fogosas palabras del joven. Le indiqué a Miguel y Xillen que nos alejáramos.

— Después de todo, era verdad lo que me dijeron los mensajeros. — Susurré. — También dijeron que hubo una revuelta y que muchos generales fueron eliminados. — Miré a Miguel con intención.

— Heitter es un estúpido. — Sonrió Miguel. — Está eliminando a sus propios aliados. Parece que sus ideas no son del todo compartidas.

— No es sólo eso, amigos míos. — Dijo Xillen. — Aquellos generales asesinados por nuestro enemigo común, bien serían guardianes que estaban unidos a Heitter por la causa misma, más no por los procedimientos.

— Si eso es así, — dije mientras retomaba el camino a la tienda de Heitter, — lo más probable es que Andrés siga vivo. Heitter estará loco, pero no es un estúpido, — miré a Miguel, tratando de que entendiera mis palabras. — Es probable que quiera utilizarlo como rehén. Además, no creo que sea capaz de asesinarlo a sangre fría. Al fin y al cabo eran amigos. Una cosa es en combate y otra tenerlo prisionero...

Lo último era más dirigido a mí que a mis compañeros. Trataba de tranquilizarme. Si Heitter fue capaz de hacer semejantes purgas entre sus tropas, cabía esperar cualquier cosa de él.

— Tenemos que apresurarnos. — Dije y apreté el paso.

La gran tienda estaba rodeada por una empalizada bien construida y torres de madera, en las cuales dos arqueros observaban vigilantes la plaza. Sólo se entraba por una puerta de madera, que era flanqueada por un grupo de caballeros. Más adelante, frente a la entrada de la tienda, habían diseminadas otras, más pequeñas, que con seguridad pertenecían a la guardia personal de Heitter. En medio del camino que se extendía entre la puerta de madera y la entrada a la tienda, se levantaba una plataforma cubierta de sangre. Sobresalían en su parte posterior diez palos puntiagudos y un tronco ancho y pequeño en la mitad. Era el territorio del verdugo. Imaginé en ese momento a todos los hombres inmolados en ese altar al egoísmo y no pude más que hacer causa justa con los conspiradores que sorprendimos en medio de la noche, al lado de la fogata.

Nos detuvimos frente a la puerta de madera, cubiertos por las sombras y detrás de una tienda, tratando de pasar desapercibidos y a la vez planear la forma de entrar en aquella pequeña fortaleza.

Entrar como penetramos en el campamento, quedaba descartado; también escalar uno de los muros. Después de llegar hasta ahí, nos encontrábamos estancados. De repente, en medio de la oscuridad, detectamos cierto movimiento frente a la plataforma y diez antorchas se prendieron al mismo tiempo, alumbrando el macabro escenario, terreno exclusivo de la muerte, resaltando lúgubramente el color de la sangre reseca y lanzando sombras malignas sobre las estacas, cuya punta comenzó a semejar dedos gigantescos que apuntaban hacia el cielo, tratando de abarcarlo en su totalidad.

Los hombres, como movidos por una orden silenciosa, comenzaron a acercarse al lugar de las ejecuciones. Nosotros, aprovechando la oportunidad, nos mezclamos con la muchedumbre, pero no alcanzamos a atravesar la puerta, puesto que los hombres se detenían ante la plataforma, represando el camino. Al parecer, todo el campamento se había reunido.

Cuando el movimiento se detuvo, se escuchó el sonido de un tambor y la piel que cubría la entrada de la gigantesca tienda se movió y Heitter, el odiado Heitter, apareció, seguido por siete personas más, ataviados con trajes fastuosos, como si fuesen a un desfile.

— ¡No lo puedo creer! — Me susurró Miguel con fuerza en el oído. — Sólo quedan siete. ¡Es un idiota si asesinó a los demás!

— Un idiota que sabe ganarse la obediencia de sus tropas, — le respondí entre dientes. — Por más que replican por lo bajo, nadie se atreve hacer nada. Los domina por el miedo y es la peor forma de dominación, de las más eficaces.

Miguel asintió con ferocidad. Xillen miraba la escena impasible, y a pesar de que en su interior luchaba con un sinfín de sentimientos, su cara era imparcial. No traslucía emoción alguna.

Heitter subió a la plataforma, seguido por sus generales y un hombre que llevaba en sus manos un hacha de guerra de proporciones gigantescas. Ese hombre era el verdugo. Al llegar hasta el tronco, clavó el hacha en éste, con una fuerza estremecedora. Un guerrero que estaba a mi lado, susurró a su compañero, sin que yo evitara escucharle:

— ¿Quién será? Creo que ya eliminó a todos.

— No lo sé, — respondió el aludido.

En ese momento Heitter hizo una señal con la mano y en seguida dos hombres ataviados con todas las armas, subieron a un hombre, cubierto tan sólo por una camisa destrozada, que en otras épocas sería blanca. Su cara, convertida en un único manchón rojo, destacaba con intensidad, ocultando los moretones y quemaduras en el resto de su cuerpo. Estaba parado de costado hacia nosotros y percibí que tendría algunas costillas rotas, por el modo como la piel se abultaba en esa zona. Rastros de latigazos cubrían el cuerpo y se alcanzaba a distinguir el color negruzco de las plantas de los pies, chamuscadas seguramente cuando lo torturaban. No obstante el dolor que sentía, este hombre se mantenía firme sobre las piernas y tan sólo el temblor que lo sacudía de vez en cuando, demostraba lo

debilitado que se encontraba su cuerpo. No estaba maniatado, lo que subrayaba el estado de debilitamiento, y la confianza de los verdugos de cumplir cabalmente su labor.

En ese momento, uno de los soldados que lo llevaban a la plataforma le dio un empujón excesivo, obligándolo a trastabillar. El hombre lanzó sus brazos hacia delante con la intención de suavizar la caída y en ese instante, el mundo pareció eclipsarse en un sólo manchón negro, y con la vista fija en el muñón derecho recién cicatrizado, un grito de horror atravesado en medio de la garganta, el corazón reducido a cenizas y ambas manos sujetando la espada con tal fuerza que perdí la sensibilidad en ambas, reconocí a Andrés.

Mi primera intención fue la de correr a ayudarlo, pero Miguel me retuvo por la fuerza y de alguna parte, del otro lado del Universo, escuché su voz estrangulada por el dolor que contenía una furia inenarrable:

— ¡Quieto! — Y me dio un bofetón que casi me hace caer de espaldas.

Por más extraño que parezca, le obedecí casi instantáneamente, gracias al entrenamiento obtenido durante décadas de continuos enfrentamientos. Lancé una mirada rápida a Xillen: tenía ambas manos en forma de puño sobre la boca, tratando de contener un grito. Tomé una de sus manos entre las mías y la apreté con fuerza.

— ¡Miguel, Enrique! — La voz de Heitter nos obligó a respingar. — Sé que están aquí. Los siento. Los huelo. No los puedo ubicar, pero sé que están aquí.

Ante estas palabras, quedamos helados. Fuimos realmente estúpidos al confiar en nuestra buena suerte para entrar al campamento enemigo. Al parecer estábamos a punto de pagar muy caro aquella insensatez.

— Si quieren que Andrés viva, vengan aquí. Los conmino como guardianes que son a que se presenten ante mí. — Heitter sonaba como un loco y su misma cara demostraba que le faltaba poco para perder la chaveta en su totalidad. Más ante la palabra “guardianes”, la turba comenzó a agitarse y sentía como miles de ojos se atravesaban mutuamente, queriendo identificarnos.

— Si tienen una pizca de respeto por Andrés, quiero que suban aquí. — Insistía Heitter, desde la tarima.

Permanecimos tiesos, como envueltos en una coraza de piedra que restringía nuestra visión y demás sentidos, cubriéndolo todo por una espesa niebla. Los movimientos eran ahora en cámara lenta y el pensamiento viajaba a la velocidad de la luz, llevando la misma pregunta sin ningún destino: *¿Qué hacer? ¿Qué hacer?*

Heitter esperó durante unos instantes alguna respuesta desde la multitud, pero entre esta reinaba una tensa calma. Al ver que ninguno aparecíamos, hizo una señal a los dos hombres que mantenían sujeto a Andrés y estos lo empujaron hacia el tronco, donde el verdugo dejó clavada su hacha. Vi que Andrés intentaba forcejear con sus custodios, pero estaba muy debilitado y estos lo obligaron a ponerse de rodillas y, a la fuerza, apoyaron su cabeza contra el tronco. En ese momento, en un último esfuerzo por sobrevivir, Andrés pateó a uno de los hombres. La patada, aunque desprovista de fuerza, fue una sorpresa y el hombre cayó de bruces, permitiendo cierta libertad a nuestro amigo. Andrés se levantó y

antes de que el compañero del caído saliera de su asombro, lo golpeó con todas las fuerzas que le quedaban en el rostro, mandándolo contra el verdugo.

La multitud soltó un bufido grandioso, como si inconscientemente animara a aquel desdichado a luchar por su sobrevivencia. Heitter corrió hacia él y antes de que Andrés le hiciera frente, lo golpeó con su bastón en la cabeza. Andrés se derrumbó de inmediato.

En ese momento, como en un sueño, escuché el alarido de Miguel:

— ¡¡¡Noooooooooooo!!!

Y, empuñando la espada con ambas manos, se lanzó hacia el podio, causando muerte y destrucción a su paso. Lo seguí ciego por la ira, con la intención de causar el mayor daño posible, de liberar a Andrés a cualquier costa y, de ser necesario, morir al lado de él.

La turba se movió agitada y el entrechocar del acero y los alaridos provocaron la atención inmediata de Heitter.

— ¡Ahí están! — Gritó eufórico. — ¡Mátenlos!

Intentábamos llegar al podio y rescatar a Andrés, más no era sencillo y cuando ya estaba dispuesto a la muerte, cuando estaba resignado a la eliminación, escuché una orden furiosa:

— ¡Perlis, William. Hay que protegerlos a toda costa!

Y la respuesta:

— ¡Hombres, la hora de la venganza ha llegado!

Y la multitud que se partía en dos, como si un dios la cortase con un cuchillo.

Como en un sueño teñido de rojo y cubierto de una niebla espesa e impenetrable, vi a Heitter correr hacia el hacha. Redoblé mis esfuerzos para llegar al podio, intentando evitar lo inevitable. Vi como intentaba sacar el hacha, mientras Miguel hacía picadillo a un hombre que se había atravesado. Vi como Heitter lograba su objetivo, mientras Xillen me cubría con su escudo y luego caía al suelo, proyectada por la fuerza del golpe. Vi como Heitter levantaba el arma, mientras Miguel se apresuraba a ayudar a Xillen y yo le cortaba la cabeza de un tajo a alguien que se atravesó en mi camino. Vi como Heitter buscaba mi mirada entre la multitud y como nuestros ojos se enfrentaban, y la sonrisa de satisfacción que cruzaba por su rostro mientras proyectaba el arma contra Andrés...

Lo demás no lo recuerdo con claridad. La sangre y los combatientes me rodeaban por doquier. Había muerte y lucha por todas partes y yo estaba parado en medio de ese horror, protegido por los incansables Miguel y Xillen, parado sin fe ni esperanza, sin creer todavía lo visto. Sin que la idea pudiese entrar en mi terca cabeza y comprender de una vez por todas que Andrés estaba muerto y aquel que lo asesinó a sangre fría, no era otro más que uno de sus más viejos amigos de la infancia: Heitter.

Y cuando la idea por fin logró acomodarse en mi cabeza y entendí que lo presenciado fue una espantosa y cruel realidad, aullé de impotencia y de dolor, aullé como si ante mis ojos asesinaron mi sentido de la vida y, ciego por la furia, avancé hacia el podio, buscando a Heitter. No me molestaba en usar la espada para abrirme camino, con la mano apartaba a los combatientes y avanzaba implacablemente hacia el podio. Sentí un golpe en el costado y vi el mango de un

puñal que sobresalía y la mirada de miedo del hombre que todavía lo empuñaba. Lo descabecé con la misma indiferencia y facilidad, con la que alguien corta una calabaza. Seguí avanzando y Heitter, como si presintiera que la hora de la verdad llegó, se lanzó de lleno al combate y enseguida vi que la túnica que cubría su espalda se teñía con una línea roja. El regalo de Miguel no había sanado aún.

Las voces roncadas de mis amigos me advertían sobre algo, gritaban eufóricos palabras que no llegaban hasta mi cerebro, enfocado únicamente en la figura de Heitter. Avanzaba, arrastrando la espada, que de un momento a otro se hizo pesada. De repente sentí un empujón en el hombro derecho y con cierto estupor y sorpresa vi como una flecha sobresalía entre la carne. La arranqué con indiferencia, cambié de mano la espada, pero en ese momento, sentí como si el mundo entero cayera sobre mi espalda y todo lo envolvió la oscuridad.

Y lo último que vi, fue a Heitter, acercándose veloz a mí, empuñando todavía el hacha, con la boca abierta en una sonrisa franca y alegre...

V

Es difícil para mí precisar el tiempo que estuve inconsciente. Sé que varias semanas los curanderos del castillo no se separaban de mi lecho y cada vez que abría los ojos en medio del delirio, veía la figura de Xillen y Miguel a mi lado. Detrás de ellos, siempre sonrientes, estaban JJ y Andrés, pero encima y rodeando todo como una nube venenosa, la sombra de Heitter. Y cuando por fin el delirio cesó, y según el diagnóstico de los curanderos, debía reconocer a todos en la habitación, no veía a nadie, tan sólo a Andrés, JJ y Heitter. De algún lado increíblemente lejano escuchaba la voz de Miguel, pronunciando discursos inteligibles y una voz femenina que me era familiar pero que no reconocía, le respondía.

Sentía voces distantes que me llamaban, que mencionaban mi nombre en un susurro, indicándome una encrucijada. A mi izquierda se veía un camino blanco, rodeado de bellos árboles, con miles de flores y un aroma que nunca antes percibí. Todo era belleza en ese camino y tranquilidad. Sentía como los sentimientos de los que está compuesto el hombre, se unían en uno a partir de ahí. Y como mis heridas sanaban y las cicatrices desaparecían.

En cambio, el camino de la derecha mostraba como aquello que era belleza en el de la izquierda, se consumía por las sombras. Como las flores y hojas de los árboles, eran devoradas por gusanos verdes y peludos de proporciones gigantescas. Como la peste emanaba desde la lejanía del horizonte. Como todo se marchitaba y se pudría. Como los pájaros caían muertos al ser tocados por las tinieblas, como el sol no penetraba esa niebla espesa para dar un poco de calor a aquella tierra devorada por el mal.

Me senté en la encrucijada, con la espada sobre las faldas, sin saber que camino tomar. Bien podía ir a la izquierda y descansar por siempre en medio de la claridad. Dejar que mi espíritu se llenase de aquella belleza y tranquilidad. La otra alternativa era el de la derecha. El camino lleno de maldad y sufrimiento. De penurias y sacrificios. De miedos y muerte. Estuve sentado, cavilando sobre lo que haría por lo que parecieron semanas. Cansado, como me encontraba, y desilusionado con el mundo después del acto que presencié en el campamento enemigo, quería tirar todo por la borda y simplemente descansar. Sentir esa vida bella que se extendía a mi izquierda en su esplendor. Llenarme de ella hasta desbordar y olvidar. Olvidar lo que me pasó, lo sufrido.

Olvidar todo.

Ese lado me atraía y me envolvía, y con cada minuto era mayor la necesidad de ir a la izquierda y olvidar. Y sin embargo, no podía. Esa maldad que emanaba de la derecha tenía su origen. Y JJ y Andrés sacrificaron sus vidas peleando contra ese origen. En alguna parte de ese camino, Miguel y Xillen también realizaban lo mismo. Entonces, no podía darme el lujo de descansar. Por lo menos tenía que defender los ideales de mis amigos, por lo menos tenía que vengar sus muertes. Sin pensarlo más, me aferré a esos dos ideales: venganza y sacrificio, para traer la paz. Me levanté despacio, miré por última vez el camino que

emanaba paz y tranquilidad, deseché de un manotazo la invitación que ese bienestar me hacía y tomé el camino de la derecha.

En ese momento escuché un rugido rabioso a mi espalda y, al dar la vuelta y mirar lo que estaba sucediendo, vi como esa belleza se desvanecía lentamente para dar paso a toda la fealdad que mi mente era capaz de interpretar. Vi como brazos gigantes salían de la nada, tratando de alcanzarme y caían, rabiosas, sin lograr su objetivo. Como todo lo envolvía la oscuridad y comprendí que al decidirme por la vida, me salvé de una vida después de la muerte peor que la misma muerte, que me estaría esperando a la vuelta de la esquina de ese camino que elegí. Entonces recordé lo que ocurre cuando muere un guardián asesinado por algún miembro del bando contrario. Miré por última vez, mientras la oscuridad lo envolvía todo, escupí rabioso en esa dirección y, dando media vuelta, avancé.

Cuando desperté, lo primero que sentí fue un dolor intenso en todo el cuerpo. Antes de abrir los ojos, intenté palpar mi cuerpo para ver si me encontraba en una sola pieza. Al fin y al cabo, la última imagen que tenía, era la de Heitter corriendo con el hacha levantada sobre su cabeza, listo para cercenar la mía. Pero los brazos no me respondían. Sentía como si estuvieran presos por piedras gigantes, como si toneladas de roca me cubrieran, y el primer pensamiento que cruzó por mi mente era que los había perdido.

Abrí los ojos asustado y vi mi cuerpo amarrado a la camilla en la que yacía. Estaba sólo. Exploré mi cuerpo con los ojos. Un abultado vendaje me rodeaba el hombro derecho y sentía otro rodeándome la cintura, además de algo que se clavaba constantemente en la espalda. Tenía otros rasguños de menor importancia en el resto del cuerpo y nada más. Me pregunté el tiempo que permanecí inconsciente y de repente, ya con mayor claridad: ¿cómo logramos salir de ese infierno? Sinceramente, no veía posibilidad alguna de salir con vida. En ese momento, mi única intención era la de matar a Heitter. Era una obligación y si lo lograría, moriría feliz. Más por algún motivo seguía vivo, en el castillo y vendado.

Escuché el chirrido de la puerta y entrar a Miguel. No sentí emoción alguna. Ni siquiera un leve atisbo de alegría. Al verlo llegar, el único pensamiento que cruzó por mi cabeza era: Andrés.

Y, debilitado como estaba, rompí a llorar en silencio.

Miguel se acercó despacio, sin decir nada. Su cara era el reflejo exacto de una máscara. Se sentó a la cabecera de la cama y esperó a que terminara de desahogarme.

Cuando terminé, vi que él también presentaba múltiples heridas, rasguños la mayoría, aunque el vendaje sangriento que cubría su cabeza, me decía que tampoco salió bien librado del encuentro. Tenía el rostro demacrado por el cansancio y las ojeras destacaban sobre su cara, como un par de negros platos.

Me miró con cuidado y preguntó:

— ¿Cómo se siente?

No respondí. Creo que el silencio era suficiente para expresar mis sentimientos.

— ¿Por qué estoy amarrado?

— Por su propia seguridad, hermano. Se movía mucho cuando estaba inconsciente... — Miguel dudó si continuar, me miro inquisitivamente, tratando de adivinar si ya estaba lo suficientemente repuesto, como para escucharlo. Con seguridad, Xillen le indicó que no me acosara desde un principio, como él acostumbraba, sino que me diera las noticias poco a poco. — Se arrancaba los vendajes, — Miguel decidió seguir con la narración, — intentaba levantarse, para buscar a Heitter. Llamaba a Andrés... Hacía tantas cosas... Casi se mata a sí mismo, hermanito.

— ¿Qué pasó? — Pregunté. — No recuerdo mucho... Lo último que recuerdo es a Heitter corriendo hacia mí.

— Estuvimos de buenas, eso es todo. — Miguel esbozó una sonrisa amarga. — Cuando se armó el alboroto, el grupo que sorprendimos quejándose se unió a nosotros. ¿Por qué? No lo sé. He querido preguntárselo a Xillen, pero siempre se me olvida. Nos defendieron un buen rato. Contábamos con el factor sorpresa y con el odio. Eso último fue lo que nos ayudó más que nada. Nunca antes lo había visto matar tan sistemáticamente, Enrique. Y tan rápido... Pero cuando usted cayó, quedábamos muy pocos y cuando daba todo por perdido, cuando, para serle sincero, estaba a punto de clavarme la espada yo mismo, para evitar que me masacraran, vi como la mayoría de las tropas de Heitter se replegaban hacia el sur. Unos gritaban emboscada, otros chillaban traición... Mejor dicho: caos total. La gente comenzó a retirarse aterrada, muchos simplemente tiraron las armas y salieron a correr. Yo no comprendía lo que pasaba, hasta que vi a lo lejos las banderas del castillo. Die... Dietr... ¡Dietrich! — Por fin pronunció el nombre del viejo caballero. — Ese viejo zorro inició el ataque mucho antes de lo acordado. Simplemente se dio cuenta que desaparecimos y no dudó un instante sobre dónde estaríamos. ¡Ahí fue Troya! Una masacre total. Muy pocos se escaparon...

— ¿Heitter? — Pregunté con esperanza, pero Miguel meneó la cabeza por respuesta. — ¡Maldito sea!

— No lo encontramos. Ni entre los cadáveres, ni entre los prisioneros.

Un silencio siguió a estas palabras. Vencimos, gracias a un milagro. No podía adjudicarle otro calificativo. Pero Heitter escapó. Como una rata inmundada, huyó dejando a su ejército atrás, para ser exterminado.

No lo creía.

En lugar de organizar una retirada, se dio a la fuga, sacrificando a sus hombres. Esto subrayaba que él actuaba por su propio interés. No le interesaban para nada las almas en juego, ya que las sacrificó con la mayor simplicidad del mundo. Tampoco le interesaba la amistad, asesinó a Andrés como si nada.

Heitter era un jugador.

Apostaba a lo grande, sin saber a ciencia cierta lo que recibiría, ni porqué lo hacía. Era un jugador compulsivo, un enfermo del juego y esta enfermedad se manifestó en su infancia y tomó fuerza en la Universidad, con el casino. Ahora entendía su filosofía, o por lo menos eso creía. Todo esto, todo este enfrentamiento titánico, toda la lucha entre el bien y el mal, era un juego para él.

La apuesta más grande de su vida.

Un juego y nada más.

— ¿Me puede soltar? — Pregunté toscamente a Miguel.

— ¿Seguro que se encuentra bien?

— Estoy hablando con usted, ¿cierto? — Le reproché, ya molesto.

Miguel me soltó, despacio.

— ¿Qué tengo en la espalda?

— Unas mechas, hermano. — Miguel me ayudó a sentarme. — Es increíble, pero la herida más peligrosa es esa. A la hora de la verdad, no sé como sobreviví. Una puñalada en el costado, — comenzó a enumerar mis heridas, — un flechazo en el hombro, un tajo en la cabeza - cortesía de Heitter - y un mandoble en la espalda.

— ¿No debería ser el de la cabeza más peligroso? — Pregunté con ironía.

— No, pues apenas fue una caricia. Todas las heridas han cerrado bien y no están supurando. Pero la de la espalda, sí. Por eso es que le aplicaron las mechas. Estas absorben el pus. — Explicó.

— ¿Qué le pasó en la cabeza? — Pregunté, indicando con un ademán el vendaje, todavía fresco.

— Una estupidez. Es una herida de la batalla que cerró muy bien, pero ayer nos pasamos de tragos con los de la guardia y me caí. — Respondió tosco. A Miguel no le gustaba reconocer cuando hacía el ridículo, pero siempre era el primero en burlarse de los demás.

Sonreí un poco, imaginando la caída. Pero todavía quedaban algunas dudas que él me tenía que resolver...

— ¿Andrés? — Ahora estaba listo para la incógnita principal.

— Lo enterramos hace veintidós días, hermano...

— ¿Cuánto? — Lo interrumpí asombrado.

— Veintidós. — Apuntaló la palabra. — Ya pasó casi un mes desde esa batalla. Lo llevamos al pueblo de Xillen. Su tumba está ahí...

Miguel calló. Nada más quedaba por decir. En este momento, mi corazón se encontraba en el pueblo de Xillen, buscando la tumba de Andrés para rendirle el merecido homenaje.

Miguel se levantó despacio.

— ¿Quiere comer?

Hasta la pregunta era necia. Pero sabía que no debía comer mucho. Miguel salió al obtener la afirmativa, dejándome a solas con mis pensamientos.

¡Veintidós días! Todo ese tiempo transcurrió desde el entierro de Andrés. Y no asistí al entierro. Sabía que no iría a su segundo entierro, el del cuerpo. No resistiría el regreso. Me atormentaba pensar cómo encontrarían el cuerpo. Y en ese momento, me di cuenta de algo horrible: ¡teníamos que regresar! En este instante, nuestros cuerpos yacían junto al de Andrés, en su apartamento. ¡No debían encontrarnos con él!

¡No debían!

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y Xillen y Miguel, seguidos por dos sirvientas con bandejas, entraron.

— Hola, Xillen. — Su sola presencia me reconfortó. — ¿Cómo estás?

— Bien, amigo mío. Pero la pregunta es: ¿Cómo tú te sientes?

— Supongo que mejor. — Respondí.

— Mucho tiempo ha pasado, amigo mío, desde que te encuentras en este lecho sin dar otras señales de vida que palabras inconexas y sin sentido. Temía por tu vida, he de reconocerlo. Despertaste en mí sentimientos que nunca tuve. Y confundida estoy ahora.

Ni Miguel, ni yo respondimos. Las sirvientas depositaron las bandejas sobre una mesa y, después de hacer una venia, se retiraron. Intenté levantarme, pero me sentía muy débil y Miguel me ayudó a llegar hasta la mesa. No entendía el motivo de la debilidad. Andrés perdió el brazo y se recuperó en pocos días. En cambio yo, estaba de una sola pieza, pero me encontraba más débil que un pájaro recién nacido.

— Es por el tiempo que permaneció inconsciente, hermano. — Me explicó Miguel, mientras me daba de comer un caldo de pollo, después de que le planteé mis preocupaciones. — Lo alimentábamos a la fuerza, ya que usted escupía la mayoría. Eso es todo.

— Tenemos que regresar, Miguel. — Dije de improviso y le conté mis inquietudes.

— Creo que tiene razón, Enrique. Tenemos que regresar. Ahora ve que yo tenía razón cuando les dije que cada quién para su casa.

Recordé con esa frase la súplica que se leía en los ojos de Andrés cuando estábamos a punto de irnos y no pude más que contrariar las palabras de Miguel. Parecía como si Andrés, en ese momento, presentía que ese sería su último viaje y necesitaba de un apoyo emocional y físico junto a él. Y nosotros se lo ofrecimos.

— ¿Cuándo lo haremos?

— Cuando tus heridas sanen por completo, amigo mío. Tu cuerpo no arriesgues, ya que las heridas que tienes en este momento, se manifestaron ahí abajo de diferentes maneras. Si permaneces aquí, mientras sanas, el tiempo que permanecerán las heridas en tu cuerpo será de unos cuantos segundos. Más si insistes en regresar, la curación tomará el tiempo necesario, pero en tu planeta. — Xillen hizo una pausa antes de continuar. — No les he comunicado lo acontecido durante la batalla y tampoco lo que representa para nosotros como guardianes del bando contrario.

— ¿Qué?

— Heitter huyó del campo de batalla, es cierto. Miguel lo constató del todo. Más no sólo nosotros estamos desesperados al no conocer su paradero y asestar el golpe final para acabar con la maldad que emana de ese ser... — En ese momento, la expresión de Xillen mostraba los primeros signos de una verdadera furia. Nunca vi un atisbo de esas emociones en ella, y cuando quería expresarlas, lo hacía sólo con la entonación de su voz. Ahora comprendía la clase de sentimientos que se despertaban en ella y la principal causa no era mi

convalecimiento. Fue el presenciar la horrible muerte de Andrés, propinada por uno de sus supuestos amigos. — Los hombres de su bando también están buscándolo, desesperados y extrañados. — Continuó ella. — El ser que odiamos y al que deseamos la muerte, la única regla que existe en este mundo ha roto y la cuál no se explica, ya que se dan por sentado sus bases...

— ¿Cuál regla? — Preguntó Miguel estupefacto y aunque yo tampoco sabía a ciencia cierta a lo que se refería Xillen, bien podía formarme una idea.

— Regresó... — No lo pregunté, pero tampoco lo afirmé.

— Sí. — Dijo Xillen. — Aunque una solución lógica es escapar de una muerte segura, para un guardián, nunca, en ningún enfrentamiento esta acción sucedió. Se considera que es un honor magno el defender un ideal que representa el existir de miles de almas. Es un acto de cobardía el escapar de esta manera tan poco honrosa. Peor que cobardía. Dicho acto, el cometido por Heitter, no tiene nombre.

Ante mí desfilaron en un instante todas las escenas de la muerte de Andrés y la forma en que murió JJ. Ambos podían escapar, pero por algún motivo no lo hicieron. Tampoco Miguel y yo, a pesar de encontrarnos en medio de un asedio, con pocas posibilidades de ganar, hicimos esto. Ni siquiera pasó por nuestras cabezas esa idea.

— ¿Qué va a pasar ahora? — Preguntó Miguel al ver que yo no pronunciaba palabra.

— Las batallas que mantenemos con el otro grupo continuarán, puesto que quedan seis guardianes que pueden y deben hacernos un frente común. Más la incógnita primordial, consiste en el qué se hará con Heitter. — Xillen buscó asiento y su voz sonó amarga. — No se sabe en realidad qué clase de castigo imponer a un ser que ha caído tan bajo. Como ya lo dije, nunca antes sucedió un acto abominable como este y nunca se tomaron precauciones en caso de que sucediera. Por primera vez en muchos eones, los “Maestros” de ambos bandos se reunieron para buscar un castigo justo a cualquier guardián que caiga en esta tentación. Se ha de castigar a nuestro enemigo común, amigos míos, más no se le causará la muerte...

— ¿Qué idiotéz es esa? — Exclamó furioso Miguel. — ¡Qué lo partan en dos y fin de la discusión!

Xillen lo miró, con los ojos abiertos, llenos de lástima.

— ¿Hasta tal punto ha llenado el odio tu corazón, amigo mío, que eres capaz de desear tu propia muerte?

— ¿Qué?

Pero ella no quiso responder. Bajó los ojos y guardó un terco silencio, a pesar de que Miguel la bombardeaba con preguntas.

— Creo comprender cuál es la razón. — Dije.

— ¿Cuál? — Preguntó rápido Miguel y Xillen levantó los ojos.

— Como se nos dijo una vez: algunas cosas tendremos que deducirlas por nosotros mismos, Miguel, — comencé. — Ella no puede ser nuestro guía en todo momento, eso ya lo comprendí hace muchos años. Pero mirando lo que pasaría si

Heitter es ejecutado por sus actos por los Maestros, no sería nada bueno para ninguno de nosotros, créeme.

— ¿Por qué?

— Muy sencillo, viejo. No sé cuales son las reglas completas del juego, ni tampoco sé las reglas que limitan a los Maestros, pero de lo que estoy seguro, es que se impusieron varias antes de comenzar este juego del cual somos los personajes principales. Presiento que si un Maestro matara a un guardián, este juego no serviría para nada, porque cada vez que un guardián hiciese bien su trabajo, el Maestro del bando contrario, simplemente lo eliminaría. — Miré a Xillen y vi como sus ojos brillaban. — ¿Es cierto lo que digo, Xillen?

Ella se tomó su tiempo para responder.

— En cierta medida llenas el espacio creado por la interrogante que ha surgido ante nosotros, amigo mío. — Fue su respuesta. Ni mucho ni poco. Tan sólo lo justo. Así era ella.

Miguel rumió la respuesta un rato y a medida que la comprendía, su rostro reflejaba que no le gustaba para nada. Estaba dividido entre la necesidad física de matar o ver muerto a Heitter y las ganas de vivir. Finalmente, lanzó un juramento y se recostó en mi cama, mirando el techo.

— Es todo lo que ha sucedido hasta ahora, amigos míos. La decisión de los Maestros no será ni inmediata ni tardía. En este momento no se sabe si nosotros, los guardianes de ambos bandos, debemos participar en el debate y el juicio. Ya que alguien sugirió que sería bueno que nosotros, los que arriesgamos nuestras vidas a diario, juzgásemos al infractor como iguales, imponiéndole un castigo que no implique la muerte.

— ¿Podemos participar? — Miguel se levantó de un salto, relamiéndose ante la idea de poder juzgar a Heitter.

— No se le puede condenar a muerte, viejo. — Le recordé, adivinando de antemano sus intenciones.

— Fresco, hermano. — Miguel comenzó a reír. — Existen cosas peores que la muerte, se lo aseguro...

Se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir se dio la vuelta y, mirándonos con seriedad, blandió su puño al aire y repitió amenazante:

— ¡Se lo aseguro! — Y salió.

Xillen me acompañó durante largo rato. Hablaba de cosas filosóficas, como siempre acostumbraba. Por alguna razón, evitaba tocar el tema de los guardianes y tampoco lo sucedido en la última batalla. Y cuando llevaba la conversación a algo relacionado, ella esquivaba la pregunta con una respuesta oculta. Sin embargo, me cansé de ese juego.

— Lo que no entiendo, Xillen, es ¿cuál fue el motivo por el que esos hombres se lanzaron en nuestra ayuda durante la batalla? — Decidí dejar de lado la filosofía y pasar a un tema que en verdad me interesaba en ese momento. — Podían hacerlo en cualquier momento. No tenían necesidad de tres personas más para engrosar sus filas.

Killen me miró largamente y vi la tristeza reflejada en sus ojos. Entendí en ese momento mi estupidez, pero ya era tarde para retractarme. Para ella, la noche en que murió Andrés, representaba algo horrible, algo que cambió su forma de pensar y de sentir, definitivamente. Quizás, como el ser místico que era y que tenía una curiosidad hacia la humanidad que representábamos, y en cuyo campo se gestaban las batallas de los guardianes, la chocaba de sobre manera el asesinato a sangre fría de un ser querido a su corazón. No lo asimilaba con la velocidad que nosotros.

En nuestro mundo, llorábamos a un amigo el día de su muerte y el día de su entierro y, ocasionalmente, cuando su recuerdo agitate nuestros corazones. No obstante, olvidábamos. Para ella, sin embargo, esta era una experiencia nueva. En ella germinó un sentimiento magno y nunca experimentó siquiera un similar. La muerte de JJ no fue cercana para ella como para nosotros, porque recién lo había conocido. En ese entonces, él era para ella un guardián más. En cambio Andrés, era otra cosa.

No niego que a mi también me dolía, pero estaba acostumbrado a las pérdidas. Al principio, la muerte de cada soldado me desgarraba el alma. Ahora, era un número menos. Y, recordando mis propios sentimientos décadas atrás, comprendía lo que ella sentía en este momento, y como las palabras que dijo, le regresaron al mundo de dolor del cual intentaba ocultarse.

Pero ella era fuerte, por lo menos lo que al exterior se refiere. Realizó un acopio de fuerzas y se colocó una máscara sobre el rostro, ocultando cualquier atisbo de sentimiento.

Siendo imparcial...

— ¿Recuerdas, amigo mío, la ocasión en la que te viste obligado a prescindir de los hombres que conforman nuestro ejército y ejecutar una misión peligrosa?

— ¿Te refieres a la búsqueda de refuerzos?

— Sí. Les advertí, amigo mío, que tan sólo un guardián tenía la capacidad para cumplir aquella misión, ya que un alma, como las que se encuentran en juego, caerían con facilidad bajo la influencia de la emanación, maligna para nosotros. — Me miró, ya más animada. Le encantaba dar explicaciones e intentaba siempre añadir la mayor cantidad de soluciones posibles en sus enredadas respuestas. — Las almas que formaban parte de las huestes de Heitter y que se encontraban descontentas con su trabajo, se sublevaron puesto que sus guardianes así lo quisieron. Más al eliminar Heitter a los guardianes de los que aquellas almas dependían, se apoderó de estas y por más que ellas confabulaban por lo bajo, no podían sublevarse sin la influencia de un guardián al que pudieran acogerse. Ello fue lo que ocurrió: al desvelar nosotros la posición en la que nos encontrábamos en el momento preciso de la ejecución.

Analicé la respuesta, intentando sacar algún provecho.

— Entonces, ¿nosotros también perderíamos hombres de esta manera? — Todavía no me acostumbraba hablar de almas. En cierta medida, resultaba denigrante para los hombres que peleaban conmigo, y los que en más de una ocasión me salvaron la vida.

— Es posible, si estas almas se encuentran descontentas con el manejo que nosotros aplicamos a la situación y, siempre y cuando, un guardián esté lo suficientemente cerca como para tener influencia sobre ellas.

— Un dato bastante interesante, Xillen, pero ¿qué pasó con los dos exploradores que envié al campamento de Heitter? Ellos regresaron, a pesar de encontrarse en medio del campamento enemigo.

— La respuesta es muy sencilla, amigo mío. Al enviar a dos almas al campamento enemigo, ellas tenían la sensación de nuestra presencia a su espalda y era su referencia para regresar. En cambio, si ellos hubiesen ido en busca de refuerzos, dicha sensación se perdería ya que a su espalda habrían dos: la nuestra y la del bando contrario...

— Esto no es muy consistente, Xillen. — Dije.

— Lo sé, amigo mío, más así es el camino de los guardianes. Existen misiones únicamente para ellos y, si piensas suficiente en mi respuesta, entenderás que no es del todo vaga. Para todo propósito existe un fin y en esta ocasión es aplicable al dilema que me propones.

La frase de ella cortó el ritmo de la charla y la conversación se estancó. Xillen estaba sentada a mi lado, como esperando a que dijera algo. Pero no se me ocurría el motivo. Así que también esperé.

Los minutos pasaron con lentitud, como dispensados por un – no muy generoso – cuentagotas. Sentía la comezón típica que producen las heridas al cerrarse y el punzante dolor cada vez que movía un músculo de la espalda. Era la primera vez que me herían de gravedad. Antes, tan sólo había recibido rasguños que sanaban en cuestión de días. Con toda seguridad tendría que desperdiciar algunas semanas más en cama. Esto me preocupaba. Si se producía un ataque, sólo Xillen y Miguel lo enfrentarían.

— No te afanes por ello, amigo mío. — ¡Maldita mujer! ¡Por qué demonios tiene que utilizar eso! Ella sonrió apacible, adivinando de nuevo mis pensamientos. — Mientras no se realice un juicio a nuestro enemigo común, ningún guardián tiene derecho a enfrentarse. Ya que este juicio atañe no sólo a nosotros, también los del grupo que nos enfrenta tienen que decidir sobre el que hacer respecto a la ofensa y deshonra que ha traído Heitter sobre ellos.

No dije nada. Pero toda esta cháchara sobre el juicio, me dejaba un mal sabor de boca. Esto quería decir que los dichos Maestros no eran tan perfectos como lo pretendían. Algunas cosas se les escapaban y ello nos afectaba directamente. Si la posibilidad de huir en medio de un combate fuera prevista, tal vez Heitter estaría muerto en este momento y nuestras posibilidades se incrementarían aún más.

— Amigo mío, — Xillen comenzó a hablar con un tono grave de voz, como si quisiera subrayar la importancia de las palabras que iba a decir. — Mucho me duele admitir que las cosas que expresaste en el bosque y en el campo que se extiende frente a este castillo, son verdad. No entiendo del todo al hombre, y mientras mejor penetro entre la complejidad de su mente, más me asombro y me asusto. Tenías razón sobre el dolor que produce todo ese sentimiento, todas esas emociones y valores de los que rebosan los humanos. Más he llegado a una conclusión, al sentir en mi propio ser algunas de esas emociones a las que nunca

antes tuve acceso: es el proceso de la limpieza el que los obliga a ustedes a comportarse de este modo. Tanto la muerte como la vida, la traición y la lealtad, el amor y el odio son procesos que sufren para limpiar sus almas...

— No, Xillen. — La interrumpí de improviso. — No es así. No puedes tomar todas las emociones del hombre, mezclarlas en un todo y llamarlas limpieza. Corrígeme si me equivoco, pero se nos dijo que se eliminan todas las impurezas, las cuales son absorbidas por el cuerpo. Pero nunca, nunca puedes decir que el amor, el honor, el valor, la lealtad y la amistad son impurezas. ¡Jamás!

Ella no respondió. Ni siquiera me sonrió condescendiente. Pasó un largo rato, mientras ella pensaba en una respuesta y en el cual yo luchaba entre la indignación que me produjeron sus palabras y el respeto que sentía por esa mujer.

— Nunca comprenderé al ser humano, a menos que viva como uno, amigo mío. — Por fin respondió ella. — Y por ello quiero internarme en su mundo, más después de lo experimentado, el sobrecogimiento me envuelve y no sé si podría permanecer como un ser intacto después del contacto con las emociones que su mundo representa.

— Esto es exactamente a lo que me refería, cuando me negué llevarte, Xillen. Para mí, eres la expresión del bienestar y la belleza. Un ser que es capaz de cubrirlo todo de una hermosa nube de bienestar. Siempre tienes una explicación y un consuelo a cualquier cosa que me esté sucediendo. Y temo que perdieras algunas de esas cualidades si entras en contacto con lo que es nuestro mundo.

— En ello es en lo que he pensado, amigo mío. — Xillen se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta. — Te deseo pronta mejoría, amigo mío. — Dijo y salió.

Me quedé a solas con mis pensamientos.

Sí, Xillen se vio afectada por la última batalla. Ahora parecía un tigre enjaulado, intentando encontrar una salida en medio de lo que sabe y el conocimiento adquirido recientemente. Al fin y al cabo, esa era nuestra recompensa: el conocimiento. Y Xillen, a pesar de ser imparcial y tener todo el conocimiento de este mundo, tenía sólo una vaga noción del nuestro. Esa era la recompensa que recibía. Aunque no precisaba si era una recompensa o un castigo...

Como ella misma expresó: Los humanos somos tan impredecibles...

VI

El tiempo transcurrió con irritante lentitud. Mis heridas sanaron, pero la de la espalda seguía molestándome un poco. Tal y como nos dijo Xillen, no hubo enfrentamientos. Los Maestros se tomaban su tiempo para decidir y, a decir verdad, no me importaba mucho. Estaba disfrutando de este merecido descanso.

Nos trasladamos de nuevo al pueblo de Xillen. El castillo fue defendido y nosotros éramos los ganadores. Una nueva época nos esperaba así como una nueva batalla que enfrentar. Pero por ahora, nuestra primera intención era descansar tanto física, como emocionalmente.

Después de todo, Miguel y yo, desoyendo los consejos de Xillen, regresamos al apartamento de Andrés. Fue un horrible espectáculo. Afortunadamente, las heridas recibidas en el mundo de Xillen no se manifestaron en su cuerpo de la misma manera. Tenía el brazo partido igual que el cuello.

Ambos lloramos en silencio sobre el cuerpo de nuestro amigo. No hubo ni gritos, ni lamentaciones, ni palabras de despedida. Tan sólo lágrimas. Lágrimas silenciosas salían de nuestros ojos, para deslizarse por las mejillas y caer al suelo. Llorábamos a nuestro compañero de armas, a nuestro amigo, a nuestro camarada; llorábamos a un guardián. Supongo que también desahogábamos toda la tensión acumulada en el mundo de Xillen. El miedo que no podíamos mostrar en el campo de batalla, se desquitaba con nosotros aquí. En este mundo no había magia ni presentimientos. Tan sólo la cruda realidad de la vida nos envolvía por completo, impidiéndonos respirar. No sabíamos lo que nos deparaba el futuro en este mundo.

No resistimos mucho en aquel lugar. En silencio, salimos del apartamento y, a pesar de que era de noche y el barrio peligroso, nos dirigimos cada quién a su casa. A decir verdad, no nos preocupaban tanto los peligros de la ciudad. Después de los años vividos en medio de campañas y muerte, hasta nos haría un favor el ocasional atracador que nos matara de una puñalada y nos libraría de una vez por todas de esta carga. Pero sabía que esto no sería posible. Sabía que los Maestros velarían por nuestro bienestar. Simplemente porque nos necesitaban... Era una triste conclusión y también dolorosa, pero era la verdad absoluta.

Cuando regresamos al mundo de Xillen, ella nos recibió más alegre. Parecía como si también había aprendido que el tiempo cura las heridas. Y es cierto, las cura, pero siempre deja profundas y horribles cicatrices. Aprendió que la vida tenía que continuar sin importar nada más. Ese era el lema de nosotros, los hombres: "La vida tiene que continuar". No importa si algo pasaba, si tu familia moría, si perdías las piernas, si te daba cáncer; nada importaba porque "La vida tiene que continuar". Aprendimos que la vida continuaría en su constante girar sin importar que algo le ocurriese a alguno de nosotros. Si moríamos, bueno... La vida continuaría, ¿no es cierto?

El desarrollo urbano del pueblo avanzó con velocidad en nuestra ausencia. Entrábamos en una nueva época y eso quería decir que el siguiente combate se acercaba. Mi cuerpo todavía no estaba completamente recuperado.

Más el tiempo pasaba sin contemplaciones y los Maestros tardaban en llegar a una decisión. Miguel se volvió taciturno y esquivo. Trataba de evitarnos y se perdía durante semanas en el bosque. Cuando regresaba, se encontraba cansado hasta el agotamiento, sucio y con las ropas rasgadas y en ocasiones cubiertas de sangre. Cuando intentamos averiguar lo que hacía, respondió con un: "Qué les importa" y después de asearse un poco y descansar un día, se internó de nuevo en el bosque. Con seguridad él se culpaba de la muerte de Andrés. En una ocasión intentó compartir conmigo sus pensamientos, pero su ego lo detuvo en medio de una palabra y se retiró. Yo intuía que no se perdonaba que Andrés, lastimado como estaba, saliera encabezando un grupo de exploración y fuera capturado. Intentaba encontrar la expiación en la soledad del bosque, haciendo sólo Dios sabe qué cosas, pero no la hallaba aun. En cambio, su odio hacia Heitter crecía cada vez más y más.

Xillen tampoco salió bien librada del último encuentro. Nunca pensé en el problema que representaría para ella encariñarse con nosotros y la muerte de Andrés era el primer golpe serio que le propinaba su título de guardián. Ella, aunque no intentaba evitarnos, también se mostraba taciturna y pensativa. Ni siquiera me planteó de nuevo su intención de ir a nuestro mundo. Con seguridad, ahora analizaba los pros y contras de lo aprendido, para llegar a la conclusión si ir o no. Sabía que quería ir, pero después de lo experimentado, por fin entendió el peligro que representaría a su imparcialidad un viaje de este tipo.

Yo, en cambio, me mantenía tranquilo y con la mente despejada. También aprovechaba y disfrutaba de los momentos de soledad, pero nunca evitaba a mis compañeros de armas. A pesar de que me dolía la muerte de Andrés, mi corazón estaba tranquilo. Hice lo posible para salvarlo. Aunque también odiaba a Heitter, lo hacía de una manera diferente a Miguel. Él lo odiaba por traicionarnos. Por traicionar la confianza que se le tenía. En cambio yo, lo odiaba como al mayor de mis enemigos. Si antes le tenía algún respeto, ahora lo perdí por completo y no me importaba en absoluto lo que me ocurriera. Simplemente me dedicaría a cumplir mi labor de guardián, sin colocar mi esfuerzo en capturar a Heitter. Si por casualidad me encontraba a él, lo mataría de la misma manera que lo haría con otro guardián enemigo, sin darle la mayor importancia. Me concentré en cumplir mi papel de guardián y nada más. Así que, recordando el viejo consejo de Xillen, me dedicaba a disfrutar de los momentos de tranquilidad y reposo. Ayudaba a los pueblerinos y campesinos. Todos los días dedicaba una hora al entrenamiento físico y otra al manejo de las armas. El resto del tiempo lo empeñaba en proporcionar ayuda al que me lo pedía y, si nadie necesitaba de mi colaboración, iba al bosque a cazar.

Más el tiempo transcurría y el descanso llegaba a su fin. Un día Xillen entró a nuestros aposentos y, luego de tomar asiento, nos invitó a que hiciéramos lo mismo. Tanto Miguel como yo obedecimos sus indicaciones. La cara de Xillen

reflejaba la gravedad del asunto que quería plantear y ambos le hicimos caso sin rechistar.

— Bueno, amigos míos. — Comenzó Xillen. — La hora del juicio se encuentra próxima y ha sido la decisión de los Maestros, el que los guardianes de ambos bandos sean los que decidan la suerte que ha de correr nuestro enemigo común.

Ninguno mostró sorpresa. De alguna manera sabíamos que así sería y sólo esperábamos el momento en el que nos lo dirían.

— Este debate tendrá lugar en la sala de baile del castillo que ahora se eleva en la punta de la montaña que se interpone entre el valle y este pueblo. Tan sólo los guardianes asistiremos a esta deliberación y yo actuaré como representante del grupo, para llevar nuestra decisión conjunta... — Hizo una pausa intencional en esa palabra, mirando a Miguel directamente a los ojos, — ...a los Maestros. — Terminó.

— ¿Cuándo comienza el juicio? — Preguntó Miguel, sin ocultar la ironía que le imprimía a las palabras.

— A partir de mañana, amigos míos, al castillo seremos confinados. Quiero recordaros que seremos diez guardianes que por el momento una misma meta tienen, que es la de imponer un castigo severo a un desertor. — Se detuvo y nos miró uno a uno con intención.

— En pocas palabras, Xillen, hacemos de cuenta que son nuestros amigos por el momento. — Ironizó Miguel.

— Sí.

— Se puede hacer. — Puntualizó él.

— Además, — añadí, — podemos sacar ventaja de esto. Al menos conoceremos a los demás guardianes enemigos. Ellos nos conocen, después de nuestra incursión. Nosotros no.

— Es cierto, amigo mío. De esta forma, la ventaja que ellos tienen sobre nosotros en este campo, será disminuida.

— Bueno, — dijo Miguel después de una pausa general. — ¿Quién quiere una copa de vino?

Todos respondimos con una afirmación.

EL JUICIO

El hospital se encuentra en muy mal estado. Después del intenso bombardeo alemán, es un edificio semidestruido que se mantiene por milagro en medio de otros, que yacen desparramados por el piso, como si un niño gigante jugase con ellos y luego olvidase volver a armarlos. Tú estás acostado sobre una cama limpia, cubierto por sábanas blancas. Tu cara es el reflejo mismo del cansancio. Pero luces mejor que la última vez que te vi. La enfermera me dijo que esta tarde te trasladarían a otra ciudad. Supongo que es lo mejor. Ellos saben que hacer. Sin embargo, en este momento necesito una palabra de apoyo. Una palabra que tan sólo tú me puedes proporcionar. Xillen ahora es imparcial. Es intocable e inaccesible. Más estás con los ojos cerrados, soñando con sólo Dios sabe qué cosas y es un sueño tranquilo, reparador. Y aquí me encuentro, sentado frente a ti, queriendo comunicarte mi resolución respecto a Heitter y sin pronunciar una palabra, por que sé que no me escucharás.

Miro con mayor atención lo que me rodea y en mi cabeza se recrea la escena del castillo, después de la primera batalla. Muchas mujeres revoloteando entre hombres heridos y agonizantes. A pesar de avanzar mil años en la historia, todo es igual. El hombre sigue siendo el mismo hombre: siente igual, se comporta igual y piensa igual. Sonríe con amargura, comparando el momento actual con lo que vivimos y no veo diferencia alguna. Siempre es lo mismo, nada cambia. A pesar de que nos calificamos de superiores a nuestros antepasados, a pesar del orgullo de nuestra supuesta “evolución”, seguimos comportándonos igual como el primero de los cavernícolas.

No, nosotros no avanzamos. No adelantamos a nuestro antecesor, el simio, sino por unos pocos metros en la cadena evolutiva.

¿O retrocedido?

Más no quiero pensar en ello. No quiero pensar en nada. Quiero pensar en Heitter, en el destino oculto que se encuentra en el futuro. En la posibilidad cercana del fin a este sufrimiento.

A todo este juego...

Aprendí mucho durante el tiempo que he combatido en este mundo. Demasiado, diría yo. Llegué a una conclusión, y es que la recompensa que recibimos como guardianes, es la peor forma de castigo que existe. Sé que en nuestro mundo, la gente mataría por conseguir el conocimiento que tú, yo y... Heitter... - sí, también incluyamos a Heitter en este grupo – adquirimos. Y sin embargo el exceso de conocimiento es insoportable. Saber de antemano el resultado de un paso y saber que es imposible evitarlo, por que el que lo comete no te va a escuchar por la misma naturaleza del hombre.

Estamos encerrados en un círculo vicioso donde lo único que evoluciona y cambia es la tecnología. Lo demás, la regla primordial de nuestra vida, sigue igual.

Matar para sobrevivir, independientemente del campo al que se aplique esta conclusión. Ya sea por comida, ya sea por tierra, ya sea por fe...

Si hasta por una cualidad como es el amor, el hombre mata. Me aterra pensar en ello. Quizás esté equivocado y llegué a esta conclusión gracias a las penalidades sobrellevadas. Más mi experiencia me empuja a pensar así. No sé si tú, después de recibir estas heridas, de vivir alimentándote de odio, de sufrir por miles de años, aprendiste algo. Me gustaría escuchar tu voz en este momento, una palabra de alivio, un consejo, algo... Pero estás sumido en la inconsciencia, navegando sin rumbo en algún lugar de la mente, tal vez necesitando el mismo consuelo que yo...

Pregunto a una de las enfermeras si Xillen ha venido a visitarte. Me responde que no. Aunque ello me entristece un poco, no me extraña. De nuevo se refugió en su niebla de imparcial, aunque muy dentro de mí, siento que nuestros nombres permanecerán en su corazón por mucho, mucho tiempo después de que nos vayamos para siempre a un merecido descanso.

Me levanto con lentitud y te miro por una última vez. Después, doy la vuelta y salgo. El frío me envuelve de inmediato, como un manto pullante. La respiración se corta de momento y siento los pulmones arder con las primeras bocanadas de aire que aspiro. Camino de regreso al carro, donde mi ordenanza espera con impaciencia. Hacía rato deberíamos regresar al frente. El último ataque está planeado para mañana y tengo que revisar por última vez las disposiciones de nuestras tropas antes del combate.

Monto en el carro y el chofer arranca y avanza por una carretera llena de cráteres, producto del bombardeo. Pasamos de largo por un campo y recuerdo con dolor que era el campo de prisioneros. No estuve ahí, pero lo que me contaron los que entraron, erizaba los pelos a cualquiera. Los mismos alemanes pasaban hambre y los prisioneros estaban condenados a una muerte por inanición. Los cadáveres eran innumerables y para entrar en el campo, había que, literalmente, caminar sobre ellos.

Estaban tirados en la tierra, congelados hasta el punto de no poderlos mover. Los pocos sobrevivientes parecían esqueléticos reflejos de lo que debía aparentar un ser humano. Cubiertos de piojos, pulgas, llagas e innumerables heridas que en muchos casos todavía supuraban. La mayoría estaba tan debilitada que no lograba articular palabra, otros deliraban constantemente. Muchos de los rescatados morían en manos de las enfermeras, quienes inútilmente, bañando en lágrimas a los cadáveres vivos, trataban de alimentarlos y limpiarlos.

Las epidemias no se hicieron esperar y ya teníamos considerables bajas tan sólo por el tifus. La mayoría de las bajas fueron entre el cuerpo médico y esas mismas enfermeras que con esmero, amor y compasión auxiliaban a los rescatados, morían días más tarde, acompañando en un viaje sin regreso a aquellos que trataron de socorrer.

Era una prueba impresionante y enloquecería a una persona de mente débil. Más en esta guerra, todo y todos estaban envueltos en la coraza del odio, la venganza, el deber, la amistad y el amor. Y mientras avanzo a enfrentarme con mi destino, pienso cómo se complementan, después de todo, esos sentimientos y

cómo son los sentimientos que a la larga definen el curso de la historia y la vida de miles de personas.

La verdad de la vida, como la entiendo ahora, radica en los impulsos básicos que residen en algún recóndido lugar de nuestra mente.

Miro a lo lejos la nube de constante humo negro que se eleva sobre la ciudad y no encuentro la forma para explicar el coraje y férrea fuerza de voluntad de los hombres que la defendieron durante meses, contando con muy poco apoyo y que además tuvieron la fuerza suficiente como para contener el avance alemán y luchar cuerpo a cuerpo en las calles de una ciudad semidestruida. Hombres que decidieron entregar su propia vida y no dar un sólo paso atrás, con las posibilidades en contra.

Imagino esto y en mi mente se forma la imagen de los combates que sostuvimos tiempos atrás. Combates que ganamos en contra de todas las expectativas. Combates que ni siquiera imaginé ganar. Y en los momentos cuando me veía perdido y cuando estaba seguro de que la muerte vendría como una sombra acogedora y me libraría de los pesares; el coraje y, en algunas ocasiones, la locura que se apoderaba de nosotros, nos hacía ganar. Quizás por que nunca perdimos la fe, quizás por que nunca consideramos siquiera la posibilidad de rendirnos, quizás por que queríamos luchar hasta el último aliento sin pensar en la posibilidad de retirarnos o huir, como lo hizo Heitter...

Cuando pienso en esto, me pierdo entre las posibilidades y las razones por las que sobrevivimos...

Incluyendo a Heitter...

I

El castillo era muy parecido al que nosotros defendimos. A medida que nos acercábamos, distinguí la guardia de honor dispuesta a su entrada y las banderas de ambos bandos que adornaban cada lado de camino, oteando salvajemente, mecidas por una brisa matutina fuerte. Miguel, ataviado con sus mejores armas, caminaba delante de nosotros, llevando a su caballo por las bridas. Xillen lo seguía, montando un corcel moteado y yo cerraba la procesión, caminando igual que Miguel. No imaginaba qué clase de juicio sería este. Tampoco siquiera me acercaba a la idea de un castigo equiparable a la falta de Heitter, sin que fuera la muerte.

Entramos por la puerta principal, mientras la guardia de honor nos saludaba. Ninguno correspondió el saludo. Nuestras mentes estaban ocupadas, pensando en lo que nos esperaba en esos recintos, en el futuro de Heitter. Pasamos una puerta, una sala, otra puerta, un salón y otra puerta, hasta que entramos en una sala cuyo único centro de atención era una larga mesa, ubicada en el medio y rodeada de sillas. No había otro mueble. Esa era la mesa, tras la cual se decidiría el futuro de Heitter y, de paso, el de nosotros. Los guardianes del otro bando no llegaban aún, así que exploramos el lugar un poco relajados. Miguel recorrió la habitación, siguiendo las paredes, y luego se sentó. Xillen y yo ya lo habíamos hecho y ahora esperábamos a los otros miembros de este extraño jurado, en silencio.

— ¿Y bien? — Miguel nos interrogó con la mirada.

— Supongo que esperar. — Respondí, lacónico.

No alcancé a terminar la frase, cuando la puerta se abrió y entraron nuestros enemigos. Xillen se levantó, cortés, para recibirlos. Miguel se estiró despectivamente sobre la silla y colocó los pies sobre otra, haciendo todo el ruido posible, tratando de llamar la atención sobre él. En cambio yo, me quedé como hipnotizado, mirando las caras, rasgos y formas de aquellos seres que entraban en la sala, intentando memorizar cada una de sus facciones características, para después, luego de que acabara este mal llamado juicio, localizarlos con mayor facilidad en medio de una batalla y tirar contra ellos primero para acabar más rápido. No sentía ni odio ni curiosidad. La más grande apatía me embargaba. Tan sólo me interesaba conocer quiénes y cómo eran. Reconocer a mis enemigos. Pero el último personaje que entró, llamó de inmediato mi atención. Era otro humano. Era un poco alto, moreno y sus rasgos me parecían curiosamente familiares. Intenté hacer memoria, pero no lograba acertar dónde le había visto. Decidí dejar el tema para más tarde, aunque la curiosidad se despertó en mi interior.

Se sentaron en silencio y durante largos minutos nadie pronunció palabra. Nos mirábamos con incredulidad. Perplejos por el simple acto de compartir una habitación sin lanzarse unos contra otros a cuchilladas. Ni siquiera Xillen, quién sería la más apropiada para iniciar la conversación, tomaba la iniciativa. Parecía que esperábamos que algo sucediese. Una señal, cualquier cosa que nos obligara

a ver que era la cruda realidad y no un sueño lo que vivíamos, y así fue. Una puerta lateral, en la que no me había fijado, se abrió y entraron dos seres cuyo cuerpo era casi transparente. Parecían hechos de niebla, pero se alcanzaban a distinguir algunos rasgos que definían una forma. Todos, incluso los guardianes del bando contrario, nos levantamos al unísono, siguiendo un impulso misterioso e inclinamos nuestras cabezas en señal de respeto y reconocimiento. Pero ese saludo era algo más, e intuí, casi instintivamente, que esos seres eran un Maestro de cada bando.

Lancé una mirada rápida a Miguel, pensando que todavía estaba echado sobre su silla con los pies al aire, y con agradable sorpresa descubrí que se encontraba de pie, haciendo la misma humilde reverencia que el resto de los presentes. Se sentía un aire misterioso en el ambiente que, vagamente, me recordaba la primera vez que acudí a las puertas de este mundo. Este pensamiento me envolvió en nostalgia al recordar que en ese momento éramos cinco. Un sólo grupo. Una sola amistad...

Los Maestros correspondieron el saludo y tomaron asiento a la cabecera de la mesa en posiciones contrarias, separando simbólicamente a un bando del otro. Todavía no sabía a ciencia cierta cual de ellos era el Maestro que representaba mi bando y eso me causaba cierta aprensión. Quizás quería saber quién era tan sólo por reconocer a aquel a quién yo representaba en el campo de batalla; quizás, para seguirle el juego en lo que dijera, para de esta forma relegar la decisión de este juicio en él.

— Sed bienvenidos a esta mesa de deliberaciones, en la cual hemos de tomar la decisión difícil que implica el castigo a un ser vivo que traicionado ha lo que esta conflagración representa y olvidado que él es una ficha bajo la mano de un jugador, ser queriendo lo que no se es. — Dijo el ser de la derecha a modo de introducción, dando de esta manera comienzo al debate.

— Tened en cuenta que no vamos a discutir acerca del acto que este ser cometido ha, ni en detalles entraremos si es una falta o no. Es clara la culpa en este caso y decidir tan sólo queda el castigo que semejante acción se merece. — Complementó el ser de la izquierda.

Las voces de ambos Maestros eran fuertes y la entonación de la voz, hacía parecer aún más grave el delito. La mesa quedó en silencio, mientras esperábamos si estos seres, que rallaban la divinidad, tenían algo más que agregar, pero ellos permanecieron en silencio y esto dio por abierto el debate. Comprendía que de ahora en adelante, ellos se limitarían a escuchar, mientras nosotros tomábamos la decisión. Sin embargo, en ese momento no se me ocurría un castigo apropiado. En mi mente rondaba la muerte así que, con prudencia, esperé a que alguien más tomara la palabra. Un ser, que parecía una réplica exacta de Vilikres, pidió la palabra:

— Nobles todos, — saludó, inclinando por la mitad su forma. — No sé qué clase de castigo imponer a alguien que ha caído tan bajo. Por lo menos, no se me ocurre un castigo ejemplar. Sé que no se le castigará con la muerte, ni tampoco se retirará su título de guardián. Más una idea se forjó en mi cerebro y que sería una

parte del castigo. Se me ocurre que el principio de este castigo, sea el que no regrese a su planeta y a su cuerpo, hasta que uno de los bandos sea eliminado.

El scringchiano no alcanzó a terminar, cuando yo ya había lanzado una enérgica negativa:

— ¡De ningún modo! — Xillen me agarró del brazo, indicándome calma, pero mi mente se iluminó y, haciendo caso omiso de mi amiga, continué. — Eso no es un castigo, ¡es una recompensa! La recompensa de los guardianes es el conocimiento y mientras más tiempo él permanezca aquí, mayor conocimiento adquirirá. ¡No voy a permitir eso! Lo mejor sería dejarlo confinado en el planeta y obligarlo a presentarse únicamente cuando esté a punto de iniciar un combate. — Me detuve en ese momento y guardé un obstinado silencio, esperando a que el scringchiano me respondiese. Pero éste prefirió guardar silencio.

Entonces, el humano del bando contrario se levantó y dijo con una calma casi exasperante:

— Aunque la idea de mi amigo Tylais no es buena, tampoco lo es la tuya.

Y diciendo esto me miró directamente a los ojos con una sonrisa tan característica, que de inmediato reconocí dónde y cuándo vi a ese personaje. Era el joven que alguna vez, siglos atrás, en el planeta, se atravesó frente al carro y luego se burló de mi impotencia con un gesto bastante claro. Creo que en ese momento comprendió que lo reconocí y, dándome a entender que también sabía quién era, sonrió aún con mayor amplitud y desde la manga de su túnica, con estupor, vi que me hacía el mismo gesto que hizo una vez frente al carro. Extrañamente, no sentí ninguna furia. Únicamente un ligero atisbo de malestar. Ignoré olímpicamente la provocación y con beligerancia le indiqué que continuara. Esto exasperó al hombre y su sonrisa se borró como por arte de magia, dando lugar a una máscara de mutismo.

— Como decía, — continuó el hombre, — esta propuesta tampoco es del todo buena, ya que no sólo se le da castigo a él, sino a todos nosotros al privarnos de un buen líder y estratega...

— De un buen asesino que tiene aterrorizados a los aliens... — Gruñó por lo bajo Miguel, pero justo en ese momento el humano terminó de hablar y todos los presentes escucharon con claridad la frase. Las miradas se clavaron de inmediato en Miguel y éste, lejos de apabullarse, respondió con furia todas y cada una de ellas.

— Si algo tu mente ronda, sin más dilo. — Ordenó el ser de la derecha y Miguel, de mala gana, obedeció.

Se levantó con lentitud, desafiando con cada movimiento de su cuerpo a los presentes, incluso a los Maestros. Se cruzó de brazos, orgulloso; barrió con la mirada la habitación y soltó a bocajarro:

— Tengo una forma de castigo. Él ya no es un hombre. No sé las costumbres que tengan ustedes, — miró a los extraterrestres, — pero nosotros, por lo general, sometemos a una prueba al que cometió una ofensa. ¡Quiero un duelo con él! — Al decir esto, la incredulidad y sorpresa se pintaron en los rostros, pero Miguel continuó: — Acabaré con Heitter con rapidez y continuaremos con nuestra rutina.

Se extendió un gran silencio, mientras todos pensaban y analizaban esta forma de castigo. La idea parecía buena y, sin embargo, algo estaba mal. Algo no cuadraba. Xillen fue la primera en darse cuenta qué era:

— Amigo mío, — comenzó ella, — como siempre, estás dispuesto a todo para dar fin a tu búsqueda y un grave error cometes. — Miguel la fulminó con la mirada, pero guardó silencio y se sentó. — Quieres convocar a un campo de honor a un ser que el significado de dicha palabra no conoce. Quieres medirte por igual con un ser, al cual desprecias, y a quién eres superior... — Xillen se detuvo y recorrió con los ojos la habitación, hasta detenerse sobre el grupo de guardianes enemigos. — Vosotros debéis olvidar que el llamado Heitter es su amigo o líder. A su muerte los abandonó en el campo de batalla... Frente a la muerte los dejó, mientras buscaba con afán su propia salvación. No busquéis una salida ventajosa para aquel que los ha humillado, asesinado, vendido y despreciado. Por más que queráis ganar este combate titánico, en este momento pensar debéis en lo que este ser ha realizado y el castigo que merece por ello. — Se detuvo de nuevo, hasta fijar sus ojos en mí. — Y tú, Enrique, no debes olvidar que causarle la muerte no es permitido, ni privarle de su título de guardián. Ello implica que no se le negará el conocimiento y tampoco prisionero será de cualquiera de los mundos.

Guardamos un profundo silencio. Todos nos equivocamos y sólo Xillen se dio cuenta de ello. Llegamos para imponer un castigo, pero ese castigo lo planteamos de acuerdo con nuestras propias ambiciones, intereses y emociones. Había que dejar de lado todo esto. Dejar de lado el individualismo y por primera vez pensar el castigo que merece este ser, sin importar lo que representase para nosotros.

En ese momento pensé el mal papel de jurado que representábamos, el mal jurado que, estaba seguro, llegaría a una endeble sentencia. Y por primera vez pensé, que quizás nosotros no éramos los indicados para juzgarlo. Mejor juicio le harían las almas a las que representaba, que aquellas que compartían su cargo.

— Las palabras expuestas, Xillen, tienen sentido. — Volvió a tomar la palabra el scringchiano, levantándose con pesadez. — Me disculpo ante todos por mi pensamiento parcial, más algunas palabras de las que aquí se pronunciaron han llamado mi particular interés: el humano Heitter perdió el honor, su posición espiritual y dejó de ser hombre. Entonces, creo yo, que la parte importante y la esencia del castigo, es el quitarle esta humanidad. Únicamente tres, de los aquí presentes, son dignos para imponer dicho castigo. — Y con un rítmico movimiento de su cuerpo, meciéndose al compás de las metálicas palabras, nos señaló: — Tú, el llamado Miguel; tú, el llamado Enrique; tú, el llamado Camilo. Nosotros no tomaríamos una decisión correcta ya que no comprendemos la naturaleza humana, así como ustedes no comprenderían la nuestra.

Dicho esto, el scringchiano calló y se sentó. Enseguida se desató una polémica de la cual, por extraño que parezca, los tres humanos no tomábamos parte. Personalmente, esta idea me gustó y, por la forma en la que brillaron los ojos de Miguel, sabía que compartía mi pensamiento. No obstante, era una forma fácil para los extraterrestres y esos seres superiores como Xillen y los Maestros, de librarse de tomar una decisión.

Y sin embargo, la discusión continuó un largo rato, hasta que se escuchó la orden de los Maestros de dejar la decisión para mañana. Se abrieron todas las puertas y los Maestros se retiraron por la misma puerta lateral, mientras nosotros, los guardianes, salíamos por la principal.

En el corredor nos dividimos. El grupo encabezado por Camilo subió por las escaleras de la derecha, mientras nosotros seguimos más al fondo, en busca de nuestras habitaciones.

— No entiendo por qué acabó tan rápido. — Dijo Miguel entre dientes sin ocultar su mal genio.

— No lo sé, — contesté. — ¿Tú qué crees, Xillen?

— La respuesta es muy sencilla, amigos míos. No tomaríamos el camino correcto sin pensar bien la propuesta por Tylais realizada. Tiene razón, él, al darnos a entender que los humanos serían los más apropiados para imponer un castigo a otro humano. Más ello nos excluiría al resto de la participación de este debate y ese es el motivo que nos impulsa a largo rato meditar en esta delicada cuestión, antes de decidir si en ustedes confiar o no. — La miramos con sorpresa al terminar ella la frase, pero ella no acababa aun: — Si con seguridad llegarán a la decisión correcta.

— ¿Crees que llegaremos a esa decisión? — La pregunta, cargada de veneno, saltó de mis labios sin pensar y me arrepentí de inmediato.

Xillen no respondió. Habíamos llegado hasta la puerta de su habitación y ella, tras abrirla, se detuvo bajo el marco, dándome la espalda. Sentí un frío que provenía de ese cuarto y se me erizó la piel.

— No confundas, amigo mío, la amistad que a ambos profesó, con la responsabilidad profesional. — Fue su respuesta. — Por ahora me despido. — Y cerró la puerta.

Me quedé mirando como un estúpido la puerta de roble ocre, sin entender del todo esa actitud tan fría por parte de ella. Tal vez, su papel de imparcial regresaba de lleno en ese momento y eso sería lo más lógico para representar el papel de jurado. Quizás no estaba contenta con nosotros por el error que cometimos en nuestra primera deliberación. No sabría decirlo con exactitud.

Quería compartir mis pensamientos a Miguel, pero este me fulminó con la mirada antes de que abriera la boca. Él también se sentía afectado por lo ocurrido y, hasta donde entendía, no soportaba la idea de sentarse al lado de sus enemigos. Definitivamente, esta prueba impuesta por los Maestros era dura.

Recorrimos en silencio el resto del camino hacia la habitación que compartiríamos hasta el final de la tregua. Era un silencio pesado y forzado. Parecía que la presencia de uno molestaba al otro y viceversa. Cada quién quería quedarse a solas para poner en orden sus ideas.

Dejando a Miguel en el cuarto, salí del castillo y me dirigí a la punta de la montaña, esperando que la vista del valle me reconfortase. Mi escudero se lanzó a mi encuentro, preguntándome si quería mi caballo y su compañía. Decliné ambas ofertas. Mientras caminaba, el aire fresco, combinado con el verdor que me rodeaba y el alegre brillo del sol, me devolvieron poco a poco el ánimo que perdí entre las paredes del castillo. La calma que me rodeaba me inspiró la tranquilidad

que necesitaba para pensar, así que desistí en llegar a la punta de la montaña y me senté al borde del camino, contemplando las nubes que pasaban sobre mi cabeza con perezosa lentitud.

Pensé en los otros cuatro personajes quienes guardaron silencio sin aportar una idea, hasta que comenzó la pelea si los humanos debíamos ser los que juzgásemos a Heitter. Estaba casi seguro que ellos jugaban un papel casi nulo en la línea de mando del bando enemigo. Los dos personajes que llamaron mi atención eran el scringchiano y el humano. Podía afirmar que el tal Camilo y el otro, eran la mano derecha e izquierda de Heitter. Y también me di cuenta que necesitaban de su presencia y liderazgo. Nunca antes, en nuestros años mozos, imaginé que Heitter tuviese dotes de liderazgo. Más parecía de aquellos que siguen al montón sin aportar mucho. Pero me equivoqué. Ellos tenían necesidad de Heitter. Sabían que sin su presencia no tenían posibilidades de ganar. Eso y el miedo, que con seguridad él les había infundado, lo convertían en una necesidad de la que ellos no podían prescindir. Esto nos facilitaba en gran cantidad las cosas.

La realidad nos mostraba que el enfrentamiento sería entre Heitter, Camilo y Tylais; contra Miguel, Xillen y yo.

Tres contra tres...

Porqué los débiles no eran tenidos en cuenta...

II

Demoraron dos días. Dos largos días en los que nos negaron, con elegancia, el acceso a la sala. No sé qué pasaría con Camilo, ni me interesaba, pero Miguel y tuvimos que vagar, durante lo que parecieron siglos, por la comarca en espera de la decisión. Parecía que nosotros éramos los juzgados y no Heitter, y en cierto modo así era. Se estimaba en ese momento nuestra capacidad de ser jueces dignos o no de un hombre encontrado de antemano culpable de sus delitos.

Miguel todavía estaba resentido por la reprimenda de Xillen. Aunque yo no apoyaba a Miguel, también tuve esa misma idea. Nosotros, los hombres, evitamos tomar decisiones drásticas, relegando en señales divinas o leyes estúpidas. Era comprensible que tanto Miguel como yo, pensáramos en una justa para resolver el problema. Más no era lo correcto y Xillen nos lo mostró, aunque no de una manera agradable.

Era la tarde del segundo día y ambos, entre la melancolía, sacamos un poco de alegría y le exprimimos todo el jugo posible en la taberna, a punto de cerveza, aguardiente y vino. La juerga duró hasta el amanecer y ambos quedamos dormidos en la mesa del centro del local. Cuando la mañana siguiente un siervo nos despertó, avisándonos que nos necesitaban en el castillo, ninguno podía mantenerse en pie por más de cinco minutos, y la palidez y ojeras de ambos rostros resaltaban la tremenda resaca por la que atravesábamos en ese momento. Así que la noticia no fue recibida con alegría. Al contrario, después de palabras fuertes, Miguel estuvo a punto de sacar al siervo a patadas, pero yo lo agarré en silencio por la cintura, lo saqué a la calle y lo tiré en un barril de agua lluvia. Salió enseguida, escupiendo agua y maldiciendo mi estirpe desde el principio de los tiempos. Me reí de buena gana de la escena y luego de que Miguel saliera, repetí la misma operación conmigo, sintiendo la frescura el agua borrar en parte la resaca que me estaba matando. Luego me dirigí al castillo en busca de ropa fresca y después de cambiarme, pasé al salón.

Ocupaban las mismas sillas que la última. Miguel ya estaba sentado y su mirada expresaba el aburrimiento que sentía en ese momento, esperando algo. Me senté en mi sitio y entonces los Maestros hablaron casi al unísono, parecían ser uno, aunque alcanzaba a distinguir las dos voces:

— Guardianes, — dijeron, — tomado hemos la decisión que se acerca más a lo correcto y justo. Seréis vosotros los encargados de decidir el más apropiado castigo para el llamado Heitter. Es justo que seáis vosotros los que dicho castigo impongáis, ya que sólo vosotros a fondo conocéis la raza vuestra, y sabréis aquello que lo más apropiado sería para la falta que se ha cometido. — Hubo una pausa en la cual nadie habló. Los Maestros continuaron: — En cuenta tened que responsabilidad como esta dada a los guardianes nunca había sido, vosotros los primeros seréis en esta oportunidad tener y se centran nuestras esperanzas en que a la correcta decisión lleguéis.

En seguida, los presentes se levantaron, incluyendo los Maestros, pero nosotros, los tres humanos, permanecimos sentados por alguna extraña razón.

Después, nos saludaron y, uno a uno, salieron por la puerta principal que luego se cerró de un golpe. Nos quedamos en silencio, llenos de sorpresa, mirando la cerrada puerta, sin creer todavía el acto que presenciábamos. Pero, ¿qué tenía de raro? Tomaron su decisión y nos dejaron el resto a nosotros.

— Bueno, — dijo Camilo y una risa nerviosa cruzó su rostro. — Aquí estamos...

Dejó la frase en suspenso, pero ninguno respondió. Miguel le lanzó la mirada más odiosa de la que era capaz y yo traté de organizar un poco mis ideas.

— ¿Y, bien? — Insistió Camilo.

— Y bien, ¿qué? — Le lanzó Miguel.

— Mira, pedazo de idiota, — Camilo no se intimidó por la actitud amenazadora de Miguel y hasta se levantó un poco de la silla, retándolo. — No me das el mínimo miedo. ¡No soy como los idiotas que están conmigo, así que deje las maricadas!

Miguel hasta se sorprendió por la respuesta, pero reaccionó enseguida y su mano buscó espasmódicamente el sitio donde debía estar la espada, más esta se encontraba en este momento muy lejos, en la habitación, junto con las ropas mojadas que se había quitado. Sin embargo esto no le detuvo y, tras apartar con un movimiento brusco la silla, se dirigió a zancadas a Camilo que hacía lo propio desde su sitio. Se lanzaron casi corriendo al encuentro, cada quién con los puños listos para romperle a su enemigo mortal hasta la última fibra de su cuerpo; mientras que yo apartaba mi silla y les gritaba que se detuvieran. No me hicieron el menor caso y cada uno se encontró con un formidable puñetazo. Camilo recibió el golpe en la nariz y Miguel en la frente. Se escuchó un sonoro "clunk" y la sangre comenzó a manar a raudales del tabique roto de Camilo. Levantó una de las manos protegiéndose la cara y con la otra se preparó para responder al eventual ataque de Miguel, cuando se dio cuenta de que este último caía muy, pero muy despacio al piso. Se relajó de inmediato y caminó de vuelta a su lugar. Se sentó con calma, aunque su respiración revelaba lo contrario, y reclinó la cabeza contra el respaldo. Me acerqué corriendo a Miguel, pensando que estaba muerto, pero después de ponerle dos dedos en la yugular, percibí un pulso débil. Luego miré su rostro, y vi que en la frente tenía estampada una figura en forma de rombo, que rápidamente adquiriría un color violeta. No acertaba a entender lo sucedido y miré con estupor a Camilo. Este se dio cuenta que le miraba y tras comprender mi inquietud, se limitó a mostrarme su mano derecha: el dedo medio relucía un grandioso diamante, engastado en un anillo de plata. Esto me causó tanta gracia, que rompí a reír de inmediato.

Todavía riendo, ayudé a levantarse al ahora atolondrado Miguel y lo senté. Aunque ya estaba consciente, todavía no era capaz de entender qué camión lo había atropellado.

Me acerqué a Camilo.

— ¿Cómo está?

— Ejte idiota me pagtió la nagiz. — Me respondió y esbozó una sangrienta sonrisa.

— Deje ver...

Él me permitió que le examinara. Sí, tenía una fractura, pero yo era experto en causarlas, no en arreglarlas.

— Va tocar llamar al médico. — Dije de mala gana. No me causaba ninguna gracia el explicar lo sucedido. Pasaron sólo cinco minutos después del discurso de los Maestros y ocurría esto...

— Espérese un segundo. Ya traigo a alguien.

No me tomó mucho tiempo encontrar a un médico. Al salir me topé con Xillen y no pude más que contarle la verdad.

— Si es así como vosotros, los humanos, tomáis una decisión, me dejáis sin palabra... — Fue su único comentario, pero accedió acompañarme y ayudar a ambos.

Una hora después, Camilo relucía un pulcro vendaje en la cara y Miguel un gigantesco chichón en su frente. Ambos sentados, mirándose con fiereza, sin decir palabra. Xillen se había ido hacía rato, pero el silencio seguía reinando en la habitación. Aunque la situación era delicada, a mí me causaba tal gracia que me tomaba enormes esfuerzos no reír. Miraba a uno, ora a otro y no evitaba pensar en lo idiotas que éramos y poca cosa a comparación de otros seres. Ni siquiera éramos capaces de menguar nuestras diferencias bajo una bandera de tregua.

Definitivamente: cuando odiábamos, lo hacíamos con toda la seriedad del caso.

Podría remitirme a nuestra historia y analizar las susodichas treguas que siempre terminaban quebrantadas, por no reprimir las diferencias o, también los odios; ya sean interraciales, religiosos o de otra índole. Sí, los humanos éramos una raza aparte en el escalafón de las razas que hasta ahora había conocido.

Mi buen genio comenzó a esfumarse, a medida que el silencio se prolongaba.

— Bien... Vamos a seguir así ¿o qué? — Pregunté bruscamente.

No hubo respuesta.

— Miren, ya que ustedes dos se quieren tanto, se lo pongo de esta manera: mientras más rápido terminemos con esto, más rápido saldrán de aquí a matarse con tranquilidad. — Lo dije con brusquedad, pero sin evitar añadir ironía a las palabras.

Y la reacción que obtuve fue inmediata. La atmósfera de odio se esfumó como por arte de magia, para ser reemplazada por otra de hipocresía.

— Tienes razón, Enrique. — Dijo Miguel y por primera vez en toda la hora desvió la mirada de Camilo. — Es mejor que nos dediquemos a lo que llegamos. ¿Cierto, Camilo?

— Sí, Miguel. — Camilo respondió igualando el tono de Miguel. La comedia empezó. — ¿Alguien tiene alguna idea?

— Pues, bueno... Gm... — Miguel se aclaró la garganta, pasó con delicadeza la mano por su deformada frente y dijo: — Pienso que la idea general es la de joderlo, sin lastimarlo... Así que, aunque la idea de una justa era buena, habría que modificarla... Algo así como... No sé... ¡Quizás un castigo público, que le den cincuenta latigazos y basta! — Miguel por fin halló una salida entre esas palabras sin sentido.

— No sé... — Después de rumiar un poco la idea, respondió Camilo. — Sería peligroso, podría morir azotado. Y nosotros no queremos eso, ¿cierto? — Esbozó una sonrisa.

— Bueno, tal vez deberíamos... — Comencé, pero no terminé...

— ¿Qué?

— Nada...

Y otra vez silencio. Y creo que entendía la razón. No imaginábamos un castigo ejemplar que no implicara la sangre. Un castigo que no fuera físico, para nosotros no era castigo. Más así era como nosotros castigábamos a aquellos que, en nuestro concepto, lo merecían.

Habían tres clases de castigo que siempre aplicábamos: el físico, el moral y el de la sangre. ¿Más qué clase de castigo se merecería Heitter? El de la sangre quedaba descartado de antemano; el físico no sería castigo serio para semejante acto; el moral no se aplicaba a un hombre que no conocía aquella palabra...

— Miguel...

— ¿Qué?

— ¿Qué clase de castigo le aplicaría usted a un paladín que ha cometido un acto semejante? — Pregunté.

— ¡¿Qué?! — Pareció sorprendido por la pregunta y no acertaba a comprender lo que le decía.

— Se acuerda... En Dungeons...

— Ah... Sí... — Pero ese "sí" se refería a que comprendía la pregunta, más no que sabía la respuesta. Después de meditar un rato respondió: — Bueno, primero se le quitaba su rango de paladín, se le excomulgaba de la iglesia... Terminaba sus días como un pastor o un pobre monje. Era en contadas ocasiones que volvía a ocupar su puesto de paladín... — Miguel se detuvo, recordando. — ¡Ah, sí! Tenía que demostrar que seguía siendo paladín, demostrando su valor, mediante un acto heroico que compensara la ofensa...

— Ok... ok... — Interrumpió Camilo. — Creo que lo comprendo... Habría que obligarlo a realizar algo que lo reivindicara.

— No es así de sencillo... — Respondí entre dientes. — La idea general es esa, pero debemos trabajar en ella.

— ¿Y?

— No sé... Tan sólo digo que debemos trabajar en ella.

— Bueno, qué les parece si lo ponemos a, no sé... buscar el Grial o algo... — Dijo Miguel y me sorprendí de que él fuera el que saliera con semejante propuesta.

— ¿Qué? Miguel, hombre, esa no es una buena idea...

— ¿Por qué? No lo sacamos de su cargo de guardián, tampoco le molemos a golpes. No le confinamos a este mundo. Tiene una misión que cumplir, pues que la cumpla... — Y sonrió.

Camilo se rió, puso los codos sobre la mesa y, apoyando la cabeza sobre las manos, respondió entre risa y risa:

— Buena la forma de poner a Heitter fuera de combate con elegancia, Miguel. No se le castiga, pero se le obliga a ser un pobre caballero andante, que recorre este mundo en busca de una cosa que ni siquiera en el nuestro encontraron... Elegante... — Repitió y rió con mayor deleite.

Miguel se ofuscó, pero se dio cuenta del error:

— Era una idea, no más... ¿Tiene una mejor?

Camilo no respondió y me di cuenta que los ánimos comenzaron a exasperarse nuevamente. Para evitar un nuevo enfrentamiento, fingí que bostezaba y estiré lo brazos desesperándome.

— Estoy mamado... — Dije bostezando. — Además, esta resaca me está matando... ¿Qué les parece si dejamos esto para mañana?

— Estoy de acuerdo, — respondió Camilo.

— Sí... — Dijo Miguel para no quedarse atrás y fue el primero en salir.

Camilo me miró fijamente. Parecía esperar algo, pero yo no sabía qué.

— Su amigo es un burro de primera, — fue su introducción, siempre con la sonrisa por delante.

Me tomó por sorpresa. Esperaba cualquier cosa, menos esto. Sentí que la adrenalina comenzaba a fluir por mi cuerpo y cómo la palidez cubría mi rostro. Pero no me dejé llevar...

— ¿Y?

— No entiendo cómo es capaz de aguantarlo, hermano. — Continuó con toda la naturalidad del mundo. — Es un pobre idiota que se deja dominar por sus impulsos, creyendo que a punta de puño se resuelve cualquier problema...

Yo ya comprendí para donde iba...

— Sí, es cierto, pero en muchas ocasiones resulta endemoniadamente efectivo, ¿no es cierto? — Le devolví la sonrisa, mil veces amplificadas e indiqué con un movimiento de cabeza el vendaje que cubría su rostro.

Camilo pareció ofuscarse ante mi negativa de un enfrentamiento. Su táctica de obligarme a perder el control no daba resultado, así que decidió cambiarla...

— Pero ustedes han sido de buenas, les tocó con esta vieja... la imparcial...

— Xillen, — le ayudé con amabilidad.

— ¿Qué?

— Ese es su nombre: Xillen. — Le repetí.

— Ah... Bueno... si no fuera por ella, ya estarían aniquilados. Ya habríamos ganado. Creo que sin ella ustedes no son nada... — Volvió a sonreír, pero le faltó fuerza y convicción a sus palabras. Había perdido el entusiasmo del principio y se tambaleaba sensiblemente en su posición.

— Quizás tienes la razón, Camilo. — Le devolví la pelota.

— Quizás... — Repitió él la palabra, pero esta vez sin sonreír.

Su propia táctica se volvió contra él, mientras que yo le daba un millón de gracias mentales a Xillen. Si no fuera por las lecciones de paciencia y tolerancia que impartidas por ella décadas atrás, estaría estrangulando a Camilo con el mayor de los placeres del mundo.

— Más eso no viene al caso, ¿cierto? — Insistí.

— No.

— Entonces, ¿qué quiere?

Su respuesta no fue inmediata. No esperaba que la conversación tomase este rumbo y se detuvo a pensar bien su respuesta.

— Creo que lo mismo que ustedes: acabar con esto lo más pronto posible.

— Entonces, ¿por qué no se rinden?

— ¿Qué?

— Sí, ríndanse. — Me deje llevar por una inspiración casi milagrosa. — No han ganado una batalla durante mucho tiempo. En la última, sus fuerzas se disminuyeron drásticamente. Su general es ahora un proscrito en espera de sentencia. Creo que deberían rendirse...

— ¡Nunca! — Camilo se levantó, iracundo. Sus ojos despedían centellas y mantenía los puños crispados, listos para entrar en acción. — Nunca. — Repitió mas quedo. — Es cierto que ustedes tienen ahora la ventaja, pero cuando regrese Heitter... — Dejó la frase en suspenso y salió.

Me quedé pensativo. Su amenaza no surtió el menor efecto. Ya estaba acostumbrado a la muerte y el pensar en ella no me molestaba. De hecho, después de la última batalla, perdí todo atisbo de sentimientos y tan sólo me rodeaba una apatía absoluta, sumada a la indiferencia ante lo que ocurría alrededor, a menos que mi futuro inmediato dependiese de ello. Y pensar, que cuando esto comenzó, llegué con ideales románticos: defender la Tierra y el Universo entero. ¡Ja! Ahora no sabía lo que me interesaba. Ni siquiera sabía a ciencia cierta porqué me encontraba todavía ahí. Pero muy dentro, en mi interior, quedaba todavía una virtud, si es que se le puede calificar de esta manera: era la responsabilidad. Tenía un compromiso que cumplir y eso era todo lo que ocupaba mi mente.

Todavía me preocupaba por mis amigos. Me pesaba la suerte de Andrés y de JJ. Pensaba en el futuro de Miguel, me preocupaba por Xillen, pero...

Pero esas emociones perdieron sinceridad. Se convirtieron en algo espasmódico, constante. Carente de todo sentido. Y a pesar de que sonaba frío, inhumano e impensable, tenía lógica. No podía darme el lujo de caer mentalmente, de destrozarme mi espíritu preocupándome por ellos y al mismo tiempo, concentrarme en sobrevivir y ganar batallas.

...Sí... la poesía y la épica, habían desaparecido...

III

El tiempo transcurrió veloz y, casi sin darnos cuenta, pasaron más de tres semanas sin llegar a una decisión. A pesar de intentar lo posible por mantener la neutralidad en nuestras reuniones, la mayoría terminaban en fuertes dimes y diretes, que conducían a los puños. Más parecía un campo de batalla que una deliberación. En las últimas reuniones, ni Miguel, ni yo soportábamos la física presencia de Camilo. El tan sólo sentir su energía en el mismo cuarto que nosotros, provocaba náuseas y ganas de matarlo. Por ello, tras pedir un permiso especial a los Maestros, nos dimos tres días de descanso.

Regresamos al pueblo y lo primero que notamos, era que la gente del pueblo evitaba cualquier contacto con nosotros. Tampoco encontramos a Xillen, a pesar de que la buscamos tanto en el castillo, como en el pueblo.

— ¿Qué demonios está pasando? — Preguntó Miguel, al ser ignorado por enésima vez por uno de los pueblerinos.

— Seguramente tenemos prohibido el contacto con los habitantes, hasta que lleguemos a una decisión. — Respondí, huraño. No me gustaba la idea de esta forzada reclusión.

— ¿Qué hacemos, entonces?

— No sé usted, Miguel, pero yo trataré de descansar y conozco el sitio perfecto para ello.

— ¿El río?

— Sí... Pero primero quiero pasar por el cementerio... — Dije en tono bajo.

Quería visitar la tumba de Andrés. No sé qué misterioso deseo me movía a ello, pero quería hablar a solas con él.

Miguel pensó un rato antes de responder.

— Entonces, lo espero en la taberna. — Y se alejó.

Yo sabía a la perfección el porqué no quería ir al cementerio. Todavía sentía remordimientos por la muerte de Andrés, pero lo que me sorprendió fue su intención de acompañarme al río.

Sin embargo, no pensé mucho en el asunto. Caminé en dirección al cementerio, ubicado en las afueras del pueblo, al sur. El camposanto era un pequeño terreno, rodeado de una endeble cerca de madera. Se notaba la falta de cuidado. Algunas de las tumbas estaban hundidas; otras, en cambio, desaparecían entre el pasto. Alrededor había un pequeño bosque de pinos verdes, y sus amarillentas y puntiagudas hojas, que cubrían el suelo, parecían delimitar el mundo de los vivos y los muertos.

Busqué la tumba de Andrés. El pasto ya comenzó a trepar sobre el montón de tierra reseca. Una única lápida indicaba el nombre del señor. No había ni fecha ni epitafio. Tan sólo un único nombre, que hacía constar que bajo ese montón de tierra yacía un hombre, desde hace quién sabe cuantos años y quién sabe qué rango. La muerte era igual para todos y la sepultura no hacía diferencia entre señor y campesino, entre rico y pobre, entre ladrón y honrado.

Me acuclillé frente a la lápida y por unos segundos guardé silencio. Recordé a JJ y lamenté que él no tuviese una tumba como Andrés. La tumba de JJ eran las profundidades del mar, por lo menos lo que a este mundo se refería. Mi mente voló en el tiempo, a través de los momentos que pasamos juntos, de momentos felices, cómicos, trágicos. Recordé la Universidad, los juegos en el apartamento de Andrés, los intentos frustrados de JJ de aprender algún tema en especial para un parcial... Incluso alcancé a ver a Heitter, con la baraja de cartas apergaminadas, retando siempre a alguien a un juego de póker... No puedo negar que la nostalgia que me envolvió era fuerte. Algunas lágrimas rodaron por mi rostro y cayeron sobre la tumba. La tierra las absorbió enseguida, ávida de líquido, aunque fuese salado...

Y así permanecí largo rato, rememorando paso a paso nuestra vida como los cinco inseparables amigos. Como el grupo intenso que asombraba a muchos de la universidad, del colegio y del barrio. Restaurando pieza por pieza las imágenes de nuestras vidas, antes de la visita al psicólogo. Al llegar a ese punto, las imágenes se tornaron más oscuras. El grupo sufrió una pérdida y a partir de ese momento comenzó el desespero...

Andrés...

Todavía no lograba comprender lo que le empujó a realizar esa misión suicida. No asimilaba esa necesidad de él a salir en busca de problemas, estando todavía recuperándose.

Y la ejecución...

Todos los momentos de esa batalla cubrieron en mi mente por una niebla oscura, revelando por momentos escenas vívidas, pero fugaces, sin tener una conexión con la siguiente. Y ahora... frente a la tumba de Andrés, parecía como si un gigantesco telón se había levantado en mi mente, permitiendo revivir una a una, en cámara lenta, las imágenes. El desespero comenzó a llenarme y fui arrancado de mi sitio por un remolino de odio que superaba la imaginación y en mi mente tan sólo había un pensamiento: matar a Heitter a como de lugar...

Y sin embargo...

Y sin embargo me contuve... Saqué fuerzas de la flaqueza y en lugar de comenzar a lanzar aullidos, maldiciones y juramentos salvajes a diestra y siniestra, me dejé caer de rodillas y lloré. Hacía siglos no había llorado. Olvidé el alivio que traen consigo las lágrimas, olvidé que los ojos son la salida del alma...

Había olvidado tantas cosas...

Olvidé que en mis manos descansaba el poder para decidir el futuro de la humanidad, el futuro del universo, el futuro de un dios. Y ahí, frente a la tumba de Andrés, mis ojos, que permanecieron cerrados durante tanto tiempo, comenzaron a abrirse lentamente, a asimilar la verdad a la que me enfrentaba.

La última pieza del rompecabezas encajó en su sitio...

Miguel estaba sentado al frente de la taberna, bebiendo una cerveza. Me vio desde lejos, pero permaneció sentado, esperando a que me acercara. Me senté a su lado en silencio. Miguel tomó un sorbo lento y largo y sin mirarme, preguntó:

— ¿Cómo le fue?

No le respondí. Tan sólo entré en la taberna y al rato volví a sentarme al lado de mi viejo compañero de armas, con una cerveza en la mano.

— ¿A dónde cree que iremos esta vez? — Pregunté.

— No lo sé. — Respondió Miguel de mala gana. — Y a decir verdad, no me importa. Otra época, otra batalla, mismas muertes, mismos enemigos y mismo futuro incierto...

Me quedé mirándolo, sorprendido. No era típico de él hablar así. Siempre estaba ansioso para encabezar una batalla y ahora... Recordé lo pensado en el cementerio y lo parecido de nuestras ideas. Y la respuesta era tan lógica que parecía risible: estábamos cansados.

— Quizás deberíamos quedarnos aquí. — Dije. — Sinceramente, nos da lo mismo ir hasta el río o quedarnos. — Aclaré, al ver la sorpresa pintaba en el rostro de Miguel.

— Sí. — Miguel tomó otro trago de cerveza y mirando el suelo dijo, — deberíamos aprovechar ahora para tratar de decidir algo respecto a Heitter. No aguantaría otro día encerrado con Camilo en la misma habitación...

— Sé a lo que se refiere. Es insoportable, ¿cierto?

— Sí. Hasta Heitter es preferible a ese idiota.

Solté una sonrisa amarga.

— Por lo menos él sabe de cortesía y respeto.

— No sé como se lo aguanta Heitter. — Miguel miró el fondo de su jarra y la dejó a un lado.

— Lo aguanta por que lo necesita. ¿Se dio cuenta que casi todos los alienígenas son de naturaleza pacífica?

— Sí. Parece que nosotros somos los más inventivos de entre todos. ¿Quiere más cerveza?

Respondí que sí. Miguel fue a la taberna por otras dos. Se demoró un poco y cuando salió, estaba furioso.

— ¡Maldito cantinero! No es capaz ni siquiera decir "a la orden". ¡Me desespera que me ignoren! — Miguel se sentó y me pasó el trago. — ¡Que los ahorquen a todos! Y todo por culpa del idiota de Heitter. Si tuviera una pizca de honor, se quedaría en la batalla y estaría ahora a tres metros bajo tierra. — Pero la furia de Miguel no se debía precisamente al silencio del cantinero. — Nosotros, nos matábamos como borregos, yendo en primera fila, entrando en el campo enemigo, mientras que él está detrás de sus filas, feliz y contento y, en caso de peligro, se vuela a la tierra y cuando regresa nos ordenan: "no lo castiguen duro, es un buen muchacho y merece vivir". ¡Maldita sea! — Y Miguel le lanzó un buen golpe al escalón sobre el que estábamos sentados, haciendo crujir la madera.

— Y aguantarnos al idiota de Camilo... — Agregué, sin pensar.

— Peor a él. — Fue como si le echaran leña seca a la candela. — ¡Ese lame botas es todavía peor! Lo único que hace es hurgar en la herida sin aportar nada nuevo y todavía se pone bravito si se le dice algo. En lo único que piensa es en cómo salvar a Heitter. No quiere ni siquiera entender que la tiene que pagar y lo que él está haciendo, es alargar todo esto. ¡Imbécil!

— Pero hay que dar gracias a ello, Miguel.

— ¿A qué?

— A que Heitter casi nunca se juega el pellejo. Quizás por ello es que no conoce tan bien este juego como nosotros. Él supone, más no sabe lo que sucede en el frente. Él no sabe lo que sufren los hombres, sus penalidades, sus miedos. — No había comido nada en todo el día y esa jarra de cerveza hacía estragos en mi cuerpo. — Él no sabe lo que es un asedio, siempre acostumbrado a que los demás hagan el trabajo sucio por él. Por eso fue que se revelaron los hombres en su contra. Un general así no es de temer. Tarde o temprano sus actos se volverán en su contra y en ese momento la victoria será nuestra.

— Más me encantaría que por lo menos una vez él supiera lo que se siente...

— Ya lo probó, hermano. — Miguel me miró, sin comprender. — En la primera batalla, recuerde que él fue el que le hirió... — Y me arrepentí inmediatamente de lo dicho, al ver como relampagueaban los ojos de Miguel.

— Sí... Recuerdo... — Siseó entre dientes.

— Y también estuvo debajo de los muros, cuando usted le propinó ese mandoble. — Y con ese agradable recuerdo, Miguel se relajó.

— Después de todo hay que reconocerlo, — dijo Miguel, después de meditarlo un rato. — Tiene pelotas el renacuajo.

La comparación me hizo tanta gracia que rompí a reír. Pero en ese momento, mientras reía, se me ocurrió una idea bastante aplicable:

— Y, ¿qué tal si ponemos al renacuajo a saltar bien adelante?

— ¿Qué quiere decir, Enrique?

— Hombre, Heitter estuvo en primera línea, es cierto, pero siempre acompañado por guardaespaldas y después de las dos o tres primeras olas de ataques. Es inteligente. No quiere perecer en el primer encuentro, pero tampoco quiere que sus tropas lo vean como un cobarde. Así que espera las dos primeras olas de ataque y cuando las ganas de ambos ejércitos han menguado, salta al frente, con los guardaespaldas por delante.

— ¿Y qué?

— Pues, hombre, ¿qué le parece si como castigo lo ponemos al frente, sin guardaespaldas, digamos en cinco o seis encuentros distintos, como un soldado raso, en la primera línea de ataque, en la primera ola? Así no perderá su título de guardián, tampoco se verá limitado para decisiones, también adquirirá el conocimiento que quiera y todo por lo que Camilo ha fregado la vida. Si muere, pues hombre, eso nos espera a todos. Y si Camilo va a joder que en primera línea tiene pocas probabilidades de sobrevivir... Nosotros somos el ejemplo perfecto para contradecirle... La única condición, es que los Maestros lo bloqueen para que no huya...

Miguel rumió la idea un rato, hasta que vi que sus ojos chispeaban y comprendí que estaba de acuerdo con la idea.

— Así tendré mayores oportunidades de encontrarlo y cortarle la cabeza de una vez por todas. ¡Brindo por eso! — Dijo con alegría y vació de un trago la jarra.

IV

Los tres días pasaron en un abrir y cerrar de ojos. No era tanto el descanso lo que necesitábamos, como el alejarnos de Camilo y sus constantes provocaciones. No puedo decir que Miguel o yo fuéramos santos, pero no buscábamos el enfrentamiento como él. Descansamos paseando por el pueblo y sus alrededores. Al día siguiente de lo acontecido en la taberna, Miguel me acompañó a la tumba de Andrés. En un principio, se detuvo frente a la lápida taciturno y cabizbajo, sin decir una sola palabra. A medida que pasaba el tiempo, su rostro comenzó a serenarse poco a poco y las emociones negras y pesadas que aprisionaban su alma lo abandonaron al ser reemplazadas por otras buenas. Al salir del cementerio, comprendí que Miguel estaba en paz con Andrés y consigo mismo. El tiempo de luto terminó para él.

La reunión con Camilo en el castillo fue productiva. Después de mucho renegar y buscar el tercer ojo al tuerto, por fin aceptó la propuesta, con una pequeña enmienda: no quitarle los guardaespaldas a Heitter. Insistió que al fin y al cabo era un guardián y además de eso, uno de los "mejores"; si nosotros le quitábamos los guardaespaldas, era como si lo mandásemos a una muerte segura.

Me pregunté en ese momento cómo sobrevivimos sin guardaespaldas. Pero ya estábamos tan cansados de esas inútiles discusiones, que accedimos de buena gana, con tal de acabar con esto. Camilo salió con la suya, pero eso ya no importaba.

Al otro día nos esperaban los Maestros y demás guardianes, incluyendo a Xillen. Camilo fue el encargado de transmitir nuestra decisión a todos y, afortunadamente, estuvieron de acuerdo, aunque vi que la idea no agradó del todo a los Maestros. Sin embargo, aceptaron nuestra decisión, sin inmutarse.

La tregua por fin terminó y sólo quedaba esperar a que Heitter regresara. Además, la gente del pueblo por fin volvía a dirigirnos la palabra y Xillen no se despegaba de nuestro lado. Era reconfortante saber que el mundo de nuevo te tenía en cuenta y que la prisión voluntaria en la que estábamos reclusos, al fin abría sus puertas.

Todo era alegría en nuestro bando. Celebrábamos cada vez que podíamos y disfrutábamos de cada momento que teníamos. El bando enemigo se retiró, pero ninguno sabía a donde. Xillen me comentó que ellos tenían un pueblo igual que nosotros y con seguridad se dirigieron a ese lugar. Miguel, al escuchar sobre la base enemiga, intentó convencer a Xillen, apoyado por mí, para atacarlos, pero ella se opuso rotundamente.

— ¿Por qué? — Insistíamos, pero ella se mantenía firme.

— No es posible. — Repetía por enésima vez. — El pueblo de ellos, como el de nosotros, es un lugar de descanso y nada más. De hecho, amigos míos, las pocas veces que descansamos en este lugar, consecuencia ha sido de treguas. Lo mismo ocurre para con nuestros enemigos. La mayor parte del tiempo, transcurre para nosotros en campos de batalla, ya sea en un castillo, en una ciudad o en campo abierto. Sólo en dichos sitios se realizan combates, más los

pueblos a los que llega cada guardián, son intocables. Es más, cuenta debieron darse que los habitantes de este lugar tratan de modo igual a ustedes y a nuestros visitantes. Lo mismo ocurriría si, por alguna razón, uno de nosotros llegase al otro pueblo.

La dejamos en paz después de un rato.

Ahora sólo quedaba esperar el reinicio de las hostilidades.

EL FINAL

Camino en silencio, pisando con firmeza la cenicienta nieve. Camino y no pienso absolutamente en nada. Heitter debe esperarme más allá de las ruinas de la ciudad, cerca de la orilla del Volga.

Es medianoche y la oscuridad es total. Cubro la distancia que me separa del congelado río, sin saber a ciencia cierta cuanto he caminado. Un leve silbido agudiza mi oído. Me detengo a esperar si se repite. Lo hace dos veces más.

Es Heitter.

Camino con determinación hacia él y hacia mi destino. No tengo miedo, tan sólo una leve inquietud que reboza mi mente. No me preocupa la muerte, no. De hecho, lo que siento en este momento no es preocupación. Más bien es algo así como la exaltación de mis sentimientos. Es el sentir que el fin ya está próximo y, de una u otra forma, encontraré la tranquilidad buscada. No sé cuál sería tu opinión acerca de esto, más presiento que harías lo mismo que yo estoy por hacer en este momento.

Sobre el fondo negro, se dibuja una pequeña silueta, sentada sobre lo que antes era una lancha. Al divisarme, se levanta con lentitud. Me acerco y saludo con respeto a nuestro enemigo común. En ese momento por mi mente cruza la imagen de Xillen: ¿aprobaría ella lo que estoy por hacer?

No tengo porque dudar y sin embargo...

— Hola, Enrique. — Heitter me extiende su mano y yo se la estrecho, como si ello fuese normal.

— Hola, Heitter. Que frío el que hace esta noche.

— Sí. ¿Cómo está Miguel?

Esa pregunta me desconcierta. No esperaba que él se preocupase por tu salud. Sin saber cómo, respondo que bien.

— ¿Estás listo?

— Lo estoy. — Respondo con firmeza. — ¿Cómo lo quieres?

— La verdad, me gustaron tres formas de hacerlo. Espada, pistola o... cuerpo a cuerpo. — Me mira con atención, a sabiendas que me está dando la ventaja en la tercera opción y sin embargo insiste: — Tú escoges, Enrique.

A pesar del odio que siento hacia este personaje, como siempre, me inspira respeto. Y sin pensar dos veces, escojo la espada.

— No quiero dejarlo a la suerte, Heitter.

Él me mira con sorpresa.

— La pistola es suerte; la lucha cuerpo a cuerpo, también. Tú eres excelente con la espada y es el arma que ambos más usamos. Sería lo justo.

Heitter responde que así es. Más la verdad es que no quería tenerle ventaja alguna. Recuerdo las heridas que te causara una vez y lo cerca que estuvo de cortarme la cabeza y no veo otra solución que la de acabar como comenzamos.

Avanzamos con cierta lentitud. Nos dirigimos al pueblo de Heitter. Es el más cercano a nuestro emplazamiento actual y será el campo en el que llegará, por fin, el desenlace de este juego. Más si pierdo, en tus hombros recaerá esta tarea. Y entonces los bandos serán iguales.

Uno contra uno...

La noche es oscura y de vez en cuando, a nuestra espalda se reflejan los colores de las explosiones que están destrozando la ciudad. Caminamos hombro a hombro, como viejos amigos, como los amigos que fuimos siglos atrás...

Hacia mucho, pero mucho tiempo.

Hay una pregunta que no me deja en paz, la cual quería hacerle desde que le vi por primera vez, bajo la bandera de tregua, y que no salió de mis labios por la sorpresa. Pero ahora hay tiempo, el camino es largo y el tiempo es perfecto para una conversación.

— ¿Por qué hasta ahora, Heitter? — Pregunto sin mirarle, sin siquiera disminuir el paso.

— ¿A qué te refieres, Enrique?

— ¿Por qué regresaste hasta ahora?

Heitter no responde de inmediato. Avanzamos algunos metros en silencio, la nieve cruje bajo nuestros pies y el constante ulular del viento está estancado en nuestros oídos.

— Regresé porque me convencieron... — Heitter parece querer decir algo más, pero no es capaz de terminar la frase.

Una idea se revela ante mí y no le pregunto, sino afirmo con un lastimero sentimiento de ser igualmente engañado por alguien:

— El psicólogo...

— Sí...

Hay de nuevo un largo silencio, tan largo que parece eterno. La oscuridad ahora es total y avanzamos midiendo cada paso, tratando de evitar las zanjas y trincheras ocultas bajo la nieve.

— También embaucó a Miguel, ¿sabías?

— ¿De veras? — Pero esa pregunta de Heitter es automática y en ningún momento representa un verdadero interés. — ¿Y tú?

— Miguel me encontró y me convenció. — Respondo sin ganas. — Pero, Heitter, ¿por qué volviste hasta ahora?

— No podía hacerlo...

— Mataste a Andrés...

— Sí, y no podía perdonármelo. No quería regresar, por nada del mundo.

— Después de asesinar a Andrés, ¿no podías perdonártelo?! — Esa frase me deja atónito. No puedo creer que después de la forma en que le mató, después de dejar a su ejército atrás, después de traicionar a los que en él confiaron, ese hombre tenga algo de conciencia. ¡Era imposible! — No te creo, Heitter.

— Es verdad, Enrique. No podía perdonármelo y... también... tenía miedo.

No respondo.

De repente una rabia descomunal me embarga. Parece como si cada fibra de mi cuerpo, cada poro de mi piel, estuviese exhalando todo el odio que siento por ese ser, por ese maldito genio del mal, que abrió las puertas del infierno y sacó a los demonios de él para entrometerse en nuestras vidas.

— ¡Eres un maldito asqueroso de mierda! — Exclamo, sin controlarme en absoluto. — Asesinaste a Andrés a sangre fría, sin que este pudiera defenderse, asesinaste a uno de tus mejores amigos, aquel con el que creciste, el que te ayudó, te cuidó, que hizo mucho por ti. ¡Eres una maldita cucaracha! Nos traicionaste, traicionaste a tus propios hombres, los abandonaste en el campo de batalla a que les exterminaran, asesinaste a tus propios aliados. ¡Vendiste el alma al Diablo, idiota! Y todavía tuviste los cojones como para presentarte al funeral de JJ. Me pregunto por qué no has ido a la tumba de Andrés. ¿Y todavía dices que tenías miedo? ¿Miedo a qué? ¿A qué se podía tener miedo?, maldita sea. A los malditos como tú, deberían colocarlos en una pila de dinamita y volarlos por los aires y después quemar los restos y las cenizas esparcirlos por el mundo, para que no quede ni una pizca de lo que ustedes representan. La verdad, accedí a este duelo porque sé que esta es la única manera de darte alcance. Porque por más que derrotemos a tus ejércitos, terminarás huyendo, corriendo como una maldita rata - como lo que eres - y después asesinarás por la espalda y a sangre fría a tus propios amigos, tan sólo para regresar y halagar tu propio ego.

Heitter no respondió. No dijo nada, ni siquiera reaccionó y esto, quizás, le salvó la vida en ese instante. Porque si en ese momento dijera alguna palabra en su defensa, con el mayor de los gustos y sin siquiera arrepentirme, le descargaría todo el tambor de mi pistola en la cara.

Y el resto del camino hasta el pueblo enemigo transcurre en silencio.

Nosotros nunca entramos en aquel lugar. La verdad era casi igual al nuestro, en todos sus aspectos. Pero la sorpresa mayor, fue el ver a Xillen en la entrada. Esperándonos.

— Sed bienvenidos, guardianes. — Fueron sus palabras. — La decisión que han tomado, me conmueve. Grandes son sus almas al tomar el camino por el que pocos se han decidido. Y aún más grandes por los actos que los llevaron hasta este lugar. — Se dio la vuelta. — Seguidme.

Nuestra única respuesta es una inclinación de cabeza. Debería sorprenderme por esa actitud fría de una amiga que me acompañó durante siglos en la vida y en la muerte. Más sé que ahora no es así. Ella es imparcial y debe ver tanto a Heitter como a mí, iguales. Es horrible el destino de la imparcial. Y aun más para ella, que por un espacio de tiempo dejó de serlo, viviendo como viven aquellos a quienes ella (o él), dirigió durante el transcurso de toda la eternidad...

Comienza a amanecer y poco a poco, los rayos del sol salen a bailar sobre la blanca nieve que nos rodea. Estamos parados en la plaza del pueblo, cada uno a un lado y Xillen en la mitad, con dos espadas clavadas en la tierra congelada. La gente sale de sus casas y forma un círculo mágico alrededor.

Seguimos esperando...

De repente, la multitud se parte en dos y los Maestros, seguidos por formas sin definir, se acercan. El silencio es imperativo en ese momento. Cada Maestro nos mira con atención, como queriendo infundirle fuerzas a su favorito, como diciendo: *Esta es tu oportunidad, nuestra oportunidad. ¡Puedes vencerlo!*

Más para mi ellos no existen.

Mi interés radica en el cansancio, en acabar con todo de una vez, para descansar y nunca más volver a este sitio.

Mientras que el de ellos...

Bueno, nunca fui capaz de descifrar su interés. Para mí, ellos eran los culpables de todo. Nosotros no teníamos nada que ver con su lucha, y ellos, en vez de pelear sus batallas, nos utilizaban. Nunca sabré por qué decidieron utilizar a los habitantes de los planetas para pelear sus batallas, nunca sabré por qué ellos no se limitaron a eliminarse entre ellos mismos y de esta manera no habría ni bien ni mal. Existiría tan sólo una Verdad Universal, por la que nos guiaríamos los humanos, demihumanos y alienígenas.

Lo que seguiría después...

Creo que no importaría...

El sol ya ha salido y los Maestros se retiran más allá del gentío. Se ubican sobre un montículo y tan sólo observan. Xillen por fin se mueve y posa sus manos encima del mango de las espadas. Tanto Heitter como yo avanzamos hacia ella y ponemos nuestras manos sobre las de ella. Pasan unos segundos interminables. Entonces ella retira las manos y puedo sentir el frío del acero quemando mi mano desnuda.

Xillen da unos pasos atrás...

El silencio se hace interminable...

La expectativa y la adrenalina nos desbordan...

Xillen por fin forma parte del círculo y entonces una voz, o quizás millares de ellas, llegan a nuestros oídos desde el montículo:

— Guardianes... Buena suerte...

Con facilidad, saco la espada de la tierra y, ansioso, corro hacia Heitter...

I

El tiempo transcurría con lentitud. Heitter no regresaba y, aunque la tregua terminó, las hostilidades no se iniciaron de inmediato. El bando contrario se encontraba sin general y preferían guardar las distancias. Sin embargo, esto era lo que yo menos quería, así que después de sostener una larga charla con Xillen y Miguel, decidimos atacar. Xillen se opuso a la idea, pero la convencimos. Tanto Miguel como yo estábamos hartos de defendernos. De esperar el ataque del enemigo y, en caso de detenerlo, perseguirlo. Tácticamente, no era bueno. El que ataca, siempre tiene la ventaja. Afortunadamente para nosotros, los generales enemigos no tenían la capacidad de dirigir un ataque y, por lo que vimos en esta pequeña tregua, los únicos generales que representaban peligro para nosotros, eran Heitter y Camilo. El primero no estaba y tan sólo tendríamos que cuidarnos del segundo. Los demás no se tenían en cuenta.

Avanzábamos en medio del bosque, encabezando la columna y un poco adelantados a esta. Dietrich se encargó del grueso de nuestro ejército, permitiéndonos cabalgar sin preocupaciones. El día era bello y, a pesar de las nubes grises que se veían en el horizonte, nos sentíamos bien. Había llovido el día anterior y el olor de la tierra húmeda mareaba un poco nuestras cabezas, infundiéndonos un estado de ánimo casi hipnótico.

Era bueno sentirse vivo una vez más. Ir a una batalla donde lo único que importa es quedar entre los vivos y ser el ganador. Puede ser que al principio existan intenciones políticas, religiosas u oscuras, pero todas desaparecen al encontrarse uno cara a cara con la muerte, salir victorioso y burlarse de ella una vez más, sin temor alguno. No quiero decir con esto que prefería la guerra sobre la paz, no. Pero era mejor que una tregua sin fin, haciendo reverencias al más odiado enemigo y comportándose como si todo fuera normal, cuando en realidad no era así. Mi corazón estaba gozoso y rebosante de esperanza y alegría. Tan sólo una nube negra se posaba sobre mi frente cada vez que recordaba a JJ y Andrés.

Miguel cabalgaba a mi lado con el semblante alegre y ansioso por entrar una vez más en combate. En su rostro se leía la felicidad con la que iba a su encuentro con la muerte y el desdén con que la trataba.

El olor fresco de la mañana y el brillo del rocío sobre las hojas levantaba aún más el ánimo tanto de nosotros como el de nuestras tropas. En el ambiente se sentía la proximidad de una victoria y esa era la mejor manera de alentar a los soldados, inclusive a los más temerosos.

Los exploradores que enviamos nos sorprendieron a un recodo del camino. Habían descubierto el emplazamiento enemigo y por la felicidad de sus caras, comprendí sin necesidad de palabras que la victoria era nuestra antes de comenzar la batalla.

Y en realidad así fue.

Una carnicería espantosa. Acamparon en un claro, en medio del bosque, y no ubicaron a los centinelas de tal forma que cubrieran todo el campo. Tampoco tenían puestos de vanguardia, ni construyeron empalizadas de ningún tipo. Rodearlos fue un juego de niños y luego, después de que una flecha encendida atravesara el cielo, se armó una gritería impresionante.

Los soldados del bando enemigo, además de asustarse por el inmenso rugido, no lo ubicaban ya que parecía provenir de todos lados.

Y así era.

Los que no se rindieron de inmediato fueron masacrados por la caballería de Miguel; Dietrich mantenía a raya a la caballería enemiga con sus arqueros; mientras que yo, al mando de la infantería, terminaba con el trabajo que sobró después del paso de Miguel.

Fue corto, gratificante y a la vez desagradable. Uno de los generales enemigos pereció en la contienda y los otros fueron capturados ilesos a excepción de Camilo, quién perdió el brazo derecho, tenía una profunda herida que le atravesaba el estomago y un par de flechas incrustadas en su espalda, que aun no lograban extraerle.

Lo trasladamos a una de las carpas que sobrevivieron el ataque. Un par de curanderos de nuestro ejército, bajo la mirada atenta de Xillen, trataban de socorrerle, pero en sus rostros se leía que era inútil. Con sólo mirarlo, sabíamos que daba sus últimos suspiros. Sin embargo estaba consciente y cuando Miguel pasó cerca de él, trató de decirle algo, pero su voz era un susurro.

— ¿Qué quiere, hermano? — Se agachó Miguel, tratando escuchar mejor lo que le decía el moribundo. La enemistad desapareció, ahora que ya se sabía quién era el vencedor y quién el vencido.

Camilo le indicó con un débil ademán a que se agachara un poco más. Miguel le hizo caso:

— ¿Qué?

— ...Cuando encuentre a Heitter... — Camilo se atragantó, tosió y escupió un coágulo de sangre. — Hágame un favor... — Camilo miró a Miguel directamente a los ojos y en esa mirada no había ni suplica, ni miedo, ni arrepentimiento. Tan sólo un crudo y frío sentimiento de venganza. — Elimínelo... de la peor forma... posible...

Miguel asintió.

— ¡Dígalo!

— Lo haré, hermano. — Respondió Miguel con firmeza. Y en ese momento Camilo, tras esbozar algo que asemejaba una sangrienta sonrisa, falleció. Miguel tomó su mano y, con voz temblorosa por la emoción, dijo: — Descansa en paz, hermano. — Después salió.

Yo presencié la escena sin pronunciar palabra y sin siquiera comprender lo sucedido. Un momento después salí, siguiendo a Miguel. Lo encontré mirando fijamente el campo donde unos momentos antes se desarrolló una batalla. Estaba parado, con los pies un poco separados y ambas manos en el puño de su espada. Me acerqué despacio y me coloqué a su lado. Permanecimos un rato en silencio. No quería decir nada, tan sólo esperaba a que él se expresase y al rato así fue:

— Lo admiro, Enrique. — Dijo con fuerza. — Por más que lo odié, lo admiro. Lo miré inquisitivamente.

— Sí. Vi cómo peleó, vi cómo se enfrentó contra una docena y venció, perdiendo el brazo. Vi cómo resistió una nueva embestida, aunque le perforaron el estómago... Y resistiría la tercera, si no fuese por las flechas que recibió por la espalda... — Miguel miró al Cielo un buen rato antes de continuar. — ¡Eso es valor! Si en algún momento me llega la hora, quiero morir así, como Camilo. ¡Maldigo a Heitter! ¡Lo maldigo desde el fondo de mi alma! Tantos hombres buenos perecieron porque él no estaba aquí. Tantas almas perdidas por nada... Simplemente porque su general es un cobarde... ¡Lo maldigo!

— Pero ganamos... — Le interrumpí quedamente.

— ¡Sí, ganamos! Y acaso ¿terminó todo?

— Prácticamente, sí. — Respondí de muy mala gana. — Falta Heitter. Falta él y todo habrá terminado.

Miguel permaneció un rato en silencio, después me encaró y, mirándome fieramente a los ojos, preguntó:

— ¿Realmente crees que ganaremos? ¿Realmente crees que alguien gana? Lo único que veo, — e indicó con un gesto a Camilo, — es la muerte. Y ante ella, nadie sale ganador.

Y sin más, regresó al campamento.

Me quedé pensando en lo que dijo Miguel.

Sí, era muy cierto que Camilo peleó como un valiente, pero en verdad habría deseado que se rindiera con facilidad, ahorrándonos las vidas de quién sabe cuantos hombres. ¿Admirarlo? No podía hacerlo. ¿Cómo se admira a un enemigo que hace un momento quería cortarte la cabeza y luego hacer la danza de la muerte alrededor de ella?

Lo respetaba por su valor, era cierto. Pero admirarlo, ¡nunca!

De pronto sentí a alguien a mi espalda y me di rápido la vuelta.

Era Xillen.

Tenía el semblante triste y los ojos llenos de rencor.

— Y bien, amigo mío. — Comenzó con su discurso. — He aquí el resultado de tu plan. Nuestros enemigos aniquilados, los generales presos y sin embargo ese malestar que rebosan nuestros cuerpos, en vez de alegría, no deja paz a ninguno de nosotros. Y bien te puedo decir el de esta sensación el motivo. Hemos conquistado a traición, a sabiendas que el otro ejército no podría defenderse, sabiendo que no tenía su líder. Esto no es una victoria, amigo mío. Es un pillaje a media noche sobre un grupo de hombres sin líder...

— ¿Y qué querías? — Le grité, y hasta me asusté en el momento. Nunca antes alcé la voz a este ser y ahora cometía el sacrilegio. Sin embargo, no me contuve. — ¿Qué querías? ¿Otro castillo? Cuantos hombres no perdimos ahí. ¿Te olvidas acaso del sacrificio de Andrés? Sí, Andrés, ese muchacho que perdió su brazo, tratando de salvarte la vida, y luego fue ejecutado por el general al que querían esperar aquí... Lo acepto, este ataque no fue ningún honor, pero salvó vidas. Incluso pudo salvar la tuya, Xillen. Capturamos a todos los generales y le parece poco. Tú, Xillen, al tomar este bando, debes atenerte a las consecuencias y no

sentir ni lástima ni preocupación por el enemigo. Olvídate de tu maldito papel de imparcial y dedícate a lo mismo que nos dedicamos nosotros: ¡a ser guardián!

Xillen me miraba con los ojos salidos de las órbitas, pero yo no podía ni quería contenerme.

— Estoy harto de tener que pensar por los demás, de preocuparme por vidas que no me atañen, de proteger a un Universo del que ni siquiera tengo idea. Y lo mejor del cuento, defender los ideales de unos supuestos Maestros que ni siquiera se asoman al campo de batalla para ver cómo carajos se resuelven sus propias discusiones. Responde esto Xillen, y hazlo como imparcial que fuiste o eres, como parte de uno de esos seres místicos de los que nosotros no tenemos ni idea: ¿Por qué los famosos Maestros no pelean entre ellos mismos y se matan? ¿Por qué nosotros tenemos que luchar por ellos?

— Vosotros mismos decidisteis aceptarlo...

— Sí, porque teníamos ideales, porque éramos jóvenes y estúpidos. Pero los tiempos han cambiado. Entonces, ¿por qué los Maestros no pelean entre ellos mismos?

No obtuve respuesta. Ella no la sabía. Para ella estas batallas eran tan naturales, como para nosotros desayunar cada mañana.

— ¡Malditos sean todos ustedes! — Grité eufórico. — Me largo de aquí, resuelvan sus propios problemas por sus propios medios, pero yo ya estoy harto...

— ¡Enrique!

— ¿Qué?

— Nadie os obligó...

— ¿Crees que ahora esto importa? Olvídalo, Xillen. Existen diferentes formas de obligar a una persona. No necesariamente por la fuerza. Jugar con su sentido del deber, con su compromiso, con el amor por la vida, con el egoísmo, con sus nervios. En fin, existen tantos medios sin necesidad de usar la fuerza... Y creo... ¡No! Ahora estoy seguro de que ustedes lo sabían todo el tiempo... Me dices que no hay honor en este ataque, entonces explícame por favor: ¿dónde está el honor en todo esto? ¿Cuál es el honor de los Maestros, cuando utilizan a otros para resolver sus problemas? ¿Dónde está el honor cuando tengo que quitar la vida a alguien, para defender la mía, protegiendo los intereses de alguien que a mí no me atañe? ¿No comprendes a los hombres? ¡Pero si ustedes se comportan igual que nosotros! Tan sólo que nosotros ya dejamos de ocultar la verdad de las cosas bajo títulos de honor, fe, credo... Y simplemente los reemplazamos por QUIERO Y YA.

— Estás equivocado, amigo...

No la dejé terminar.

— Si estoy equivocado, Xillen, ¿cuál es el honor de TODA ESTA CONFLAGRACIÓN? ¿Cuál es el sentido de matar y hacerse matar en la pelea de los Maestros? ¿No es esto un “pillaje a media noche” contra el sentido de la vida de los seres del universo?

Hice una pausa, esperando su respuesta, pero esta no llegó. Xillen estaba pasmada, mirándome sin creer o sin asimilar lo que dije, como fulminada por un

rayo. Meneé la cabeza con resignación. En ese momento me sentí vacío, al comprender el engaño en el que viví durante siglos.

Maldije en silencio y abandoné el lugar.

Encontré a Miguel en la carpa, acurrucado junto al fuego. Todavía no me calmaba, así que comencé a dar vueltas alrededor de la fogata, echando juramentos por lo bajo.

— ¿Qué le pasa? — Preguntó sin demasiado interés.

— ¡Me largo de aquí!

— Sí, todos necesitamos un descanso... — Respondió con tranquilidad Miguel y bostezó.

Ese bostezo me exasperó aún más, pero logré controlarme y sílaba por sílaba le dije:

— Regreso a la Tierra y no pienso volver aquí por ningún condenado motivo. ¡Qué se joda toda el Universo, que se jodan todos los Maestros, que se joda todo lo que este mundo representa!

Miguel me miró boquiabierto, sin saber qué responder.

— Mire Miguel, estoy harto de tanta sangre, estoy harto de matar por un motivo que no comprendo del todo. Estoy harto de perseguir a Heitter y rezar que por una vez, después de alguna escaramuza, su cuerpo aparezca entre los muertos. Y más aún, ¡estoy harto de ser manipulado por unos seres que no sirven para un carajo y que nunca aparecen cuando se les necesita!

Miguel no respondió de inmediato. El silencio fluyó entre nosotros, como anticipando el desenlace.

— ¿Sabe una cosa, Enrique? Cuando llegamos acá, pensé que era un error. Pensé que nunca debí enlistarme. Lo hice por orgullo, por pendejo. Después de la primera batalla y la muerte de JJ, lo que me impulsó a volver fue el deseo de venganza. Quería matar a Heitter. Pero, curiosamente, después de la muerte de Andrés, comprendí que esto no se trata de venganza. No se trata de lo que yo quiero o lo que usted quiera. Ni siquiera se trata de los deseos de los Maestros...

— ¿Cómo que no? — Interrumpí. — Ellos son los que están detrás de estas batallas, de estas decisiones, de las muertes...

Miguel me miró, casi con lástima. Buscó, sin mirar, un leño y lo lanzó al fuego.

— No se trata de los Maestros. Ellos son como nosotros... O por lo menos, fueron nosotros en algún tiempo pasado. También son peones en un juego de ajedrez.

— ¿De qué está hablando, Miguel?

— Esta conflagración no es casual. Recuerde lo que nos dijeron sobre la división de Dios. Nosotros somos parte de Él y por ende, también lo son los Maestros. Esto lo comprendí el día que visité la tumba de Andrés. Esta lucha no es entre los Maestros que quieren ser independientes y los de la unión; tampoco es una lucha entre el bien y el mal. Es una lucha de Dios, consigo mismo. Para comprender mejor Su Creación y por ello, ser parte de ella.

Lo miré estupefacto. Aunque sus palabras tenían lógica, las rechacé.

— Me importa un bledo, Miguel. La verdad, que Dios luche consigo todo lo que quiera, pero que no me involucre más. ¡Estoy mamado! No quiero saber más sobre esto. No quiero ver sangre, no quiero decidir la suerte de mis enemigos, ni preocuparme por la vida de mis amigos. Quiero paz. Simplemente paz.

— ¿Y para qué cree que hemos luchado?

— Ya no lo sé. — Y esa verdad me cayó como un baldado de agua fría. — No lo sé. — Repetí. — Tan sólo sé que Dios o los Maestros nos utilizan. Utilizan nuestras emociones y sentimientos para obtener su propio fin. No quiero saber ni de los Maestros, ni de Dios. ¡Que resuelvan ellos mismos sus problemas y me dejen en paz!

— Usted tiene que entender, Enrique, que nuestra esencia depende de poner fin a esta conflagración. Dios mismo previó todo. Por eso permitió que su cuerpo se contaminara...

— Si es cierto todo eso que nos dijeron sobre Dios y su contaminación, me pregunto: ¿cómo le hemos hecho para vivir sin Él durante quién sabe cuantos eones? ¿Para qué necesitamos que sea malo o bueno? ¿Para qué le necesitamos del todo?

— Enrique, cálmese. Miré que esa decisión puede pesarle el resto de su vida. Recuerde que nosotros somos parte de Él. ¿Por qué no lo consulta con la almohada?

— ¿Y qué cree que vengo haciendo hace cien condenados años? Y le digo esto Miguel: ¡ESTOY MAMADO!

Miré por una última vez a mi amigo y, antes de que él pudiera decirme algo, dije:

— Si usted es inteligente, Miguel, me seguirá. Si no... — Me encogí de hombros. — Le deseo la mejor de las suertes, hermano.

Después tan sólo deseé...

La oscuridad me envolvió...

Y cuando abrí los ojos...

Estaba en casa...

A MODO DE EPÍLOGO

Llevo cinco días sin salir de la casa. Alrededor todo es fiesta. Nuestro pueblo no para de celebrar. Pero no me siento parte de esto. Es como si mi alma quedara vacía después del duelo.

Te busqué, pero Xillen me dijo que simplemente regresaste. Que podría alcanzarte en cualquier momento, si así lo quisiera. Y ese, precisamente, es el problema: no quiero.

En alguna parte siento que así debe ser. Es mejor que nuestros caminos no se crucen nuevamente, porque de lo contrario, esto volverá a comenzar... Aunque es ilógico: SÉ que volverá a comenzar. Que otros serán llamados...

Quizás también nosotros...

Te busqué para contarte cómo transcurrió el duelo, que la victoria era nuestra y que una vez más, la balanza se niveló y los buenos tendrán una nueva oportunidad. Y ahí fue donde me detuve... ¿Cuántas batallas más? ¿Cuántas muertes nos esperaban para que Dios encontrara paz?

¿Sabes? Nunca hablamos sobre nuestra conversación acerca de Dios. Cuando regresé – hace veinte años, o hace cien, ya perdí la cuenta – me sentía invadido por una furia inmensa. Un resentimiento horrible contra este mundo... Contra los Maestros, contra Dios.

Por eso desaparecí.

Simplemente cogí el carro y me fui. Quería alejarme de la ciudad, de mi vida pasada – tan reciente en tiempo humano, pero tan lejana en tiempo del mundo de Xillen.

Corrí como loco.

Por eso terminé en ese abismo.

Pero eso es otra historia...

Cuando por fin me recuperé y salí del hospital, supe que te mudaste. Pensé que quizás te vería en la Universidad, para que me contaras lo sucedido en mi ausencia en el mundo de Xillen, pero tampoco volviste.

Ahí comprendí que nuestros caminos se habían separado. Pasó mucho tiempo... En el que terminé por recluir en mi mente ese pasado, encerrarlo.

Hasta que recibí esa llamada...

Ahora estoy en la casa... En Nuestra casa... Cinco días rememorando los sufrimientos, las muertes, la amistad. Todos celebran ahí afuera, mientras que una gran comprensión me llena.

Quisiera decirte que tenías razón. Dios previó todo esto. Nuestro paso por este mundo no fue en vano, ni producto de juegos. La única forma verdadera para discernir entre el bien y el mal, es a través de la lucha.

Por eso nuestra historia es una lucha...

Por eso nosotros, los humanos, sólo creamos, cuando esperamos el fin...
Amamos cuando hay muerte...
Y damos todo cuando no tenemos nada que dar...

Esto es lo que nunca entendió Heitter. Esto es lo que nos impulsó durante este tiempo, aunque nunca lo supimos.

En este momento escucho la voz de Xillen. La veo por la ventana. Está radiante, feliz e... imparcial. Ella también está disfrutando. Su existencia no peligrará más, hasta que la balanza se incline nuevamente hacia cualquiera de los dos lados.

Creo que es suficiente. Debo partir. Regresar a mi mundo real. A mi vida cotidiana. A mi vida de humano entre humanos.

Cierro los ojos con fuerza.

Veo a JJ, Andrés, Heitter, a ti y a mí. Sonriendo, en la cafetería de la universidad, en el campamento en la laguna, en la cafetería del barrio...

No hay imágenes desagradables...

Todo es paz y bienestar...

Después, tan sólo deseo...

I

No había una sola alma entre todo ese verdor. Tan sólo pájaros y mariposas. Millares de estos. Senderos arreglados y pasto recién cortado adornaban el cementerio. El día era radiante, sin una sola nube en el cielo. Y el silencio reinaba sobre el lugar.

Un hombre, entrado en años, caminaba lentamente, apoyándose sobre su bastón. Un joven lo seguía, acomodándose a su paso, cargando seis ramos de flores.

Avanzaron hasta el final del sendero, justo donde seis lápidas estaban alineadas, como si fuesen soldados en revista, al lado del sendero. El viejo se detuvo frente a ellas y el joven, respetuosamente, hizo otro tanto, unos pasos atrás.

Hubo un tiempo de silencio muy largo. Parecía como si el tiempo y el espacio se paralizaron, mientras el viejo se enfrentaba a las tumbas, sin mirarlas. El joven seguía esperando con paciencia a que el viejo terminara lo que parecía un antiguo ritual.

— ¿Abuelo? — Preguntó el muchacho, ya impaciente por la espera.

— Sí, — respondió el viejo, como saliendo de un sueño y acercándose aun más a las tumbas, se arrodilló.

El joven, despacio, como si no quisiera despertar a los muertos, depositó un ramo sobre cada una de las lápidas. Luego se acercó a una en especial y se arrodilló al frente.

— Padre Nuestro, que Estás en el Cielo.... — comenzó a entonar el joven la conocida oración.

El viejo le miró de reojo, casi con lástima.

— Si en verdad supieras a quién estás rezando... — se dijo a sí mismo. — Perdona Jorge, pero no puedo decir a tu nieto la verdad. No quiero arriesgarme a que cometa nuestros errores y comience un nuevo encuentro, una nueva batalla... Es mejor que permanezca en la oscuridad, creyendo que Dios lo escucha y no que está ocupado, peleando consigo mismo... Ya cometí el error con tu hijo y no quiero otra muerte sobre mi corazón. Estoy viejo y cansado y lo único que quiero es que la muerte me visite lo más rápido posible. — El viejo calló un momento, mientras el joven terminaba la oración.

— Muchachos, no saben cuanto les extraño...

El joven se alejó unos pasos, permitiendo al viejo unos momentos de tranquilidad y soledad, que tan desesperadamente necesitaba. Caminó atravesando el cementerio, sin ninguna dirección en particular, hasta topar de frente con una mujer bellísima, quien lo miraba exhibiendo una sonrisa. El muchacho quedó hipnotizado por esa sonrisa, y se acercó a ella.

— Hola... — Logró balbucear, tras luchar un poco con su timidez.

— Hola, — respondió ella y le tomó del brazo. — ¿Dónde está tu abuelo?
El joven le indicó el lugar, sin rechistar.

El viejo se encontraba aun de rodillas, frente a las tumbas, perdido en sus pensamientos, cuando ellos llegaron. Al parecer, el viejo se dio cuenta de su presencia ya que todo su ser se contrajo, al sentir la ya conocida presencia de la mujer.

— Hola, amigo mío. — Saludó ella sin esperar a que él se diera la vuelta.

— Hola, Xillen. — Respondió Miguel, automáticamente.

— ¿Cómo has estado?

Miguel no respondió. Lentamente se puso de pie y encaró a Xillen.

— ¿Por qué estás aquí?

— Ha vuelto a comenzar, amigo mío. Tan sólo quería saber si de nuevo estarías dispuesto a ir a un campo de batalla.

— ¿Conoces a esa señora? — Preguntó, ingenuo, Alberto.

— Sí, hijo. ¿Por qué no vas y alimentas a las palomas que están en la plaza?

El muchacho aceptó alegre la proposición y se alejó dando saltitos por el sendero.

— Si voy, esta vez no regresaré...

— Ello no es seguro, amigo mío.

— Sí lo es, Xillen. Y creo que será la mejor forma de irme... ¿Sabes? Nunca me interesaron los motivos profundos y sentimentales de Enrique. Después de tanto tiempo, me doy cuenta que es la única forma de vida que sé vivir. Es para lo que nací.

— Algún día veré el fin de esta conflagración y por fin el infinito será uno y el mundo vivirá en una gran paz.

— Nunca te entendí, Xillen, y nunca fue mi intención el hacerlo. Tan sólo me limito a cumplir órdenes y seguir impulsos, así que no perdamos más tiempo en conversaciones inútiles. La decisión está tomada, y ya.

— Entonces te veré en el campo de batalla, amigo mío. — Dijo Xillen a modo de despedida. Le lanzó una mirada especial: — Él también estará ahí. Podrás decirle lo que no quisiste hace cuarenta años... — Y se esfumó ante los ojos de Miguel.

Miguel miró un rato las tumbas, aspiró con placer el limpio aire de la mañana y muy quedo, casi sin que le escuchase ni el mismo silencio, dijo:

— Muy pronto estaré con ustedes, amigos míos. Muy pronto.

Y lentamente comenzó a caminar en dirección del parque, en busca de Alberto.

FIN